SIENA BASTIDA

Fórmula

(in)esperada



FÓRMULA (IN)ESPERADA

Pasión en el Paddock 1

Siena Bastida

Título: Fórmula (in)esperada

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la autora, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Siena Bastida

Primera edición: mayo de 2026

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-09-84601-6

Depósito legal: B 9327-2026

Safe Creative: 2602214645152

Puedes encontrar más información y seguirme en redes sociales aquí.

UN SPORT ROMANCE CON TENSIÓN, AMOR Y SALSEO ENTRE CIRCUITOS DE LA FÓRMULA 1

Daniela Serra, una ingeniera brillante pero socialmente torpe, consigue el trabajo de sus sueños como becaria en una renovada escudería de la Fórmula 1 para ayudar a mejorar la aerodinámica del monoplaza. Pero su mundo perfectamente lógico se tambalea cuando conoce a Alessio Santoro, el piloto estrella del equipo, arrogante, impulsivo, mujeriego, adorado por las cámaras y enemigo declarado de las estadísticas.

Ambos chocan desde el principio. Ella lo ve como un niño mimado que corre por instinto y no por estrategia. Él la ve como un cerebrito que quiere insertar un chip al alma de las carreras. Pero ambos deberán aparcar sus diferencias y trabajar juntos para ganar el campeonato.

Lo que empieza como una rivalidad tensa, se convierte en un acercamiento inesperado, y quizá en algo mucho más emocionante que una victoria en el podio.

Para Carlos, mi otra mitad.
Gracias por abrirme al mundo
de la F1 y por apoyarme en
toda esta locura literaria.

«Life is about passions.
Thank you for sharing mine».

«La vida es cuestión de pasiones.
Gracias por compartir la mía».

—Michael Schumacher

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia es una obra de ficción y no pretende convertirse en un manual ni en una guía sobre la Fórmula 1. Aunque muchas escenas y detalles técnicos están inspirados en la realidad, me he permitido ciertas licencias literarias para hacer la historia más emocionante y sumergiros aún más en este mundo.

Mi intención es que disfrutéis de cada página y que sintáis la adrenalina, la tensión y la pasión de uno de los eventos deportivos más espectaculares de la actualidad. Gracias por acompañarme en este viaje.

1

Prohibido no correr con un Ferrari

Alessio

Lombardía, Italia

Nunca le he temido a la muerte. Quizá sea porque he convivido de cerca con ella desde que era un crío. Mi abuelo murió en un trágico accidente en Canadá en los años ochenta, haciendo lo que más amaba: ser piloto de carreras de la Fórmula 1. Mi padre estuvo a punto de correr la misma mala suerte y abandonó la competición cuando nací, un detalle que no deja de reprocharme una y otra vez.

Se comenta entre las habladurías del *paddock* que, cuando un piloto tiene mujer e hijos, se lo piensa dos veces antes de lanzarse a un adelantamiento arriesgado. En la pista no hay margen de error. No hay un ápice de incerteza cuando el motor del monoplaza ruge a trescientos kilómetros por hora y cada curva es un reto que desafía tus propios instintos.

Por eso no le temo a nada. No tengo familia por la que merezca la pena luchar. Tampoco ando sobrado de amigos, tiempo libre o, simplemente, de un momento de privacidad. Mi vida está única y exclusivamente dedicada al motor, a llegar a lo más alto del campeonato, a que mi nombre esté cincelado entre los vencedores mundiales de la Fórmula 1, junto al de mi abuelo, al que le debo llegar a lo más alto.

Su legado, además del orgullo y el honor de llevar el apellido Santoro, es este Ferrari 250 GT SWB, salido de fábrica a principios

de los sesenta. *La vecchia donna rossa*, como así la apodó él, ha sido testigo de años de carreras, de paseos por la Costa Amalfitana junto a mi abuela, de décadas guardando polvo en la casa familiar y de su renacimiento cuando, con apenas catorce años, comencé a devolverle la vida en el viejo cobertizo.

Se trata de un pequeño tesoro por el que me han llegado a ofrecer auténticas barbaridades de dinero. Millones y millones de euros que jamás podrían suplir su ausencia. Pero esta pieza de coleccionista nunca estará en venta, porque a la nostalgia no se le puede poner precio.

Así que ahora me limito a sacarlo a pasear de vez en cuando. A veces me asusta que hasta el más mínimo rasguño pueda arrebatarme lo único que me queda de él. Y no hablo de la vieja chatarra, sino del vínculo que aún me une a mi abuelo. Por eso conduzco con cuidado por la autopista que conecta Mónaco con Milán, un trayecto de tres horas y media que esta vez, en cambio, he cubierto en bastante menos.

Por fin he firmado el contrato de mi nuevo apartamento en la glamurosa ciudad de los casinos. No es un lugar que yo hubiera elegido como residencia habitual, pero la mayor parte de los pilotos viven en el Principado. Allí es donde se mueven las fiestas, los patrocinadores y, en definitiva, la pasta. Sobre todo, la pasta.

Ahora ya soy uno de ellos. He dejado de ser el *rookie* de la temporada, el novato sin experiencia al que todos dan una simple palmada en la espalda como premio de consolación. Y este año me estreno con una nueva escudería, la misma que llevó a mi abuelo a ganar una infinidad de campeonatos por el mundo entero. Suena bien, ¿verdad?

Apenas queda un mes para que arranque el campeonato y me dirijo a la ciudad para encontrarme con mi padre. Llevamos semanas sin hablarnos. Aunque, si soy sincero, nunca hemos sabido hacerlo, desde el minuto en el que nací. Es pensar en él y la rabia empieza a arder en mí sin control.

Piso el acelerador, sin darme cuenta de que la aguja ya ha superado los ciento veinte kilómetros por hora, ni de que he abandonado la autopista.

Ciento treinta, ciento cuarenta, ciento cincuenta…

De pronto, un destello azul se refleja en el retrovisor y me arranca de golpe de mis ensoñaciones.

—Mierda, los Carabinieri —maldigo en voz alta mientras clavo el freno y me desplazo con cuidado hacia el arcén.

Observo cómo los dos agentes se acercan despacio, recorriendo con la mirada el chasis redondeado, las largas líneas elegantes y esa silueta estilo *coupé* que realza su aerodinámica. Incluso detenido en el arcén, el coche transmite esa mezcla de belleza y potencia que lo hace perfecto tanto para la carretera como para competir en pista.

—Buenas noches, caballeros. ¿Va todo bien? —pregunto con cautela, tratando de mantener mi rostro angelical, en contraposición a la cara de «chico malo» que tanto les encanta a mis *fans*—. Siento si iba un poco…

—*Oh, Dio*! —exclama el primer policía, interrumpiendo mi falsa disculpa—. Tienes una preciosidad de Ferrari. Una auténtica joya clásica.

Parpadeo despacio. Por un segundo, pensé que me iban a multar por conducir a una velocidad desmesurada. Ya imaginaba a mi equipo de relaciones públicas echándose las manos a la cabeza. Es lo último que necesito después del fiestón de Nochevieja que acabó en todas las revistas.

—Ehh… sí, gracias. Herencia de mi abuelo, era el mejor —aclaro, aún con un gesto cauteloso.

—Marcello, ven aquí. No te pierdas esto —le dice a su compañero, que se ha alejado para admirar los faros y el frontal.

El primer agente estalla en una carcajada de felicidad y me tiende la mano para chocarla, como si fuéramos dos viejos amigos.

—*Che belleza!* Venga, hazla rugir un poco, que la oigamos bien —sugiere Marcello que se ha venido muy arriba y espera el sonido excitado.

Me quedo desconcertado durante unos segundos. Llevo tantos años viajando por el extranjero que había olvidado cómo era la policía en Italia. Y es que aquí Ferrari es una institución. Tanto como el Coliseo de Roma, el imperio Berlusconi, la Iglesia católica y hasta la propia *pizza* margarita.

Inclino la cabeza levemente y me recuesto en el asiento de nuevo. Giro la llave y el motor emite un gemido salvaje, casi animal.

—*Mamma mia*! —exclaman los dos al unísono, dando pequeños saltitos en el suelo, como si fueran dos niños pequeños a los que acabaran de regalar un juguete en Navidad.

Piso el acelerador con suavidad y el motor vuelve a aullar como una aeronave a punto de despegar. Los pocos coches que transitan a esta hora por la carretera cruzan a nuestro lado, embelesados, y el sonido se acopla en los edificios a la entrada de la ciudad.

—¡Basta, basta! —se ríe Marcello, llevándose la mano al estómago.

Observo cómo el primer policía se detiene en seco y le hace una señal a su compañero para que guarde silencio. No sé dónde meterme ni qué está pasando por su cabeza hasta que sigo la dirección de su mirada y ambos nos encontramos fijándonos en la pegatina de Rosa Nera, la escudería original en la que corría mi abuelo.

Unas espinas se enredan alrededor de las letras del apellido «Santoro», serigrafiado en negro en el centro del emblema. Un icono clásico que solo los aficionados de verdad sabrían reconocer.

—Pero… Pero… —titubea el agente con voz temblorosa—. ¿No serás… Santoro? ¿El nieto de Raffaele Santoro, el mejor piloto de Fórmula 1 de todos los tiempos?

Sacudo la cabeza orgulloso porque, pese a los más de cuarenta años que han transcurrido desde su muerte, su recuerdo aún permanece vivo en el imaginario de la gente.

—Cuando se lo cuente a mi mujer no se lo va a creer.

—Esta temporada queremos ver a un italiano en el podio y si vuelve a ser un Santoro mejor.

Veo las caras de felicidad de ambos y, teniendo en cuenta que ya voy tarde a mi cita, les propongo, para que me dejen marchar:

—¿Qué os parece que nos saquemos una foto, ya que estamos aquí?

—Nada nos haría más felices —proclama Marcello, que no ha tardado ni dos segundos en sacar su iPhone del bolsillo—. Bueno,

eso y que nos suban el salario, que cada vez es más peligroso ser policía en esta ciudad.

Ya veo.

Los dos agentes se colocan a mi lado para hacerse la foto y yo finjo estar feliz, por la cuenta que me trae salir de este embolado indemne.

—Oye, me preguntaba si tendrías unas entraditas para la carrera de mayo en Imola o, tal vez, la de septiembre aquí, en Monza. A mi hijo le haría mucha ilusión poder ver a sus ídolos en directo. Ya sabes, los críos…

Ya. Los críos.

Finge una sonrisa traviesa mientras yo rebusco si llevo alguna tarjeta de mi agencia. Él aprovecha esos segundos para reforzar su argumento:

—Cuando te hemos parado ibas un poquito rápido y, ya sabes, por nosotros no hay problema —murmura, dándole un codazo a su compañero—. No puedes desperdiciar un Ferrari poniéndolo a menos de cien, incluso en la ciudad. Pero nuestros jefes, ya sabes.

Ya. Los jefes.

—Claro, no hay problema, amigos. Porque ahora todos somos amigos, ¿verdad? —Les tiendo la cartulina con el número de mi persona de contacto—. Llamad y decid que vais de mi parte; os acomodarán en las gradas VIP del circuito que elijáis. Ahora tengo que irme, he quedado con unas personas muy importantes de la Federación Internacional. Es una reunión secreta —miento y les guiño un ojo para ganar su complicidad—. ¡Que tengáis buena noche y saludad a vuestras mujeres e hijos!

Piso el acelerador, dejando las luces azules atrás, y me limpio el sudor fingido con la manga del jersey. Esta noche me he librado por muy poco de volver a ser la comidilla de la prensa sensacionalista.

2

Una oportunidad irrechazable

Daniela

Barcelona, España
Taller mecánico Serra, Mataró

«*No need to ask. He's a smooth operator. Smooooth operatorrr…*». La letra de la mítica canción de Sade lleva colándose en mi cabeza desde el pasado fin de semana, cuando repasaba las últimas carreras de la Fórmula 1 para introducir lo que se viene en la nueva temporada. Cojo la llave inglesa de la caja y la convierto en un micrófono improvisado. Mientras me limpio las manos de grasa en el mono de trabajo, me suelto el pelo y me dejo llevar, recreándome como una estrella en el escenario.

—Estás de muy buen humor hoy, Ratita —afirma mi padre cuando aparece con un par de botellas de agua. Me tiende una, invitándome a tomar un descanso.

Esta semana han entrado tres coches clásicos a última hora en el taller y, cuando se le acumula la faena, suelo echarle una mano mientras no me salga nada de lo mío.

—Oye, grandullón, deja de llamarme así que ya no tengo siete años —le reprocho cruzándome de brazos y gruñendo por dentro—. Y mucho menos en público, tengo una reputación que mantener.

—¿Lo dices por ese noviete tuyo de la facultad? ¿Cómo se llamaba? ¿Oriol?

—No, ya no estamos juntos —murmuro con la cabeza gacha—. Tuvimos una pelea hace unas semanas y dijo que…

—¿Qué te dijo, Ratita?

Vuelvo a sentarme en la camilla de ruedas y me deslizo bajo el parachoques delantero para tener mejor acceso al cárter del motor, drenar bien el aceite y que selle mejor.

—Dijo que últimamente solo me importaba este taller, que no hacía cosas femeninas como ir a hacerme las uñas como las otras chicas —farfullo mientras desatornillo la plancha protectora que cubre el cárter y doy gracias a no estar viendo la cara de mi padre en este momento—, que prefiero pasarme los días enclaustrada leyendo un ensayo sobre la «Tercera Ley de Newton» que yendo al cine o a comer con él.

Recuerdo la surrealista conversación que mantuvimos semanas atrás. Mejor eso que no escuchar a los esnobs de sus amigos hablando de criptomonedas. ¡Menudo cretino!

Mi padre estalla en una carcajada que me deja estupefacta, y me deslizo de nuevo bajo el coche para verle la cara.

—Vaya, no me equivocaba con él. Es un completo idiota por no saber apreciar tus cualidades, cariño.

—¿Verdad? —pregunto con los ojos abiertos de par en par y, de repente, me detengo cuando me doy cuenta de su verdadero significado—. Espera, espera. ¿Eso quiere decir que estás de acuerdo con él? ¿También me ves así, papá?

—A ver, Ratita. Si te llamo así es porque de pequeña eras una ratita de biblioteca que se metía en su habitación a estudiar hasta que llegaba la hora de cenar —explica con una sonrisa orgullosa, tratando de medir sus palabras—. Digamos que no eres una chica convencional.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Casarme joven, dejar de trabajar y quedarme en casa cuidando de mi marido y mis hijos? ¿Que estamos en el siglo XVII?

—¡Jamás! Mi dinero me ha costado esa doble ingeniería en mecánica y aeronáutica, que con tanto esfuerzo has logrado. Ese cerebrito tuyo vale oro como para desperdiciarlo como una simple mujer florero, pero… —se detiene unos segundos y su gesto se

transforma en derrota— tampoco quiero que desperdicies tu talento en el taller mecánico de tu viejo.

—Papá, ¿qué estás diciendo? Pensé que te encantaba que trabajásemos juntos.

Me pongo de pie y alzo los brazos para gesticular de forma exagerada. Sé que desde que acabé la carrera no he hecho otra cosa que ayudar a mi padre. Es solo que estoy esperando una oportunidad que esté a la altura de mis cualificaciones y, si puede ser, cerca de mi familia.

—Y me encanta. Además, se te da muy bien. Esas manitas pequeñas pueden introducirse mejor cuando tienes que arreglar la caja de cambios —explica sonriente—, no como estas manazas torpes que tengo yo.

—No podría haber tenido un mejor maestro del que aprender.

Abro los brazos para colgarme de sus hombros, y él me estrecha contra su cuerpo para depositar un beso en mi pelo.

—Es solo que… No quiero que vuelvas a desaprovechar otra oportunidad como cuando Airbus te ofreció una beca para trabajar en su fábrica de Toulouse —opina con el ceño fruncido.

—Sabes por qué no la acepté. No podía dejar que cargaras tú solo con la situación de mamá.

—Cariño, ella solo quiere que seas feliz y que vivas tu vida plenamente.

Medito sus palabras unos segundos y me retrotraigo a mis pensamientos. Hace demasiado tiempo que dejé de tener conversaciones tan profundas con ella, porque es la misma de cuerpo, pero su mente nos ha ido abandonando con los años.

Los pronósticos de los médicos no son muy positivos y recibimos diagnósticos contradictorios que no hacen más que añadir incertidumbre y frustración a la situación. Por un lado, aseguran que esta es una enfermedad irreversible y —en palabras delicadas— tiene los días contados. Por el otro, afirman que existen tratamientos, pero requieren demasiado dinero. Y este taller siempre ha funcionado bien, pero lo justo para mantenernos a los cuatro y llegar a duras penas a final de mes.

—Dani, ¿estás ahí? —chasquea los dedos frente a mí—. Te están llamando, ¿no lo vas a coger?

—Sí, perdona, estaba distraída.

Observo cómo un número desconocido parpadea en la pantalla del móvil. Tiene prefijo italiano, así que lo más probable es que sea *spam*. Paso. Lo tiro junto al carrito de las herramientas, ante la mirada perpleja de mi padre, y vuelvo a coger el gato hidráulico para seguir con mi tarea.

—¿Teléfono de Daniela Serra? Al habla su secretario —bromea mi padre, provocando que mis ojos se agranden de golpe.

—Pero ¿qué haces? ¿Es que te has vuelto loco? —susurro, realizando aspavientos con los brazos.

—Un momento, *per favore* —sonríe travieso con ese característico gesto facial que también ha heredado mi hermano pequeño.

Yo me limito a sacudir la cabeza de incredulidad.

Me resigno y amago con atender la llamada, pero tengo las manos llenas de grasa, así que le pido a mi padre, en un murmullo, que ponga el manos libres para oír la conversación.

—Hola, soy Daniela, ¿quién me busca?

—*Signorina Serra, piacere.* Perdona que *mio spagnolo* no sea muy bueno, pero quería hablar con usted de una oferta de trabajo que ha solicitado como ingeniera.

—Perdona, ¿pero qué tipo de broma es esta? —repaso mentalmente las candidaturas recientes y no me suena que ninguna fuera más allá de veinte kilómetros a la redonda de mi casa—. Mire, si esto es algún tipo de estafa, no quiero que me haga perder el tiempo.

—No, *per niente*. Excusa mis modales —se disculpa el hombre, con un acento español roto, al otro lado de la línea—. Soy Andrea Rossi, jefe de ingeniería de la escudería Rosa Nera de la Fórmula 1. Le llamo porque he estado revisando su candidatura y estoy *molto impressionato* con su proyecto final de carrera.

Tropiezo con una herramienta tirada en el suelo y reprimo un aullido del susto. Comienza a faltarme el aire y giro de manera brusca para averiguar si todas las ventanas están cerradas. Me

abanico con la mano, con las palmas húmedas de sudor, y tardo todavía unos segundos en recuperar la compostura.

—Er… gracias, supongo. No sabía que tuviera acceso al proyecto.

—*Ho parlato* ya con sus profesores de la universidad y me han dado muy buenas referencias de usted. Somos una nueva escudería. Bueno… —se corrige a sí mismo—, somos la vieja escudería Rosa Nera de los años sesenta, pero renovada, y queremos llevar este año a nuestros pilotos a lo más alto.

—¡La conozco! He seguido su trayectoria, no me pierdo una carrera desde que tengo uso de razón —exclamo orgullosa—. Siento que las cosas no salieran bien con la escudería Donato Moda, pero creo que ahora tienen una oportunidad de renacer y hacer las cosas de otra manera.

—*Brava ragazza!* Esa es la actitud —coincide y veo cómo mi padre asiente satisfecho. Espero que esto no sea una broma más suya y de mi hermano pequeño, porque juro que me los cargo en cuanto cuelgue la llamada—. Me gustaría concertar una cita *online* mañana por la mañana, si está disponible.

—Sí, claro. Cuando usted diga.

—Perfecto, si le parece bien nos vemos a las diez. Ahora mismo le mando toda la información por *e-mail*.

Nos despedimos y parpadeo varias veces sin salir de mi asombro. No doy crédito a la llamada que acabo de recibir.

Mi padre da saltitos de alegría frente a mí. Yo no puedo digerir ahora mismo todo esto, así que salgo a la calle para inhalar todo el oxígeno que puedo. Doy un par de bocanadas y vuelvo dentro, mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Has oído lo mismo que yo?

—Sí, Ratita. Estoy muy orgulloso de ti. Sabía que lo conseguirías.

Me aprieta muy fuerte contra su pecho y creo que una lágrima me resbala por la mejilla de la emoción.

—Pero ¿cómo puede ser que me hayan llamado? Rellené todo el formulario en aquella página de ofertas de la Fórmula 1, aunque no

llegué a enviarlo. Fue solo una broma. Estaba convencida de que nunca me llamarían, así que me rajé en el último momento.

—Venga, vamos a hacer las maletas, no hay tiempo que perder.

—¡Para el carro! ¿Dónde vas tan rápido? Ni siquiera he hecho la entrevista y no puedo marcharme así, sin más. Está mamá, el taller…

—Ratita, los trenes pasan una vez en la vida. Bueno, en tu caso dos, pero eres demasiado inteligente como para dejar escapar otra oportunidad así.

—Sería algo increíble, la verdad —trato de convencerme a mí misma, llevándome las manos a la cabeza. Mierda, ya tengo todo el pelo lleno de grasa—. Trabajar desde dentro de la escudería, con los mejores pilotos, en los circuitos más rápidos del mundo y manejando los sistemas de ingeniería más innovadores. ¡Qué pasada!

—Es tu sueño desde que eras niña y te llevaba a Montmeló a rodar con aquellos coches en miniatura por la pista.

—Total —contesto exultante—. Además, nos vendría bien un salario extra… Ya sabes, para el tratamiento de mamá.

Mi padre resopla.

—Daniela —los segundos se alargan en el ambiente—, no hagas esto por dinero ni por tus padres. Hazlo por ti, por tus sueños. Sal a la calle y cómete el mundo. ¡Tienes a una maldita escudería de Fórmula 1 a tus pies!

—Joder, sí, la tengo —me doy cuenta tras unos segundos y dejo que mi sonrisa se ensanche.

—Jovencita, controla esa boca o tu hermano te obligará a meter un euro en la hucha de las palabrotas —me advierte con una mueca traviesa.

—Perdón —me disculpo, juntando las manos—. Dios, al enano le va a dar un infarto cuando se lo contemos.

Mi padre desvía la mirada, como si el asunto no tuviera nada que ver con él. Algo en su gesto me huele raro. Me cruzo de brazos y me planto frente a él.

—Digamos que él… ya lo sabía —confiesa, rascándose la cabeza —. Es quien más confianza tiene en su hermana mayor y fue también quien presionó la tecla de «enviar» cuando dejaste abierto el portátil.

Abro tanto los ojos que creo que se me van a salir de las órbitas.

—¡Lo sabía! Seréis…

3

Una cena indigesta

Alessio

Milán, Italia
Distrito cuadrilátero de oro, Milán

Llevo diez minutos con el coche aparcado frente al restaurante, donde he quedado a cenar con mi padre. Mis manos están aferradas al volante, tan fuerte que mis nudillos comienzan a amoratarse.

El aparcacoches me mira desde la entrada con el entrecejo fruncido, como si dudara entre acercarse para ofrecer su servicio o dejarme una parcela de privacidad. Una mezcla de emociones se refleja en sus ojos: esa fascinación por ponerse al volante de esta joya clásica y el temor a enfrentarse a una reliquia que podría resultar dañada si rozase una columna cercana.

Al final me decido a salir, atormentado por la imagen de mi padre echando pestes por mi tardanza. Le ofrezco las llaves al *valet,* y mis ojos penetran en los suyos.

—No quiero ni un rasguño o no responderé de mí —le suelto, amenazante.

—Sí…, claro, señor. No se preocupe.

«¿Señor?». Me hace gracia que me llame así, porque parece que tenemos la misma edad. Pero, claro, estará tan acostumbrado a tratar con peces gordos que su trabajo no se limita a aparcar coches; también tendrá que aprenderse de memoria las caras de

políticos, empresarios, jugadores del Inter y todo tipo de mandamases que pasan por aquí.

Veo su gesto de temor y me arrepiento enseguida de haberle hablado así. Cuando salga, le daré una buena propina. No quiero descargar mis frustraciones con quien menos se lo merece. Solo pensar en lo que me espera ahí dentro con mi padre hace que se me tense la mandíbula y los puños se me cierren con hostilidad hacia él.

El sonido del coche al calarse capta mi atención, y me giro para fulminar con la mirada al chaval. Me pide perdón con ojos de cachorrillo abandonado a través de la luna delantera. Pero ya es tarde; no habrá propina para quien dañe a *La vecchia donna rossa.*

Entro al restaurante y lo atisbo de lejos con el móvil en la mano. En un instante, escenas de mi infancia pasan por mi mente: las carreras de *karting* que no ganaba, los choques con algún rival que me penalizaban, los duros entrenamientos a cinco grados a la intemperie…

Puedo comprobar que conserva la misma expresión colérica de entonces y ya solo puedo rezar para que un milagro acabe con esta cena y no nos volvamos a ver hasta dentro de unas semanas.

—Massimo.

—Ya era hora, Alessio —responde seco cuando se gira al verme —. No creas que tengo toda la noche para ti.

Se levanta y me da un abrazo rápido. No porque lo sienta, sino porque en este restaurante siempre abundan los *paparazzi* dispuestos a sacar la foto más jugosa. Y las apariencias son lo primero en la familia Santoro.

—¿Qué tienes que hacer después? ¿Acudir a alguna de esas fiestas donde os gusta salir con chicas de mi edad? —ironizo con una clara intención de sacarlo de sus casillas.

—A mí no me faltes el respeto, hijo —pronuncia con sorna y pasea sus ojos por toda la sala en busca de alguna mirada indiscreta —. Ya he pedido por los dos. Enseguida nos sacarán la cena.

—Oh, gracias por tener en cuenta mi opinión. No sabía que supieras ya lo que me apetecía cenar.

—No estás en disposición de comer lo que quieras —me acusa apuntándome con el dedo—. Sabes que tienes que llevar una

alimentación alta en proteínas y fibra. Esto no es una fiesta infantil de cumpleaños. Quedan semanas para que empiece la temporada y tienes que rendir al máximo nivel.

Me cruzo de brazos y espero a soltar mi réplica cuando el camarero se acerca a servirnos vino y agua. Los dos permanecemos en silencio, retándonos con la mirada, mientras coloca un par de paquetes de *grissini* sobre la mesa, los cuales mi padre aparta de un manotazo para que no tenga acceso a ellos.

—Confío en que este año las cosas vayan mejor con Rosa Nera —afirmo, tratando de concentrarme en lo que me esperan los próximos meses. De esta temporada depende mi estabilidad en la categoría reina del automovilismo—. Ya tengo ganas de empezar.

Por un momento, observo cómo el rictus de mi padre se relaja, al comprobar que no quiero seguir manteniendo esta guerra abierta.

—Este será el año si te esfuerzas al máximo. Lo de las temporadas anteriores… dejémoslo en que ha sido una mezcla de mala suerte y tus ganas de hacérmelo pasar mal.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—No me lo puedo creer. O sea que todo lo que viví en Donato Moda ha sido culpa mía.

Suelto una carcajada amarga que atrae las miradas de las mesas de alrededor. Algunos comensales cuchichean cuando reconocen quiénes estamos cenando en el mismo restaurante.

—No seas desagradecido, Alessio. Donato Moda te dio la oportunidad de llegar a lo más alto y tú solo te empeñas en culparlos de todo lo malo —me acusa dando un manotazo en la mesa—. Sin ellos, hoy seguirías en los karts o en la Fórmula 3. Con tu edad ya deberías estar cosechando podios.

—¡Las excusas son solo para los débiles! —clamamos al unísono en una expresión que le he oído un millón de veces.

El camarero carraspea cuando se acerca con los platos. Nos apartamos para que los coloque sobre la mesa, y el hombre traga saliva antes de susurrar: «*Buon appetito*».

—Si no te hubieras empeñado en que subiera de categoría hace dos años a mitad de temporada, negociando un contrato de mierda,

hoy no estaría donde estoy —le reprocho, señalando al principal responsable del fracaso.

—Ah, ¿es así como me lo agradeces? —ironiza, apuntándome con el cuchillo antes de hincarle el diente a los entrantes—. La mayor parte de los campeones mundiales comienzan antes de los veinte. No podía dejar que pasara más tiempo.

—El primer año me dejaron como piloto reserva y la temporada pasada me ascendieron a primer piloto, solo porque el anterior tuvo aquel fatídico accidente.

—Y fuiste tan imbécil que ni siquiera supiste aprovechar la oportunidad.

Se mete un bocado de *mozzarella* a la boca y bufo para no estallar por los aires en mitad del restaurante. Se me ha quitado todo el apetito y mi plato yace intacto sobre la mesa.

—Vaya, parece que la culpa sigue siendo mía. —Esbozo una sonrisa cargada de incredulidad—. La escudería de Donato no tuvo nada que ver. Que tuviera un equipo con una alta rotación, porque nadie quería seguir trabajando allí. Que los que quedaron eran tan brillantes que solo se les ocurrió ponerme neumáticos de lluvia en un día con un cielo despejado y treinta grados porque no quedaba ninguno más —mi tono de voz se va acrecentando por momentos—. Cuando quisieron probar una nueva suspensión y saltó por los aires en la primera curva. Cuando el sistema de hidratación fallaba, carrera sí, carrera también, y en Singapur casi muero de deshidratación.

»Había sesenta grados dentro del monoplaza. ¡Sesenta malditos grados y casi un ochenta por ciento de humedad relativa! ¿A ti te parece que, con todo eso, no pudieron asumir un poquito de responsabilidad?

Mi padre se queda callado unos segundos sin saber qué contestar. Donato Moda pertenecía a un conglomerado empresarial italiano que vendía trajes caros y calzado, por lo que su idea de conducir una escudería de alto rendimiento se reducía a entre cero y nada.

Y así les fue, porque entre tantas deudas quebraron el año pasado. Y con ello, la posibilidad del proyecto Rosa Nera de volver a

renacer con Giorgio Salvatore como nuevo CEO, antiguo mejor amigo y compañero de carreras de mi abuelo desde que ambos eran unos críos.

—Deja de llorar como una nenaza y compórtate como un hombre. Ya tienes edad para asumir tus responsabilidades.

—Será que he tenido el mejor maestro, porque tú tampoco has asumido toda la mierda por la que me has hecho pasar.

—¿Ves? Siempre echando balones fuera. No me extraña que no llegues a nada en la vida si siempre vas llorando por las esquinas.

Chasquea la lengua y sigue cenando con tranquilidad. No me puedo creer que sea tan beligerante con sus acusaciones. Pero eso sí, esas solo las arroja contra su hijo, sangre de su sangre. De cara a la galería luce su mejor sonrisa, de esas con las que tiene que fingir con todo el mundo, excepto conmigo que ya lo tengo demasiado calado.

—Eres insufrible, Massimo. No me extraña que tu nueva mujer te haya pedido el divorcio otra vez. ¿Cuántas van, padre? ¿Tres, cuatro? —ironizo, apretando los puños sobre la mesa—. Puede que me hayas enseñado a competir contra los mejores, pero jamás has tenido una palabra de ánimo ni de aliento conmigo. Me has tratado peor que a un saco de basura, y eso no se me olvidará en la vida.

Me incorporo de golpe, dispuesto a salir de allí disparado, pero él me sujeta con firmeza del brazo. Sus ojos, llenos de ira y ensangrentados, se clavan en los míos con una furia contenida, como si quisiera fulminarme y dejarme hecho trizas en el acto.

—¿Cómo te atreves? Tuve que dejar la competición por ti. Lo abandoné todo para criarte y que llegaras a lo más alto.

Claro, faltaban los reproches sobre su carrera. El santo padre que sacrificó su exitosa trayectoria automovilística por verme crecer y que, de forma paradójica, casi nunca estaba en casa.

Me libero de su agarre y salgo del restaurante, consciente de las miradas incómodas del resto de los comensales. El aparcacoches, que ya me ha visto marcharme enfurecido, regresa al cabo de medio minuto con mi coche intacto. Agarro las llaves con rabia y, a mi espalda, el chico murmura:

—Este año irá mejor, Santoro. Llegarás al podio. Yo… —vacila—. Yo creo en ti.

Me detengo un instante con la llave en la mano, a punto de romperse por la fuerza con la que la estoy comprimiendo. Me giro despacio y saco la cartera del bolsillo para darle el primer billete de cien euros que encuentro. Él lo observa, atónito, dudando unos segundos, como si pensara que me he equivocado.

—Gracias —un hilo de voz sale de mi boca—. Gracias, de verdad.

4

Un equipo renovado

Daniela

Bérgamo, Italia
Aeropuerto Internacional de Orio al Serio

Llevo dos semanas como un auténtico flan. Todo ha sucedido tan deprisa que apenas he tenido tiempo de asimilar lo que me espera en los próximos meses. Tras pasar un par de entrevistas *online*, un test psicotécnico y completar varios exámenes de idiomas —en el mismo tiempo récord en el que se hace una parada en boxes—, me ofrecieron un puesto como ingeniera júnior en prácticas. Tardé un par de días en tomar la decisión y, sabiendo que serían solo unos meses alejada de casa, me tiré a la piscina, consciente de que no podía desaprovechar esta oportunidad.

Así que aquí estoy, subiéndome por primera vez a un avión en toda mi vida. Parece mentira que me haya graduado en Ingeniería Aeronáutica y que conozca al detalle cómo funciona una aeronave, el comportamiento del aire y hasta el origen de las turbulencias. Sé que todo está controlado al milímetro y que este es, objetivamente, el medio de transporte más seguro del mundo.

Aun así, el miedo puede con la lógica. Creo que tengo tanto pánico a volar que, incluso, ha conseguido eclipsar la inquietud que me provoca comenzar esta nueva aventura profesional.

—Señoras y señores, en breves minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Bérgamo —anuncia la sobrecargo por el PA—. Les

rogamos que se abrochen los cinturones, plieguen las mesitas y levanten las persianas de las ventanillas. Les agradecemos haber elegido BarnaJet para disfrutar de esta experiencia con nosotros.

Miro a través del orificio ovalado y distingo, a lo lejos, las Dolomitas italianas cubiertas de nieve. Estamos en pleno mes de febrero y el blanco se extiende por los picos y las laderas de las montañas como si alguien hubiera espolvoreado azúcar glas sobre el paisaje. A medida que descendemos, los detalles se hacen más nítidos: un promontorio que emerge en medio de la ciudad, los tejados de pizarra de los suburbios y los caminos rupestres que serpentean entre ellos.

El avión va acercándose al aeródromo y siento un leve rugido en los motores cuando desciende el tren de aterrizaje. Pego un leve brinco en el asiento y la mujer que se sienta a mi lado, que lleva haciendo sudokus con una pasmosa serenidad desde que hemos despegado del aeropuerto de El Prat, coloca su mano sobre la mía para tranquilizarme.

—¿Primera vez?

—Ajá —vacilo, aferrándome al asiento—. Y quizá la última, visto lo visto…

—No te preocupes, es normal en este aeropuerto, cielo. —Me lanza una sonrisa tranquilizadora—. En nada aterrizaremos. Ya verás cómo te olvidas de todo en cuanto pises suelo. Este país es precioso.

Rezo por dentro para que tenga razón. Respiro hondo y me yergo en el asiento cuando, con un par de sacudidas bruscas, el avión finalmente toca tierra.

Desembarcamos al cabo de unos minutos y tanto el personal como los carteles nos indican el camino hasta la sala de recogida de equipajes. No es un aeropuerto demasiado grande, pero han aterrizado varios vuelos al mismo tiempo, así que la terminal se encuentra a rebosar de gente. Aun así, mi maleta aparece pronto en la cinta y atravieso las puertas giratorias hasta encontrarme con mi nombre escrito en la pantalla de un iPad.

—*Ciao…, sono Daniela, Daniela Serra. Piacere* —saludo tratando de desplegar mis mejores habilidades en italiano; esas que llevo dos

semanas practicando en Duolingo con mucho entusiasmo y poca pericia.

—Uy, no, no. Yo de italiano, cero. Hablo solo inglés —explica el chico de rasgos africanos con un perfecto acento británico, más propio de las comedias románticas londinenses.

—¡Ah…! —Me río con un gesto inocente—. Pues entonces creo que nos entenderemos mejor —digo aliviada, pues era una de mis asignaturas preferidas en el colegio y la he perfeccionado viendo vídeos de la Fórmula 1.

—Bienvenida a Italia, Daniela —exclama cogiéndome la maleta.

—Puedes llamarme Dani; así me llaman mis amigos.

—¿Así que… ya somos amigos? —Arquea una ceja—. Te veo muy acelerada para alguien que acaba de aterrizar.

Su expresión cambia de golpe y desaparece cualquier rastro de la simpatía con la que me había recibido segundos atrás.

Genial. Empiezo con mal pie en este nuevo trabajo. No es que haya venido a hacer amistades y tampoco es que me queden demasiadas en casa. He dedicado tantos años a estudiar y a sacar las mejores notas que me he refugiado demasiado en mí misma y en mi familia, evitando salir de mi zona de confort. Hasta hoy.

—Perdona, yo…

Estalla en una carcajada, toma mi maleta con naturalidad y echa a andar hacia la salida.

—Tranquila, era broma —afirma, todavía riéndose—. Soy Will, Will Lakowe, pero no muerdo… al menos no en horario laboral.

Suelto una bocanada de aire con todo el oxígeno que estaba conteniendo. Por un momento, he tenido la tentación de coger de nuevo el avión para regresar corriendo a casa.

—Encantada Will, ¿eres…?

—Soy negro, sí —se ríe, enseñándome el brazo con ese humor británico que ya comienzo a comprender—. Nací en un suburbio de Londres poco después de que mis padres emigraran desde Nigeria.

—No, no quería decir eso —me disculpo nerviosa—. Preguntaba si eras también ingeniero o…

—Jajaja. Relájate, Serra. Solo te estaba tomando el pelo, aunque suelen preguntármelo mucho. No es algo habitual por aquí.

No es un secreto que este es un deporte elitista y solo los hombres blancos son aceptados en el selecto club de la Fórmula 1.

—Solía ser así, pero poco a poco las cosas van cambiando.

—Muy poooco a poooco —ironiza, alargando la «o» para evidenciar la lentitud de los progresos en este ámbito. Yo no podría estar más de acuerdo. —En realidad soy mecánico, aunque estudio por las noches para poder graduarme en ingeniería. Me quedan solo dos años, pero nos pasamos toda la temporada viajando. Con el cansancio y el *jet lag* no es tan fácil compaginarlo.

—Vaya, me encantaría poder ayudarte, pero haré las prácticas en la fábrica, aquí en Bérgamo. Ojalá pudiera viajar con el equipo por todo el mundo —me lamento mordiéndome el labio—. Soy fanática desde que era una cría y, aunque para mí haber llegado hasta aquí ya es un logro, no puedo evitar soñar con más.

Coloca la maleta y mi mochila en el maletero, y nos disponemos a salir del *parking* en dirección a la sede central, donde me han ofrecido una habitación en el complejo.

—Vaya, qué pena, porque creo que tú y yo podríamos ser grandes amigos.

—¿Es que no tienes muchos por aquí?

Se queda unos segundos en silencio pensando la respuesta.

—Digamos que… han sido unos años duros con Donato Moda.

Asiento con un gesto de comprensión mientras me abrocho el cinturón. Lo que pasó con esta escudería fue un auténtico bochorno y una falta de respeto a los pilotos y a todo el equipo técnico, así que puedo imaginar su resignación.

—Tuvo que ser horrible. Lo que dicen los medios no será nada igual a lo que sería vivirlo desde dentro de casa.

—No te voy a decir nada que no sepas ya —resopla con hastío —. La gestión fue nefasta, un auténtico desastre. No te puedes imaginar lo que es ver a muchos compañeros largarse del trabajo de sus sueños solo por el ambiente tóxico que se generaba en boxes.

—Lo siento. Solo espero que Rosa Nera sepa hacerlo mejor.

—No sé qué saldrá de todo esto, pero he visto voluntad y predisposición para cambiar las cosas. Se están contratando a nuevos profesionales para minimizar los daños mecánicos derivados

de la anterior gestión. —Se gira hacia mí, coloca la mano en mi hombro y silba de emoción—. Por cierto, Dani, eso me hace pensar… Menudo proyecto te has marcado. Aquí todo el mundo habla ya de ti. Estamos impresionados.

—Ehh... ¿en serio? ¿Quién habla de mí? —Me revuelvo nerviosa en el asiento. Odiaría ser el centro de atención antes de llegar a mi nuevo puesto de trabajo.

—El equipo, los ingenieros, los mecánicos... Hay demasiada testosterona en el *paddock*. Es la primera vez que entra una mujer en el equipo fuera del área de Marketing y Comunicación —confiesa, divertido—. Pero, tranquila, por eso he venido yo a buscarte, para prepararte para lo que te viene encima en tu nueva casa.

Will estalla en carcajadas al ver la expresión de espanto que se me debe de haber dibujado en la cara.

—Oh, Dios. Da la vuelta, por favor. Creo que he tomado una malísima decisión.

—No, Dani. No te voy a negar que son una panda de cenutrios —sonríe, dejando entrever una dentadura impecable, casi tan blanca como la nieve—, pero también son buena gente. Casi todos, eso sí. Digamos que no me fío del nuevo *team princ...*

—Domenico Ferrara. ¿Qué pasa con él?

Will abre la boca, pero la cierra al instante. Se debate entre contarme algo o callar para siempre. Al final, se limita a decir:

—Nada, todo irá bien.

Él continúa hablando del equipo mientras yo me refugio en mis propios pensamientos. Los nervios me trepan por la columna vertebral y siento cómo las piernas amenazan con echarse a temblar en cualquier momento. ¿Me habré precipitado aceptando este puesto? ¿No estaría mejor trabajando con mi padre en el taller?

Sea como sea, estamos a diez minutos de llegar y mi nueva vida empieza aquí.

Ya no hay tiempo para arrepentimientos.

Ya no hay marcha atrás.

5

Un nuevo comienzo

Alessio

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera.

Mierda, no podía empezar el día de la peor manera. Soy un jodido idiota. Si al final mi padre va a tener razón después de todo.

Gruño por dentro y me lanzo a la ducha con la misma ropa interior que llevaba anoche puesta. Cuando llegué no fui capaz ni de ponerme una mísera camiseta de pijama de la tajada que llevaba. Y ahora mismo ni siquiera sé muy bien cómo llegué a casa.

A veces me empeño en vivir mi juventud como cualquier chaval de mi edad y siempre se me olvida que estoy en el foco de todas las miradas; sobre todo aquí, en Italia. Era consciente de que no debía acudir a esa fiesta. Algo en mi interior me lo gritaba con un sistema de megafonía, pero quería disfrutar hasta el último momento antes de empezar oficialmente la temporada.

Llego a la renovada sede central de Rosa Nera con el tiempo justo y comienzo a saludar al equipo. La nueva escudería ha sabido aprovechar los rescoldos de lo que, hasta hace pocos meses, fue la casa de Donato Moda: un complejo de más de treinta mil metros cuadrados distribuidos entre la fábrica de producción, donde se diseñan y construyen los prototipos de los monoplazas; la zona de conferencias, que alberga las reuniones de los diferentes equipos de

trabajo, y el área administrativa, donde se concentran los despachos y los diferentes espacios operativos.

Además, han decidido conservar parte del antiguo personal, así que no me resulta difícil reconocer algunas caras de la temporada pasada. Otras, en cambio, parecen nuevas, incorporadas para este ambicioso proyecto. Como esa chica que toma medidas a los alerones en la fábrica. Tal vez sea una nueva contratación del departamento de Relaciones Públicas, como suele ser habitual. Es extraño verla en planta, pero ese peto vaquero que lleva puesto realza unas curvas imposibles de ignorar.

«Joder, Alessio, céntrate. Tienes terminantemente prohibido liarte con ninguna compañera», me reprocho con severidad.

Luego son todo jaleos; se encaprichan y siempre desean algo más. No quiero compromisos estables. Ahora mismo solo debo centrarme en mi carrera profesional y, para el resto, tengo a mi disposición a la mujer que quiera.

Ojalá todo fuera tan fácil como con Irina. Ella es un recurso casual para desahogarme cuando más lo necesito. Pero, fuera de ahí, las cosas se están complicando y la prensa del corazón insiste en insinuar que pronto pasaremos por el altar. Cada día inventan una historia nueva y no puedo evitar reírme de las estupideces que publican cuando están aburridos.

—Buenos días, caballeros —interrumpe una voz firme—. Vamos a comenzar la reunión.

Tomamos asiento a lo largo de una mesa ovalada. En total seremos unas treinta personas: el equipo de confianza que tomará las decisiones de más alto nivel. Hoy comenzamos con la reunión de pretemporada. La semana que viene tendremos la presentación oficial del nuevo monoplaza en Londres para continuar después con los test en el circuito de Baréin, donde realizaremos sesiones para probar los nuevos coches.

—Bien, vamos a empezar ya. Antes de nada, quería daros a todos una calurosa bienvenida a nuestra recién estrenada escudería Rosa Nera. Muchos ya me conocéis. Para quienes todavía no lo hagan, más vale que pongáis la foto de mi arrugada cara en

vuestras mesillas de noche, porque voy a ser la mayor de vuestras pesadillas durante esta temporada.

Los presentes estallan en carcajadas, porque si hay alguien que no alberga una pizca de malicia es este señor: Giorgio Salvatore, el máximo responsable ejecutivo. Me conoce desde que era un crío y ha ejercido casi como un abuelo para mí, al haber sido el mejor amigo del mío hasta que aquel fatídico accidente se llevó su vida por delante.

—No quiero ponerme melancólico —reanuda su intervención, cruzando las manos y apoyando la barbilla sobre ellas—, pero me llena de orgullo y satisfacción que el proyecto de Rosa Nera renazca hoy, tantas décadas después de que Raffaele Santoro y yo le diéramos forma. Y no podía haber mejor representación que su nieto, Alessio, que se convertirá en nuestro piloto principal.

La sala prorrumpe en aplausos y sonrío, henchido de orgullo por portar el legado de mi abuelo y de Giorgio hacia lo más alto.

—Hola a todos. Para mí también es un placer correr bajo el emblema que un día os hizo únicos a mi abuelo y a ti. Prometo devolver el nombre de Rosa Nera al lugar que le pertenece esta temporada.

—Gracias, hijo. —Se levanta y se acerca para envolverme en un familiar abrazo—. Y, además de Santoro, tenemos una nueva estrella revelación. Llega de la NASCAR americana y estamos seguros de que Leonardo García se sentirá como en casa. Bienvenido, Leo.

Aplaudo despacio, estudiando con atención a mi rival. Porque sí, da igual que compartamos equipo; él es y será uno de los diecinueve pilotos contra los que competiré por todo el mundo. No importa que venga de otra disciplina, con coches y reglas distintas. La primera norma siempre es la misma: nunca subestimar a un rival.

El americano pronuncia un discurso breve, aunque a mí se me hace más largo de lo esperado. La resaca me está pasando factura y llevo la gorra del equipo calada hasta las cejas para evitar que alguien pueda leerme a través de los ojos. El resto de la reunión se reduce a una mera presentación y a cuatro pinceladas sobre las estrategias que seguiremos esta temporada, así que, en cuanto termina, me dirijo a toda prisa hacia la sala de entrenamiento.

Dejo a un lado el túnel del viento y me encuentro con varios mecánicos a los que saludo con la cabeza. A pesar de tener un genio de mil demonios y de habérselo hecho pagar con creces el año pasado, me conviene llevarme bien con todos ellos; así que hago borrón y cuenta nueva y me acerco a los más veteranos.

—Lakowe. ¿Cómo va eso, tío?

—¡Santoro! —Me choca la mano y me da una palmadita en la espalda—. ¿Qué haces tú por aquí? Pensaba que teníais la reunión de pretemporada.

—Así es, pero ya ha terminado y me he escapado en cuanto he podido. Echo de menos subirme a una de estas bestias.

—Tranquilo, estamos dejándolo todo a punto para esta temporada. Confío y deseo que este año las cosas vayan mucho mejor.

Me cruzo de brazos y le devuelvo el gesto de complicidad. Solo alguien que ha pasado por la misma vieja escudería sabe todo lo que tuvimos que aguantar el año pasado.

—Gracias, tío. Oye, me preguntaba si el simulador está disponible. Hace semanas que no me marco una buena carrera y no puedo esperar a llegar a Baréin para probar el nuevo coche.

—Sí, los ingenieros ya han estado poniéndolo a punto. Creo que ahora mismo lo está probando Dani, la persona que ha entrado en prácticas en el departamento de Aerodinámica. Su proyecto final de carrera es una auténtica pasada. Si tienes tiempo, deberías echarle un vistazo. Un cerebrito así no podemos dejarlo escapar…

Le sonrío de manera educada y me despido con la mano antes de dirigirme hacia allí. Lo que me faltaba: que ahora un niñato en prácticas venga a hablarme de parámetros y, encima, toque mi simulador. Todo el equipo sabe que lleva el nombre de Santoro y que nadie más pone un pie en mi máquina.

Al llegar a la sala, mi atención se fija de inmediato en la enorme pantalla. Lleva una hora y media de pruebas y su puntuación resulta bastante alta para alguien que acaba de empezar.

No. No puedo permitirme que nadie me pase por encima. Mis registros siempre son los más altos del equipo, o al menos eso es lo

que siempre he exigido de mí mismo. Nadie me quita ese puesto, y mucho menos un crío recién llegado.

Atravieso la sala de dos zancadas mientras el zumbido del simulador condensa el ambiente. Sigue de espaldas, tan concentrado que mi presencia pasa inadvertida. Veo sus manos tensas sobre el volante y la mirada fija en cada curva, como si se jugara algo más que una simple simulación.

Me detengo a su lado y observo los datos que desfilan por el monitor auxiliar: tiempos de reacción impecables, trazadas limpias, correcciones mínimas. Demasiado buenas para ser verdad.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos. Esto no me gusta nada. Así que pongo en práctica la maniobra del miedo, una táctica de la que no me siento especialmente orgulloso, pero que da resultados inmediatos.

—¿Se puede saber quién está jugando en mi simulador? —exclamo en un tono más alto del que pretendía.

El chico da un respingo en el asiento y veo su cabellera rubia asomando por encima del respaldo. Y… ¡oh, espera! ¿O es un chico con el pelo largo o es una chica con el pelo recogido en un moño despeinado?

—Perdone… —titubea con un hilo de voz—. ¿Señor Santoro?

—¿Señor? Ese será mi padre. Cumpliré veintidós dentro de poco, así que ni se te ocurra llamarme así.

Veo cómo trata de salir del minúsculo hueco del monoplaza y, al sacar una pierna, no puedo evitar fijarme en su trasero cubierto por un peto vaquero que me resulta familiar.

Joder. ¿Es la chica de Publicidad que he visto hace unas horas? Desvío la mirada para que no se note que me estoy fijando en sus atributos femeninos, pero ella se da cuenta enseguida y un rubor asciende hasta sus mejillas.

—Disculpa, no volverá a pasar. —Agacha su cabeza y amaga con salir de la sala.

Dudo unos segundos entre seguir jugando con ella o dejarla marchar. Una fuerza interior me insta a concentrarme en la estrategia; otra, a permitirme un poco de diversión.

Al final, decido que debo dar una buena impresión a las nuevas incorporaciones.

—¡Espera! Todavía no hemos terminado.

6

El simulador

Daniela

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera.

¡Maldita sea! ¿Por qué habré sido tan estúpida? Me pidieron que probara el simulador para comprobar que funcionara todo correctamente y que los pilotos pudieran usarlo, pero me he dejado llevar tanto por la emoción del momento que me he pasado más de hora y media al volante sin darme cuenta.

¡Hora y media! Estoy perdida. Me van a despedir.

—¡Espera! Todavía no hemos terminado.

Ya está, no hay marcha atrás.

Me giro muy despacio y alzo la mirada para encontrarme con esos ojos penetrantes, llenos de furia en su interior. Un escalofrío recorre mi espalda.

—En serio, te pido disculpas de nuevo. No volverá a suceder.

—¿Tú eres Dani?

Mis ojos se abren de par en par, porque no esperaba esa pregunta y mucho menos que supiera mi nombre. Asiento despacio y lo observo con curiosidad. Lo había visto la temporada pasada en alguna carrera por televisión, pero no era de los pilotos más mediáticos.

—Me puedes llamar Daniela o Dani…, como prefieras.

Ahora que lo tengo más cerca, me doy cuenta de lo impresionante que es: sus ondas doradas asomando por la gorra, ese gesto de chico malo que aparenta ser, la nariz perfilada y esos labios carnosos que…

—¿Me estás escuchando? —me pregunta con firmeza, sacándome de mis ensoñaciones.

—Perdona, ¿qué decías?

Estupendo. Nos conocemos desde hace cinco minutos y ya debe de pensar que soy medio retrasada. Vamos haciendo progresos.

—Te preguntaba qué función vas a desempeñar en la escudería. ¿Trabajas en Publicidad?

Publicidad, dice. Jamás me verán ni delante ni detrás de una cámara.

—Soy ingeniera, ingeniera en prácticas.

—Entiendo, así que ¿vendrás con nosotros a las carreras?

—No, me quedaré aquí en la sede. Trabajaré en el área de Aerodinámica, pero, según me han dicho, intentaré echar una mano donde haga falta.

Simula una mueca de decepción, aunque quizá la haya malinterpretado. ¿Cómo podría un piloto de Fórmula 1 quererme a mí en sus carreras? Esta gente juega en otra liga y, si he llamado su atención, no ha sido precisamente por algo positivo.

Se posiciona frente al simulador en silencio y siento que cada instante se estira, midiendo mi reacción. Retrocedo con pasos sigilosos, intentando darle espacio, pero él se gira y se quita la gorra solo para ponérsela de nuevo.

—O sea que entonces tú eres la cerebrito del equipo. ¿Vas a hacer que mi coche vuele por la pista?

Pone una mueca divertida y me deja en blanco. Mi corazón late un poco más rápido y no sé ni qué contestar a eso.

—No sé si «volar» es la palabra exacta, pero intentaré mejorar la aerodinámica del coche para optimizar tus tiempos —explico, ajustándome las gafas sobre el puente de la nariz.

Me observa con intensidad, como si me estuviera analizando con lupa. Intento desviar la mirada, pero ese magnetismo me provoca

un cosquilleo extraño y, a pesar del escaso metro que nos separa, nuestros ojos se cruzan de manera inevitable.

—No te veo capaz de hacerlo, eres demasiado…

—¿Demasiado qué? —replico indignada— ¿Demasiada mujer?

Menudo gilipollas. Refunfuño por dentro y me cruzo de brazos.

—¡Noo! —exclama soltando una carcajada fanfarrona—. Quería decir que pareces… demasiado joven.

—«¿Demasiado joven?» —repito, arqueando una ceja—. ¿A ti te parece que alguien demasiado joven puede estar ya graduada en una doble ingeniería mecánica y aeronáutica?

Santoro estalla en otra carcajada, como si le acabara de contar el mejor chiste del mundo. Por un instante, siento apretar los dientes tan fuerte que creo que me estoy haciendo daño. ¿De qué demonios se ríe este cretino?

—Vale, vale, ya entiendo —puntualiza metiéndose en el simulador—. Así que eres de esas personas que dedican su vida a los libros, que han visto todas las temporadas de *The Big Bang Theory* cinco veces seguidas y que de pequeña pedían un cubo de Rubik como regalo de Navidad.

Me llevo la mano al bolsillo de manera inconsciente, asegurándome de que no haya visto mi pequeño juguete de colores; ese que me regaló mi madre de pequeña y que siempre llevo conmigo como amuleto de la buena suerte.

—No me conoces de nada, así que es mejor que cada uno se limite a hacer su trabajo —le advierto, poniéndome a la defensiva—. Tú al volante, yo estudiando tus parámetros para sacar lo mejor en cada vuelta.

El piloto entrelaza los dedos detrás de la cabeza y se estira, esbozando una sonrisa canalla. Me considero una persona muy calmada, pero su actitud me pone cada vez más tensa. Siento cómo mi respiración se acelera un poco y, por un instante, me pregunto si he hecho bien en aceptar este puesto. No me dijeron que parte de mis obligaciones incluía aguantar egos inflados.

—Ayyy, los parámetros —suelta, exhalando aire y bostezando con fingido hastío—. Cómo les gusta a los cerebritos usar esa palabra. Parece que solo se ganan carreras con datos. Como si con

pisar el acelerador y llevar esta máquina a más de trescientos no fuera suficiente…

—Es la combinación de ambas lo que hace ganar una carrera. Parece mentira que, después de tantos años como piloto en diferentes categorías, todavía pienses que una inyección de testosterona es sinónimo de victoria.

Me muerdo el labio y me castigo mentalmente por meterme con él. Quizá mi trayectoria en el mundo de la Fórmula 1 tenga los días contados después de este cruce de reproches con el piloto estrella de la escudería.

Pero no puedo evitarlo, es superior a mí. Llevo años haciendo de esta carrera una pasión. Los viernes viendo los entrenamientos libres, los sábados analizando las clasificaciones y los domingos frente a la tele disfrutando de la carrera como una niña pequeña.

—Lo que tú digas, cerebrito —chasquea la lengua y se quita la gorra para tener más visibilidad—. Pero la pericia se demuestra en la pista, no detrás de una calculadora.

Él se acomoda en el simulador, ajustando el asiento y las manos sobre el volante. Yo me coloco detrás, observando cada movimiento, midiendo cada reacción, notando cómo la tensión se intensifica en cada gesto.

—Ah, ¿sí? —respondo divertida—. Pues espero que seas capaz de hacer un tiempo menor que el mío. El año pasado en Bakú no fuiste precisamente el piloto más rápido.

—Te apuesto lo que quieras a que supero tu marca.

Observo cómo aleja su mano del volante y me la tiende. Dudo unos segundos, dejándome llevar por la tensión del momento. Al final, acepto.

—Será difícil que me ganes, pero veo que te gusta el riesgo, así que acepto el trato.

Suelta una risita condescendiente y se queda pensativo unos momentos.

—A ver, déjame pensar. ¿Qué nos podemos apostar…? —pregunta divertido—. Vale, si yo supero tu marca, me invitas a una cena donde tú quieras.

—¿Perdona? —No me creo lo que acaba de decir. Aun así, a pesar de toda la tensión, una sonrisilla floja se me escapa de la boca.

—¿Mónaco? ¿Qué te parece? En la carrera de Montecarlo, en mayo. No está lejos de aquí. Te enviaré una invitación especial —ofrece dibujando una sonrisa canalla en sus labios.

Me rasco la cabeza mientras le doy una vuelta al asunto. Cambio el peso de un pie a otro y, tras unos instantes, abro la boca.

—De acuerdo. —«Seguro que para entonces ni se acordará de la apuesta»—. Menos mal que ganaré yo, porque si fuera al revés, con mi sueldo de becaria no podría invitarte más que a una *pizza* en un local de mala muerte.

—Oye, no vayas de sobrada —me acusa mientras el zumbido del simulador llena la sala y puedo sentir cómo se tensa bajo mis palabras—. ¡Trato hecho!

Sellamos el pacto con un apretón de manos y una chispa invisible salta en el roce de nuestra piel. Entre cables y monitores, noto la tensión eléctrica —y la no eléctrica— en el ambiente.

Él frunce el ceño y aprieta más el volante, lanzándome una mirada rápida, mezcla de desafío y diversión. El zumbido del simulador resuena en la sala con cada acelerón. Sus manos se tensan sobre el volante y cada curva es ejecutada con una precisión quirúrgica. Yo lo observo con atención desde atrás, analizando cada movimiento, aunque cada segundo aumenta mi impaciencia y curiosidad.

—Mmm… demasiado brusco en la curva tres —señalo la pantalla, inclinándome un poco más hacia él—. Vas a perder tiempo si no corriges el ángulo de entrada.

—Ah, no sabía que en tu tiempo libre conducías un monoplaza por los mejores circuitos del mundo.

—¡Cuidado! Casi pierdes la trazada en la curva cinco —le advierto, ignorando sus palabras—. Si quieres ganar la apuesta, más te vale afinar tus frenadas.

Santoro resopla y yo le miro divertida, disfrutando de esta rivalidad.

Cuando termina la vuelta, analizamos las estadísticas en la pantalla y ambos nos sorprendemos. Ha mejorado su marca habitual, pero no ha superado la mía.

—Vaya, Cerebrito, si al final no se te va a dar mal esto.

—¡Nos vemos en Mónaco! —bromeo saliendo de la sala, con el corazón todavía latiendo rápido.

Este tipo es tan arrogante que me alegro de que solo tengamos que coincidir estos cuatro días en la sede principal.

7

Un titular jugoso

Alessio

Sakhir, Baréin
Circuito Internacional de Sakhir

—Bien, vamos a comenzar con la ronda de preguntas —anuncia Aurora, la responsable de prensa, dando paso a uno de los periodistas más veteranos del deporte—. Beckford, adelante.

Timothy es de esos reporteros que lleva tantos años retransmitiendo el mundo del motor que ya debería estar jubilado. Aun así, se le da de miedo esta tarea y conoce la Fórmula 1 tan bien como el arte de plantear la pregunta más incómoda que pueda desencadenar un titular de lo más jugoso.

—Buenos días. Para la BBC Sport. Mi primera pregunta va dirigida a Ferrara. En primer lugar, quería darle la enhorabuena por su nuevo puesto como *team principal* de Rosa Nera.

—Gracias —contesta Domenico con un tono seco, esperando a que lance su afilada pregunta.

—Todos sabemos el pufo que Donato Moda dejó la temporada pasada y que levantar un nuevo equipo no será tarea fácil, sobre todo cuando el actual parece estar en respiración asistida… —hace una pausa calculada para que la afirmación cale en su interlocutor —. ¿Qué puede aportar usted para que, a final de temporada, me retracte de estas palabras?

Ferrara lo fulmina con la mirada. Beckford es de los que lanza la bomba y esconde la mano. Sin embargo, mi nuevo t*eam principal* fue también piloto de la misma escudería que mi padre y, para mi desgracia, también buen amigo suyo. Así que sabe manejarse en estos terrenos. O eso creía, hasta que le oigo decir:

—Beckford, ¿no has pensado ya en jubilarte? ¿O tienes miedo de que las nuevas generaciones te den mil vueltas en el circuito? Me apuesto a que tienes una casita en Benidorm esperándote.

El reportero suelta una carcajada amarga y Domenico se limita a fruncir el ceño. Aurora y yo nos miramos ojipláticos, sin dar crédito a lo que acaba de suceder ante decenas de micrófonos.

—Lo que ha querido decir el *team principal* —intervengo, tomando el micrófono antes de que esto se desmadre— es que Rosa Nera no tiene nada que ver con la anterior escudería. Contamos con los recursos, las herramientas y el personal adecuados para competir al máximo nivel esta temporada. Y, además, yo seré el piloto principal. ¿Qué más necesitas para creer que esta escudería pueda resurgir de sus cenizas y volar alto como el ave fénix?

Parpadeo despacio, tras escupir una fanfarronería premeditada. Beckford me observa impasible, Ferrara me lanza una mirada asesina por robarle protagonismo y la jefa de prensa asiente satisfecha. Les acabo de salvar el culo de una posible portada incendiaria.

No voy a confesar que disfrute de declarar ante los medios, pero tengo esa facilidad de camelarme a quienes se encargan de difundir mi imagen al mundo entero. Les gusta hablar del «chico malo», aunque no sea exactamente el perfil que quiero para mi carrera deportiva. Aun así, no dudo en usarlo a mi favor.

Con casi todos, porque Beckford es un hueso duro de roer.

—Santoro, te hemos echado de menos en la pista estos meses —reanuda el discurso el reportero—. O quizá desde que entraste en la Fórmula 1, porque aún no has acabado una carrera por encima del octavo puesto. Tal vez deberías dedicarte a entrenar más y a salir menos de fiesta.

«Hijo de puta».

Alzo las comisuras de mis labios hasta mostrar mi mejor sonrisa. No quiero concederle ni una décima de duda. Todos los periodistas permanecen sigilosos en la sala, expectantes a que salte a la yugular.

Pero no voy a entrar en su juego. Voy a contestar con educación para dejarlo en su sitio:

—Beckford, a ver si es verdad que necesitas unas vacaciones en Benidorm —respondo con calma—, porque veo que con los años estás perdiendo reflejos. Cuestionar que un chico de mi edad disfrute con sus amigos, en lugar de criticar mi rendimiento deportivo con datos reales, es bastante bajo… incluso para ti.

—Siguiente, por favor —interviene Aurora, zanjando el turno del periodista, que ha olvidado por completo el formalismo británico que le caracteriza.

Durante los siguientes quince minutos respondemos a varias preguntas que se limitan a lo deportivo. Posibles estrategias, objetivos futuros, desarrollo del monoplaza… Por suerte, todo queda ahí.

Cuando por fin salgo de la sala, los flases de los fotógrafos siguen persiguiéndome, pero el murmullo queda atrás. Me desabrocho el último botón del polo y exhalo despacio, dejando que el silencio me devuelva algo de calma.

—¡Qué cabrón! —exclama mi jefe de ingeniería en cuanto llego al box—. Acabo de ver la comparecencia y el muy imbécil se ha cubierto de gloria. Cómo le gusta acaparar el protagonismo.

Sacudo la cabeza, incrédulo, y le doy una palmada en la espalda.

—Tranquilo, Andrea. Es parte del trabajo. Centrémonos en lo nuestro. Quedan un par de semanas para que empiece la temporada y no podemos perder de vista lo importante.

—Tienes razón —admite cogiendo la carpeta para revisar los documentos—. ¿Cómo has notado hoy el coche en pista? Necesito que me transmitas todas las sensaciones antes de llegar al gran día.

Me agacho y reviso los bajos del monoplaza, comprobando cómo han optimizado el chasis respecto a la temporada anterior.

—No está mal. Podríamos plantear alguna mejora en la suspensión, pero no quiero que nos juguemos una penalización de la FIA antes de empezar. Es demasiado arriesgado a estas alturas.

—El equipo está en ello —añade con orgullo, dando dos toquecitos con los nudillos a la fibra de carbono—. Este año estamos contratando a grandes profesionales. Creo que sabremos coordinarnos mejor y, ya de paso, levantar el ánimo del personal, que buena falta nos hace.

—Sí, de eso te quería hablar.

—¿Ha pasado algo, Ale?

Andrea es mi jefe de pista por segundo año consecutivo. Yo soy sus ojos, sus oídos y, en definitiva, sus cinco sentidos en el asfalto. Él se encarga de darme las instrucciones por radio, estudiar las telemetrías y tomar las decisiones estratégicas que pueden hacernos ganar una carrera.

Confío plenamente en él, tanto en el plano personal como en el profesional, así que puedo expresarme con libertad para sugerirle unos pequeños cambios en el equipo.

—No, todo está bien —me quito la gorra, me paso la mano por las ondas del pelo y me la vuelvo a poner—. Es solo que… ha llegado a mí el proyecto de fin de carrera de una nueva ingeniera en prácticas. ¿Cómo se llama? Mmmm, Serra, creo, Daniela Serra.

No sé por qué miento. Conozco su nombre a la perfección. Aparecía encabezando cada una de las más de cuatrocientas páginas que anoche me quedé leyendo hasta las tres de la madrugada.

—Sí, es la becaria, aunque ya ha aportado varias propuestas brillantes. Si por mí fuera, firmaría ahora su incorporación definitiva para toda la temporada.

—Y… ¿se va a quedar en la sede de Bérgamo?

—Esa es la idea, ¿por qué?

—No, me preguntaba si…

—Suéltalo ya, Ale —ordena, apoyando las manos en las caderas —. ¿Habéis tenido algún problema? —entrecierra los ojos—. Por favor, no me digas que… ¿No te habrás acostado con ella?

—¡Andrea, por Dios! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza—. ¿Pero tú la has visto? No es el tipo de chica con la que me

acostaría. Es una completa *nerd*. La típica hermana pequeña a la que no dejaría que nadie del equipo se acercara.

—Eso espero. Ya sabes que no quiero ningún lío en la casa.

—A lo que me refería es que… creo que sería buena idea que nos acompañara a las carreras. Tiene un cerebro prodigioso y es una auténtica fanática de la Fórmula 1. Estudiar el trabajo en pista le permitiría luego aplicar mejoras reales para el monoplaza.

Andrea medita la propuesta. Al principio parece sorprendido, pero enseguida detecto un brillo de interés en su mirada.

—Puede que tengas razón —admite—. Pero ¿por qué ella? Han entrado varios chavales en prácticas. ¿Me estás diciendo toda la verdad, Santoro? —arquea una ceja.

Mierda. Necesito una excusa convincente o empezará a sospechar que las verdaderas razones están relacionadas con mi creciente interés por esa chica de gafas enormes.

—En realidad, también quiero a Lakowe en mi equipo. Nos entendemos bien, es espabilado y quiero a los mejores conmigo.

Andrea asiente despacio.

—De acuerdo. No creo que haya ningún problema.

Me dispongo a marcharme y, justo antes de salir del box, me detengo y me giro.

—¿Te puedo pedir un último favor?

—Dime —responde, sin apartar la vista de la pantalla.

—No le digas que he sido yo quien lo ha pedido.

Levanta la cabeza de golpe.

—Te refieres a Lakowe, ¿verdad?

—Sí, sí —miento sin pestañear—. A los dos.

Andrea sacude la cabeza de lado a lado, consciente de que no le he dicho toda la verdad. Yo me alejo reprimiendo una sonrisa, sabiendo que acabo de empezar algo que no debería.

8

Los mellizos García

Daniela

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera

Aún no doy crédito a la noticia que me ha dado mi nuevo jefe hace apenas unas horas. Llevo toda la mañana intentando asimilarla y no ha sido hasta ahora, al contárselo a mi padre por videollamada, cuando he empezado a ser consciente de la realidad.

—Es una noticia increíble. Estoy muy orgullosa de ti, Ratita.

—Papá, por favor, no me llames así en voz alta. Hay muchos compañeros comiendo en la cantina —le reprendo mientras miro a un lado y a otro. Por suerte, la mayoría ya ha terminado. Son las dos y todavía tengo que habituarme a sus horarios.

Le cuento a mi padre que tengo muchísimas ganas de viajar a Melbourne. No me puedo creer que en menos de una semana vaya a pisar Australia por primera vez. Hasta hace unos días ni siquiera había salido del país. Como mucho, había pasado un día en Andorra hace unos cuantos veranos, si es que a eso se le puede llamar viajar al extranjero.

Mi padre me escucha con orgullo mientras me hago un moño de cualquier manera y lo engancho con el boli que siempre llevo en el pelo. Es otro de mis amuletos de la buena suerte, el mismo con el que mi madre corregía los exámenes de sus alumnos cuando era

profesora de matemáticas en el instituto, aunque hace ya demasiado tiempo que dejó de usarlo.

Mi hermano pequeño aparece por detrás, rogándome que le consiga una camiseta firmada por Santoro. Y es que desde que le conté que lo había conocido en el simulador —omitiendo el resto de los detalles—, no ha dejado de repetir que se ha convertido en su piloto favorito del mundial.

Si la gente supiera lo fanfarrón que es, a más de uno se le caería un mito.

Me despido de ellos mientras apuro el bocadillo y me como de postre unos cacahuetes cubiertos en chocolate. Ya casi no queda nadie en la cantina, pero una pareja de mi edad me mira con curiosidad desde el banco de enfrente.

Reconozco a Leonardo García, el otro piloto de la escudería, pero no a su acompañante, una chica preciosa, de esas que acaban convirtiéndose en la novia o la mujer de algún deportista o empresario de éxito.

Me limito a mirarlos de reojo, intentando disimular. ¿De qué estarán hablando? Siguen cuchicheando e intercambiando comentarios en voz baja. Bueno, en realidad es más bien ella la que habla mientras él la escucha como si se tratara de una obligación contractual. Me están empezando a poner nerviosa cuando veo cómo se levantan con sus bandejas y se acercan a mi mesa.

—¡Hola! Soy Camila —se presenta la mujer y alzo despacio la cabeza para encontrarme con esos preciosos ojos azabache que me atraviesan con una simple mirada.

—Hola, yo Daniela, pero puedes llamarme Dani.

Me tiende una mano y se gira para buscar a su acompañante, que se ha quedado rezagado depositando las bandejas.

—Y ese de ahí es mi mellizo, Leo. Es un poco sieso cuando lo conoces por primera vez, pero luego le coges cariño enseguida.

—Oye, te he oído, Camila —masculla el piloto al acercarse cabizbajo, antes de darle un manotazo a su hermana—. Perdónala, es la primera vez que viaja fuera de Estados Unidos y está demasiado emocionada.

—¡¿No es genial viajar a Europa?! Me encanta vuestra historia, la comida y los hombres. Oh, Dios, ¡qué hombres! Qué ganas tengo de conocer chicos guapos —exclama en un tono más alto del que a su hermano le gustaría, a juzgar por cómo esconde la cara entre sus manos.

—Por favor, Cami, no me hagas pasar vergüenza. Acabamos de llegar y tengo que mantener una reputación.

—Si no fuera por mí, seguro que te quedarías encerrado en la habitación y no saldrías ni a hacer amigos —replica antes de mirarme con entusiasmo—. Pero ya tenemos una aquí, ¿no es genial? Eres española, ¿verdad? Perdona, no he podido evitar escuchar tu conversación al teléfono.

—Sí, soy de una ciudad cerca de Barcelona.

—¡Ay, madre! Sueño con ir allí desde que era una cría —exclama doblemente excitada—. Tengo un póster del parque Güell en mi habitación. Díselo, Leo. ¿Me prometes que cuando esta gente corra en Montmeló me llevarás a dar una vuelta por la ciudad?

—Cami, en serio —le reprocha su hermano—, baja las revoluciones o te mando de vuelta a Texas con papá y mamá.

—Claro, no hay problema —le aseguro y esbozo una sonrisa divertida por la complicidad de los hermanos.

—¡Ay, virgencita! Y ese de ahí es… —suspira como una adolescente enamorada.

Me giro para ver a quién se refiere y reconozco las ondas rubias que vi por última vez en el simulador.

—Santoro —murmuro con sequedad, frunciendo el morro.

El italiano se acerca hacia nosotros con una sonrisa triunfante en la boca.

—¡Hombre, García! Qué poco te dejas ver en público —indica dándole una palmada en la espalda. Leo agacha la cabeza, visiblemente incómodo—. No imaginaba que la razón fuera que te encanta estar rodeado de féminas.

—No, por favor —interviene Camila—. Soy la melliza de Leo. La única mujer a la que mi hermano ha montado en su vida es su adorado Chevrolet Monte Carlo, al que llama Donna en la intimidad.

Santoro estalla en una carcajada y Leo la fulmina con la mirada. Apostaría lo que fuera a que en su lista de prioridades acaba de colarse comprarle un billete de vuelta en el próximo vuelo comercial.

—Cerebrito —dice Santoro, dirigiéndose hacia mí—. No me digas que te has pasado al bando enemigo. Recuerda que ahora trabajas para mí. ¿Ya te han dado las buenas noticias?

Sus labios se curvan en una sonrisa burlona y me quedo petrificada. ¿Está al tanto de mi nueva incorporación a su equipo? Apenas me lo han comunicado hace una hora.

—Te recuerdo que yo trabajo para Rosa Nera, no para egos que necesitan recordarle al resto quién manda —replico, intentando que mi voz no delate el nerviosismo.

Su sonrisa se ensancha, como si acabara de encontrar un nuevo entretenimiento. ¿De verdad no tiene otra cosa mejor que hacer?

—Eso dices ahora —responde, divertido—. Pero ya veremos qué pasa cuando me supliques de rodillas por una camiseta firmada. ¿Para un noviete? ¿O quizá para tu hermano pequeño?

—Pero ¿cómo te atreves a…? —mi respiración se entrecorta y la indignación me quema la garganta. No me lo puedo creer. ¿Habrá estado espiando la conversación con mi familia?

—Uy, cuánta tensión se respira en el ambiente —apunta Camila, que hasta este momento se ha mantenido en un discreto segundo plano—. Esto solo lo resuelve una ronda de *gin-tonics* para apaciguar las aguas. ¿Dónde está el bar más cercano?

—En serio, Cami —le reprende su hermano—. Te traje aquí para que buscaras tu vocación en la vida después de abandonar la universidad, no para que…

—Chico, qué aburrido eres. No entiendo cómo pudimos nacer de la misma madre. —Pone los ojos en blanco y amaga con coger el bolso para marcharse—. Si quisiera encontrar mi vocación, desde luego no empezaría escuchando tus sermones, así que relájate.

Él aprieta la mandíbula, en un gesto tenso, y se gira hacia Santoro. Por su expresión, deduzco que no le hace ninguna gracia que su rival haya sido testigo de esa disputa familiar.

Aprovecho el momento de tensión para inhalar todo el oxígeno que puedo, pero no me da tiempo a reaccionar cuando Camila se

lanza hacia mis brazos para despedirse. Después, los hermanos se marchan discutiendo por el pasillo.

—Cerebrito —me llama Santoro, ladeando la cabeza mientras clava sus ojos en mí—. ¿De verdad creías que ibas a escapar tan fácilmente?

El calor sube a mis mejillas, pero me obligo a mantener la calma. Paso junto a él con la bandeja de comida, evitando rozarlo más de lo estrictamente necesario, aunque cada centímetro me parece un desafío. Su mueca socarrona y ese sonido que hace con el refresco al sorberlo se graban en mi mente. Juro que cada ruidito se me clava en las entrañas.

—Tengo que volver a mi puesto —afirmo sin establecer contacto visual con él.

—Tranquila, no voy a morderte —continúa en un tono que mezcla diversión y desafío—. Pero sería una lástima que desperdiciaras esta oportunidad.

—¿Cómo has dicho?

—La oportunidad de comentar tu proyecto de la universidad —matiza, aclarándose la garganta.

¿En serio ha leído mi proyecto o es otra de sus fanfarronerías para tomarme el pelo?

Sea como sea, lo único que quiero es escapar de aquí. Así que tomo una bocanada de aire, dejo que la calma regrese y, esta vez, lo miro de frente.

—Pensé que no te interesaba la teoría.

—A veces hay que saber lo que piensa el enemigo para librarse de él. La información es poder.

—Me tengo que ir. Alguien tiene que trabajar de verdad para conseguir tus títulos —replico, con un gesto firme—. No basta con llevar el apellido Santoro y esperar que todo esté hecho. Hace falta esfuerzo, no sentarse a presumir como si los campeonatos fueran solo tuyos.

Su sonrisa vacila durante un instante, lo justo para darme cuenta de que ya no tiene todas las cartas bajo control.

—Nos vemos por ahí, Cerebrito —sentencia, dando un último sorbo al refresco cuando ya me he girado para salir de la cantina.

Cierro los ojos y bufo por dentro. Jamás nadie me había sacado tanto de mis casillas, pero este niñato malcriado está poniendo a prueba mi paciencia como nadie lo había hecho antes.

Esta temporada va a ser larga.

Muy larga.

9

Donde todo empieza

Alessio

Melbourne, Australia
Circuito de Albert Park, Melbourne

«Bienvenidos al Circuito Internacional de Albert Park, en Melbourne, donde este fin de semana ha dado comienzo una nueva temporada de Fórmula 1. Tras meses de espera, los aficionados volvemos a vibrar con el rugido de los motores en un domingo que promete velocidad, tensión y espectáculo desde la primera curva.

Australia se convierte así de nuevo en el punto de partida de un campeonato que arranca con ambición, con los equipos de siempre y con nuevas escuderías renovadas, pilotos dispuestos a escribir su nombre en la historia y una sola certeza: aquí no hay margen para el error.

Señoras y señores, abróchense los cinturones, porque el mundial de Fórmula 1 acaba de arrancar».

Echaba de menos el ambiente del *paddock*. Los aficionados gritando desde las tribunas, los fotógrafos buscando su mejor ángulo o los famosillos dejándose ver con sus excéntricos vestuarios. Y todo ello, además, en uno de los mejores circuitos de la temporada.

Venir del invierno europeo al calor en la otra punta del planeta nunca es sencillo, sobre todo cuando las temperaturas dentro del monoplaza pueden volverse extremas y complicar aún más la competición. Llevamos varios días probando el circuito, entrenando

el viernes y en la clasificación de ayer, en la que quedé en un pésimo undécimo puesto.

Pero no pasa nada. Hemos venido a jugar.

—¡Münster! Cuánto tiempo, amigo.

—¿Qué pasa, Santoro? ¿Has venido a ponerte las pilas esta temporada o sigues lloriqueando con que te han dado un coche que no corre?

Compartimos una sonrisa cómplice. Si alguien me conoce desde que éramos críos, ese es Markus, uno de mis principales rivales desde que empezamos a correr en *karting* y, de manera inevitable, uno de mis mejores amigos.

—Eres un cabronazo —le pico, dándole una palmada en la cabeza, gesto que, por desgracia, capta un fotógrafo cercano—. Claro, como tú lo tienes todo a tu favor, así cualquiera gana carreras.

Los medios más sensacionalistas llevan años inventándose una falsa rivalidad entre nosotros, alimentada por un supuesto lío de faldas en el que, en teoría, yo le robé a la modelo Irina Sokolova, prima de nuestro principal competidor, Vladislav Sokolov.

Nada más lejos de la realidad.

La mayor parte de los pilotos nos hemos criado juntos y, aunque la opinión pública, las escuderías e incluso nuestras propias familias se empeñen en vender esa imagen de enemistad que tan bien funciona de cara al espectáculo, lo cierto es que muchos terminamos saliendo juntos de fiesta en cuanto nos quitamos el mono de carreras.

Asher Miller es la tercera arista de nuestro triángulo: un inglés alocado que, cuando se lo proponga, empezará a ganar campeonatos. Y también está Emily Olsen, la única mujer en la categoría reina, a la que por fin le han dado una plaza como piloto titular tras años ganándose su sitio.

Eso sí, siempre hay excepciones. Como el propio Sokolov, que es un auténtico repelente, o Wilhelm von Amsberg, el príncipe heredero a la corona holandesa, que corre más por diversión que por verdadera pasión por el motor.

Volver aquí es como comenzar un nuevo curso escolar. Reencontrarse con compañeros, viejos profesores y con los

exámenes acechando a la vuelta de la esquina para poner tus capacidades al máximo rendimiento y finalizar con buena nota la temporada.

Sin embargo, esto es el mundo real y la ingente cantidad de dinero y las apuestas distan mucho de cualquier juego infantil.

Me despido de Markus y vuelvo rodando con mi patinete hasta el box de Rosa Nera. Observo el emblema renovado con el que mi abuelo llegó a lo más alto y alzo la vista al cielo, casi sin darme cuenta, como si le pidiera permiso para patearles el culo a mis rivales.

Quedan pocos minutos para que se apaguen todas las luces del semáforo, así que me enfundo el mono con el número 27 y cojo el balaclava, el material que protege mi cabeza de un posible riesgo térmico en caso de incendio. Sigo ensimismado en mi rutina cuando una voz femenina me despierta de mis pensamientos:

—Alessio, ¿dónde te habías metido? —pregunta Irina con un cierto gesto de enfado. Como si tuviera que darle alguna explicación —. Tienes que ganar esta carrera, amor. Esta noche te daré una recompensa si te portas bien.

—Irina, no puedes estar aquí —advierto de manera tajante—. Estamos trabajando.

—Solo venía a darte tu amuleto de la buena suerte.

Se inclina para besarme, pero veo a Daniela observándonos de reojo y me aparto por puro instinto. El roce apenas llega a mis comisuras, por lo que Irina me fulmina con la mirada antes de abandonar el box meneando sus caderas.

Me acerco a la becaria, que desvía la vista con poca sutileza.

—No está bien espiar las conversaciones ajenas, Cerebrito.

—No son de mi incumbencia tus relaciones personales, pero sí las profesionales —replica frunciendo el ceño—. Mira esto, Santoro.

Me río divertido y me acerco para observar lo que me señala en la pantalla del portátil.

—Ten cuidado en la curva tres —advierte, ajustándose las gafas en el puente de la nariz—. Heston tiene la estrategia de adelantar ahí a sus oponentes. Todo el mundo se centra en las nueve y diez,

pero ellos atacan en la tercera. Lo han hecho en temporadas pasadas y siempre les ha funcionado.

—Tranquila, Cerebrito. Está todo controlado.

Le quito el boli que lleva enganchado al moño, solo para provocarla. Ella se gira de golpe.

—Devuélveme eso ahora mismo.

—Solo si dejas de darme órdenes como si fuera un piloto novato. Confía en mis instintos.

—¡He dicho que me lo devuelvas! —exclama, elevando la voz mientras aprieta los puños.

Miro de reojo la pantalla. En la esquina inferior derecha parpadea una notificación:

«Alessio Santoro: un Casanova dentro y fuera de la pista».

Aprovecha mi descuido para arrancarme el boli de la mano y guardárselo en el bolsillo. ¿Por qué estará tan cabreada por un simple bolígrafo?

Joder, debería estar concentrado en la carrera y, sin embargo, aquí estoy, entreteniéndome en sacar de quicio a la nueva becaria.

—Así que ¿estabas buscando información sobre mí, Cerebrito?

Se gira, con un destello de inquietud en el rostro, y se lanza hacia el ratón para cerrar la ventana que se ha quedado congelada con mi cara ocupando toda la pantalla.

—No, yo no… —balbucea—. ¿No deberías estar dentro del monoplaza ya, Casanova? Quiero decir… Santoro.

Sonrío por el descuido con el que ha pronunciado ese apelativo con el que me ha bautizado la prensa rosa. Me doy la vuelta para encontrarme con la cara de Andrea, mi ingeniero de pista, que me alienta con la mirada a dejar de perder el tiempo y salir a rodar.

Caliento los neumáticos, compruebo los frenos y evalúo las condiciones de la pista. La vuelta de formación es crucial para asegurar que todo funcione mientras los equipos despejan la parrilla. De manera inconsciente, mi atención vuelve una y otra vez a las curvas tres, nueve y diez —las zonas clave para adelantar—, tal y como ha señalado Daniela.

Algo me dice que su intuición no falla y, aunque no lo reconoceré delante de ella —ya que me encanta picarla en público—,

creo que tiene una mente prodigiosa y no debería desconfiar de sus advertencias.

Los veinte monoplazas nos colocamos en nuestras respectivas posiciones en la parrilla de salida. Sokolov me lanza una mirada de advertencia cuando pasa por mi lado hacia el tercer cajón. Münster levanta el pulgar en señal de ánimo y Miller me dedica su recurrente mueca burlona que intuyo bajo la visera.

Todo está listo para el inicio de temporada.

Compruebo el sistema de hidratación, algo que me tiene obsesionado desde la temporada pasada, y me concentro en el volante mientras el personal abandona la pista y el comisario ondea la bandera verde.

El rugido de los aficionados envuelve el parque bajo el sol del verano australiano. Yo, en cambio, solo tengo ojos para el asfalto. Me fundo con el monoplaza, como si formáramos parte del mismo engranaje, esperando el instante exacto en el que el pie deba hundirse en el acelerador.

Mi corazón late con ferocidad. Repaso el trazado una y otra vez en mi cabeza memorizando cada curva, cada punto de adelantamiento, cada zona de DRS en el mapa.

Y entonces, justo antes de que se apague la última luz roja, la imagen de una chica con peto vaquero cruza mis pensamientos.

¡Mierda!

Las cinco luces se apagan.

Ya no hay vuelta atrás.

10

Tiempo de ocio

Daniela

Melbourne, Australia

Aún nos quedan un par de días en Melbourne antes de viajar a Shanghái. Los resultados de la primera carrera no han sido los esperados. Aun así, el equipo técnico ha reconocido que tenemos un margen abismal de mejora y que, al fin y al cabo, solo se trata de la primera carrera de la temporada.

García ha quedado en el decimotercer puesto y Santoro en el noveno. Podría haber sido octavo si no fuera porque tanto Sokolov como el japonés Tatsuya lo adelantaron en la curva tres, y este último quedó un puesto por delante.

¡Oh, sorpresa! Para todos menos para mí.

Los pilotos de la escudería Heston siempre guardan un as bajo la manga. Uno que yo suelo detectar desde el sofá de mi casa, con una manta y un bol de palomitas, mientras los comentaristas fingen no darse cuenta.

Mi tarea en este país está hecha, así que hoy me han dado el día libre mientras el equipo técnico se reúne para el *debriefing* de la carrera. Me consta que el *team principal* echaba humo por las orejas tras el inicio de temporada. Aún no me he encontrado con él cara a cara, pero dicen que es un expiloto frustrado que canaliza sus traumas haciendo la vida imposible a quienes se cruzan en su camino.

—Vamos, chicas, ¿estáis listas? —pregunta Lakowe desde uno de los descapotables que el mecánico ha «cogido prestado» de la escudería.

—¡Ya voy! He tenido que volver a por mi sombrero de rafia para la playa —exclama Camila, llegando tarde y sin el menor atisbo de culpa—. Es fundamental para la experiencia australiana. ¿A que es monísimo?

—Como llenes un centímetro más la maleta en cada país, vas a tener que viajar en el *jet* privado de algún piloto o, tal vez, en la bodega, junto al equipaje —le suelta Will mientras arranca rumbo a la costa, con el sol reflejándose en el parabrisas.

—Oye, ¿estás seguro de que podemos coger el coche? ¿Has avisado a alguien? —pregunto inquieta, como si estuviéramos cometiendo algún delito, como robar material confidencial de la FIA.

—Pequeña Serra —responde con una sonrisa ladina—, una de las ventajas de este mundillo es el *merchandising* de los patrocinadores. No tenemos la influencia ni el sueldo de los pilotos, pero de vez en cuando nos dejan jugar a ser ricos por un día con las migajas que les sobran.

—Si por «migajas» te refieres a pasearme en descapotable bajo el sol, me declaro fan de este deporte sin tener remota idea de él —añade Camila, que levanta los brazos para disfrutar de los últimos rayos del verano australiano—. Vamos al Café del Mar; dicen que tiene una de las mejores zonas *chill out* junto a la playa.

—¿Eso no está en Sídney? —apunto intentando formar parte de la conversación.

—Hay como diez horas en coche, pedazo de loca —replica el británico, dándole un manotazo suave en su nuevo sombrero—. Pero tranquilas, os llevaré a otro sitio que me han recomendado y que promete mojitos decentes y gente guapa.

—Tú sí que sabes, Lakowe. Donde sea, pero que haya música alta y hombres atractivos. Tampoco pido tanto, ¿no?

Mientras el coche se desliza por la costa, siento cómo las carcajadas de mis nuevos amigos se mezclan con la suave brisa y el rugido del motor. La verdad es que Will, Camila y yo estamos forjando una amistad tan inesperada como necesaria. Puede que las

cervezas que nos tomamos en un bar de Bérgamo, la primera vez que coincidimos los tres, facilitaran esta conexión instantánea. Desde entonces no han faltado las risas y las bromas absurdas.

Me gusta pasar el tiempo libre con ellos. Son sarcásticos, exagerados y siempre saben cómo arrancarme una sonrisa cuando me entran ganas de tirar la toalla y volver a casa.

Si esto es lo que se siente al encontrar una pequeña familia lejos de la mía, quizá no esté tan mal quedarse un poco más.

—No me extraña —apunta el mecánico—. Si todos los hombres en América son tan ásperos como tu hermano, es normal que quieras encontrar uno fuera de casa.

—Ay, Leonardo… —suspira Camila—. ¿Qué te ha hecho ahora mi hermanito? Cuando se lo propone, no hay quien le gane a seco. Desde luego, no heredó el desparpajo de mi familia mexicana.

—Es muy cuadriculado. No se fía de quién le pone los neumáticos. ¡Y eso que trabajamos en la misma escudería, por Dios!

—Bueno, digamos que Leo es tan reservado como perfeccionista —responde Camila, girándose en el asiento mientras sujeta el sombrero para que no salga volando—. Ha tenido alguna experiencia complicada en el pasado y ahora no confía en casi nadie. Solo piensa en convertirse en el mejor piloto de Fórmula 1 a base de entrenar y ver repeticiones de carreras hasta las tantas de la madrugada.

—Debe de ser cosa de pilotos —refunfuño, cruzándome de brazos contra el respaldo—, porque Santoro me tiene frita con sus tonterías.

Will y Camila intercambian una mirada cargada de diversión. De esas que no prometen nada bueno. Tienen la misma mente perversa y temo descubrir qué les estará pasando por la cabeza en este momento.

—Santoro es… —vacila el británico, buscando la palabra adecuada— peculiar. Lo conozco desde hace un par de años. Dicen que su padre lo tiene sometido a una presión brutal, pero en el fondo es buen tío.

—¡Y está como un cañón! —añade Camila, componiendo una mueca exagerada en su cara—. Aunque dicen que se va a casar con una rusa. Menudo desperdicio siendo tan joven.

No me sorprende su comentario. Mi nueva amiga es espectacular. A su preciosa tez tostada se suma un vestuario impecable, un maquillaje perfecto sin parecer artificial y un pelo digno de anuncio de champú. Sería, objetivamente, el tipo de chica ideal para el italiano. Aunque no podría dejar de apiadarme un poco de ella si acabara con él.

—No me deja hacer mi trabajo —continúo gruñendo para mis adentros—. Cree que soy demasiado joven para darle órdenes, cuando solo intento ayudarlo. Llevo años analizando carreras, conozco cada dato de telemetría que generan todas y cada una de las escuderías. Ahí está la clave para llegar lejos, pero él insiste en que las carreras se ganan a base de velocidad y resistencia.

—Vamos, Dani —dice Camila con una sonrisa ladeada—. No será para tanto. Hablas de él como si fuera la mayor de tus pesadillas y seguro que solo es un pequeño roce profesional.

—Un pequeño y muy molesto grano en el culo —replico demasiado deprisa, gesticulando—. Eso es lo que es.

—Claro, claro, una molestia puramente profesional. Por eso estás hablando de él en tu día libre.

Will reprime una carcajada y aferra las manos al volante.

—Si te sirve de consuelo, Santoro no hace caso a nadie. Ni a su ingeniero de pista, ni al *team principal*, ni siquiera a su propia conciencia. Que a ti te plante cara ya significa algo. No está acostumbrado a que nadie le lleve la contraria dentro del equipo.

—No me hace caso —insisto, dando un manotazo a la tapicería —. Me provoca, me ignora y me quita hasta el boli del pelo como si tuviéramos cinco años. ¡Es mi amuleto de la suerte! —protesto indignada.

—¿En serio? —Camila se gira y alza una ceja—. Eso último es flirteo de manual. No sé en Europa, pero en Estados Unidos es una señal inequívoca de que un hombre quiere llamar tu atención.

—Por Dios, ¿cómo va a ser eso? —resoplo—. ¿Tú nos has visto? Es algo infantil, y ya está.

—El noventa por ciento de los hombres guapos lo son, Daniela —dictamina ella, poniendo los ojos en blanco—. El otro diez por ciento miente como un bellaco.

Will nos observa divertido. Solo le faltan las palomitas para seguir disfrutando de esta conversación.

—No le des más vueltas, Dani. Si Santoro sigue así, acabará aprendiendo por las malas que en la Fórmula 1 no gana quien corre más, sino quien piensa y tiene una estrategia mejor.

Meneo la cabeza de lado a lado y veo cómo Will me guiña un ojo, cómplice.

Aun así, no puedo evitar recordar nuestros últimos encuentros: las peleas absurdas, su risa desafiante, la chulería italiana y esa manera de retarme como si fuera una carrera más que ganar.

Aprieto los labios, rabiosa conmigo misma. Soy consciente de que a mí también me gusta llevar la razón, pero su cabezonería juega en otra liga.

Aparcamos cerca del club, dispuestos a pasar un buen día, aunque mis propios pensamientos sobre el piloto ya me lo han estropeado.

Camila baja del coche y se ajusta el sombrero mientras guarda el móvil.

—Pues ya estaría.

—¿El qué? —pregunto desconcertada.

—Le he mandado un mensaje a Santoro avisándole de que estaríamos aquí, por si le apetecía pasar.

—Pero… ¿por qué has hecho eso? —le reprocho, sintiendo cómo el pánico me sube por la espalda.

—Le he sugerido que venga a aprender más de estrategia contigo —añade con total naturalidad, guiñando un ojo—, en un entorno relajado con playa, sol y una copa en la mano.

Will suelta una carcajada y niega con la cabeza:

—Estás como una auténtica cabra.

—Lo sé —afirma orgullosa—. Es una de mis mejores cualidades. Quizá debería añadirla al currículum.

El estómago se me encoge mientras los veo alejarse hacia la entrada del club.

—Es una broma, ¿verdad? —les grito desde la distancia—. ¿Os estáis quedando conmigo?

Camila se gira, lo justo para dedicarme una sonrisa peligrosa.

—Relájate, Dani. Y no te demores, que se les van las vitaminas a nuestros mojitos.

11

Fuera de pista

Alessio

Shanghai, China.
Circuito Internacional de Shanghái

Acabo la carrera y me dirijo al baño de hielo. Y digo «acabar» por decir algo, porque el resto de pilotos sigue rodando en el circuito mientras que García y yo hemos tenido que abandonar en la vuelta veintitrés.

Mi compañero de equipo había aprovechado las décimas de segundo que nos separaban para impulsarse con el DRS y superarme en la recta, en un movimiento arriesgado en el que casi nos rozamos. El pique entre nosotros se había vuelto tan evidente que hasta nuestros respectivos ingenieros de pista nos pidieron calma por radio. Sin embargo, la palabra «calma» no figura en mi vocabulario.

Intenté devolvérsela en la curva seis, confiando en que García me dejara espacio en el vértice, pero giró antes de tiempo y no tuve más remedio que bloquear los frenos para evitar una colisión catastrófica.

Recreo la secuencia una y otra vez en mi cabeza y sé que podría haberse evitado. Sí, reconozco mi parte de culpa, aunque él tampoco se quedó atrás. El resultado: dos monoplazas fuera de pista, sin la posibilidad de sumar un mísero punto para la competición de pilotos ni de constructores.

¡Maldito imbécil! Se cree que venir de ganar competiciones en la NASCAR le da derecho a ir con aires de grandeza, sin entender que en Europa se juega con otras reglas.

Me sumerjo en el cubo de agua fría y el impacto es inmediato. Siento una mezcla de sensaciones en mi cuerpo: el frío me corta la respiración, pero también mitiga el fuego de los músculos tras el esfuerzo.

Aun así, las gélidas temperaturas se sienten más como un castigo que como alivio, una penitencia silenciosa por haber dejado que el orgullo pesara más que cualquier decisión racional.

Y hablando de penitencias, Domenico Ferrara entra por la puerta sin dignarse a pedir permiso. Es igualito a mi padre. Se creen los amos del cotarro y dan por hecho que el resto estamos a su disposición.

—En cuanto acabes ahí, vienes directo a mi despacho —ordena el *team principal* con cara de malas pulgas.

Apenas duro unos minutos más dentro del hielo. Me seco, me enfundo el chándal del equipo y me preparo para enfrentarme a la verdadera prueba del día.

Entro en la pequeña oficina improvisada, instalada en el *paddock*, y el aire es tan denso que se puede cortar con un cuchillo.

Ferrara está apoyado sobre la mesa con los brazos cruzados y el morro fruncido. Giorgio, el CEO, nos dedica una expresión mezcla de lástima y decepción.

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado ahí fuera? —exclama el *team principal*, colérico—. No quiero excusas, no quiero medias verdades. Solo saber en qué mierdas estabais pensando para haber destrozado los dos monoplazas y haber sido descalificados.

—Ha empezado él cuando se ha acercado demasiado en la primera zona de DRS —me justifico con una afirmación que hasta a mí me suena más a patio de colegio.

—¡Alessio! He dicho que no quiero excusas infantiles. —Avanza un paso hacia mí—. Quiero respuestas claras, soluciones inmediatas y, sobre todo, que esto no vuelva a repetirse.

García me lanza una mirada afilada y ambos agachamos la cabeza aceptando la bronca monumental que estamos recibiendo.

Cada palabra de Ferrara es como un látigo azotándonos en la espalda.

Pero hay cosas que duelen más que los gritos. El gesto de decepción de Giorgio es lo que de verdad me sacude el alma.

Lo observo con cautela y, por un instante, ya no lo veo a él, sino a mi abuelo sentado en su sillón, con esa misma expresión defraudada. Nunca llegué a conocerlo, pero, si siguiera vivo, presiento que me miraría igual. Por desperdiciar los mejores años de mi vida en riñas absurdas, cargadas de testosterona, en lugar de superarme cada día para seguir escalando puestos en la clasificación.

—Lo siento, jefe —manifiesta García cabizbajo.

—No volverá a repetirse —susurro en un hilo de voz.

—Señores —reanuda Ferrara su discurso—, hay mucho dinero en juego ahí fuera. Esto ya no es el *karting* donde jugabais cuando erais unos críos. Ahora sois adultos. En Fórmula 1 cada segundo, cada curva y cada adelantamiento mal calculado tiene consecuencias. Y vosotros dos habéis puesto todo en riesgo hoy.

Alzo despacio la cabeza. La yugular del *team principal* parece a punto de estallar. Se gira y comienza a recorrer la pequeña sala con los puños apretados, como una fiera enjaulada, mientras la tensión nos engulle en el ambiente.

—Id a descansar ahora los dos —dictamina el CEO con una calma tensa en su voz—. Mañana a las nueve nos reuniremos para clarificar todos los hechos y estudiar las consecuencias que esto nos pueda traer.

—¿Habrá alguna penalización de la FIA? —pregunto con cautela.

—Estamos en contacto con ellos ante una posible sanción. Os mantendremos informados en tal caso.

Asiento sin parpadear. Giorgio se da la vuelta, dando por terminada una reunión que nos deja a todos con el sabor metálico del fracaso en la boca.

García y yo nos levantamos al mismo tiempo. Al pasar junto al otro, nuestros hombros se rozan y nos apartamos de inmediato, casi con brusquedad. Antes de cruzar el umbral de la puerta, Ferrara nos detiene.

—Y una cosa más. Tenéis expresamente prohibido salir de fiesta esta semana. No queremos más escándalos. Y esto va por ti, Santoro.

Resoplo y amago con replicar, pero una fuerza interior me detiene en el último instante. Ahora mismo no me conviene ganar más detractores.

—Por mí no hay problema. Yo nunca salgo de fiesta —dice García, con esa imagen de niño bueno que tanto gusta al equipo.

Accedo sin estar muy conforme y abandono la sala rumbo a la zona de descanso. Me siento como un puto crío al que le han castigado sin salir a jugar con sus amigos al patio.

Otra vez.

Ya lo viví de pequeño. Ya lo sufrí cuando tenía diez años y mi padre me abandonó en una gasolinera durante dos horas por haber quedado tercero.

Recuerdo que regresábamos de Suiza en pleno mes de enero. Las temperaturas apenas llegaban a los dos grados y, si no llega a ser porque me refugié en el maloliente baño de la estación, quizá habría muerto de hipotermia.

Aquella noche llamé a mi madre. Se lo conté todo y me dio la impresión de que no me creyó. Me dijo que obedeciera a mi padre. Que solo él sabía cómo entrenarme para conseguir ser un campeón. Que solo de esa manera me iría bien en la vida.

Por aquel entonces, fui de casa en casa como un paquete postal, con una mochila medio vacía y un par de coches de juguete. Pasé más tiempo con el personal de servicio que con mis propios padres. En aquel momento, solo soñaba con cumplir los dieciocho y largarme para siempre.

Regreso al presente al cruzar la sala de reuniones. Tropiezo con una chica de gafas enormes que carga un portátil contra el pecho.

—Mira por dónde vas, Cerebrito —le suelto en un tono más alto del que pretendía.

—Perdona —balbucea—. Estaba mirando las imágenes de la carrera y no me he dado cuenta.

—¿Tú también me vas a echar la bronca? ¿A decirme lo que tengo o no tengo que hacer ahí fuera?

Mi tono de voz capta la atención de varias personas que se giran hacia nosotros.

—No, yo… —titubea, recolocándose las gafas.

—¿Qué miráis todos? ¿No tenéis nada que hacer? —exclamo colérico—. Poneos a trabajar.

El equipo se dispersa y los cuchicheos en la sala se desvanecen.

Lo sé. Soy consciente de que me he convertido en el hazmerreír de la escudería. Soy la escoria de la que mi padre afirma siempre avergonzarse.

A veces, desearía abrir un agujero en la tierra y desaparecer para siempre. Pero no puedo. Soy el centro de todas las miradas y hasta los *sponsors* me buscarían en el infierno para hacerme pagar cada una de mis deudas.

12

Extraños en la noche

Daniela

Suzuka, Japón
Circuito Internacional de Suzuka

Han pasado dos semanas desde el incidente en Shanghái que provocó un pequeño revuelo en el equipo. El estado de ánimo del personal se palpa en el ambiente, aunque todos nos hemos volcado en seguir trabajando duro en la próxima estrategia para Suzuka.

Yo, por mi parte, continúo inmersa en el proyecto que le entregaré a Andrea: un conjunto de modificaciones para el monoplaza destinadas a optimizar el flujo hacia el fondo plano, rediseñar los pontones y lograr una gestión más eficiente del aire caliente.

Todo ello, eso sí, con el reglamento de la Federación Internacional en la mano; ese con el que me acuesto todas las noches y con el que sospecho que pronto empezaré a tener pesadillas.

No sé si el año que viene seguiré en esta escudería o si mi breve carrera en la Fórmula 1 terminará esta misma temporada. Aun así, mientras esté aquí, quiero dejar una pequeña huella; algo que ayude a mejorar la aerodinámica del coche. Por eso, he diferenciado por colores los cambios permitidos por el reglamento actual y los que quedarán prohibidos el año próximo, como los canales Venturi del fondo plano, que la FIA planea eliminar.

El *jet lag* me tiene algo aletargada. O quizá sea culpa de las cuatro Sapporo que me tomé anoche con Will y Camila en la habitación de esta última nada más aterrizar en Japón. Esos dos son un auténtico peligro cuando se juntan, pero también han sido mi mayor apoyo estas últimas semanas.

Estoy ensimismada frente a la pantalla cuando, de pronto, una bolsa de chocolates cae del cielo y aterriza sobre mi mesa. Tiene unas letras japonesas serigrafiadas en el plástico y una paleta de colores tan extensa que confundiría a cualquiera.

Alzo la cabeza con curiosidad y me encuentro con el rostro angelical de Alessio, observándome con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Y esto?

—Una ofrenda de paz —responde con una sonrisa ladeada.

Finjo no entender de qué va la cosa, aunque la realidad es que sigo molesta por la forma en la que nos trató a mí y al resto del equipo tras el incidente de Shanghái. Entiendo que estuviera frustrado, pero eso no le daba derecho a comportarse como un auténtico gilipollas con cualquiera que se le pusiera delante.

—No los necesito. Son las… —miro el reloj y abro los ojos de par en par—. ¡Las nueve de la noche! No como chocolate después de las tres o si no seré incapaz de pegar ojo por la excitación.

Noto cómo el rubor me sube a las mejillas tras haber pronunciado esa última palabra. Él sonríe travieso y agradezco que vuelva al tema original.

—Todo el mundo se ha ido al hotel ya. Trabajas demasiado. Tienes que descansar.

—No he venido de vacaciones. Quiero acabar este proyecto —replico con sequedad.

—Como quieras… —amaga con darse la vuelta para marcharse, pero se detiene a medio camino—. Oye, siento mucho lo que pasó en Shanghái.

—Yo lo siento más —murmuro sin apartar la vista de la pantalla.

—No sabía exactamente qué te gustaba, así que he comprado una bolsa de cacahuetes cubiertos de chocolate negro, blanco, té *matcha* y todas esas guarradas que les gustan tanto a los japoneses.

Lo miro de reojo. Arquea las cejas, esperando una reacción, y se me escapa una media sonrisa.

—Gracias —susurro.

—Buenas noches, Cerebrito.

—Buenas noches, Casanova.

Un silbido casi inaudible se escapa de sus labios al alejarse. Yo me obligo a volver a la pantalla, como si nada hubiera pasado.

Decido aprovechar la tranquilidad para terminar de programar unos datos, así que me dirijo al garaje a tomar medidas de los *endplates*, las placas verticales situadas en los extremos de los alerones.

Trabajar a estas horas en soledad tiene algo reconfortante. El ajetreo constante del *paddock* durante el día suele ser abrumador y, a veces, pensar con claridad resulta casi imposible para avanzar con el proyecto.

Me tumbo sobre el pavimento helado para tomar medidas cuando unos ruidos captan mi atención. Quizá aún quede algún adicto al trabajo por aquí o puede que sea Santoro, que todavía no se ha marchado al hotel.

Termino las mediciones y, cuando me dispongo a salir del garaje, escucho los susurros de dos voces hablando demasiado cerca.

Unos sonidos entrecortados se mezclan con los gemidos de uno de ellos.

¿Estarán…?

Oh, Dios mío, que no sea lo que estoy imaginando.

Avanzo con cuidado para evitar que me vean, pero, al abrir la puerta, el maldito chirrido de la bisagra rompe el silencio, delatándome en el acto.

—¡Daniela! —exclama una voz familiar.

Me quedo congelada, sin saber qué dirección tomar. El garaje está en penumbra, pero el resquicio de luz que entra por la puerta ilumina a dos figuras medio escondidas tras unas estanterías.

—¡¿Will?! —pregunto ojiplática.

Lo veo de rodillas en el suelo, en una postura un tanto comprometida. Su mano cubre el miembro de la persona que está

de pie, apoyada contra la pared. El corazón me sube a la garganta y el mundo parece detenerse cuando levanto la mirada.

Me lleva unos segundos reconocer la silueta.

—¡¿Leonardo?!

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclama el piloto, entrando en modo pánico, mientras intenta subirse los pantalones con torpeza.

—Yo… —balbuceo—. No he visto nada. Podéis seguir con lo que estabais haciendo.

—¡Joder! —masculla una voz que no identifico a quién pertenece de los dos.

García sale del garaje a toda prisa, sin mirarme a la cara. Yo me quedo allí plantada, con cara de idiota, mientras Will se deja caer para sentarse en el suelo.

Se apoya contra la pared y hunde la cabeza entre los brazos con un gesto derrotado.

—Lo siento, Will —me atrevo a decir con una vocecilla ridícula.

—Pequeña Serra —dice él sin levantar la vista—. ¿Qué haces aquí a estas horas? Tendrías que estar en el hotel.

—Estoy terminando el proyecto. Pensé que no quedaba nadie más.

Me acerco despacio y trato de consolarlo al percibir la angustia en su rostro.

—Oye… —se pasa una mano por el pelo—. Lo que has visto...

—Yo no he visto nada, lo juro —me apresuro a decir—. Estaba midiendo los *endplates* y me iba ya.

—Buena chica.

Me siento a su lado y nos quedamos unos instantes en silencio. Apuesto a que miles de pensamientos rondan ahora mismo su cabeza.

—Pero, si hubiera visto lo que he visto…

—No, Daniela. No sigas por ahí, por favor —me advierte con una mueca de derrota.

—Quiero decir que… No pasa nada. Cada uno es libre de hacer lo que quiera en su tiempo libre, siempre que no haga daño a los demás.

Will esboza una sonrisa triste. Presiento por su gesto que no comparte mi ingenuidad.

—Dani, esa inocencia tuya es entrañable, pero no sirve en este mundo en el que nos movemos —sentencia muy serio y estira las piernas para acomodarse—. Si alguien se entera de lo que ha pasado aquí…

—Que piensen lo que quieran. ¿No sois mayorcitos los dos?

—A mí me pondrían de patitas en la calle —responde sin rodeos —. Y mi familia depende económicamente de mí para sobrevivir, así que…

—Entiendo.

—Y en cuanto a Leo… —resopla—. Él se llevaría la peor parte. *Sponsors*, carrera, reputación... Todo por lo que ha luchado se iría a la mierda en un chasquido de dedos.

Trago saliva y medito la situación. El deporte masculino es un selecto club cerrado, lleno de silencios incómodos y reglas no escritas. Y la Fórmula 1 no es una excepción. Se trata de una competición de hombres blancos, heteros y con mucho dinero. El resto somos simples aficionados observando desde el sofá de casa.

—No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo —lo reconforto dándole una ligera palmada en el brazo.

Will sonríe con gratitud y, para mi sorpresa, pasa un brazo por mis hombros, atrayéndome hacia él en un abrazo cálido que me deja sin palabras. No estoy acostumbrada a estas muestras de afecto fuera de mi familia, así que la cercanía y el roce de su cuerpo me resultan extrañamente reconfortantes. Una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro antes de que pueda detenerla.

—¿Y cómo es que…? —pregunto curiosa al cabo de unos segundos—. Pensaba que habíais tenido algunos malentendidos en el trabajo y resulta que…

Will suelta una carcajada y sacude la cabeza con incredulidad.

—Eso parecía. Discutíamos por todo y, entre cambio y cambio de neumáticos, la tensión fue creciendo —levanta una ceja— en todos los sentidos.

—¡Ohh! Me encanta. Es como la película *Brokeback mountain*, versión *cowboys* en el *paddock.*

—Sí, pero bastante más torpe… por ambas partes —matiza divertido mientras nos levantamos para salir del garaje—. Hace una semana se lanzó por primera vez cuando nos encontramos paseando por los alrededores de la sede en Bérgamo. Una cosa llevó a la otra y…

—Ajá, así que con razón no quisiste venir con Camila y conmigo a tomar un Aperol a la ciudad —le reprendo gesticulando con fuerza —. Vaya, vaya, señor Lakowe. Qué calladito se lo tenía… Así que va a ser verdad eso de que «los que se pelean se desean».

Suelta una carcajada y abre la puerta para dejarme pasar.

—Ten cuidado. A ver si te va a pasar lo mismo con Santoro.

Mi sonrisa se esfuma de un plumazo.

—¡Jamás! Por encima de mi cadáver.

13

Borrón y cuenta nueva

Alessio

Suzuka, Japón
Circuito Internacional de Suzuka

Mi mejor manera de reaccionar ante el incidente en Shanghái, que provocó un pequeño revuelo en la escudería, no ha podido ser más infantil y cobarde: esconderme en el apartamento de mi amigo Markus en Mónaco mientras Asher aparecía cada tarde con un cargamento de *whisky* para olvidar las penas.

Me he apoyado en ellos porque son quienes mejor conocen cómo funciona este mundillo. Pero también han sido los primeros en obligarme a dejar de lloriquear y seguir adelante. Tienen una forma muy convincente de hacerlo: arrastrándome bajo el chorro de agua helada con la resaca aún a cuestas y montándome una «intervención» de esas que salen en las películas americanas.

Y, sí, quizá tengan razón. Hasta ahora han sido un cúmulo de pequeñas desdichas intentando lastrar mi carrera. Pero, tal y como me recuerda Mark una y otra vez, ¿no tardó Schumacher cuatro años desde su debut en ganar su primer título mundial? ¿Y otros cinco en consolidarse en lo más alto tras su llegada a Ferrari?

No le falta lógica a lo que dice mi amigo. Es tan fan del piloto alemán que incluso su adorable perro lleva su apodo. Kaiser, un *cocker spaniel* adoptado de una protectora, ha sido mi mayor consuelo estos últimos días. Si no hubiera sido por sus lametones a

las seis de la mañana, recordándome que tenía que levantarme a entrenar, no estaría hoy de nuevo en Suzuka, preparándome para la carrera.

—Alessio, ¿tienes un momento para hablar? —me pregunta Giorgio, que hoy ha venido al box a supervisar de cerca.

El nombre de mi padre parpadea en la pantalla del móvil. Lo ignoro, como llevo haciendo desde que empezó la temporada. Cuando quiere, sabe cómo gestionar mi carrera desde la distancia.

—Eh…, sí, claro —miro el reloj y compruebo que aún dispongo de un par de minutos.

—No quiero entretenerte y menos distraerte antes de la carrera.

La última vez que vi al CEO fue saliendo del despacho de Ferrara. Ahora su expresión se ha suavizado, aunque intuyo que sigue habiendo algo que le carcome por dentro.

—Oye, en cuanto a lo del otro día…

—Hijo —me interrumpe dedicándome una mirada paternal—, eso pasa de vez en cuando. Es parte de este oficio.

—Sí, pero debí ir con más calma.

—Debiste pensar con la cabeza. Y eso es exactamente lo que tendrás que hacer hoy y durante el resto de la temporada —las arrugas de su rostro avalan cada palabra—. Cuando te llamé para que vinieras a mi equipo no fue porque fueras el nieto de Raffaele, sino porque te he visto crecer, dentro y fuera de las pistas. Estoy convencido de que llegarás lejos, pero necesitas centrarte, dejar de compararte y correr por ti mismo.

Sus palabras se me clavan como lanzas afiladas. El peso del legado familiar ha condicionado toda mi vida y quizá haya llegado el momento de empezar a trazar mi propio camino.

—Gracias, Giorgio —me limito a decir.

—Estoy muy orgulloso de ti, chico. Y él —alza el dedo índice hacia el cielo—, esté donde esté, hoy verá la carrera con el pecho hinchado de orgullo.

Me da una palmada en la espalda e insinúa una sonrisa de satisfacción. Sus palabras son justo todo lo que necesitaba antes de subirme al coche.

—Ahora sal ahí y patéale el culo a esa panda de aficionados.

Me revuelve el pelo y me enfundo el casco con una sonrisa oculta bajo el pasamontañas. Me acomodo en el asiento, ajusto los arneses y uno de los mecánicos me entrega el volante para adaptarlo al control de mis manos. Las pantallas se iluminan. Todo está donde debe estar.

Cierro los ojos unos segundos e inhalo todo el oxígeno que puedo por dentro.

Salgo del box rumbo a la pista con una sensación distinta, más limpia. A pesar de que el asfalto aún conserva el frío de la mañana, los neumáticos responden con docilidad en las primeras curvas. Siento cómo el coche se pega al suelo en las «eses», cómo el equilibrio vuelve poco a poco, con fluidez y precisión.

Aunque llevamos poco de temporada, la tensión entre los pilotos se puede cortar con un cuchillo. Todas las miradas están puestas en Markus y Sokolov, los grandes rivales del campeonato.

El ruso no le teme a nada. Dispone del mayor presupuesto, el monoplaza más competitivo y el respaldo de la afición. Sin embargo, no es amigo de la prensa y es un lobo solitario tanto dentro como fuera del circuito.

Mi amigo Mark es distinto. Siempre lo ha sido, en realidad. Donde otros vemos presión, él ve un juego; donde yo cargo con apellidos y expectativas, él parece competir por diversión, como si aún estuviéramos en el *karting*, con las rodillas llenas de moratones y la cabeza libre de fantasmas.

Bueno, al menos en el terreno profesional, porque en el personal cada uno carga con su mochila de piedras y él aún arrastra el peso de lo que ocurrió en su vida años atrás.

Hemos traspasado el ecuador de la carrera y aún nos quedan veintiséis vueltas. Suzuka es un circuito exigente, donde se requiere mucha práctica. Sus curvas rápidas, la horquilla de la curva once, los puentes y los desniveles exigen una gran habilidad técnica y aerodinámica.

Adoro la adrenalina que recorre mi cuerpo, la sensación de túnel cerrado cuando el monoplaza alcanza los trescientos kilómetros por hora y la vibración constante del volante, que te obliga a estar alerta ante la más mínima distracción.

Desde dentro todo se percibe con una claridad absoluta, como si el mundo avanzara a cámara lenta. No niego que no exista riesgo, pero el dominio de la situación genera una sensación inigualable de poder y control.

Tomo la última curva e intento sobrepasar al japonés Tatsuya, calculando la maniobra con una precisión quirúrgica. No existe margen de error si quiero salir de esta carrera indemne. No me la voy a jugar de nuevo, así que giro el volante y piso el acelerador a fondo para ganarle la posición.

Unos segundos después, la radio se enciende:

—Vuelta rápida, uno treinta. Sigue así, Alessio —exclama Andrea entre interferencias.

—¡Seguimos! —respondo, orgulloso, dando un puñetazo al volante, aunque soy consciente de que debo mantener la calma.

Apenas quedan tres vueltas para el final y la sensación de agotamiento ya empieza a hacerse notar. El viento golpea mi casco con furia y, en cada curva, mi cabeza pesa como si cargara veinte kilos. El cuello me arde por la temperatura y la fricción, mientras que la fuerza G me aplasta contra el asiento.

Aun así, mantengo la mirada fija en el asfalto, sin parpadear, con los cinco sentidos puestos en la pista para anticipar cualquier contratiempo.

Atisbo la bandera de cuadros ondeando a lo lejos y, aunque sé que todavía tengo varios pilotos por delante, también soy consciente de que he terminado en posiciones de cabeza. Mi ingeniero me lo confirma por el pinganillo:

—Bravo, Ale. Un sexto puesto. No está nada mal. Nada mal, chico —repite Andrea eufórico, con el resto del equipo celebrando de fondo.

—¡¡Vamos!!

Calculo los puntos conseguidos este fin de semana. Con el sexto puesto de hoy serán ocho, más los dos conseguidos en la *sprint* de ayer. Una pena que la vuelta rápida ya no puntúe. Aun así, no podría estar más orgulloso del trabajo realizado.

Dejo el coche en la posición asignada del parque cerrado para someterlo a las inspecciones pertinentes por parte de la FIA. Retiro

el volante tras accionar el *quick release* y me dirijo a la zona de pesaje, donde los comisarios comprueban que cumplimos con la normativa.

En cada carrera, pierdo entre tres y cuatro kilos por la deshidratación, aunque agradezco que el clima japonés, a estas alturas del año, nos haya dado una tregua.

—Buena actuación, Santoro —me felicita Emily, que ha terminado por delante de mí.

—Mira quién habla, Olsen. En nada te veré allí arriba rociándonos a todos de champán.

Sonreímos y nos damos una palmadita en la espalda antes de separarnos.

Distingo una marabunta de polos rojos con el logo de Rosa Nera tras la valla y corro hacia ellos para chocar sus manos. Tengo un equipo increíble y espero que esta pequeña victoria, aunque lejos del podio, haya servido para levantar un poco el ánimo de toda la escudería y recordarnos que aún queda una larga temporada por delante.

Me limpio el sudor y doy un trago a la botella de agua cuando, a lo lejos, la veo. Una chica con gafas que aplaude sonriente desde la distancia.

Le guiño un ojo y compartimos un momento de complicidad. Sé que después me espera una intensa charla sobre telemetría, gráficos y décimas perdidas con ella, pero ver esa sonrisa en su cara es una pequeña victoria que me guardo solo para mí.

14

La familia que uno elige

Daniela

Florida, Estados Unidos
Autódromo Internacional de Miami

De Japón a Oriente Medio y de Oriente Medio a Estados Unidos. A este ritmo, mi cuerpo ya no distingue entre husos horarios ni sabe cuándo es aceptable irse a dormir. En pocas semanas hemos recorrido el mundo de punta a punta y creo que lo de superar el *jet lag* es una mera leyenda urbana.

Aun así, marco en rojo las semanas que quedan en el calendario para poder volver a casa, durante al menos unos días, en los que poder ver a mi familia y comprobar que todo sigue en orden.

Pero ahora tenemos otra familia con la que lidiar: los García. Este fin de semana se disputa el Gran Premio de Miami, una cita en la que el clima tropical se combina con el gran despliegue mediático para convertir a Estados Unidos en el escenario de una competición única y especial.

Camila no para de moverse por la habitación del hotel mientras Will y yo planeamos una visita a los Everglades, una gran reserva natural donde residen varias especies de animales, entre las que destacan cocodrilos y caimanes.

—¿Debería ponerme un traje de chaqueta y pantalón o mejor algo más casual, pero que grite «soy la mejor relaciones públicas que Leonardo García podría tener y, de paso, una adulta funcional»?

—nos pregunta mientras apila el décimo conjunto de ropa sobre la cama.

—A ver, que me entere yo —interviene Will desviando la atención del ordenador—. O sea que tus padres piensan que estás trabajando en preservar la imagen de tu hermano.

—Así es.

—Pero no es verdad —afirma más que pregunta.

—Digamos que… no lo tengo claro todavía. —Camila se pasa la mano por el pelo y suspira—. He descubierto que me gusta la comunicación de imagen, aunque no sé si el deporte es a lo que me quiero dedicar. Para qué engañarnos, no es que tenga mucha idea de Fórmula 1. Es más, me acabo de enterar esta semana de que el DRS es el cacharrito ese que se aprieta para adelantar en algunos tramos al rival.

—Pues va a desaparecer el año que viene, así que acabas de invertir energía cerebral en el dato más inútil de todo este deporte —añado.

Camila me dedica una mirada desesperada.

—¡Estupendo! —ironiza, resoplando—. Mirad, solo tengo que fingir este fin de semana, cuando vengan mis padres el domingo a ver la carrera. Estaba pensando que tal vez vosotros podríais hablarles bien de mí.

Dibuja una sonrisa angelical y junta las manos sobre el pecho, como si nos suplicara con la mirada.

—Muchos favores estás pidiendo después de inventarte que Santoro vendría a aquel club en Australia —ironizo con los orificios nasales ensanchados. Todavía recuerdo cómo no pude apartar los ojos de la puerta de entrada hasta que acabé el último sorbo del mojito.

Will suelta una carcajada al recordar la escena y luego se gira hacia Camila, que se acerca para abrazarme con un gesto de arrepentimiento. Me resulta imposible no encontrarlo tierno.

—¿Y tu hermano? ¿También está en el ajo? No lo veo yo mintiendo por ti —apunta el mecánico que, por su comentario, parece que ya va conociendo la personalidad del piloto.

—No me hables de Leo. —Camila frunce el ceño y se deja caer sobre la cama—. Dice que no quiere seguir ocultándoles información a nuestros padres. Que me ponga las pilas buscando una carrera de verdad o me manda de vuelta a Austin.

—Creo que, desde que os conozco, es la vigésima vez que le oigo amenazarte con eso —comento, echando cálculos mentales—. No creo que vaya a cumplirlo a estas alturas.

—Ajjj, Leonardo. El hijo perfecto. El piloto hecho a sí mismo, con una carrera profesional brillante, dinero para sacarnos de las deudas y cero habilidades sociales. Si no fuera tan introvertido, ya tendría una mujer perfecta a su lado, un perro monísimo y ninguna hipoteca, para envidia del resto de los mortales.

Will se atraganta mientras bebe de su botella de agua. Carraspea y tose varias veces para recuperar el aire.

—O un hombre…, quién sabe —susurro muy bajito.

Lakowe abre los ojos, atónito, y me lanza una advertencia silenciosa que amenaza con acabar con mi vida. Acto seguido, me da una patada por debajo de la mesa que me hace estremecer.

—¡Auuu! —musito, frunciendo el ceño.

—¿Entonces haríais ese favor por mí? ¿Porfa, porfa, porfa?

Will alza las cejas. Por su gesto, sé que le resulta imposible mentir. Aun así, intercambiamos una mirada resignada y asentimos; no nos queda otra que cubrir a nuestra amiga.

—Claro, Cami, cuenta con nosotros. Pero ¿hasta cuándo va a durar esa farsa? Es decir, ¿no sería mejor encontrar un trabajo de verdad?

Camila resopla, se levanta y mira por la ventana. Tras unos segundos, se gira y cruza los brazos.

—Digamos que… los García son un poco peculiares. Son bastante intensos.

—Vaya, nunca lo hubiera imaginado después de haberte conocido. —Will se ríe de su propio chiste y cierra una cremallera invisible en su boca al ver nuestra expresión de desdén.

—Mis padres se jugaron la vida viniendo de México a Estados Unidos cuando eran muy jóvenes; ambos se deslomaron para que mi hermano y yo tuviéramos una vida mejor.

Su rostro se ensombrece y distingo el remordimiento que le carcome por dentro.

—Sé de lo que hablas —añade Will, que ahora se ha puesto más serio—. Mis padres no lo tuvieron mucho mejor, pero están orgullosos de que trabaje para una escudería y de que por la noche estudie una carrera con la que prosperar en el futuro.

—Chicos, no lo entendéis —protesta Camila, caminando inquieta de un lado a otro de la habitación—. Yo no soy tan inteligente como vosotros. Ni siquiera terminé la universidad. Soy una auténtica fracasada.

Will y yo nos quedamos desconcertados. Si tuviera que señalar a alguien sin un ápice de inseguridad en esta estancia, habría apostado todo mi dinero a que sería ella. Pero está claro que cada cual arrastra sus propios demonios.

Hasta ahora, Camila ha sido mi mayor apoyo aquí dentro cuando me sentía el último mono de la escudería, una simple becaria en un mundo dominado por hombres. Así que ahora es mi turno de intentar calmarla con unas palabras que me salen del alma:

—Cami, qué tonterías dices. No se trata de ser más inteligente o no, sino de encontrar una profesión que te motive, que te haga levantar cada mañana sabiendo que el dinero con el que pagas las facturas a final de mes ha sido ganado con un trabajo digno —sentencio, hundiendo los ojos en los recuerdos del pasado—. Si algo me enseñó mi padre mientras lo ayudaba en su taller mecánico de barrio, es que era feliz con lo que hacía, manchado de aceite y grasa, pero siempre con una sonrisa al llegar a casa.

—Estoy de acuerdo con Dani —manifiesta Will—. Piensa en algo que te motive. Algo que hicieras en los años de facultad.

—Mmm… —se queda pensativa—. Puedo decir que ostento el dudoso honor de haber recorrido todas las fraternidades en busca de la mejor fiesta semanal. Una carrera académica impecable.

Fruncimos el ceño y sacudimos la cabeza, perplejos.

—Vale, a ver —dice Will—. A los americanos os gustan mucho esas cosas de clubs y actividades extraescolares. ¿Estuviste en algún grupo de ajedrez, fotografía, ciencia, amigos de los fenómenos paranormales…? No sé, algo te tendría que gustar.

—¡Ja! Esas cosas son para cerebritos —se gira hacia mí—. Perdón, Dani, sin ofender.

—Nada, nada —le resto importancia con un manotazo al aire.

—Pero sí hay una cosa que quizá…

Se detiene a meditar durante una fracción de segundo y, cuando vuelve a hablar, capta toda nuestra atención.

—Cuando íbamos a las fraternidades, mi amiga Amanda y yo creamos un perfil en redes sociales para dar a conocer los eventos que se celebraban alrededor. Hacíamos entrevistas, subíamos cuatro fotos monas y ganamos muchos seguidores, al menos hasta que abandoné la facultad de manera definitiva.

—¿Y por qué no lo haces ahora? —pregunta el mecánico, abriendo los ojos como platos cuando descubre que al fin hemos encontrado algo—. Podrías llevar las redes sociales de tu hermano, como estás fingiendo hacer...

—Imposible, mi hermano no se fía de mí. Dice que soy un completo desastre y que solo sé provocar el caos allá donde voy.

Nos reímos, conscientes de la veracidad de sus palabras. Ella pone los ojos en blanco.

—Por qué será que no nos sorprende…

—Pues entonces haz lo mismo aquí —insiste Will—. No tienes por qué hablar del deporte en sí, sino de las citas y los eventos que se mueven alrededor de la Fórmula 1. Tienes una facilidad asombrosa para comunicarte con la gente. Te mueves por el *paddock* como pez en el agua y hablas hasta con el mismísimo presidente de la FIA, si hace falta. Aprovéchalo y poténcialo para sacar algo bueno de todo esto.

—Mmmm…, ahora que lo dices, se me está ocurriendo una idea. —Camila se lleva un dedo a la frente y mira al techo, como si buscara inspiración divina—. ¡Chicos, ya lo tengo! Sois los mejores. ¡Os quiero!

Se lanza en plancha sobre la pila de ropa arrojada en su cama y comienza a dar saltitos de alegría entre las prendas.

Will y yo intercambiamos una mirada precavida. No sabemos qué saldrá de todo esto, pero le damos un margen de confianza. Al

fin y al cabo, sabemos que tiene muchas capacidades que todavía puede explotar.

15

Podría ser tu madre

Alessio

Florida, Estados Unidos
Autódromo Internacional de Miami

La Marcha de los Toreros, de la ópera Carmen, suena por los altavoces a todo trapo. Es el himno indiscutible de la Fórmula 1 y escucharla provoca un subidón comparable a los rugidos de un motor a máxima potencia.

Observo a Markus alzando el trofeo desde el podio, mientras un divertido Asher, que ha quedado en el tercer puesto, lo rocía con Moët & Chandon en un espectáculo del que no podría estar más orgulloso.

Von Amsberg ha terminado en segundo lugar y se mantiene al margen, en una imagen que denota que va por su cuenta. Pero el ingeniero jefe de Morrison —la escudería vencedora de Markus— lo salpica con la botella y lo atrae hacia él para sacarse la foto de rigor.

Con una sonrisa bobalicona, me retiro al box. Aurora, la jefa de relaciones públicas de Rosa Nera, me coge por banda para recordarme que tengo una cita ineludible con una periodista deportiva más aficionada al salseo que a los resultados y las estrategias.

—Lo siento, Alessio —se disculpa con gesto derrotado—. Sabes que no puedo cancelar esta entrevista por tercera vez. Viene medio

obligada por uno de nuestros mayores *sponsors* y… ya sabes cómo son estas cosas.

—No te preocupes, Aurora, haré lo que pueda —la tranquilizo. No es que me quede otra opción—. Eso sí, solo te pido que la hagamos aquí, en el box, ante el público. Cuantas más personas, mejor.

—Mmmm, dudo que eso sea posible. La última vez que lo probaron, me dijeron que interfería en el sonido, así que tendrá que ser en una sala privada.

—No, por favor. Esa mujer… —trato de buscar las palabras adecuadas y susurro despacio—: esa mujer tiene la mano demasiado larga.

Levanto la cabeza para asegurarme de que nadie nos haya escuchado y, cuando vuelvo a mirarla, su expresión es todo un poema.

—¿Me estás diciendo que…? —pregunta ojiplática—. Pero si fue conmigo a la facultad de Periodismo… ¡Podrías ser nuestro hijo!

—Parece que la edad no es ningún impedimento para ella —ironizo, hastiado de tener que cumplir con estas obligaciones.

—Vale, veré qué puedo hacer.

La observo alejarse con gesto apesadumbrado. Entiendo que ella también tenga que pasar por el aro, pero confío en Aurora como la gran profesional que es.

Paseo la mirada por el box mientras espero a que vuelvan. Los mecánicos recogen el material entre bromas, desafiándose para ver quién cambia un neumático en el menor tiempo posible. O, lo que viene a ser lo mismo, a ver quién la tiene más grande… Aun así, percibo cómo el buen humor del equipo va en aumento y me agrada que, por primera vez, se contagie el ambiente del *paddock*.

A mi derecha, Andrea y Daniela charlan sobre los datos de la carrera. La becaria escucha atenta mientras el ingeniero señala la información en pantalla. A pesar de que me voy familiarizando con ellos, la mente de los ingenieros no deja de sorprenderme; me asombra su capacidad para analizar y exprimir los datos con vistas a una nueva estrategia.

Daniela desvía la mirada y se encuentra con la mía. Doy un respingo en el sitio. Me había quedado embobado observándolos trabajar y aparto la vista enseguida para no dar la impresión equivocada de que la estaba mirando a ella.

—Alessio, por fin podemos vernos —indica una voz femenina mientras una mano se desplaza hacia mi brazo creando una situación incómoda. Otra vez.

Carraspeo y mis ojos van directos al contacto entre su piel y la mía. No hemos empezado la entrevista y ya tengo que aguantar que esta señora, con tres toneladas de bótox en los labios y una crisis de la mediana edad galopante, quiera lanzarse como un pulpo hacia cualquiera de sus presas. Quizá para convencerse de que los años no avanzan en su reloj, quizá para aparentar lo que no es. Quién sabe lo que rondará por su mente, pero a juzgar por la mirada desquiciada del cámara, que espera en un lateral impaciente, trabajar con ella debe de ser un auténtico suplicio.

—Sharon, cuánto tiempo sin verte —finjo la sonrisa más falsa del mundo.

—Eso será porque tú no quieres —responde con un gesto travieso, aferrándose aún más a mi brazo derecho.

—Un momento, por favor.

Me giro de manera brusca para colocar el casco en una de las estanterías. Es lo primero que se me ocurre; no tenía ni idea de cómo desprenderme de las garras de esta mujer.

—Vale, empezamos a grabar —ordena al cámara.

Menos mal. Al menos hemos salvado a la audiencia de presenciar un bochornoso momento en directo.

—En primer lugar, queremos felicitarte por tu séptimo puesto en la carrera. ¿Te sientes orgulloso de tu rendimiento hoy en la pista?

—Muchas gracias —respondo, esforzándome por mantener la profesionalidad—. Sí, la verdad es que hemos marcado buenos tiempos. Ha sido un acierto cambiar de neumáticos duros a blandos a mitad de carrera, aunque después haya tenido que gestionar su desgaste hasta el final.

—Sin embargo, con Leonardo García han utilizado la estrategia opuesta. ¿Crees que buscan enfrentaros en pista para generar

rivalidad, tanto fuera como dentro de los boxes?

Y ahí está. No han hecho falta más de dos preguntas para llegar a terreno pantanoso.

—No, en absoluto. Leo y yo somos buenos compañeros y estoy seguro de que, con el tiempo, nos convertiremos en mejores amigos —miento, enseñando todos los dientes.

En medio del silencio que provoca mi respuesta, escucho una familiar carcajada a nuestro lado. Daniela intenta contener la risa tapándose la boca con la mano. Menuda granuja.

Eso sí, me regala unos segundos de tregua mientras Sharon pone los ojos en blanco y le lanza una mirada asesina. Espero que haya servido, al menos, para despistarla de su pregunta inicial.

—Nadie lo diría después de lo ocurrido en Shanghái. Dicen los rumores que no os soportáis. Lo mismo sucede con Markus Münster, tu mayor rival desde el *karting*.

Ahora el que se ríe soy yo.

—Sharon, si algo te enseñan en el primer curso de la facultad es a contrastar las fuentes —le reprocho con una voz dulce, teñida de una inquina afilada—. El periodismo no puede sostenerse únicamente de rumores constantes. No es serio.

Los ojos de la periodista se abren de par en par, como si no diera crédito a lo que acabo de decir. Aurora aparece en el momento más inoportuno y reprime un grito antes de colocarse con discreción en un segundo plano.

Con un gesto indignado, Sharon pasa las páginas de su cuaderno tratando de buscar la siguiente pregunta.

—Así que, Alessio, ¿para cuándo la boda con Irina Sokolova? Tal vez sean esas pequeñas fiestecitas privadas con ella las que no te permiten centrarte en la pista.

Me acerca el micrófono tanto a la boca que podría devorarlo de un mordisco. No ha sido accidental; es su forma de decirme que, calladito, estaría más guapo. Aunque sé que eso no va a detenerla.

—La verdadera fiesta está en la pista. Mi cabeza está perfectamente centrada. Solo estamos en la primera mitad de la temporada y aún queda mucho por recorrer.

Aurora sonríe satisfecha y hasta veo cómo Daniela me mira de reojo, articulando un gesto de aprobación por haber salido de esta trampa indemne.

—Solo me queda una pregunta ya —sentencia Sharon, ladeando la cabeza con una sonrisa cargada de intención—. Hay quienes comentan que tu séptimo puesto se debe más a decisiones del equipo que a tu propio talento. Supongo que el hecho de que estés en Rosa Nera tiene algo que ver con tu abuelo y que quizá nunca llegues al nivel de otros compañeros de parrilla, como Münster. ¿Qué responderías a quienes creen que estás todavía a su sombra?

A pesar de que decenas de personas nos rodean, el silencio se hace demasiado denso en el garaje. Aurora se tensa y tuerce el morro. Daniela deja de sonreír, en un gesto que, de manera inconsciente, me entristece.

—Les diría que son simples habladurías —dictamino con seguridad—. Las carreras no se ganan con titulares, ni con apellidos. La Fórmula 1 es un trabajo de equipo y, en días como hoy, demostramos que el nuestro funciona. Aún queda mucha temporada por delante. Esperemos a los resultados finales antes de sacar conclusiones.

Sharon parece a punto de lanzar una contrarréplica, pero se detiene en el último segundo y fuerza una sonrisa tensa.

—Gracias, Alessio.

Aurora expulsa por fin el aire que llevaba conteniendo y, de reojo, veo cómo Daniela asiente sin apartar la vista de la pantalla.

El cámara se retira y, cuando creía que lo peor había pasado, Sharon se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Seguro que a Irina no le importa que nos tomemos una copa juntos antes de vuestra boda. Hotel Florida Park. Habitación 124. No llegues antes de las diez de la noche.

16

Fórmula desesperada

Daniela

Montreal, Canadá
Circuito Gilles Villeneuve

Parece mentira que estemos en el mes de mayo y que ayer la ciudad de Montreal nos recibiera con una pequeña nevada. Según dicen, no es habitual en estas fechas del año y, aun así, pude sentir el frío polar calándome hasta los huesos.

Will y yo aprovechamos para acercarnos al parque Jean-Drapeau, donde se celebrará el Gran Premio este fin de semana, y pasear entre sus jardines mientras admiramos la fauna y la flora local. El circuito se encuentra en una isla artificial frente a la ciudad, rodeada por el río San Lorenzo y varios lagos que embellecen aún más el entorno. Una pasada de lugar.

Camila se quedó en el hotel dando forma a su último proyecto. Nos tiene muy intrigados con esta nueva faceta suya, así que decidimos darle algo de espacio. Eso sí, le enviamos varias fotos con nuestro pequeño muñeco de nieve improvisado, hecho con la escasa nieve que llegó a acumularse en los jardines.

Pero hoy toca arremangarse y ponerse a trabajar. Mientras los pilotos realizan los entrenamientos libres, el equipo técnico nos preparamos para una de las carreras más emblemáticas del año.

Es una de las favoritas de los pilotos, quizá por su baja carga aerodinámica. Sus catorce curvas y la famosa horquilla ralentizan el

ritmo en algunos tramos; no obstante, fuera de ellas, se considera una pista rápida y fluida.

Para todos menos para Rosa Nera. En este circuito falleció Raffaele Santoro, abuelo de Alessio, en 1982. Casualmente, meses después de que el piloto canadiense Gilles Villeneuve perdiera la vida también en un accidente, motivo por el cual el trazado recibió su nombre.

Uno de los grandes retos del circuito es la peligrosidad de la curva trece. De hecho, han sido varios los pilotos que han chocado contra el muro derecho antes de la llegada a meta, incluido el legendario Santoro. Por eso, «el Muro de los Campeones» es el nombre con el que se conoce comúnmente a esa curva.

De todo esto estoy hablando con Andrea cuando Alessio finaliza uno de los entrenamientos y regresa al box con la adrenalina todavía disparada.

—Buen trabajo, Daniela —me asegura el ingeniero, dándome una palmadita en la espalda.

—Gracias… De hecho, quería agradecerte que me tengas en cuenta a la hora de definir la estrategia de cada carrera.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Bueno… —vacilo, sintiendo una gota de sudor resbalando por mi frente—. Fui contratada como becaria para hacer reajustes en el monoplaza y me ha sorprendido que cuentes conmigo para otro tipo de decisiones.

—No digas tonterías. Aquí trabajamos en equipo y, aunque cada persona tenga unas tareas específicas asignadas, al final todos aportamos lo que podemos.

—Parece que no todo el mundo lo tiene tan claro… —susurro despacio, recordando ciertos comentarios.

He de decir que la mayor parte del equipo me ha hecho sentir como en casa, pero hay otros cuyos dardos no pasan desapercibidos. Algunos desconfían de que a una simple becaria le hayan concedido una plaza para viajar con el equipo; otros no ven con buenos ojos que me quede haciendo horas extras. Y también están los que envidian que Andrea tenga en cuenta mi opinión a la hora de redefinir las estrategias de carrera.

Y luego está Alessio, el piloto estrella del equipo. De él he tenido que aguantar críticas sobre mi edad e inexperiencia para que no interfiera en su trabajo.

Para qué engañarnos, su opinión pesa más que ninguna, aunque jamás lo reconoceré en voz alta.

Soy consciente de que este puesto terminará al final de la temporada, pero yo lo vivo como algo más que un simple empleo. Es una afición que me acompaña desde bien pequeña, cuando me tragaba cada carrera en casa.

—Daniela, ¿hay alguien en el equipo que te haya dicho algo? —pregunta Andrea, con un tono preocupado.

Recorro el box con la mirada para asegurarme de que no haya nadie cerca. Aun así, dudo unos segundos antes de contestar.

—No, no es eso… —miento, a sabiendas de que confesar la verdad me traería todavía más problemas.

—Alessio, ven aquí un momento —ordena el ingeniero justo cuando el piloto pasa a nuestro lado.

Mierda, ¿por qué le habrá pedido que venga? Estoy acabada.

—Dime, Rossi.

Santoro se quita el casco y se sacude el pelo de un manotazo.

—¿Cómo han ido los libres?

—Nada mal, la verdad —indica el italiano con gesto satisfecho—. Al principio noté la falta de *grip* sobre el asfalto helado, pero poco a poco las gomas han entrado en calor y el coche ha empezado a responder mejor.

—Bien, me alegra oírlo. —Andrea se aparta para dejarle sitio—. Voy a por un café. Mientras tanto, quiero que escuches la idea que ha tenido Daniela para la carrera.

—¿Yo? —respondo desconcertada—. Yo no…

—Claro que sí. Y cuéntale eso del Martini o del Aperol Spritz que has dicho —añade, partiéndose de risa mientras sale del box.

—¿Qué pasa, Cerebrito? No son ni las diez de la mañana. ¿Ya estás pensando en invitarme a un aperitivo?

Siento cómo mis mejillas comienzan a arder.

—No se trata de eso —me aclaro la garganta—. Era solo una comparación.

—Ah —exclama él, cruzándose de brazos y apoyándose contra la mesa—. Entonces explícamelo, porque ahora mismo suena a que estás mezclando alcohol con una de las pistas más traicioneras del calendario. Y no seré yo quien reniegue de tomarme una esta noche, pero no mientras conduzco.

—Si me dejaras hablar —replico, alzando la barbilla.

Sus cejas se arquean, divertido.

—Adelante, sorpréndeme.

Aprieto los labios un segundo antes de continuar.

—La curva trece. El muro de los campeones —suelto con cuidado.

Su expresión cambia en apenas un segundo. Lo suficiente para que lo note. Carraspea y se yergue en el sitio.

—Sigue —ordena con una voz más dura, más firme.

—Es una curva lenta, pero se entra con demasiada confianza —continúo consciente de que estoy entrando en un terreno demasiado personal—. Los neumáticos llegan fríos y, cuando intentan agarrar, ya es tarde. Si forzamos ahí con esta temperatura, el coche patinará y el muro…

—Ya lo sé —interrumpe—. No necesito una clase de historia.

—No estoy hablando de historia. Estoy hablando de hoy —respondo con cautela—. Yo también he visto ese vídeo en blanco y negro mil veces. Supongo que las mismas que tú.

Sus ojos se desvían hacia la pantalla y puedo ver cómo se hunden en el recuerdo. La imagen de Rafaelle Santoro saliendo despedido del monoplaza es una escena que he visto en demasiadas reposiciones y no me puedo quitar de la cabeza.

Me muerdo el labio inferior, esperando una respuesta que no llega. Al final, Santoro pregunta:

—¿Qué sugieres?

—Un plan A más conservador hasta la vuelta treinta y dos —explico convencida de que podemos esquivar la adversidad de Rosa Nera en este circuito—. Empezamos con neumático medio, sin ataques innecesarios en la trece. Calentamos de manera progresiva hasta que el coche mantenga su ritmo. Y, cuando el asfalto esté en su punto, cambiamos.

Permanece en silencio unos segundos, valorando la estrategia.

—¿Algo más?

—Sí, aprovechar las dos zonas de DRS entre la curva trece para ganar posiciones, extremando la precaución en la zona del… muro.

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Y qué tiene que ver lo del aperitivo? —arquea una ceja.

—Bueno, digamos que… la última copa es ese momento exacto en el que te pasas de frenada. Estás disfrutando, crees que aún tienes el control y piensas que puedes con otra. Pero una copa más puede ser ese segundo extra en el que no levantas el pie del acelerador. Y eso es lo que les ha pasado a demasiados pilotos contra ese muro.

Alessio se aparta, se pasa la mano por la nuca y exhala despacio.

—Odio esta pista.

—No —le corrijo con suavidad—. Simplemente te asusta. Es normal. El año pasado la suspensión saltó por los aires en la primera curva y no llegaste a completarla. Son cosas que pasan, pero este año estamos más preparados.

Me mira con dureza y amaga con contestar, pero en el último momento se detiene. Ver cómo se pasa la mano por el pelo varias veces mientras el brillo de sus ojos se apaga me deja claro que considera este trazado una maldición personal. Aun así, sé que con la estrategia adecuada podríamos superarlo. La suerte no decide nuestros resultados, solo nos da excusas que nos impiden mejorar.

El silencio entre nosotros se vuelve casi tangible, hasta que la voz de Andrea, hablando por teléfono mientras se acerca con un café en la mano, rompe la tensión y suaviza su gesto en un chasquido de dedos. Alessio recupera su máscara de inmediato.

—No sabía que te gustara tanto la fiesta, Cerebrito.

Su respuesta me descoloca, pero intuyo que prefiere refugiarse en esa arrogancia tan suya antes que mostrarse vulnerable.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta el ingeniero, dando un sorbo al café, ajeno a la tensión que acaba de desvanecerse entre nosotros.

—«Es la hora del aperitivo» —suelto sin ningún remordimiento, haciendo que ambos se giren hacia mí con los ojos bien abiertos—. Así es como podríamos llamar al plan.

Andrea asiente, satisfecho. Alessio se marcha sin mirarme.

Me quedo sentada, con el pulso acelerado y la sensación de haber entrado, sin querer, en un terreno peligroso. Otra vez.

17

Cerrar el círculo

Alessio

Montreal, Canadá
Circuito Gilles Villeneuve

Termino de hacer las últimas entrevistas para un medio canadiense y me deslizo con mi patinete por el *paddock*. Las temperaturas siguen manteniéndose relativamente bajas, aunque al menos la nieve y el hielo nos han dado una tregua, por lo que se prevé una carrera tranquila en lo climatológico.

Algunos pilotos odian el ajetreo y las multitudes que se arremolinan antes de la salida. Sin embargo, a mí me encanta rodearme de la euforia que desprende la gente y escuchar los vítores de la afición clamando desde las gradas.

Observo de cerca cómo los *paparazzi* batallan por conseguir la mejor perspectiva de una estrella de la música internacional, que hace poco fue sorprendida en una escena demasiado íntima con el primer ministro de Canadá. Cómo les gusta el salseo…

Estoy escuchando por los auriculares *Life is a Highway*, la popular banda sonora de la película de animación *Cars*, cuando una cara familiar interrumpe mis ensoñaciones:

—Ey, tío —me intercepta Markus frente al garaje de la escudería Morrison, donde se prepara para salir—. ¿Dónde andas? No se te ve el pelo últimamente.

—Ya te digo. Qué ganas tengo de volver a casa y que podamos echar una noche de birras y *Mario Kart*.

Mark se ríe. Sabe que es nuestro pasatiempo favorito. Cuando viajas todo el año, esas pequeñas nimiedades son las que te hacen echar de menos la rutina y la sensación de volver a casa, aunque sea solo por un par de semanas.

—Venga, que faltan dos días para viajar a Mónaco. Te dejo pasar el *jet lag* y el jueves tenemos una cita.

—Claro, cariño, no hay nada que más desee que llegar a casa y que me esperes con la cena preparada —ironizo alzando las cejas varias veces—. Si te portas bien, puede que llame a Asher para que montemos un trío.

—¿No soy suficiente para ti? —finge moquear—. Qué decepción, Santoro.

Nos reímos y, a través del megáfono, escuchamos el aviso de la salida inminente. Markus se inclina para darme un abrazo rápido y me susurra al oído:

—Oye, Ale, ahora en serio. —La sonrisa se le borra del rostro—. Espero que estés bien con este circuito. Ya sabes… No hemos tenido oportunidad de hablar de ello, pero todo irá bien, ya verás.

La presencia de mi abuelo ha sido constante durante toda la semana. Mientras los medios lo utilizan para sacar titulares jugosos, mi amigo me dedica palabras sinceras. Espero poder olvidarme de todo cuando salga a pista.

—Gracias, Mark. No te preocupes, todo está controlado.

—Mucha mierda, hermano —me desea mientras se aleja hasta su box—. Quiero verte en el podio conmigo. Más pronto que tarde. Quedas avisado.

—¡Como en los viejos tiempos! —le grito desde lejos, antes de deslizarme hacia mi monoplaza.

Me enfundo el casco y salgo a pista para dar la vuelta de formación. La salida resulta algo tensa entre algunos pilotos. En cabeza, veo cómo dos monoplazas se tocan ligeramente en la primera curva, así que espero que el *safety car* no haga acto de presencia a la primera de cambio.

Leo García ha salido hoy desde la tercera posición, después de que ayer lo petara en la clasificación. Se nota que este es un circuito habitual de la NASCAR y mi compañero de escudería ha sabido aprovechar la ocasión para escalar unos cuantos puestos.

Yo mantengo la mente fría, sin permitir ninguna interferencia externa. Soy cauto en las curvas y exprimo las rectas para recortar décimas a mi antecesor.

La vuelta treinta y uno llega sin avisar. El asfalto sigue frío en algunas zonas, un detalle que noto en la vibración del volante y en el desgaste de los neumáticos, aunque el coche responde bien.

Aun así, Montreal no perdona los excesos. Nunca lo ha hecho. Y debo ir con cuidado.

—Presión estable. Ritmo constante. Última vuelta antes de box —informa Andrea por radio.

Aprieto la mandíbula al acercarme a la curva trece. El muro aparece frente a mí, solemne, como si me desafiara con la mirada. El volante tiembla al pisar el piano y, durante una fracción de segundo, mi instinto me pide mantener el pie en el gas un instante más, estirar la frenada y demostrarle a todo el mundo que puedo con ella.

Delante de mí, uno de los monoplazas verde duda, así que aprovecho la escasa distancia para accionar el DRS. Acelero y el motor ruge.

Sin embargo, la imagen de mi abuelo irrumpe sin permiso. Un destello fugaz de un monoplaza antiguo, un golpe seco, un silencio que aún me persigue en las pesadillas.

La pista se convierte en un túnel de velocidad. Frío. Peligroso. Implacable.

Y entonces, sin saber de dónde surge, oigo su voz:

«*Una copa más puede ser ese segundo extra en el que no levantas el pie del acelerador*».

No hay un ápice de duda en sus palabras. La voz de Daniela es firme y nítida. Clavo la mirada en el punto de frenada, intentando alargarla un metro más. Solo uno.

«*La última copa es ese momento exacto en el que te pasas de frenada*».

Freno. Freno cuando tengo el muro demasiado cerca. Freno cuando su voz resuena con claridad. Tarde, pero lo justo para no acabar como tantos otros.

El recuerdo pesa. Me embargan la rabia, el miedo, el orgullo… Una batalla se desata en mi cabeza, pero debo controlarla.

El monoplaza se descoloca durante una fracción de segundo. El volante vibra, los neumáticos chirrían y el eje trasero amenaza con escaparse, pero consigo corregirlo con un movimiento seco y preciso.

Cuando la siguiente recta se abre ante mí, suelto todo el aire que llevaba contenido. Siento cómo el corazón se me desboca, el pulso martillea en mis sienes y una voz ronca me devuelve a la realidad:

—Buen control, Alessio. Buen control —resuena por radio, en un tono cargado de alivio—. ¡Box, box!

Tras el cambio de neumáticos, recupero el control total del monoplaza. El resto de la carrera discurre sin sobresaltos y ver la bandera a cuadros al fondo se siente como llegar a meta soltando todo el lastre acumulado de la espalda.

Cruzo la línea sin alzar los puños ni gritar por radio.

—P8. Buen trabajo —me informa la voz metálica.

No he ganado la carrera. No he rozado ni de cerca el podio. Pero tampoco he perdido algo mucho más importante.

Una mezcla de sentimientos me invade al llegar al *pit lane* y apagar el motor. El ruido desaparece de golpe y el silencio me castiga con la misma intensidad que mis propios pensamientos.

Al bajar del coche, el equipo me rodea. Algunos me dan palmaditas en la espalda, otros contienen sonrisas satisfechas y hay quienes optan por comentarios rápidos.

Asiento lo justo, con la adrenalina aún vibrándome en la sangre y las pulsaciones golpeándome la cabeza.

Levanto la vista y la veo. Daniela está al otro lado del box, junto a la pantalla de tiempos, con los brazos cruzados. No sonríe. No aplaude. Solo me observa, impasible, expectante, como si me preguntara sin palabras si de verdad ha valido la pena.

Durante un instante, todo a mi alrededor se diluye. Los mecánicos, los flases, la música lejana del podio. Todo se difumina en un segundo plano.

Sostengo su mirada más tiempo del que dedico a cualquier otro miembro del equipo y siento un nudo en el pecho que no tiene nada que ver con la emoción de la carrera.

Daniela inclina la cabeza. Un gesto mínimo, contenido, pero suficiente para decirlo todo. Yo respondo del mismo modo, en una mueca casi imperceptible.

No hay reproches, pero tampoco celebración. Solo lecciones de aprendizaje. Dentro y fuera de la pista.

Andrea aparece entre ambos con una sonrisa orgullosa y rompe la tensión del momento.

Ella baja la vista, fingiendo revisar los datos. Yo coloco el casco en una estantería y, antes de regresar al *paddock*, lanzo una última mirada en su dirección.

Ya no está mirando, pero sé que también lo ha visto. Lo conseguido durante el día de hoy no ha sido solo cosa mía.

Por primera vez, en Montreal, reconozco que el temor ha ensombrecido mi actuación. Pero ya no hay odio hacia esa curva.

Solo respeto y cabeza.

18

Una invitación inesperada

Daniela

Mónaco, Principado de Mónaco

Después de unas semanas de ajetreo, las próximas carreras se sienten como en casa. Hemos recuperado fuerzas descansando unos días en la sede de Bérgamo y ahora ponemos rumbo a Mónaco, donde el próximo fin de semana se celebrará uno de los grandes premios en el circuito urbano más icónico del campeonato.

Lo que para muchos supone un evento cargado de glamur, con la Costa Azul como telón de fondo y los yates de las celebridades fondeando frente al circuito, para otros representa un auténtico desafío. El trazado urbano se caracteriza por sus estrechas calles, los muros cercanos y la mítica curva en horquilla Fairmont, además del túnel. Es, sin duda, una de las carreras más exigentes tanto para pilotos como para equipos.

Después de hacer el *check-in* y dejar la maleta en la habitación, descubro un sobre en el escritorio que ha debido de dejar el personal del hotel. En el reverso, escrito a mano, puede leerse: «Para Daniela».

Lo abro desconcertada, sin saber qué encontraré, y me quedo ojiplática al leer su contenido:

Cerebrito, lo prometido es deuda. La cena tendrá lugar esta noche. Ni confirmo ni desmiento que quiera la revancha. A las siete de la tarde te estará esperando un Uber en el hotel.

Ale

¿Cómo? ¿Qué tipo de broma es esta? ¿Es que este chico se dio demasiados golpes en la cabeza cuando corría en *karting* de pequeño?

Oh, mierda, mierda. Había olvidado la estúpida apuesta que hicimos en el simulador la primera vez que nos conocimos. Pensaba que sería una broma, una de esas apuestas que haces en un momento de calentón y que al final nadie parece cumplir.

Miro el reloj y me doy cuenta de que ya son las cinco. Tengo que ducharme y ponerme algo decente. Pero ¿qué tipo de ropa te pones para cenar con un piloto? ¿A qué restaurante me llevará? ¿Será un sitio caro? Podría pedirle algo prestado a Camila. Ella tiene una infinidad de vestidos preciosos. Aunque no quiero convertir este encuentro en algo especial y que luego mis dos amigos me lo estén recordando hasta la eternidad. Al fin y al cabo, es solo una cena informal entre dos compañeros de trabajo, ¿o no?

Me ducho y me aliso la melena. Decido dejarla suelta, pero enseguida pienso que quizá dé una impresión equivocada, así que, cuando está completamente seca, la recojo en un moño bajo. Empiezo a sacar prendas del armario: tres petos, el uniforme del equipo y un par de pantalones vaqueros. Vamos, la indumentaria perfecta para comer pipas en el banco de la plaza de mi pueblo, no para un restaurante donde el traje más barato costará lo mismo que mi nómina anual con tres ceros más.

¿Por qué le estoy dando tanta importancia a este encuentro? Quizá debería rechazarlo o, simplemente, no subirme a ese taxi. Aun así, hay algo que me empuja a ir. ¿Será el positivismo contagioso de Camila?

Trato de espantar mis pensamientos. Me pongo unos vaqueros y una camisa informal. Bajo los cinco pisos del hotel por las escaleras, casi al trote, y me doy cuenta de que llevo puestas las zapatillas de deporte. Perfectas para la ocasión.

—*Bonsoir, mademoiselle* —me saluda el chófer en un francés impecable al tiempo que me abre la puerta trasera.

—*Bonsoir* —intento responder y el hombre enseguida se da cuenta de mi pobre dominio del idioma—. Perdone, no sé exactamente a dónde vamos.

—No se preocupe, señorita. Yo la llevaré al lugar indicado. Después deberá informar al portero de su llegada para que le proporcione más instrucciones —me explica con cordialidad mientras recorremos las estrechas carreteras del Principado.

—¿Hay algún restaurante allí?

El chófer se recoloca la gorra y me observa por el retrovisor.

—Es una zona residencial de apartamentos de lujo.

—¿Cómo?

—Sí. Allí viven empresarios, actores famosos y, en concreto, en ese edificio residen varios pilotos de Fórmula 1.

—Ah, ya. Tiene sentido. —Me lanza otra mirada desconcertada y amago con matizar mi último comentario. No es que a él le tenga que importar mucho, pero aclaro—: Trabajo para una escudería.

—Debe de ser emocionante —comenta—. Esta semana la ciudad vibra de euforia.

Sonrío con cortesía e intercambiamos un par de palabras hasta llegar al destino. El chófer me informa de que el trayecto ya está pagado y me dispongo a entrar en el edificio. El portero hace una llamada rápida y luego me acompaña al sobreático en un ascensor lujoso que solo se activa con una llave desde el cuadro de mandos.

Siento cómo me flaquean las piernas y un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Habrá algún modo de detener esta máquina o no me quedará más remedio que cenar con uno de los pilotos más exitosos de la Fórmula 1?

Sea lo que sea, aquí no hay botón de emergencia con el que poder echar marcha atrás.

El portero me observa de reojo y compone una mueca involuntaria. Lo sé, no doy el pego aquí. No soy como las chicas que Santoro suele llevar a su casa. No visto como Irina Sokolova ni como ninguna de las modelos que aparecen en la prensa rosa junto a los pilotos.

Las puertas del ascensor se abren y lo veo allí. Alessio me espera bajo el umbral de la puerta, con las manos en los bolsillos. Le

da una propina al portero y me invita a pasar.

—Hola —susurro tan bajo que ni siquiera sé si me ha oído.

—Bienvenida a mi humilde morada.

«Humilde, dice», pienso al echar un vistazo general al salón.

Se inclina para saludarme. Dudamos unos segundos entre un apretón de manos demasiado formal y un abrazo demasiado cercano, así que al final optamos por dos besos. A fin de cuentas, él es italiano y yo española; no deja de ser algo habitual en nuestras respectivas culturas.

Lo que ninguno de los dos tiene en cuenta es que nuestros países empiezan por mejillas opuestas, así que acabamos rozándonos de manera torpe las comisuras de los labios, en un acto que nos hace dar un respingo simultáneo.

Mierda. Esto no podía empezar de la peor manera.

—Así que… ¿aquí es donde vives? —murmullo con un hilo de voz, intentando mantener la conversación en un terreno neutral.

—En realidad vivo contigo.

¿Cómo? ¿He oído bien lo que acaba de decir?

—¿Qué quieres decir con…? —amago con preguntar, perpleja.

—Que ahora que has entrado en mi mundo, viajando por todos los países con el equipo, ya sabes lo que es vivir con una casa a cuestas.

—Ah…, sí, ya, claro —exclamo con timidez, acompañándolo de una pequeña risilla bobalicona.

Él sacude la cabeza, esboza una sonrisa ladina y me invita a conocer el resto del apartamento.

—Pero sí, además del pequeño pisito familiar de Milán, en el que he vivido hasta hace poco, este será mi hogar a partir de ahora —explica levantando las manos—. Vamos, que te hago un *house tour*.

—He oído que aquí viven varios pilotos —comento mientras contemplo las vistas parciales de la curva Fairmont desde el gran ventanal del salón. Mi boca se abre formando una «o».

—Sí, en el ático vive Markus Münster y en el piso de al lado Asher Miller —matiza mientras llegamos a la gigantesca habitación principal. Solo este cuarto es tan grande como el piso en el que vivo

con mi familia en Mataró—. Aquí estamos juntos y tenemos más intimidad, algo que se agradece de cara a los *paparazzi*.

Mis ojos se detienen en la cama *king size* que preside la estancia y, por un momento, mi mente se llena de imágenes del piloto con sus conquistas bajo las sábanas.

En cuestión de segundos, mi corazón empieza a latir con tanta fuerza que parece que vaya a salirse de su caja torácica.

¿De verdad Santoro me traería aquí como a una más de sus conquistas? ¿Y qué pasa si se entera su mujer?

No, esto no puede ser verdad. Supongo que solo quiere quedar bien y, por eso, me ha invitado a su casa. Nunca permitiría que un fotógrafo le sacara una foto junto a una chica como yo. Sería el hazmerreír, tanto fuera como dentro de la pista.

Ha sido una mala idea venir. Tomaré algo rápido por cumplir y volveré al hotel.

¿Cómo he podido pensar que un piloto guapo y exitoso querría estar conmigo?

¡Menuda ingenua!

19

La revancha

Alessio

Mónaco, Principado de Mónaco

Algo ha cambiado en el gesto de Daniela desde que hemos entrado en mi habitación. Espero hacerla sentir cómoda y ayudarla a quitarse ese deseo de salir corriendo de aquí que lleva grabado a fuego en la frente.

Mi idea inicial era llevarla a un restaurante como se merece. Quiero decir, tal y como prometí en la apuesta que ella ganó. Yo soy un cumplidor, no falto a mi palabra. Aun así, he preferido traerla a mi casa para evitar que esas aves carroñeras saquen alguna foto de ella y preservar así su intimidad.

Ella no pertenece a este mundo y no estoy seguro de que pudiera lidiar con ello, como algunos nos hemos visto obligados a hacer mientras crecíamos.

La miro y solo veo a una chica a la que proteger, como si fuera una hermana. Sí, solo la veo como a una hermana pequeña a la que cuidar, tal y como le dije a Andrea.

—Y en esta habitación pondré un pequeño simulador para poder entrenar y retar a mis amigos cuando vengan a casa —indico, intentando desviar la atención y proponer un tema que sé que a ella le fascina.

Estoy seguro de que recordarle nuestra apuesta hará sacar su vena competitiva a pasear.

—Vaya, qué pena que no esté listo ya. Podría darte una paliza como el primer día.

«Bingo».

—Te lo tienes muy creído. Aquel día te dejé ganar —fanfarroneo.

—Ya… si tú lo dices.

Arquea las cejas y pone los brazos en jarra en tono jocoso. Me encanta esa seguridad en ella cuando sabe que, en temas de automovilismo, lo tiene todo bajo control.

Es algo que siempre me llama la atención cuando la veo por los circuitos o en el *paddock*. No suele relacionarse con mucha gente del equipo. Tan solo la he visto con la hermana de Leo García y con Lakowe, uno de mis mecánicos. Incluso diría que pasan bastante tiempo juntos fuera del trabajo. No es que me haya llamado la atención ni que haya puesto un empeño extra en fijarme en ellos, pero no puedo evitar preguntarme si habrá algo más entre los dos.

—Oye, Cerebrito, quiero la revancha —la reto con una sonrisa pícara—. No te creas que te vas a volver a escapar.

—Veo que te gusta sufrir, Santoro.

Estallo en una carcajada.

—Vale, pero antes vamos a cenar. No sé qué te gusta exactamente, así que he pedido a un restaurante italiano cercano una ración de *Mezzelune*, un *risotto* de boniato y setas, una lasaña y dos *focaccias* con *pomodorini*. Si no te gusta esto, podemos pedir otra cosa.

—¿Es que has invitado a alguien más a cenar? —pregunta, perpleja, viendo la ingente cantidad de platos sobre la encimera.

—¿No tienes suficiente conmigo?

—No, es solo que… —titubea—. Mañana tengo que trabajar, así que quería tomar algo rápido y volver al hotel. Todavía tengo que acabar un proyecto que acordé con Andrea. No me gustaría…

—Me consta que hoy y mañana son tus días libres —la interrumpo llevando los platos a la mesa—. ¿Por qué no los aprovechas para descansar?

—Ya lo estoy haciendo. Ahora, contigo.

Me dedica una mirada impasible y sé que tengo que atacar por otro lado.

—Me refiero a que… —carraspeo—. No sé, estás en Mónaco. Aquí hay muchos clubs para salir de fiesta. Seguro que ese noviete tuyo te sacará a tomar una copa a algún bar.

Daniela se mete un trozo de pasta en la boca y amaga con atragantarse. Abre los ojos en su totalidad y palpa la mesa para alcanzar el vaso de agua que tiene frente a ella para pasar la comida.

—«¿Noviete?». ¿De qué estás hablando?

—Lakowe —matizo, esbozando una sonrisa de medio lado—. Siempre estáis juntos. A nadie del equipo le ha pasado desapercibido que tenéis una relación.

—¿Cómo? ¿En serio me estás diciendo que todo el mundo piensa que estamos juntos?

Su rostro se ensombrece y, por un instante, me arrepiento de haber ido tan lejos con esa mentirijilla.

—No pasa nada. Sois mayorcitos para estar juntos.

—No, en serio. Esto no puede estar pasando… —confiesa con temor, apretando los puños—. Bastante se habla ya de mí en el garaje como para que ahora piensen que me voy acostando con alguien del equipo.

Daniela se limpia con la servilleta y se levanta de la silla para marcharse. Detecto el gesto de preocupación en su semblante y me dirijo tras ella antes de que alcance la puerta.

—Oye, no quería que te lo tomaras mal. ¿Se puede saber qué están diciendo de ti?

La veo cerrar los ojos un instante y soltar el aire despacio, como si intentara calmar algo que bulle dentro de su cabeza. Durante una fracción de segundo, temo que se aferre al pomo de la puerta.

La idea de que alguien esté hablando mal de ella en el equipo me hierve por dentro. Soy consciente de que la mayor parte del personal la componen hombres, y algunos de ellos se comportan como unos auténticos niñatos cuando se trata de fardar.

A ella se le ve una buena chica. Tiene una cabeza prodigiosa y, hasta ahora, ha demostrado ser un gran activo en Rosa Nera.

Mierda, soy un auténtico imbécil. ¿Por qué habré soltado ese comentario sobre ella y Lakowe? Ahora se sentirá todavía peor.

—No es nada. Es solo que… —se interrumpe y agacha la mirada —. Yo no soy como tú o como el resto del equipo.

—¿Y eso qué tiene qué ver? Hay miles de personas que trabajan en la escudería y cada uno es como es —exclamo en un tono algo brusco.

—Sí, pero yo…

—Tú eres Daniela Serra y… —me detengo unos segundos a pensar antes de pronunciar estas palabras—: la persona que me salvó la vida el otro día en Canadá.

Levanta la cabeza y veo una expresión de estupefacción en su cara.

—Yo… Yo no hice nada. Fuiste tú.

—Sí, fue mi pie el que estaba en el freno, pero tus consejos antes de la carrera me sirvieron para que lo pisara antes de que fuera demasiado tarde.

Nos quedamos en silencio, envueltos en una quietud densa que parece engullir el apartamento. Me mira con esos ojos grandes que, a través de los cristales de sus gafas, transmiten una ternura infinita.

Durante unos segundos, no dice nada, pero tampoco se marcha. Pongo la mano en su espalda para acompañarla de vuelta a la mesa. Ella se estremece con el contacto. Yo sonrío por dentro.

—Vaya —confiesa tras unos segundos de serenidad—, no sabía que Alessio Santoro tenía en cuenta mis consejos.

—No te lo tengas tan creído, Cerebrito —bromeo, guiñándole un ojo, y veo cómo sus hombros comienzan a destensarse—. Pero sí, puede que tú tuvieras algo que ver en el hecho de que hoy no estéis celebrando mi funeral.

Daniela tuerce el gesto y suelta una bocanada de aire. Su rostro recupera ese brillo con el que la conocí el primer día en el simulador.

—Creo que este es un buen momento para pedirte una gorra firmada para mi hermano pequeño.

—¿En serio? ¿Tengo un pequeño fan en la familia Serra? —pregunto orgulloso, aunque omito que ya conocía ese dato cuando la escuché, sin querer, hacer una videollamada con su familia un día en la cantina—. No me lo puedo creer.

—No lo era hasta que le dije que iba a trabajar para tu escudería. Desde entonces no ha parado de hablar de ti. Para mi desgracia.

—No puedo evitarlo. Soy el ídolo de los niños.

Dentro de mi cabeza suena como admirar a esos héroes de la infancia, pero, según lo he vocalizado, ha sonado como otra fanfarronería más.

Daniela reprime una risilla.

—Que no se te suba a la cabeza, Casanova —se burla con ese apelativo con el que se refiere a mí la prensa del corazón.

Seguimos cenando y parece que los dos nos relajamos. Según menciona a su hermano pequeño, me entra curiosidad por conocer algo más sobre ella y su familia.

—Oye, hagamos una cosa. No queda nada para correr en Barcelona. Cuando tu hermano venga a vernos, nos hacemos una foto y le regalo una camiseta y una gorra firmadas.

Su sonrisa se ensancha hasta su máxima expresión. Puedo comprobar la emoción que transmite su gesto cuando está pensando que al pequeñajo le haría mucha ilusión.

—Eso sería genial, pero… —titubea unos segundos antes de contestar—. No creo que puedan venir. Las entradas han subido mucho de precio en los últimos años y es un lujo que mi familia no se puede permitir.

—Estás de coña, ¿verdad? ¿Dónde te crees que trabajamos? Habla con Aurora, ella te conseguirá pases en la mejor grada.

Vuelve a dudar, sosteniendo el tenedor con un puñado de arroz.

—No, de verdad. Para mí ya es una gran oportunidad trabajar aquí. No quiero pedir más favores y que piensen que…

—¿Qué van a pensar? No seas tonta. Mañana pide tres entradas, así tu hermano y tus padres pueden venir a vernos.

El brillo se desvanece de su mirada y deja el tenedor en el plato, como si se le hubiera acabado el apetito de golpe.

—No, mi madre no podrá venir. Ella está enferma y… —explica y se inquieta al instante—. Recuerdo de pequeña lo bien que lo pasaba con mi padre cuando íbamos a las carreras en Montmeló. Creo que es uno de los recuerdos más bonitos de mi infancia.

Noto cómo ha cambiado de tema de manera deliberada, así que lo dejo correr por el momento. No quiero sacar ninguna conversación que la haga sentir incómoda una vez más.

—¿Así que de ahí viene tu afición por los coches?

Ella asiente con una sonrisa sincera y veo que puedo abordarla por ahí.

—¿Cómo sabes tanto de mecánica?

—Bueno, mi padre tiene un taller de reparación de coches clásicos en Mataró, al lado de Barcelona —explica dando un sorbo a la copa de vino—. Desde pequeña me enseñó todo lo que sé del mundo del motor y me contagió su pasión por la Fórmula 1. Así que no lo dudé cuando tuve que decidir qué estudiar en la universidad.

—Doble Ingeniería en Mecánica y Aeronáutica. ¡Fiuuu! —silbo, consciente de que tiene una mente brillante, y admiro a la gente como ella que hace el trabajo que yo no sé ver—. Y con solo… ¿cuántos años tienes?

—Veintitrés —mira el reloj en su muñeca—. Cumpliré los veintitrés dentro de unas horas.

—¿Mañana es tu cumpleaños? —pregunto, sorprendido. Ella asiente sin darle ninguna importancia—. ¿Y cómo lo vas a celebrar?

Se encoge de hombros y tuerce el morro.

—Trabajando, supongo.

—¿En serio?

—No lo sé. Nunca he tenido muchos amigos, así que siempre lo he celebrado con mi familia. Y ahora que no están, supongo que será un día más.

Me quedo unos segundos pensando. Me levanto y me dirijo hacia la nevera, ante la mirada desconcertada de Daniela que me observa con curiosidad.

Cojo el Moët & Chandon que guardo para las ocasiones especiales, lo descorcho y lo sirvo en dos copas.

—Feliz cumpleaños por adelantado, Cerebrito.

—Gracias —susurra con un atisbo de timidez—, pero no tenías por qué.

Intuyo una pequeña sonrisa asomarse en sus labios y, solo con eso, sé que esta pequeña celebración hará que mañana sea un día

un poquito más especial.

20

Lady salseo

Daniela

Mónaco, Principado de Mónaco

Me miro al espejo y me veo ridícula con el vestido que Camila ha elegido para mí. Se trata de una prenda negra, con espalda abierta, ceñida a la cintura y que desemboca en una falda de vuelo tipo *skater*. Maldigo el momento en el que se me ha ocurrido confesar que era mi cumpleaños, porque ahora ella nos ha convencido para salir a celebrarlo en uno de los clubs más famosos del Principado.

—¡No me lo puedo creer, Daniela Serra! —grita Camila, enfatizando mi nombre con su peculiar acento mexicano, con el que casi me deja sorda.

—Si me pinchan, no me sale sangre —dice Will, divertido, mientras sigue tirado en la cama mirando la pantalla del móvil, como un adolescente con mono de *scroll* infinito en sus redes sociales.

—¿Veis? No quería contaros nada porque le estáis dando más importancia de la que en realidad tiene.

—Nena —Camila me sienta en la silla donde se dispone a alisarme el pelo con las planchas—, hay millones de mujeres en todo el mundo que matarían por estar ahora mismo en el edificio donde viven los pilotos.

—No será para tanto.

—De hecho, a mí me encantaría ir a hacer una excursión, pero mi hermano me tiene prohibido acercarme a menos de cien metros

de distancia —confiesa gruñendo—. Dice que me lo tome como si fuera una loca delincuente con una orden de alejamiento de ese barrio.

—Debe de haber sido muy divertido crecer con vosotros dos —supone Will mientras se ríe de su propio comentario.

—¡Bah! Mi hermano es un aburrido. Solo sabe divertirse con el mando de un *joystick*.

—Doy fe de ello —susurra Will muy bajo.

Las dos lo oímos y nos giramos para mirarlo. Camila lo observa desconcertada mientras yo lo fulmino con la mirada.

Doy un respingo en el sitio.

—¡Auu! —reprimo un grito por la quemadura que Camila me provoca en la oreja con la plancha de cerámica.

Ella le resta importancia, dando un manotazo al aire, y agarra el bote de espray para rociarme todo el pelo con ese gas que comienza a cubrir toda la habitación.

—Como sigas así, igual tu hermano no está muy desencaminado en llamarte «loca delincuente». Está a punto de saltar la alarma de incendios del hotel —se queja el mecánico, pero al momento vuelve a leer la pantalla de su móvil en la que sigue absorto desde que ha llegado.

Una exclamación sale de su boca y no puede reprimir varios gritos de conmoción, sorpresa e indignación simultáneos.

—¿Qué pasa, Will? ¿Qué es lo que te tiene tan concentrado? —pregunto, curiosa.

—No me lo puedo creer —insiste sin explicar más.

—¿Nos vas a dejar con la intriga? ¿O vamos a tener que castigarte esta noche sin ir de fiesta con nosotras? —le reprocha mi amiga.

—Tengo un cotilleo muy bueno —confiesa al fin sacudiendo las manos.

—¡¡Hora del salseo!! —Camila desata el caos, para sorpresa de nadie.

—Ay madre, ¿qué ha pasado?

El temor de que algún fotógrafo nos captara en el momento en que Alessio me llevó de vuelta al hotel la pasada noche ha ocupado

mis pensamientos todo el día.

—Resulta que hay un nuevo perfil en esta red social de mensajes cortos. «Lady Paddock» se hace llamar. Ayer por la noche tenía dos mil seguidores y, después de soltar varias bombas, ha alcanzado ya los diez mil.

—Esa historia me suena haberla visto en una serie de Netflix —apunto, tratando de hacer memoria—. Ah, sí. Esa de la aristocracia británica, con trajes y música moderna, en la que una escritora anónima se dedica a expandir chismes a través de un panfleto que se distribuye por la alta sociedad.

—Buen apunte, pequeña Serra. Por lo que veo, tiene un *modus operandi* muy parecido, solo que en versión 2.0.

—Pensaba que tú solo veías frikadas de esas como *The Big bang theory* —señala Camila, que se dispone a aplicarme una sombra de ojos—. No sabía que también te gustaban las series pastelosas como a mí. ¡Por eso somos *besties*!

Sonríe orgullosa y me da un beso en la mejilla.

—Oye, ¿por qué tenéis todos esa imagen de mí? —le reprocho acordándome de que Santoro me preguntó lo mismo el primer día que nos conocimos. Sin embargo, no quiero perder el hilo de lo que acaba de contar nuestro amigo y me giro de nuevo hacia él—. Bueno, ¿y qué dice la reina del cotilleo?

Will ríe divertido.

—Básicamente se ha dedicado a expandir chismes de todas las escuderías. Bueno, de todas no, porque parece que Rosa Nera se ha librado. De momento.

Medito unos segundos sobre la repercusión de este tipo de información. La prensa rosa existe desde hace décadas, eso no es ningún secreto, aunque las campañas de bulos pueden dañar la imagen de marca hasta niveles insospechados.

—Los equipos de relaciones públicas deben de estar echando chispas y Aurora se estará preparando para lo que puede venir —advierto, sin saber qué decir—. Pero ¿es tan grave lo que están revelando?

—Bueno, digamos que hay diferentes grados —aclara el mecánico—. Han publicado desde los cotilleos más escuchados,

como que Sokolov es un hombre de hielo sin sentimientos al que solo le mueve el pito ganar carreras, hasta los más peligrosos, como el de que alguien ha visto al jefe de ingenieros de Morrison en una actitud más que cariñosa con la jefa de Prensa de McKenzie Racing.

Intento reprimir la risa por las bobadas que pueden llegar a inventarse, pero la realidad es que algunos de esos chismes pueden ser muy perjudiciales en el ámbito del espionaje industrial.

Durante años, los diferentes equipos se han intercambiado profesionales de los diferentes ámbitos, como una práctica habitual. Sin embargo, que se den este tipo de cruces personales a mitad de temporada puede levantar las sospechas sobre una posible filtración de información interna.

—¿Queréis que os traiga un té con pastas? —interviene Camila —. Parecéis un par de abuelas chismosas. Mira que me gusta el salseo, pero si hay algo por lo que pierdo el culo aún más es por esas pedazo de fiestas que se organizan en Mónaco en la semana del Gran Premio. ¿Estáis listos?

—¿En serio tengo que ir? —se queja Will, dejando por fin el móvil a un lado y fingiendo moquear.

—Pues claro, es el cumpleaños de nuestro pequeño poni. Esto hay que celebrarlo por todo lo alto.

—Si os sirve de consuelo, yo sería feliz con que nos fuéramos los tres a cenar una *pizza* y volviéramos pronto a la cama —confieso, sin entusiasmo por ir a una fiesta privada donde no conozco a nadie. O peor, donde conozco a todo el equipo.

—¿Es que anoche no te dejó satisfecha Santoro? —pregunta Camila, con una sonrisa ladina, mientras saca una petaca con un líquido transparente que reparte en los vasos de cortesía del hotel.

—Ayy, Cami. Por favor, dejadlo ya. Si fue una tontería. Él está prometido y solo fue una cena informal de compañeros.

—Pues yo no invitaría a cenar en la intimidad de mi casa a nadie del equipo. A menos que tuviera alguna intención de tipo sexual. —Lakowe mueve las cejas de arriba abajo varias veces, sumándose a la campaña de bromitas que llevo soportando toda la tarde de Camila.

—Sois imposibles. Los dos. —Les dedico una mirada de desdén —. No hacéis más que pensar con lo que lleváis entre las piernas.

—Vagina, Daniela, se llama vagina —aclara Camila—. Puedes decirlo alto y claro. Nadie te va a castigar en el infierno por pronunciarlo en voz alta.

—Ayy, pequeña Serra, lo que tienes todavía que aprender —me alecciona Will pasando su mano por mi hombro al salir de la habitación—. Si al final me va a apetecer salir de fiesta con vosotras dos.

Me cruzo de brazos, imaginando lo que me espera esta noche.

—Vale, pero nos tomamos una y volvemos al hotel —les exijo con una voz desesperada por evitar más contacto social del necesario.

—Claro, claro. Lo que tú digas. Es tu noche, reina.

Los dos estallan en carcajadas y salen del hotel donde ya nos espera el taxi.

—Por favor, solo pido una noche sin sobresaltos —murmuro muy bajo.

21

De bulos y otras mentiras

Alessio

Mónaco, Principado de Mónaco

Me dejo caer en el sofá y Kaiser, el perro de Markus, salta de inmediato a mi regazo para reclamar su ración diaria de carantoñas. Es el rey peludo de la casa. Vive mejor que muchas personas que conozco. Y se lo merece. Pasó demasiado tiempo bajo la custodia de un cazador que lo maltrataba si no demostraba que estaba hecho para encontrar los «tesoros» en forma de animales tiroteados por su dueño.

Se ve que el pobre, atemorizado por los golpes que recibió, consiguió escaparse de la finca y un vecino lo llevó a un refugio de animales donde Markus y él se enamoraron a primera vista. Mi amigo dice que fue el perro el que lo adoptó a él, en vez de al revés. Y, a pesar de que le costó un tiempo ganarse su confianza, hoy, después de tres años juntos, es el ser más fotografiado del *paddock* por los medios.

—Oye, Mark, ¿te queda mucho para acabar? —pregunto con un tono de hastío mientras juego a tirarle la pelota a Kaiser.

—Cinco minutos y estoy listo —contesta a grito pelado desde el otro lado de su ático—. Además, tiene que venir todavía Asher.

—Tu padre es un tardón. Tiene que hacerse las mechas y ponerse el rímel para salir a conocer a tu futura mamá —le digo al perro con una voz suave. Él me mira con esos ojillos grandes y

expresivos mientras ladea la cabeza. No sabe qué decir, así que ladra dos veces y sigue jugando a la pelota.

—No le metas esas ideas a mi hijo, que va a creer de verdad que algún día tendré una relación seria. Eso nunca pasará. Soy un lobo solitario.

Kaiser emite un gemido lastimero y se acerca hasta la puerta. El timbre suena y parece que el perro ya ha reconocido con el olfato al nuevo visitante.

—¿Puedes abrir? Será Miller —aclara Markus.

Me levanto y miro por la pantalla para descubrir a Asher al otro lado con la mandíbula tensa y enfurruñado.

Se viene drama, a ver qué ha pasado ahora.

—¡No me lo puedo creer! —exclama en cuanto entra por la puerta como una manada de búfalos sulfurados—. ¡Es que no paran! ¡No paran!

—¿Problemas en el paraíso, hermano?

Nunca se sabe con Asher. Puede que haya discutido con su familia de nuevo o puede que su última novia lo haya dejado plantado a última hora por el nuevo fichaje estrella del Arsenal.

—Dicen que soy una persona difícil de tratar, que soy muy excéntrico, que mi rutina nocturna de *skincare* dura más que las de mis novias. Eso puede ser verdad, no voy a desmentirlo. Que quizá esté más interesado en mis compañeros del circuito que en las modelos que me rodean —suelta a bocajarro mientras recorre el salón de lado a lado sin detenerse.

—¿Quién dice qué? Ya me he perdido.

Kaiser se acerca hasta Asher para saludarlo y este se agacha a acariciarle la cabecita.

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás? Menos mal que tú no tienes que relacionarte con el mundo de los humanos. Están todos locos —finge una voz delicada, como si estuviera hablando con un bebé.

Kaiser no responde. Se limita a girarse para alcanzar la pelota que ha rodado hasta un extremo de la sala y vuelve con ella en la boca para depositarla frente a Asher.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado, Miller? —Mark sale al fin de su habitación, ajustándose a la muñeca un reloj que supera

los treinta mil euros, perteneciente a su empresa familiar.

—Lady Paddock —espeta apretando los puños y gruñendo—. Ese es mi problema.

—«¿Lady Paddock?» —preguntamos al unísono.

—¿No os habéis enterado?

Mark y yo sacudimos la cabeza y esperamos a que nuestro amigo clarifique de dónde viene toda esa bilis que lleva escupiendo desde que ha llegado.

—Es un nuevo perfil social que amenaza con difundir los secretos más oscuros y pervertidos de cualquiera que trabaje en la Fórmula 1.

Ladeo la cabeza. No lo veo tan grave; será un listillo más queriendo sacar rédito de difundir bulos para ganar interacción y *followers*.

—¿Por qué haces caso a esas mierdas? Todos los días nace una cuenta queriéndose ganar sus quince minutos de fama —intento tranquilizarlo, pero Asher parece un cohete a punto de despegar de las instalaciones centrales de la NASA—. Mañana ya no estará y aparecerá otro. Así todos los días. Tienen bulos que contar hasta que se aburran. Y, si no, tranquilo, que ya se los inventarán.

—Claro, como a ti no te han nombrado todavía, esto no te afecta.

Soy consciente de que no lo dice como un reproche, sino como un calentón del momento. Asher también ha crecido corriendo en *karting* con nosotros y nos conocemos desde que éramos unos críos.

—Eso es porque yo soy Lady Paddock —bromeo soltando una carcajada.

Me lanza una mirada que amenaza con hacerme picadillo. Mark se mantiene al margen, aunque esboza una sonrisa mientras deja la cama de Kaiser lista para que se vaya a dormir cuando nos marchemos. Una nueva notificación suena en el móvil de nuestro amigo.

—Ja, retiro lo dicho. Acaba de escribir algo sobre ti, Ale.

Me tenso al momento. Por alguna extraña razón, me temo que lo que haya escrito pueda también afectarme. Sin embargo, le resto importancia y sigo bromeando con mis amigos.

—A ver, sorpréndeme. ¿Dice que hay rumores de que me voy a casar con Irina? ¿O que aquí Mark y yo nos llevamos a matar por culpa de ella?

—Tiene que ver con Irina, pero ya da por hecho que te vas a casar con ella.

Me llevo una mano al estómago para intentar controlar la risotada que sale del fondo de mi ser. Sabía que sería alguna estupidez.

—Dice que no le estás guardando mucha fidelidad a tu prometida. Que, a la primera de cambio, te llevas a otra mujer a tu apartamento de Mónaco.

Ahora sí, mi mandíbula se tensa de golpe y todos mis músculos se ponen rígidos pensando en la cena con Daniela. ¿Quién sabe que anoche estuvo ella en casa? El portero cobra un buen sueldo y ha firmado una cláusula de confidencialidad. El taxista del Uber también recibió una buena propina para preservar silencio.

—También hay alguna perla para ti, Münster.

—Déjame adivinar —responde el aludido—. Münster y Sokolov son rivales en la pista, pero en la intimidad se dan besitos y van de la mano juntitos al cine.

Una risa floja sale de mi interior. Sacudo la cabeza con incredulidad.

—No, pero casi —aclara Miller—. Dice que eres el piloto más atractivo y con más éxito que existe en este deporte ahora mismo.

—Bien, no miente. ¿Nos podemos ir ya?

—Espera, que no he terminado.

Mark suspira y arquea una ceja, hastiado de tanto jueguecito. Él sabe mejor que nadie el daño que puede hacer la prensa sensacionalista.

—Lady Paddock dice que tienes una tara y pone varios ejemplos de lo que podría tratarse para que el público vote. De momento va ganando por un sesenta y cuatro por ciento que puede que tengas una polla demasiado pequeña.

—A quien haya hecho esa encuesta, lo reto a que venga a mi casa con un metro a medirla para que se retracte —fanfarronea Mark con esa pose de adonis que le caracteriza—. Vamos, señores,

que no vamos a estar todo el rato leyendo las chorradas que salen por ahí. La noche es joven y tenemos muchas chicas a las que conocer.

—¿Estamos listos para quemar la fiesta monegasca? —pregunto al aire.

—Modelos, actrices, *influencers…* —enumera Miller con la mano —. Mi contacto me ha dicho que este club está lleno de mujeres preciosas deseosas de que los pilotos las inviten a una copa y, si la noche sale bien, a mi cama después.

Asher hace un bailecito ridículo y nos echamos a «piedra papel o tijera» quién dejará en casa esta noche uno de sus preciosos deportivos. El inglés gana la partida y, como mandan las reglas de nuestro pequeño jueguecito, será el que guarde el suyo. Mark y yo llevaremos cada uno el nuestro para fardar.

Miller me acompaña de copiloto, todavía lloriqueando por haber perdido la apuesta. A veces, se puede poner demasiado intensito.

Menos mal que en menos de diez minutos estaremos disfrutando de una de las mejores fiestas que se celebra en Mónaco en la semana del Gran Premio.

22

Cumpleaños amargo

Daniela

Mónaco, Principado de Mónaco

Según entramos en el club, el ambiente se siente cargado. Aunque se trata de una fiesta exclusiva, la marabunta de gente copa cada rincón y apenas podemos encontrar un lugar donde dejar nuestras chaquetas. El local se compone de una macrosala central con varias zonas semidescubiertas. El calor de mayo comienza a llegar de manera gradual, aunque por las noches las temperaturas bajan varios grados y resulta imposible permanecer en la terraza. A menos que seas fumador, o disfrutes de rodearte de celebridades que han venido a lucirse con sus mejores galas para la ocasión.

—¡Otra ronda de chupitos! —ordena Camila al camarero, que se muestra encantado de que nuestra amiga esté prestándole toda la atención.

—Más tequila no, por favor, que mañana no seré capaz de despertarme —se lamenta Will poniendo ojos de cachorrillo a mi lado.

—Es la primera vez que pruebo esta bebida —confieso, divertida — y, con cada trago, me gusta más. ¡Que rule otra ronda!

—Madre mía, está borracha ya. A ver cómo la llevamos luego de vuelta al hotel.

—La noche es joven —apunta Cami—, no habléis todavía de iros a dormir. Sois una panda de aburridos.

—Es difícil competir con la reina de la fiesta —ironiza Lakowe, en una afirmación que comparto plenamente.

Nuestra amiga está en su salsa. Cualquiera diría que lleva recorriendo los eventos sociales más importantes que rodean a esta competición solo unos meses. Se detiene a hablar con compañeros de otros equipos rivales, con famosillos que acuden a la fiesta y hasta con los pilotos más famosos del *paddock*.

Eso sí, en cuanto menciona que es la melliza de Leo García, todos salen disparados. Todos menos Markus Münster, con quien ha estado un buen rato hablando. Hasta diría que saltaban chispas entre ellos.

Me pregunto si, entre tanto piloto, Santoro habrá venido. Por lo que he leído de él en algunas revistas, suele acudir siempre a este tipo de eventos. Más por cumplir con los *sponsors* que por dejarse ver. Me consta que es un juerguista de primera, pero intuyo que prefiere montarse sus propias fiestas privadas en locales donde solo tienen acceso un reducido grupo de personas exclusivas.

No sé por qué me preocupa tanto verlo. Soy idiota por pensar que, aunque nos viéramos aquí, él se pararía a charlar un rato conmigo. Está bien que lo haga en el box, por cuestiones profesionales, e incluso en su casa, donde nadie nos ve. Pero aquí, rodeados de tanta gente, dudo que se acerque a mí.

Intento espantar los pensamientos cuando Will me interrumpe:

—Oye, ahora que Camila está a punto de arrancarle la ropa de cuajo al camarero —indica con el dedo—, creo que es buen momento para escapar de otra ronda de chupitos que acabe con la poca dignidad que nos queda.

—Pero si lo estamos pasando muy bien —le grito muy cerca del oído.

La canción *Madrid city,* de Ana Mena, suena a todo volumen por los altavoces y siento que soy la única que conoce la letra; así que no puedo evitar cantar a grito pelado su estribillo. Me sorprende que, dentro de los mayores éxitos musicales, suenen varias canciones españolas y latinas que conozco, porque son las que mi padre pone en el taller mientras arreglamos mano a mano los coches.

—Oye, pequeña Serra, creo que ya has bebido demasiado por esta noche.

—Que vaaa, si me lo *eztoy* paasanndo muyyyy bien —trato de decirle, pero la lengua se me traba.

No es la primera vez que bebo alcohol, aunque, en las pocas fiestas a las que he ido en la universidad, he preferido ser prudente y volver pronto a casa. Por eso, esta sensación de euforia y subidón que estoy experimentando es completamente nueva para mí.

Will insiste en que pare ahora mismo o que mañana me arrepentiré cuando me despierte con dolor de cabeza. Seguro que exagera.

—Ey, voy a saludar a algunos mecánicos del equipo —me avisa mi amigo—. Parece que toda Rosa Nera está aquí esta noche. Hasta me ha parecido ver algún directivo en el pasillo que da hacia los baños.

—No me extrañaría que el señor Giorgio Salvatore esté meneando las caderas sobre la tarima. Esta fiesta está siendo todo un éééxito.

Will se cubre la cara y sacude la cabeza.

—¿Por qué me has tenido que poner esa imagen en la cabeza? —se queja, dándose golpes en la frente para intentar borrarla de su mente.

—No me apetece ver a nadie del equipo —me sincero, porque sé que son los compañeros de Will los que han hecho comentarios sobre mí. No sé cómo se puede relacionar con ellos—. Prefiero quedarme aquí esperando a Cami.

—¿De sujetavelas? —enarca una ceja de incredulidad—. Vamos, que la señorita García seguro que ya ha triunfado esta noche.

Will me coge del brazo para arrastrarme hacia la otra esquina del local, pese a mis protestas, pero yo sigo bailando como si la música fuera a terminarse mañana. Me choco con varias personas que me fulminan con la mirada, aunque yo me ajusto las gafas y les pido perdón con la mano desde mi pequeña burbuja de la felicidad.

—Hola, chicos. ¿Qué tal va la fiesta? —Mierda, según veo algunas caras, mis ganas de diversión desaparecen—. Conocéis a Daniela, ¿verdad?

Algunos asienten despacio, otros se quedan sorprendidos. Yo me limito a saludarlos con la mano.

—Vaya, Daniela, no te había reconocido —dice uno de los *bullies* —. Pensaba que te habías quedado haciendo horas extras para el equipo.

Suspiro y me muerdo el labio inferior. No llevo ni un minuto aquí y ya se están metiendo conmigo.

—Ya ves, también me gusta divertirme, como a vosotros. ¿Te sorprende? ¿O es que tus dos neuronas no te dejan pensar, Benoit? —le suelto desconociendo de dónde han salido esas palabras.

—¡Halaaaa! La becaria tiene los ovarios bien puestos —dice una voz que se pierde en el aire.

Los mecánicos se ríen, Will me mira orgulloso y el imbécil de turno aprieta sus puños y refunfuña. Frunce el morro, como hacen los franceses antes de hablar, y da un trago a su bebida; parece no estar dispuesto a replicar.

—Oye, voy un momento al servicio —le digo a Will, dejándole espacio para que hable con los chicos.

—Vale, pero ¿podrás ir sola? ¿Quieres que te acompañe?

Se lo agradezco en un gesto con la mano, pero rechazo la invitación y me escabullo por el pasillo que conduce a los baños. Me siento orgullosa de haberle contestado así al idiota de él y reconozco que la Daniela de antes jamás se hubiera atrevido a soltarle semejante provocación. Si al final tendré que darle las gracias a los chupitos de tequila de Camila.

Sigo avanzando por los pasillos. Este sitio es gigantesco y, aunque me guío por las señales, parece un laberinto sin fin. Abro una de las puertas, con la vista un poco nublada, y observo que se trata del almacén del club, ya que solo hay cajas de vidrios apiladas sin ningún orden ni control. Tengo la vejiga tan llena que hasta me planteo coger una de las botellas vacías y hacer pis ahí.

Cierro la puerta y continúo buscando. A los pocos metros, alzo la cabeza y, en letras borrosas, distingo la palabra «oficinas» cincelado en un cartel negro. Soy consciente de que no debo entrar, es un sitio privado, pero ya no aguanto más y me dispongo a girar el picaporte.

Una mesa de roble macizo preside la estancia y un sofá chéster granate complementa el resto del despacho. Apenas puedo reparar en la elegancia de la sala con sus cuadros y su ostentosa ornamentación. Parece más la oficina del CEO de una gran multinacional que la del dueño del bar. Aun así, borro de sopetón mis pensamientos en cuanto veo la puerta entreabierta del baño y salgo disparada a liberar mi vejiga.

Me recoloco la falda del vestido y, en cuanto me dispongo a abrir el pestillo del baño —sí, lo he cerrado como un gesto automático, aunque no hubiera nadie—, escucho unos ruidos fuera. Distingo las voces de dos hombres que se dirigen con ternura a otra persona que parece encontrarse en la sala.

Mierda, no debería haber entrado a este lugar. Comienzo a sentirme mareada y las piernas me tiemblan como dos flanes. Las voces se escuchan más altas y dudo entre salir y disculparme, o quedarme aquí hasta que se vayan. Pero las dudas me carcomen por dentro: ¿y si no lo hacen en toda la noche?

Apenas pasan cinco minutos y vuelvo a escuchar un gemido más alto. Abro la puerta de soslayo y compruebo a través de una diminuta rendija si puedo salir del baño, pero la imagen que veo me sobrecoge de golpe.

Hay dos hombres sentados en el sofá. Uno de ellos me resulta familiar, y al otro lo reconozco enseguida, a pesar de mi vista nublada: es Domenico Ferrara, el *team principal* del equipo.

Mierda, mierda, mierda. No debería estar aquí.

Pero lo peor es que no están solos, sino que los acompañan tres chicas jóvenes —demasiado jóvenes, a mi parecer— en ropa interior. Una de ellas le hace una felación al hombre que no conozco, mientras este se agarra con vehemencia de uno de los pechos de otra. La tercera se sienta a horcajadas sobre Ferrara, mientras él le manosea todo el cuerpo.

Tras unos segundos, en los que veo que están distraídos, me pongo de cuclillas para salir del baño e intentar gatear hacia la salida. Sin embargo, el tipo al que no reconozco me descubre al instante y se pone a gritar como un energúmeno.

—¡¿Quién coño eres tú?! ¡Sal ahora mismo de aquí!

—Yo… Yo…

Las chicas cubren sus cuerpos desnudos y se dirigen hacia un rincón, asustadas. Veo por sus facciones que ninguna de ellas parece haber alcanzado la mayoría de edad, un detalle que me asusta todavía más.

—¿Serra? —pregunta Ferrara—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿La conoces? —le pregunta el otro hombre—. Llévatela ahora mismo. Págale si hace falta. Esto no puede salir de aquí.

No reacciono, me quedo petrificada en el suelo. Y, sin darme cuenta, noto cómo una mano me agarra con violencia del brazo y me arrastra hacia la salida.

—¿Qué hacías ahí escondida? —me pregunta el *team principal,* sacándome a la fuerza al pasillo.

—Yo… estaba buscando un baño, y este es el primero que he encontrado.

—Espero que estés diciendo la verdad, jovencita. —Las llamaradas que desprenden sus ojos comienzan a asustarme de lleno.

—No he visto nada, lo juro. Me iba ya —le digo, escapándome de su amarre, pero me vuelve a coger en el último instante y me arrincona contra la pared.

—Daniela Serra —me nombra y se ríe.

Su mano se desliza por mi cintura y desciende hasta el muslo, aprovechando que la minifalda del vestido deja al descubierto más piel de la que debería. Mis ojos pasean, temerosos, desde su rostro hasta su mano, que ya roza mi piel y me eriza con ese contacto apenas perceptible.

El olor a *whisky* de su aliento me revuelve el estómago. Intento apartarme, pero me asaltan las arcadas. Ojalá no hubiera bebido tanto esta noche; quizá así estaría más lúcida para zafarme y echar a correr sin que el temor me paralice.

—Me han hablado muy bien de ti, niña. —Su otra mano se desliza hacia mi mejilla y con el dorso me roza la tez—. Espero que estés disfrutando de esta experiencia. Sería una pena que una mente brillante como la tuya se desperdiciara si no volvieras a renovar el contrato con nosotros, o con ninguna otra escudería.

—No hay problema —susurro con un hilo de voz.

Los latidos me martillean por todo el cuerpo, y siento que el corazón se me ha escapado del pecho, huyendo a toda prisa del miedo. Lo mismo que desearía hacer yo.

—Si quieres renovar el contrato, o volver a trabajar aquí, tienes que portarte bien. Esta noche has venido al baño y luego te has marchado de aquí sin ver a nadie. ¿Entendido?

Asiento muy despacio; el nudo que se me ha formado en la garganta me impide pronunciar una palabra más.

—Ahora márchate y olvida que has estado aquí.

Me suelto de su amarre y salgo disparada como si corriera una maratón. Siento que las piernas no me responden, son un lastre, pero no puedo detenerme. Solo necesito volver a encontrarme con Will y Camila para salir pitando hacia el hotel.

Me pierdo de nuevo en el laberinto de pasillos. Tengo que encontrar la salida y escapar de esta maldita pesadilla. Mis pies están destrozados por los tacones y noto cómo la falta de aliento me ralentiza, a pesar de que le ruego que me deje respirar un poco más.

Creo que ya no puedo más. Empiezo a perder fuerzas.

Sin embargo, ya oigo la música de la sala y recuerdo que solo me queda doblar la esquina para llegar.

Cuando intento el último *sprint*, me doy de bruces contra un muro. Pero no es una pared, es el pecho de alguien más alto que yo y, al levantar la vista, no doy crédito a quien tengo delante.

23

Tenemos que salir de aquí

Alessio

Mónaco, Principado de Mónaco

Nunca diría que me aburriría en alguna de estas fiestas, pero Markus y Asher se han empeñado en que esta noche van a salir a darlo todo. Mientras ellos tienen el único objetivo de triunfar, a mí no me apetece volver acompañado esta noche a casa.

Irina me ha confirmado que aterrizaba esta tarde en el aeropuerto de Niza y que vendría sin demora a la fiesta. La verdad es que ni he contestado. Llevo evitándola semanas; no me apetece tener que aguantar sus tonterías. Porque con ella solo es sexo y fiesta. Es algo que ambos hemos dejado claro desde el principio. Al menos yo. Y ya comienzan a irritarme todos esos rumores sobre nosotros en la prensa.

Aun así, parece que no tenga otra opción y allí la veo, tan deslumbrante como siempre. Con un vestido blanco de minifalda, mangas anchas y unas alas pegadas a su espalda, simulando un ángel caído del cielo.

¡Ja! La modelo rusa tiene de inocente lo que yo de virgen. Entiendo que también tenga sus compromisos profesionales y que acuda a este tipo de eventos para dejarse ver. No voy a juzgar lo que haga con su vida y con su imagen; a mí no me compete. Eso sí, siempre y cuando no afecte a la mía.

—Hola, amor —me saluda y amaga con besarme en los labios, pero yo vuelvo a torcerle la boca y acaba dándome un beso en la comisura. Otra vez.

—Hola, Irina. ¿Cómo estás?

—¿Qué te pasa, Alessio? Ya no eres el de antes. No te gusta divertirte —me suelta con un aire de arrogancia, como si tuviera que darle explicaciones.

—Me gusta hacerlo. Siempre lo hemos hecho. Pero cuando nos apetece a los dos, no solo a uno de nosotros —le contesto con sequedad.

—Venga, no seas tonto, que siempre lo pasamos muy bien —añade con una voz melosa que cree que conmigo funciona—. ¿Me invitas a una copa?

Resoplo, porque sé que no tengo otra opción, así que pido un negroni para mí y un Martini rosé para ella. Cuando el camarero nos sirve, vamos a sentarnos a uno de los reservados.

—Oye, Ale. Estaba pensando que, tal vez… —comienza a hablar mientras me acaricia el pelo—, podríamos ir más allá y dar un paso adelante en nuestra relación.

Escupo parte del líquido temiendo a lo que venga a continuación.

—¿Cómo? —contesto, estupefacto—. Irina, tú y yo solo nos divertimos, no tenemos ninguna relación. Esto lo hemos dejado claro desde el principio.

—Lo sé y, por eso, creo que lo de la boda es excesivo, así que he estado pensando que quizá podamos fingir. Tú solo tienes que comprarme un anillo y haremos creer al público que estamos prometidos. Mira —me enseña la pantalla del móvil—, ya he elegido el que quiero. Te mando el enlace y tú solo tienes que pagarlo.

Apoyo los codos en las rodillas y hundo mi cabeza entre las manos. Cuando crees haberlo visto todo en este mundo, llega alguien que todavía te puede sorprender.

—Irina, no va a haber boda y mucho menos compromiso. ¿Para qué queremos engañar a la gente? ¿Qué ganamos con esa mentira?

—Publicidad, *sponsors*, dinero —enumera con los dedos—. ¿Te parece poco?

Muestra un gesto mezcla de obviedad y estupefacción.

—A la mierda con los malditos *sponsors*.

—Claro, como tú ya tienes un apellido que atrae el dinero de por sí… —me lanza una acusación cargada de cinismo.

—No sigas por ahí, Irina. Tengamos la fiesta en paz.

Cruza los brazos y se recuesta sobre el sillón, estudiándome con curiosidad. Después de todo este tiempo juntos, sé que está tramando otro plan para engatusarme.

—Te veo demasiado convencido. ¿No será que…?

—¿No será que qué? —Enarco una ceja y doy otro trago a la copa.

—Que ya estés con otra persona.

Suelto una carcajada y la dejo seguir. Quiero comprobar hasta dónde está dispuesta a llegar esta vez.

—Eso no está pasando. Y, si fuera así, no sería de tu incumbencia, Irina. No salimos en exclusividad y nunca lo hemos hecho, así que podemos estar con quien nos dé la gana.

—Anoche te vieron llevar a otra chica a casa, una compañera del equipo un tanto… —compone una mueca de asco— básica.

Mi mandíbula se tensa y alzo la cabeza para comprobar que nadie nos esté escuchando.

—¿Quién te ha dicho eso? —le pregunto con firmeza.

—Tengo ojos y oídos por todas partes, amor. Por tu reacción, veo que te importa. —Se detiene unos instantes calculados antes de continuar—. Es normal, lo entiendo. Que te vean con la becaria del equipo, una chica horrible, sin gusto por la moda y unos cristales que le hacen aumentar los ojos como si fuera un pez globo.

Estalla en una carcajada y echa la cabeza para atrás.

Sus palabras me dan auténtico asco. Que hable así de una compañera de mi equipo me hierve la sangre. Si alguna cualidad tiene Irina es que es un espectáculo de mujer y follamos como auténticos conejos en la cama. Pero ya está.

Sin embargo, Daniela… Daniela es una profesional brillante y va más allá de su trabajo para ayudar al equipo. Tiene una sonrisa sincera y me encanta el carácter que saca cuando me meto un poco con ella. Además, aunque se muestra algo reservada con la gente

que no conoce, se ve que se preocupa por los que tiene a su alrededor. Solo la manera en la que me hablaba ayer de su padre y de su hermano pequeño…, me pareció que tenía una relación entrañable con ellos y, en cierta manera, sentí envidia de pertenecer a una familia así.

—¡Basta ya, Irina! No te consiento que hables así de nadie de mi equipo.

—Oye, que yo no juzgo. —Dibuja un gesto astuto en su rostro, sabiendo que está consiguiendo provocarme—. Si quieres acostarte con una niñata insulsa, adelante. Aunque estoy segura de que ella no es capaz de ponerte tan cachondo ni hacerte llegar al orgasmo como lo hago yo.

En apenas unos segundos, consigue desabrocharme el botón de los pantalones y bajarme la cremallera de la bragueta.

—Joder, Irina. ¡Para! Aquí no, nos pueden ver —exclamo en un tono que denota que estoy perdiendo la poca paciencia que me queda con ella.

—Oye, antes no te quejabas cuando lo hacíamos en los baños del yate en alguna fiesta o contra la ventana del hotel en el que nos alojamos en Singapur —recuerda mientras consigue apartarme el bóxer y agarrarme el pene para darle un lametón—. Te aseguro que allí tuvimos bastante público.

Maldigo por dentro. Esta tía me está volviendo loco. Siempre me he sentido débil ante sus juegos y provocaciones. No sé cómo lo hace, pero consigue llevarme al séptimo cielo.

Mi mente me grita que la detenga, que no la deje avanzar, porque si lo hago estaré perdido. Pero mi cuerpo me traiciona. Mi cuerpo es vulnerable y me insta a dejar que fluya hasta llegar al final.

—¡Para, para! ¡Para ya! —la detengo antes de que sea tarde.

—¿Qué pasa, amor? ¿Es que ya no te gusta lo que te hago? —me pregunta mientras relame su labio superior.

Miro para otro lado para evitar caer en la tentación. Me abrocho los pantalones y me dispongo a salir de allí.

—¡Se acabó!

Salgo corriendo del reservado, consciente de las miradas indiscretas de quienes están fuera. Lo último que hace falta es que alguien nos vea en esa posición. O, peor aún, que nos saque una foto que mañana termine circulando por todas las redes sociales, incluido ese nuevo perfil del que Asher ha comentado que se dedica a difundir todos los cotilleos del *paddock*.

Me detengo un momento a pensar mientras me dirijo sin demora al baño. Irina sabe que anoche no estuve solo en casa, así que, o lo ha leído en ese panfleto, o ella —o alguna de sus ridículas amigas— es quien está difundiendo información falsa. Lo que está claro es que se trata de alguien que conoce este mundo de cerca, y ella ya ha estado involucrada con varios pilotos como para conocer sus secretos más oscuros. Blanco y en botella.

Estoy a punto de llegar al baño cuando, al doblar la esquina, siento un fuerte dolor en el pecho. Miro hacia abajo y veo que alguien ha chocado contra mí.

—¡Cerebrito! ¿Qué haces aquí?

Encontrarme con ella cambia mi estado de ánimo en apenas una fracción de segundo. Sin embargo, no contesta. Alza su cabeza y puedo comprobar cómo sus ojos están llenos de lágrimas, su máscara de pestañas corrida y su pelo alborotado.

—¡Daniela! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Miro hacia el pasillo de donde viene y, aunque está vacío, sé que al fondo hay algunos reservados donde suelen organizarse fiestas privadas. La última vez que me invitaron a una de ellas, fui la única persona que salió sin probar la coca. No es que no me sintiera tentado, pero los deportistas de élite no podemos permitirnos asistir a ese tipo de fiestas sin control y sin que afecte a nuestro rendimiento.

—Yo… Yo… —murmura muy bajito e indica con el dedo algún lugar en su espalda.

—Oye, ¿te han hecho algo?

Sacude la cabeza de lado a lado y sorbe por la nariz.

—No, es solo que…

—Tranquila. Ahora estás bien, estás a salvo —trato de reconfortarla—. Estoy contigo y no dejaré que te pase nada.

En cuanto oye mis palabras, estalla en un llanto sin control. Verla así, asustada, tan débil y algo achispada, rompe algo en mi interior. Juro que, como alguien le haya tocado un mísero pelo, remuevo cielo y tierra para hacérselas pagar a ese cabrón.

La aprieto muy fuerte contra mi cuerpo y siento que ella se refugia entre mis brazos. Tengo que sacarla de aquí cuanto antes. Recuerdo haber visto a buena parte del equipo en la sala principal y odiaría que la vieran en este estado.

—¡Vamos! Tenemos que salir de aquí.

—Por favor.

Con esas dos palabras, soy consciente de que haría lo que fuera para proteger a esta mujer.

Estoy perdido.

24

¿Qué me está pasando?

Daniela

Mónaco, Principado de Mónaco

Abro los ojos y los vuelvo a cerrar cuando entra la luz de golpe. Siento que hay una orquesta tocando en mi cabeza y un percutor gigante haciendo obras de remodelación sin parar. ¿Qué me está pasando? No reconozco esta sensación de malestar que me machaca todo el cuerpo. Me podría beber ahora mismo tres pantanos enteros y, aun así, no sería suficiente para paliar la sed que tengo.

Me giro en la cama y, tras ponerme las gafas que reposan en la mesilla, no reconozco la habitación en la que me encuentro. Este año me embarga la misma sensación a menudo. Cambiamos tanto de hotel entre circuitos que cada día es como dormir en una casa nueva.

Estoy descalza y no encuentro ni los zapatos ni la cazadora que creo que me dejé en el club.

Ay, mierda. La fiesta. La maldita fiesta.

Varios destellos comienzan a bombardearme la cabeza: los chupitos de tequila, Camila ligando con el camarero, Will y yo hablando con los mecánicos y, después, de camino al baño. Ya está, el resto está borroso; como si lo que sucedió a continuación se hubiera esfumado de mi cabeza tras entrar al servicio.

Me levanto de la cama despacio y miro alrededor cuando un recuerdo me viene a la mente. Pero no, no es de la noche anterior,

sino del cuadro que cuelga sobre el cabecero. Se trata de una preciosa foto de un antiguo Ferrari recorriendo las curvas de la Costa Amalfitana. ¿Dónde he visto esa imagen antes?

Paseo la mirada por la habitación y reconozco varios objetos que he visto hace poco. Salgo al pasillo, llego al salón y enseguida ato cabos.

¡Vuelvo a estar en el apartamento de Santoro!

Mierda, mierda. ¿Qué coño estoy haciendo aquí? No recuerdo haberme encontrado con él y ¿ahora resulta que hemos pasado la noche juntos? No puede ser.

Trato de hacer memoria. La sensación de un rayo atravesándome la frente me parte en dos cuando un destello me viene a la cabeza: una chica semidesnuda a horcajadas sobre un hombre de pelo ondulado. ¿Seríamos nosotros?

Vuelvo a la habitación para buscar el bolso y compruebo que el móvil se ha quedado sin batería. Tengo que llamar a Camila y a Will para que me refresquen la memoria e hilar la secuencia de los hechos, como si fuera el CSI en una investigación criminal. ¡Oh, Dios! Me van a acribillar a preguntas hasta el final de la temporada.

Paseo la mirada por el mobiliario y no encuentro ningún cargador a la vista. Me pongo los zapatos, que me torturan según rozan las mismas heridas que me provocaron anoche, y con el bolso en la mano me dirijo al recibidor.

Justo cuando me dispongo a salir, la puerta se abre de repente y descubro a un sudoroso Alessio en ropa deportiva entrando en casa con una sonrisa deslumbrante.

—¡Buenos días, Cerebrito! Me alegra que ya estés en pie. No quería despertarte esta mañana, así que dejé que durmieras un poquito más mientras yo salía a correr.

—¿Cómo…? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de…? —pregunto dubitativa, intentando encontrar las palabras acertadas.

—¿Después de qué? —contesta, desconcertado—. Oye, voy a preparar unas tortitas proteicas para desayunar. Dime si tomas café para preparar la Bialetti más grande.

La respiración empieza a entrar y salir de mi cuerpo de forma entrecortada. Sé que él está acostumbrado a traer mujeres

diferentes a casa todos los días, pero yo jamás he hecho tal cosa. No soy así.

Me siento avergonzada y trato de esquivar su mirada. Lo único que quiero es marcharme de aquí, salir corriendo para no mirar atrás.

—Me marcho, no tengo batería y… —miro a todas partes— no sé ni qué hora es. Tengo que ir a trabajar.

—Daniela, espera.

De dos zancadas me alcanza en la puerta de la entrada y me sujeta del brazo.

—De verdad, no puedo…

—Por favor, quédate. —Señala la cocina y me invita a pasar—. ¿Cómo estás? Espero que te encuentres un poco mejor que anoche. Te encontré muy alterada en los baños y no sabía bien qué te había pasado.

—Creo que… Creo que bebí demasiado. Ya me lo advirtió Will y, estúpida de mí, no le hice caso.

—¡Bah! No te atormentes. Si yo te contara la de noches que he llegado a casa más perjudicado que tú… —bromea mostrando una media sonrisa, pero cambia su gesto de golpe—. Oye, Dani. Ahora en serio. ¿Te puedo preguntar si alguien te hizo daño? Espero que nadie se propasara contigo.

No me lo puedo creer. ¿Cómo tiene la desfachatez de acusar a alguien más de haberse pasado conmigo cuando él me metió en su cama mientras yo estaba inconsciente?

—¿Además de ti? —ironizo incrédula.

Tuerce el gesto, dando a demostrar que no sabe de lo que estoy hablando. Podría dedicarse a la actuación, porque mentir se le da fenomenal.

—Daniela, yo no… Quiero decir, tú y yo no… —señala a la habitación—. Anoche te saqué de aquel antro porque estabas teniendo un ataque de pánico.

Mierda. ¿Sería después de haber insultado a Benoit? No, aquello no fue tan fuerte como para que entrara en pánico.

—¿Y aprovechaste para meterme en tu cama y bajarme las bragas?

Su gesto se oscurece y me lanza una mirada desconcertada. Sé que parece inverosímil lo que hicimos, pero la realidad de que haya despertado en su cama no da lugar a dudas.

—Anoche no pasó nada, de verdad —sentencia muy serio—. Te encontré llorando y me pediste que te llevara a casa. Me insististe en que no querías volver al hotel y encontrarte con nadie del equipo; que estabas defraudada con la gente, que solo querías hacer tu trabajo y que esto te estaba quedando demasiado grande.

Lo miro unos segundos con gesto impasible.

—¿En serio te metí esa chapa?

Se ríe, sacudiendo la cabeza, y me invita a tomar asiento en uno de los taburetes altos.

—Siéntate, anda, que te vendrá bien un café para pasar esa resaca.

Dudo unos instantes de sus verdaderas intenciones, pero la versión que me cuenta va cobrando sentido en mi cabeza. Llevaba el mismo vestido puesto dentro de la cama y mi ropa interior seguía intacta. Estoy segura de que, si hubiera visto las bragas blancas con conejitos que llevaba hoy, no se hubiera acercado a mí ni con un palo.

Me enseña la cafetera y solo puedo contestar:

—Doble ración, por favor.

Me sirve el café en una taza y se dispone a sacar la sartén para cocinar las tortitas.

—¿En serio no te acuerdas de nada?

Sacudo la cabeza y me bebo el líquido negro de golpe. Creo que necesitaré un par o tres más para espabilarme.

—No recuerdo nada desde el momento en el que creo que salí del baño hasta esta mañana. ¿Cómo volvimos aquí?

Sus labios se curvan en una sonrisa pícara y mis ojos se detienen a estudiar sus facciones perfectas. Su respuesta me despierta del sueño:

—Estuviste muy graciosa en el viaje —explica—. Primero estabas enfadada y dolida. Luego dijiste que yo era tu salvador. Que menos mal que el perfecto y guapo Santoro había ido a rescatarte como si fueras una damisela en apuros.

—Ay, Dios —me tapo la cara con las manos—. ¿En serio te dije eso? No puede ser…

—Si te sirve de consuelo, fue en modo irónico —matiza—. Dijiste que no querías que nadie te salvara, que lo podías hacer tú solita.

—Vale, eso me cuadra más.

—También que… —se detiene unos instantes para voltear la masa en la sartén— te estaba empezando a caer bien. Que, aunque fuera un niñito rico de papá, un fanfarrón y un chulo era bueno en lo mío y llegaría lejos. Siempre que siguiera tus consejos, claro.

—Por favor, tierra, trágame ya —lloro un poquito por dentro.

Apoya los codos sobre la encimera de la isla y me mira con una mueca divertida para continuar. Parece que a alguien le está entreteniendo esta conversación.

—Luego caíste rendida sobre mi hombro y te tuve que llevar en brazos desde el garaje a la cama. Por cierto, yo he dormido en el sofá. Te enviaré la factura de mi fisioterapeuta.

—Lo siento mucho, de verdad —me disculpo sabiendo que no podré volver a mirarlo a la cara—. Al menos ahí dejé de decir tonterías…

—Oh, no. La cosa no acabó ahí.

No puedo pronunciar ni una palabra más, así que lo dejo continuar. Después de este bochornoso espectáculo, estoy convencida de que esta será mi primera y última temporada en la Fórmula 1.

—Cuando te quité los zapatos para meterte bajo el nórdico, volviste a despertar. Dijiste algo así como que nunca hubieras imaginado irte a la cama con un piloto de élite. Que no sabías que la beca incluía dormir con un deportista macizorro como yo.

—¡Ayy, por favor! —Me tapo la cara con la servilleta de tela para esconder el rubor que siento subir hacia mis mejillas—. Para ya, no creo que pueda soportar más esta vergüenza.

Alessio comienza a desternillarse y tiene que dejar la sartén, porque no puede controlar la efusividad.

Lo observo de cerca. Sospecho que se está quedando conmigo.

—Tenías que verte la cara.

—Dime que todo lo que has dicho es mentira —protesto con los ojos abiertos de par en par.

—Todo es cierto —clarifica, recuperando la compostura—. Todo lo que te he contado es verdad, menos eso último. Ahí te he tomado un poquito el pelo.

—¡Serás imbécil! —Hago una bola con la servilleta y se la lanzo a la cara. La coge al vuelo y se sienta a desayunar.

—Venga, Cerebrito, que hay que coger fuerzas para lo que queda de día. Acabamos de desayunar y te llevo de vuelta al hotel.

Me sostiene la mirada unos segundos, sin saber qué pasa por su cabeza. En este instante, el estómago me da un vuelco.

No respondo. Simplemente reprimo una sonrisa y clavo el tenedor en la pila de *pancakes* con plátano que ha preparado. Una sensación de congoja me lleva persiguiendo desde anoche, pero estos últimos minutos me han hecho olvidar todo con lo que tengo que lidiar cuando salgamos por esa puerta.

25

Una bronca monumental

Alessio

Mónaco, Principado de Mónaco

El día ha sido más productivo de lo que pensaba en un principio. Doy gracias por no haberme terminado la primera copa anoche, porque, de lo contrario, quizá no me habría encontrado a Daniela en aquel pasillo ni habría podido llevarla a un lugar seguro. Aunque se ha quedado algo más tranquila cuando la he dejado en el hotel, sigo con la mosca detrás de la oreja con lo que pudo pasar anoche. Ese gesto de terror que vi reflejado en su cara era de otro mundo y me aterra pensar que esté silenciando un suceso que pudo acabar de la peor manera.

Aun así, me alegro haber podido protegerla. Como a una hermana pequeña, sí. Llevarla sana y salva a casa y que sepa que, aunque tenemos nuestros más y nuestros menos en el trabajo, puede contar conmigo en caso de que quiera contarme algo.

Llevo todo el día de muy buen humor. Un detalle que ha notado Andrea en cuanto he entrado silbando a la sala audiovisual para repasar los vídeos de anteriores grandes premios, con el fin de repasar la estrategia para el próximo domingo. Pero primero quedan los entrenamientos libres de mañana y la clasificación. Todo está preparado para uno de mis circuitos preferidos.

El equipo está recogiendo el material para dejarlo todo listo y los chicos han ido al vestuario a cambiarse de ropa. Lo sé porque,

siempre que esa panda de descerebrados se junta, las risas y el alboroto se desatan hasta su máxima expresión.

Entro en el servicio antes de volver a mi apartamento. Los cubículos están en un recibidor al inicio, por lo que nadie me ve pasar. Sigo inmiscuido en mis pensamientos y apenas presto atención a las bromas de los mecánicos, hasta que algo capta mi atención. Agudizo el oído y me quedo escuchando la conversación encerrado en el baño.

—¿Habéis visto cómo estaba anoche la becaria en la fiesta? —pregunta una voz con un marcado acento francés.

—Con esa minifalda, yo le hubiera hecho más de uno y de dos favores —apunta otra.

El cuerpo se me tensa por completo. Ahora mismo solo pienso en salir de aquí y darles una paliza a todos estos niñatos por hablar así de ella. Y estoy seguro de que se refieren a Daniela, porque de los diez becarios que han contratado esta temporada, la mayoría se ha quedado en la sede de Bérgamo y solo ella es mujer.

—Oye, tíos, dejadlo ya —les abronca uno de ellos, a quien creo reconocer como Lakowe. Menos mal que su novio la defiende. Aunque, ahora que lo pienso, ya podría haberla ayudado anoche cuando más lo necesitaba.

—¡Uhh! Will, no me digas que es tu novia. Pensaba que solo te acercabas a ella para que te ayudara a aprobar tus exámenes de la carrera. Pero ahora que hemos podido ver su culito, ya no tengo dudas de por qué te acuestas con ella.

Los chicos estallan en un grito de euforia y oigo el ruido de las toallas chocando unas con otras. Estoy a punto de salir cuando oigo de nuevo a su novio:

—Sois una panda de imbéciles. Daniela es una tía cojonuda, así que dejadla en paz.

—No será el único que lo piensa. Seguro que ha escalado puestos en el equipo a base de…

La voz, que reconozco como la de Benoit, se ahoga en un gemido y termina la frase gesticulando con lo que percibo es el ruido de unos golpes con las manos.

—Seguro que se ha tirado a medio equipo y le ha hecho una mamada a la otra mitad. Esa pequeña zorrita llegará lejos así.

Tiro de la cadena y abro la puerta dando un golpe a la pared. De una zancada me planto en medio del vestuario y los aullidos de quienes aún no me han visto se detienen en cuanto sus compañeros les advierten de mi presencia.

—¿Todo bien por aquí?

—Santoro, ¿cómo lo llevas, tío? —pregunta Benoit, que se acerca a palmearme la espalda en un gesto de colegueo. Su expresión cambia en cuanto retiro su mano de golpe.

—Veo que tenéis muchas ganas de fiesta —ironizo—. Se ve que la de anoche no fue suficiente para vosotros y hoy no habéis trabajado como se exige a un equipo de máximo nivel.

Todos me miran expectantes, porque intuyen por mi tono de voz que no he venido en modo amistoso. Es más, la mayoría ha agachado la cabeza o desviado los ojos hacia otro lado. Excepto Lakowe, que me sostiene la mirada, impasible, dudando de si me voy a unir a la conversación que estaban manteniendo o la voy a cortar por lo sano.

—Esto es la categoría reina, lo más alto del automovilismo y pronto seremos una de las mejores escuderías —exclamo enseñando los puños en señal de triunfo. Algunos asienten, otros me miran precavidos—. ¿Os gusta trabajar en Rosa Nera? ¿Queréis seguir trabajando aquí?

—Sí —susurran varias voces al unísono.

—No os oigo. ¡Más alto!

—¡Síííí! —exclaman esta vez en un grito conjunto.

—Me alegro. ¿Y alguien sabe lo que hace falta para seguir trabajando aquí?

El grupo permanece en silencio, hasta que alguien rompe la tensión:

—¿Un grado en mecánica?

—Además de formación —respondo enarcando una ceja—, ¿qué cualidades hay que tener?

—¿Buena forma física? —opina Benoit y marca el bíceps, presumiendo ante sus compañeros—. Yo no me pierdo una sesión de

calistenia en el *gym*.

—Y ¿de qué te sirve eso, Dubois? ¿Crees que solo es importante la fuerza bruta? ¿Mazarse en el gimnasio para marcar camiseta? —le interpelo elevando el tono de voz—. ¿Y qué pasa con tener un mínimo de cabeza, idiota? ¡Bah! —Doy un manotazo al aire—. Tú eres un caso perdido. Aquí todos saben que solo eres capaz de pensar con la polla.

Algunos mecánicos reprimen una carcajada, otros se limitan a gesticular. Los terceros componen gestos de exclamación.

—Oye, Santoro, ¿hay algo que no haya hecho bien hoy? —vacila el francés, rascándose la cabeza—. Podemos hablarlo en privado, si hace falta.

Ignoro su comentario y me dirijo al resto.

—En este equipo y, en general, en este deporte, hace falta inteligencia. Pero, además de eso, lo esencial es el trabajo en equipo —apunto con el dedo a todos y cada uno de ellos—. Vosotros sabéis lo importante que es coordinarse y trabajar conjuntamente para cambiar los cuatro neumáticos en menos de dos segundos en cada *pit stop*.

Los chicos asienten, pero me miran confusos, desconociendo hacia dónde va este *speech* que me estoy marcando.

—Todos y cada uno de vosotros sois esenciales en el equipo. Desde el CEO hasta las personas que limpian la mierda que dejáis cuando os vais de aquí —matizo en referencia a los que siempre dejan los vestuarios como si hubiera pasado un huracán.

Uno de los chicos recoge una toalla del suelo y la deposita en el cesto después de mi comentario.

—Quienes trabajan en Relaciones Públicas —continúo—, en el departamento de Prensa, en la cafetería haciendo los bocadillos para que os alimentéis y rindáis bien. Quienes llevan años trabajando en este mundo y quienes acaban de empezar. ¿Alguien opina lo contrario?

—No, señor, tienes toda la razón —concuerda una voz en el fondo.

—Por favor, no me llaméis «señor», la mayoría sois mayores que yo.

Frunzo el ceño en señal de agotamiento.

—Vale, señor. O sea…, entiendo, Santoro.

—Podéis llamarme Alessio —les digo tratando de controlar mi voz—. Lo que quiero decir es que espero que sea la última vez que, en este vestuario o fuera de él, se habla mal de un compañero. Y mucho menos de una compañera. Quienes vienen aquí a hacer las prácticas pueden quedarse o marcharse a final de temporada, pero mientras están aquí forman parte del equipo.

»Por tanto, no volveréis a hacer comentarios sobre nadie ni a especular sobre su vida privada como si fuerais periodistas de la prensa rosa. Sois profesionales, así que comportaos como tal. Y si vuelvo a oír algo parecido sobre ella, me encargaré personalmente de que no se os vuelva a contratar ni en esta ni en ninguna escudería el resto de vuestra vida.

La tensión se puede palpar en el ambiente. Ya nadie gesticula; nadie habla ni siquiera murmura. Todos se han quedado mudos en cuanto les he echado la bronca del siglo.

—Espero que haya quedado claro, porque no lo voy a repetir más.

Los chicos asienten con timidez. Me dispongo a salir del vestuario, pero antes de coger el pomo de la puerta, me doy la vuelta.

—Benoit, Jones, cuando todo el mundo se marche de aquí, os quedáis a recoger las toallas del suelo. Cuando acabéis, os unís al equipo de limpieza del garaje. Hay mucho material que limpiar y ordenar antes del Gran Premio.

—Pero, Alessio… —se queja Dubois.

—Tú me llamas Santoro. No te permito esa familiaridad —escupo rotundo—. ¿Ha quedado claro? ¿O necesitas que te haga un croquis para explicártelo de nuevo?

—Todo claro, Santoro —agacha la cabeza.

—Así me gusta. El resto ya podéis ir a descansar.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi rostro en cuanto salgo del vestuario. Espero que esta sea la última vez que los oigo hablar mal de ella. Quien le haga algo malo a partir de ahora, tendrá que atenerse a las consecuencias.

26

Un mundo de hombres

Daniela

Mónaco, Principado de Mónaco

Los resultados del Gran Premio de Mónaco han sido más que satisfactorios para el equipo. Alessio ha quedado en un quinto puesto mientras Leo se ha mantenido octavo, sumando varios puntos para la clasificación anual. El equipo está recogiendo los bártulos para dejar mañana Mónaco y regresar de vuelta a casa. Como si a Bérgamo se le pudiera llamar así, pero es lo más parecido que puede considerarse tras viajar todo el año con la casa a cuestas.

Tengo una mezcla de sentimientos enfrentados con todo lo que ha pasado esta semana. Por un lado, siento que mi acercamiento con Alessio está aparcando nuestras discrepancias en el trabajo. Me alegra que por fin pueda creer en mí, en el trabajo de campo que realizo estudiando las telemetrías y en mi experiencia también como fanática del deporte, sobre todo después de lo vivido en Canadá. Además, si puedo resultar útil para el equipo, al menos durante el tiempo que esté aquí, creo que mi misión con esta beca ya estaría cumplida.

Por otro lado, sigo con un nudo en el estómago desde la fiesta del otro día. Aún tengo difusos los recuerdos de esa noche. Algunos flases me han venido a la cabeza del momento en el que volvíamos en el coche de Alessio y hasta de cuando me cargó en brazos por el ascensor desde el garaje hasta su casa. Sin embargo, todavía

desconozco qué pasó desde que fui al baño hasta que me encontré con él. Es como si estuviera viviendo un episodio postraumático que hubiera borrado de un plumazo parte de mi memoria, levantando un muro para evitar sufrir.

Esa es la razón por la que creo que estos días he estado evitando cualquier tipo de contacto social. He intentado esquivar a Camila, a Will y al resto del equipo que, sospechosamente, están siendo bastante amables y simpáticos conmigo.

Tampoco he querido tener ningún tipo de contacto visual con Alessio, porque… lo que sea que me esté removiendo por dentro es algo que tengo que cortar de golpe. Esa fantasía adolescente de admirar a un piloto, más que de manera profesional, se quedó entre las cuatro paredes de la habitación de mi infancia colgada de un póster.

Sin embargo, esto es el mundo real. Él es de carne y hueso, somos simples compañeros, así que esto tiene que acabar. Por mí, por mi propio bien.

Por ello, no me ha quedado más opción que enfrascarme en mi trabajo y solo ahora me he sentado en una cafetería cercana para seguir leyendo *Mujeres que desafiaron las leyes de la velocidad*, un ensayo de aquellas heroínas que lograron romper las barreras del machismo para alcanzar el podio en diferentes categorías del automovilismo.

Estoy tan concentrada en la documentación que no me doy cuenta de que una voz femenina, en la mesa contigua, me habla:

—Tienes buen gusto para la lectura. Me encanta ese libro.

Alzo la cabeza para encontrarme con una mujer que al principio me cuesta reconocer. Tiene el cabello largo y rubio, enroscado en una gorra, la tez blanquecina y una sonrisa sincera que conquistaría a cualquiera.

—Lo compré en una librería de Montreal el otro día —respondo orgullosa—. Llevaba años detrás de él. Estaba descatalogado y era imposible encontrarlo, ni siquiera por internet.

—Lo sé. Yo tengo una de las pocas ediciones especiales que se publicaron en su día. Es una auténtica reliquia —dice mientras se quita las gafas de sol y su rostro despejado me revela quién es. Se

acerca a mi mesa y señala con la mano la silla que queda libre—. ¿Te importa?

Vacilo unos segundos, porque todavía no estoy acostumbrada a que una persona de su categoría se siente a hablar con alguien como yo.

—¡Por supuesto! ¡Adelante! —respondo inquieta mientras me ajusto las gafas. Espero que no note la emoción que desprende mi voz.

—Soy Olsen, Emily Olsen —dice la piloto tendiendo la mano.

—Lo sé, te acabo de reconocer. Yo soy Daniela Serra.

—Así que, si estuviste el otro día en Montreal, intuyo que trabajas para alguna escudería —trata de averiguar y asiento con la cabeza—. ¿Quizá en algún puesto de ingeniería?

Sonrío por su respuesta. Veo que es una mujer muy observadora e intuitiva. No me extraña; esas son dos cualidades esenciales en un piloto de automovilismo.

—Es la primera vez que alguien no me pregunta si trabajo de periodista o en publicidad —ironizo y doy un sorbo al café.

—Qué me vas a contar… —frunce el ceño y sacude la cabeza en señal de incredulidad—. Hace poco un segurata me preguntó si era la novia de algún piloto. No se creía que hubiera una mujer compitiendo en la categoría reina ni siquiera enseñando mi acreditación.

Abro la boca desconcertada.

—¿En serio? No me lo puedo creer —manifiesto, tapándome la boca—. ¿Cómo pueden no conocerte? Eres lo mejor que le ha pasado a este deporte en los últimos años.

Emily se yergue en la silla, sorprendida por mi afirmación, y da un manotazo al aire para restarle importancia.

—No será para tanto…

Dejo la taza reposar sobre el platillo. Estoy saboreando cada matiz del café como si fuera el último que tomaré en mi vida. Quizá también influya que me haya costado casi diez euros, pero esta conversación requiere toda mi atención.

—Que tú estés aquí no solo es algo extraordinario para tu carrera, sino para miles de niñas que te ven por televisión —

exclamo, abriendo las palmas de las manos—. Hoy ya no quieren ser secretarias ni modelos. Hoy saben que pueden aspirar a trabajar donde ellas quieran porque tienen referentes como tú.

Emily me dedica una media sonrisa, aunque no la veo muy convencida. Algo debe de estar pasando por su cabeza para que piense así.

—Ojalá todo el mundo lo viera con el optimismo que lo ves tú…

Vuelvo a abrir el libro que estaba leyendo. Miro el índice y busco la página ciento treinta y dos. Se lo enseño y ella vuelve a sonreír, esta vez de nostalgia.

—Ingrid Haugen —apunto con el dedo al párrafo de presentación—. Creo que te suena el nombre. Cuatro veces campeona europea femenina de *rallies* y primera mujer noruega en conquistar el podio en Fórmula 2.

—Mi abuela es una mujer increíble, tanto al volante como en persona —confiesa cogiendo el libro de mis manos y tocando la foto en sepia tomada en el circuito de Montjuïc en los setenta.

—Me apuesto a que está muy orgullosa de ti. De todo lo que has conseguido. De todas las barreras que has derribado.

—Lo está. Es mi mayor fan —concluye, satisfecha—. Y ¿qué hay de ti? ¿Te gustaría pilotar?

Me sorprende el giro en la conversación, y que quiera saber algo de mi vida, así que dudo antes de contestar.

—Bueno…, se puede decir que, de manera *amateur* sí, aunque mi verdadera pasión se encuentra detrás de las cámaras, haciendo números para ayudar a otros a ganar.

—Admiro mucho al equipo de ingeniería. Sin vuestras mentes brillantes, sería imposible llegar donde estamos.

—La verdad es que los ingenieros de Rosa Nera son unos profesionales. En particular, Andrea Rossi, mi jefe directo. Estoy aprendiendo un montón con él.

Su sonrisa se desdibuja en cuanto pronuncio el nombre de la escudería y su gesto se ensombrece. Parece que acabe de recordar algo que se estanca en su mente antes de hablar.

—¡Oh! —exclama sorprendida—. ¿Trabajas para Rossi? Fue uno de mis mentores cuando era bastante más joven. Es… muy bueno

en los suyo, aprenderás mucho con él.

—No me cabe la menor duda.

Algo en el rostro de Emily dice que quiere preguntarme algo, pero parece que no se atreve. Mira a todos lados y, cuando comprueba que la cafetería se encuentra casi vacía, se gira de nuevo hacia mí.

—Y… ¿todo bien con el *team principal*? —vacila unos segundos antes de resoplar y se corrige a sí misma—. Perdona, no debería haber preguntado eso. Es algo personal. Es solo que…

Vuelve a mirar en todas las direcciones y coge su móvil.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—Solo quiero que tengas cuidado con él —me advierte en una confesión que me provoca un escalofrío por todo el cuerpo—. Hay rumores de que… en breve se publicará una información muy personal sobre él. Dicen que tiene la mano muy larga y ya sabes que «cuando el río suena, agua lleva».

Me dedica una mirada de lástima, se levanta y me toca el hombro en señal reconfortante.

La veo marcharse de lejos mientras habla con urgencia por el móvil y me quedo unos segundos pensando en sus palabras. Una notificación me salta en la pantalla, la desbloqueo y veo que es la última publicación de Lady Paddock.

Abro los ojos y me quedo atónita. No puede ser.

Parpadeo despacio, dos, tres, cuatro veces, hasta que pierdo la cuenta.

Me recuesto sobre el respaldo releyendo el *post* en mi cabeza. Miro a un punto fijo de la taza. El café ya se ha quedado frío.

Las imágenes de la noche de la fiesta se vuelven por fin más nítidas.

Y ahora solo deseo no haber podido recordar.

27

Gabinete de crisis

Alessio

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera

No sé qué está pasando hoy en la sede, pero todo el mundo anda revolucionado. Bueno, sí lo sé. Ayer explotó la noticia bomba de este nuevo perfil social de cotilleos en el que se acusa a Ferrara, nuestro *team principal*, de tener predilección por encuentros íntimos con chicas demasiado jóvenes. Así que hoy el equipo de Prensa y Relaciones Públicas no ha dejado de encadenar reuniones a todos los niveles. A estas alturas, ya habrán convocado un gabinete de crisis para intentar apagar los fuegos antes de que se propaguen aún más.

Hasta ahora, las acusaciones contra el equipo habían sido demasiado banales. Tanto a Leo García como a mí se nos achacaba salir con una mujer distinta cada día. En el caso del americano resulta extraño, pues nunca antes había dado señales de ser un juerguista, aunque ya ha empezado a entrar en el radar de los medios.

Bienvenido al club. Para mí es algo tan habitual que ni siquiera le presto el mínimo de atención.

No obstante, las acusaciones de haber intimado con menores traspasan cualquier límite legal, además de resultar completamente repugnantes. Solo espero que no tengan un impacto negativo en la

imagen del equipo y se depuren responsabilidades si lo que se dice es cierto. No conozco demasiado a Ferrara a nivel personal, pero tampoco pondría la mano en el fuego por él. Al fin y al cabo, es amigo de mi padre, así que tampoco sería extraño que todo lo malo se acabe pegando.

Y hablando del rey de Roma. Lo observo desde lejos salir de la sala de reuniones para hablar por teléfono. Cuando me acerco, me pide un minuto levantando el dedo índice y, de manera inevitable, escucho su conversación.

—Sí, cariño, estoy reunido. En cuanto pueda volveré a casa —informa mi padre a quien intuyo que será su nueva novia… o la que le ha pedido el divorcio. Yo qué sé.

Sé por su gesto que miente, porque cuando lo hace le perrea el párpado derecho. Quizá sus mujeres no lo sepan. A fin de cuentas, sus matrimonios anteriores no han durado más de dos años, así que dudo que hayan tenido tiempo suficiente para conocerlo. O quizá sí, y precisamente por eso se divorcian de él en cuanto salen a relucir todas sus miserias.

—No te preocupes. Todo está bien. No hay nada de lo que preocuparse. —Se lleva el puño a la boca, lo muerde y reprime un grito—. *Ciao*.

Guarda el móvil en el bolsillo y se vuelve hacia mí.

—¿Qué quieres, Alessio? —usa el mismo tono de voz que empleaba cuando yo era pequeño, ese con el que me miraba con desprecio cada vez que le resultaba un estorbo.

—¿Qué es lo que está pasando ahí dentro?

—Nada de lo que debas preocuparte —responde tajante—. Son cosas de adultos que tenemos que resolver en un círculo reducido. Cuanto menos sepas, mejor.

Hace ademán de girarse para volver a la sala y lo agarro de la manga de la americana para evitar que se marche.

—¡Massimo! Deja de tratarme como a un crío. Tú no formas parte del equipo técnico, así que, si estás ahí dentro, es porque han aireado algún tipo de información que puede llegar a perjudicarme en lo personal. ¿Cuál es la estupidez que se han inventado esta vez sobre mí?

Mi padre titubea. Por su gesto entiendo que se debate entre confesarme lo que está pasando en realidad o mentirme, su especialidad.

—Ha salido una información que… —tarda unos segundos en continuar mientras se rasca el cuello— me temo que afecte a tu imagen, sí.

Me llevo las manos a la cabeza y, al fondo del pasillo, veo a Daniela introducir unas monedas en la máquina de *vending* para comprar lo que presumo que serán esos cacahuetes bañados en chocolate que tanto adora. Por suerte, mi padre está de espaldas y no se percata de hacia dónde miro.

—¿Qué han dicho de mí? —exclamo, apretando los puños—. ¿Fiestas, alcohol, otra boda con alguien que no conozco? ¡Maldita sea! Cuéntamelo ya si no quieres que entre ahí y dé un manotazo sobre la mesa.

Cambia el peso de un pie al otro y empiezo a temerme lo peor. Me importa una mierda lo que digan de mí. Me la trae floja que me relacionen con una modelo u otra, que me acusen de vago en la pista o hasta de haber llegado aquí por mi apellido. Pero con ella no, por ahí no paso.

Lo único que temo en este momento es que haya salido a la luz alguna imagen de Daniela. No soportaría que nadie le hiciera daño con simples habladurías. Sería capaz de cualquier cosa con tal de encontrar a quien haya filtrado una mísera imagen o haya sembrado un bulo infundado sobre ella.

—No es nada de ti —confiesa al fin.

Sus palabras me sorprenden y mi gesto se destensa poco a poco. Estaba a punto de hacerme sangre en las palmas de las manos de tanto apretarlas.

—Entonces, si no es nada mío, ¿por qué va a afectar a mi imag…? —Me detengo y abro los ojos de par en par. Mi padre agacha la cabeza—. Dime que no eres tú el protagonista de la noticia.

Uno de los mecánicos pasa a nuestro lado. Mi padre espera a que se aleje lo suficiente para explicar:

—Puede que… a raíz de la información sobre Domenico, alguien me haya acusado de haber asistido a esas fiestas con él —reconoce en un hilo de voz—. Pero es mentira, Alessio. ¡Todo lo que dicen son puñeteras mentiras!

Mi respiración se entrecorta y un mareo repentino me sacude ante el odio que escupe por la boca. Si no lo conociera, pensaría que todo son falacias, pero hay una alerta dentro de mí que me grita que en todo eso podría haber algo de verdad.

—¡No me lo puedo creer! —alzo la voz de manera inconsciente. Él me fulmina con la mirada tras echar un rápido vistazo al pasillo para asegurarse de que nadie nos escuche—. O sea, que todo este tiempo me has estado reprochando no cuidar mi imagen, mi dieta, con quien me acuesto y con quien no… Has controlado cada puto detalle de mi vida. Y ahora, ¿vienes a decirme que, por tu culpa, podría arruinarse mi carrera?

—Baja la maldita voz —susurra con el rostro encolerizado—. Nadie tiene que enterarse aquí de lo que pasa en nuestras vidas.

Río por la nariz, río con amargura, porque el chiste que me acaba de contar no tiene ni puta gracia.

—Dime que no es verdad, que no te has acostado con ninguna menor de edad —lo interpelo muy serio, apuntándole con el dedo.

—¡No, joder! No es verdad. —Se rasca la cabeza y trata de esquivar mi mirada—. Son mentiras, son malditas mentiras para desacreditarnos…

Veo un atisbo de duda en sus ojos y el párpado comienza a temblarle varias veces en un tic involuntario.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho cuando un fogonazo me transporta a la infancia. Estoy en pijama, debo de tener unos diez años y observo, desde los barrotes de la escalera en casa de mi padre, la fiesta que ha montado con unos amigos allá abajo. Estoy seguro de que, si me descubren, él me castigará obligándome a correr diez kilómetros bajo las gélidas temperaturas nocturnas, así que me escondo como puedo.

En el salón, un grupo de chicas jóvenes posa en fila india con poca ropa. Una de ellas, la más pequeña, llora, gime, se desgañita. Mi padre le propina un tortazo que la lanza directa al suelo.

Vuelvo al presente y lo observo fruncir el ceño, tratando de analizar la situación, de dar con una solución de inmediato. Aunque sé que nada de esto lo hace por mí ni por su amigo; cualquier atisbo de preocupación no es más que la expresión de un egoísmo vano, centrado únicamente en sí mismo.

—Sabía que eras miserable, Massimo, pero lo de hoy ha traspasado todos los niveles de la inmoralidad. Eres repugnante. No quiero saber nada de ti.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres un desagradecido! —Me agarra del jersey y siento una opresión en la garganta que me impide respirar. Veo cómo Daniela nos observa a lo lejos y se tensa al contemplar a mi padre intentando ahogarme—. Lo di todo por ti: mi carrera, mi dinero, mi vida, y así me lo pagas. ¡Desgraciado!

Me suelta con rabia, no porque sienta que me está privando de oxígeno, sino porque se da cuenta enseguida de que estamos en un espacio público. Las apariencias son, sin duda, su prioridad en estos momentos.

Me acaricio el cuello mientras toso, tratando de recomponerme. Él gira sobre sus talones para entrar de nuevo en la sala.

Mi cuerpo se tensa de golpe y maldigo por dentro. Me encamino por el largo pasillo a paso ligero, sin detenerme a mirar esos ojos grandes que me observan desde hace rato. Necesito largarme de aquí, lejos, a un lugar donde pueda calmarme.

Según salgo al exterior de la sede y me dirijo al aparcamiento, oigo cómo una voz me llama sin cesar:

—¡Alessio! ¡Alessio! Para, por favor.

No miro atrás. No puedo. Soy incapaz de mirarla a la cara. Solo necesito llegar al coche y conducir sin rumbo.

—¿Quieres parar un momento? —insiste Daniela.

Meto la llave en la cerradura y, aunque ya se encuentra a mi lado, no contesto. Solo me concentro en salir pitando de aquí.

—Dani, vete, por favor —le ordeno al fin, esquivando su mirada. Aunque la realidad es que es la única persona a la que quiero cerca de mí en estos momentos.

Siento un deseo irrefrenable de darme la vuelta y abrazarla, pero trato de controlarme. Odiaría que ella se vea envuelta en toda

esta mierda que me rodea.

—No pienso irme mientras no me digas si estás bien —exclama en una seguridad que no la había visto en ella con anterioridad—. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué has dejado que te trate así?

—Es… mi padre. Pero solo nos une la sangre —matizo con inquina—. Hace demasiado tiempo que perdió el derecho de ejercer como tal.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que ese hombre que intentaba ahogarte era tu padre?

Asiento con cierta vergüenza y me dispongo a subir al coche para marcharme, pero me agarra del brazo. El contacto de su mano desata en mí una reacción química inmediata.

—¿A dónde vas? —me pregunta y se corrige a sí misma de inmediato—: Me da igual. Voy contigo.

—No, Dani. Por favor —le ruego.

Pero no sirve de nada. Ya ha rodeado el coche, ha abierto la puerta del copiloto y se ha sentado a mi lado.

Mierda. Es demasiado tarde. Se ha metido en mi coche y no he podido evitar que también lo haya hecho en mi vida.

28

El *karting*

Daniela

Bérgamo, Italia
Raffaele Santoro karting infantil

Llevamos varios minutos en silencio, con el rumor de la música de la canción *Riccione,* de Thegiornalisti, de fondo. Él, conduciendo sin rumbo, con los nudillos tan apretados al volante que se están tornando de un color blanquecino. Yo, tratando de recuperar la cadencia de mi respiración después de la escena de la que he sido testigo allí dentro.

Ver cómo ese hombre sujetaba a Alessio con tanta fuerza que parecía que iba a ahogarlo me ha dejado paralizada al principio. Después, he sentido unas ganas repentinas de lanzarme sobre su espalda para defenderlo.

No soy una persona violenta. Jamás en la vida me enseñaron que el abuso físico fuera una forma válida de castigo. Mis padres se limitaban a quitarme la consola para que no jugara más al *Gran Turismo*. Privarme del videojuego al que dediqué demasiadas horas era, sin duda, mi peor escarmiento.

Por eso me cuesta entender que Alessio tenga que soportar ese maltrato de la persona que debería estar ahí para protegerlo y guiarlo en la vida.

A pesar de estar concentrado en la carretera, puedo intuir en sus ojos una furia irrefrenable, un volcán a punto de explotar, así

que le toco con suavidad el hombro para que vuelva de donde quiera que se haya ido.

—Ale, por favor, ve más despacio —le ruego. Veo cómo se vuelve hacia mí durante un microsegundo, sorprendido de que me haya referido a él con ese diminutivo que solo utilizan sus amigos más cercanos.

—Lo siento —responde, levantando el pie del acelerador.

Su gesto empieza a destensarse. Incluso ha soltado una de las manos del volante y la ha posado relajado en la palanca de cambios, como un gesto involuntario.

—Oye, si quieres hablar de lo que ha pasado ahí dentro…

—Prefiero que no —contesta tajante, pasándose una mano por el pelo.

Sé que ahora mismo es una caja hermética y no puedo acceder hasta él, aunque lo intente. Aun así, quiero estar ahí, igual que él lo hizo cuando me sacó de aquella fiesta en mi peor momento.

—Vale, respeto tu decisión, pero no creo que debas tolerar que tu padre te trate así.

—Ya es demasiado tarde —añade, resoplando—. Lo que has visto ahí dentro es solo la punta del iceberg de lo que llevo años soportando.

Abro la boca para decir algo, pero acaba de confesar que su padre lleva buena parte de su vida maltratándolo, y no encuentro las palabras adecuadas para animarlo en este momento.

A él. Al guaperas arrogante que parece comerse el mundo. Al que adoran las cámaras. El piloto de élite al que todos auguran un futuro brillante es, en realidad, alguien que esconde en lo más hondo una carga emocional que nadie ha sabido ver.

—Oye, si quieres, puedes hablar conmigo de lo que sea. Ya sé que para ti solo soy una *nerd* con gafas que prefiere discutirte que en las telemetrías está la clave del éxito, pero también puedo ser…

Alessio suelta una carcajada y ver ese resquicio de felicidad en su cara, después de todo lo que ha pasado, hace que mi corazón dé un vuelco.

—Eres más que eso, Dani. No te menosprecies —afirma esbozando una media sonrisa y cambia de tema—. Ya queda menos

para llegar. Creo que nuestro día está a punto de mejorar.

Sin saber qué contestar a su afirmación, aguardo intranquila observando el paisaje exterior. Hemos dejado atrás la ciudad de Bérgamo y nos dirigimos a una de sus áreas rurales. En cuanto tomamos la última salida de la carretera, llegamos a una explanada con un cartel de bienvenida en el que se puede leer: «Raffaele Santoro Karting infantil».

Apaga el motor, se desabrocha el cinturón y, sin decirme nada, levanta sus manos para mostrarme el complejo, dibujando una mueca divertida en su cara.

—Tú sí que sabes cómo alegrarme el día —afirmo maravillada, recordando los sábados de mi infancia en el *karting* con mi padre—. Aunque no estoy tan segura por tu parte. ¿Estás preparado para que te dé una paliza? Esa de ahí es mi especialidad.

—¿Te he contado alguna vez que he sido campeón mundial de *karting* dos años consecutivos? —ironiza, pues conozco de sobra su trayectoria—. Igual eso ayuda a que no te vengas tan arriba, Cerebrito.

Me saca la lengua, le doy un manotazo en el brazo y salimos del coche para encaminarnos hacia la entrada del recinto. Entre niños y adultos, calculo que habrá una docena de personas, que no se percatan de nuestra presencia porque bordeamos la pista para entrar al recinto.

Alessio saluda al recepcionista con un gesto amical y le hace una señal para informarle de que seremos dos los que correremos en la pista. Nos entrega los cascos y nos apartamos a un vestuario cercano para cubrirnos con las protecciones.

—Así que ¿este complejo es de tu abuelo? —pregunto con curiosidad.

—En realidad, no. Es el sitio al que venía de pequeño a correr. Se puede decir que aquí fue donde empezó mi carrera —explica orgulloso—, pero Giorgio Salvatore me ayudó a comprarlo años después con parte de la herencia de mi abuelo, así que le pusimos su nombre en su honor.

—Puede que aquí haya ahora mismo un futuro piloto de la Fórmula 1.

—Ojalá sea así. Hay niños que tienen mucho potencial ahí fuera, aunque a veces se quedan en el camino por la falta de patrocinadores. Si no tienen un sustento familiar sólido que los ayude a empezar, muchos de ellos dejan de correr y tiran sus sueños por la borda.

—Es lo mismo que le ha pasado a mi hermano —afirmo, intentando ponerme el casco, pero la hebilla de liberación se me resiste—. En cuanto los precios del material, las licencias y las tarifas de las inscripciones de los campeonatos se pusieron por las nubes, ha tenido que dejarlo.

—Vaya, siento oír eso —lamenta, con una preocupación que veo reflejada en sus ojos a través de la visera—. Por eso Salvatore y yo no quisimos que ningún niño renunciara a su pasión, así que también montamos una pequeña fundación para conceder becas a quienes no pudieran permitírselo.

—¿En serio? Eso es muy generoso por vuestra parte. Ojalá existieran también donde vivimos…

Deja escapar una pequeña sonrisa y, sin pedir permiso, agarra la hebilla del casco para ayudarme a engancharla.

Del contacto de nuestras manos salta una chispa invisible que ambos notamos. En silencio, Alessio alterna la mirada entre mis ojos y las cuerdas retráctiles, para volver después a observarme. Sus pupilas han recuperado el brillo que suele reflejarse en ellas.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando escucho el clic del gancho. Me agarra con suavidad de los hombros para atraerme hacia él y, sin darme cuenta, mis ojos recorren su ceño fruncido, sus mejillas rosadas, su nariz romana hasta detenerse en sus labios.

Él se da cuenta y noto cómo su respiración se entrecorta. Me roza con delicadeza la longitud de mi cuello para atraerme más hacia él. Si no fuera porque llevo el casco puesto, intuyo que Alessio se habría lanzado a besarme.

No puede ser. Debo de estar alucinando, pero juraría que entre nosotros se ha creado un momento de intimidad tan inusual como placentero, de esos que solo un carraspeo sería capaz de romper.

—Pero mira quién está aquí. Si son mis dos pupilos favoritos —exclama una voz familiar, y los dos saltamos del respingo.

—¡Andrea! ¿Qué haces aquí? —pregunta Alessio a nuestro ingeniero jefe y se agacha cuando ve quién viene detrás—. Y tú debes de ser… A ver, a ver... —se lleva una mano a la boca, bromeando con la pequeña—. El otro día leí que tú ibas a ser la próxima generación de pilotos guerreras de la Fórmula 1.

—Ale, no hagas bromas conmigo. Soy Valentina —dice la pequeña, riendo, y se echa a los brazos de Alessio—. Corres conmigo todos los meses y te sabes mi nombre de memoria.

—¿Hoy también quieres venir conmigo? Todavía eres muy pequeña para ir tú sola. Solo si tu papá nos deja, claro.

Andrea afirma sonriendo y se acerca hacia mí para saludarme.

—¿Y esta chica de aquí quién es, Alessio? ¿Es tu novia? —pregunta la niña con todo su desparpajo. Menos mal que tengo el casco puesto; si no, todos habrían sido testigos de mi cara de espanto.

—Ella es Daniela, una amiga. Trabaja con papá y conmigo.

—Hola, Daniela. ¿Tú también corres? —Asiento, sonriendo a través de la visera—. ¡Qué guay! Otra chica más. Quiero ir con Alessio primero y luego contigo después.

—Claro, prepárate para ganarlos, campeona —le reto, acercándome para chocarle los cinco.

Alessio se marcha con la niña en un brazo y el casco en la otra mano, mientras oigo cómo la pequeña le dice que su nueva amiga es muy guapa. Un rubor me sube a las mejillas y doy gracias a que Andrea se sitúa a mi lado mientras los observamos alejarse hacia la pista.

—Algún día será un padre estupendo —apunta con una sonrisa en la cara.

Asiento de manera inconsciente, proyectando una imagen de él en un futuro no muy cercano, rodeado de niños en una casa enorme. A su lado, una mujer le da un beso en la mejilla y, cuando se gira, puedo descubrir mi cara.

Sacudo mi cabeza, tratando de espantar esos pensamientos. No sé por qué ese tipo de imágenes inverosímiles se cruzan por mi mente.

«Ya no tienes quince años, Daniela. Madura y asume la realidad», me reprocho, frunciendo el ceño.

—Sí, es una pena que él no haya tenido la misma suerte con el suyo —confieso, y me arrepiento al instante, pues no sé hasta qué punto Andrea está al corriente de la relación paternofilial.

—Massimo es un auténtico tirano. Ojalá el tiempo lo ponga en su lugar —manifiesta irritado, en una declaración que me sorprende por su beligerancia. Con los puños apretados, se acerca a una vitrina repleta de fotos antiguas y de trofeos—. Si Raffaele viviera hoy, estaría abochornado de la actitud de su hijo.

Asiento, sin decir nada más, y me acerco a su lado. Hay varias instantáneas de Giorgio y Raffaele en blanco y negro, compitiendo en los años setenta. También de Alessio en todas las etapas de su vida: desde que corría en esta pista de pequeño hasta que ganó el campeonato mundial en Kuala Lumpur.

Cuando llego a la última, donde Giorgio inaugura el *karting* con Alessio a un lado y otro hombre al otro, identifico a este último de inmediato. Es imposible no reconocer la semejanza entre padre e hijo: el mismo pelo ondulado que vi de espaldas cuando tenía a Alessio agarrado por el cuello. Y ahora, al verlo de frente, reconozco al mismo hombre que estaba en el despacho con Domenico el día que me perdí buscando el baño de la discoteca.

Los recuerdos de esa noche se vuelven ahora más nítidos que nunca.

29

Volver a casa

Daniela

Montmeló, España
Circuito de Barcelona-Cataluña

Hoy comienzan oficialmente las vacaciones de verano y no podía haber mejor momento que tras el Gran Premio de Montmeló. Este circuito es como una segunda casa para mí. Recuerdo las jornadas enteras que echaba con mi padre participando en algún campeonato infantil. También, viendo a mis pilotos favoritos ganar las carreras sentados en una parcela y comiendo el bocata que mi madre nos preparaba en casa.

Todo ello se acabó cuando su salud empeoró, y con ello se llevó los picnics en el césped, las entradas para el Gran Premio y cualquier resquicio de felicidad que quedara en casa. La luz se apagó en mi familia el día que la enfermedad de mi madre se llevó su lucidez, su vitalidad y todos los recuerdos que habíamos creado entre los cuatro.

Por ello, estas vacaciones serán más especiales que nunca. Es la primera vez que he pasado tanto tiempo separada de ellos y los he echado demasiado de menos. He ahorrado cada euro que me pagan por mi trabajo para contribuir al tratamiento, aunque soy consciente de que lo que más han echado en falta ha sido mi presencia para ayudarlos a sobrellevar las tareas del día a día.

Entre largas jornadas de entrenamientos libres y la clasificación, esta última semana apenas he podido pasar un ratito con ellos. No han sido pocas las ocasiones en las que me han entrado ganas de tirar la toalla y volver a casa. Quizá debería haber pedido unas entradas para mi padre y mi hermano, tal y como me sugirió Alessio, pero no me gusta tener que pedir favores que luego nunca sé si podré devolver. Siempre me he ganado cada beca que me han concedido y jamás he pedido ningún favor para llegar hasta donde me encuentro hoy.

Así que aquí estoy, aporreando las teclas como una loca para acabar el informe del día y salir cuanto antes, mientras escucho al resto del equipo celebrar los buenos resultados de la carrera.

Estoy tan ensimismada analizando los datos que no me percato de que alguien me toca el hombro con suavidad. Me giro y veo a la última persona que esperaba encontrarme en el box y que más ilusión me hace.

—¡Papá! —exclamo sorprendida—. Pero ¿qué haces aquí?

—Hola, Ratita. No quería molestarte. Sé que estás trabajando, pero solo era para avisarte de que estamos ahí fuera cuando termines.

Me lanzo a sus brazos sin pensarlo y siento una ola nostálgica invadirme todo el cuerpo. No me importa que el resto del equipo se encuentre a nuestro alrededor en el garaje ni que me llame «Ratita» delante de todos. Tras unos segundos, me separa de su cuerpo, no sin antes depositar un tierno beso en el pelo.

—Mira quién está ahí —indica la zona del *pit lane,* donde Alessio se saca una foto con mi hermano y luego lo ayuda a subirse al monoplaza.

Los miro ojiplática, sin dar crédito a que ambos estén aquí.

—Pero ¿cómo habéis podido venir? Las entradas estaban carísimas.

—¿Qué pregunta es esa, Ratita? —me mira sorprendido—. Con los pases que nos enviaste ayer. Llegaron a última hora cuando estaba ya cerrando el taller. No veas la ilusión que le hizo a tu hermano, no ha podido dormir en toda la noche de la emoción. Y a mí… —mira un punto infinito con los ojos vidriosos—. Hacía años

que no venía y ha sido como volver a recordar los buenos momentos pasados. Eres la mejor hija y hermana que podíamos tener.

Las palabras se me atascan en la garganta tras su confesión. No puedo decirle que no fui yo quien lo hizo. Aun así, me dejo guiar hacia el exterior con una emoción en su rostro que no podría pagar ni con un contrato millonario.

Fuera, mi hermano está tan excitado con la presencia de su piloto favorito que apenas repara en mi presencia. Lleva una camiseta y una gorra firmada por Santoro y amaga con pilotar el vehículo con las instrucciones que le dan los mecánicos.

Alessio, en cambio, levanta la cabeza y me dedica la sonrisa más preciosa del mundo. Solo él podría haber tenido el detalle de enviarles las invitaciones. Después de los años tan duros que llevamos viviendo en casa, se me reblandece el alma que una persona tan ocupada como él haya hecho de este día uno de los más felices para nosotros tres.

—¡Dani! —Por fin mi hermano levanta la cabeza y se dirige a mí —. Eres la mejor hermana del mundo mundial.

—En eso estamos de acuerdo, tu hermana es la mejor —añade el piloto para sorpresa de los tres—. Oye, enano, ¿te gustaría conocer a Markus Münster y a Asher Miller? Son coleguillas míos y seguro que, cuando Mark se baje del podio, se querrá hacer una foto contigo.

—¿En serio? ¡Cómo mola! Ya verás cuando se las enseñe a mis amigos del cole.

Los tres adultos nos reímos y nos encaminamos hacia el box de la escudería McKenzie para esperar a Miller. Sin embargo, una voz me interrumpe y me quedo rezagada al ver quién es.

—Hola, Dani.

—¡Oriol! ¿Cómo estás?

Si a alguien no me esperaba ver aquí era a mi exnovio, pero su padre es directivo en una multinacional de construcción y dispone de pases VIP para todos los campeonatos deportivos, eventos sociales y fiestas de élite a las que, en el breve tiempo que salimos, yo rechacé ir.

—Vaya, así que me he enterado de que ahora trabajas en este mundillo. Sabía que podrías llegar lejos.

—Gracias —contesto con sinceridad, aunque intuyo que detrás de ese halago vendrá un reproche o algún comentario negativo que me deje por los suelos—. La verdad es que todavía se me hace raro estar aquí trabajando con ellos, con los más grandes. Es un sueño hecho realidad.

—Bueno, Dani. Es normal, pero solo eres la becaria —enfatiza la última palabra con un gesto burlón—. Aquí hay mucha gente que va y viene. En unos meses estarás de vuelta trabajando en el taller de tu padre.

Ahí está. Tardaba en llegar.

—Sea lo que sea, está siendo una experiencia increíble y lo mejor de todo es que me han contratado por mis propios méritos y cualificaciones. No todo el mundo puede decir lo mismo, ¿verdad?

Me sorprendo a mí misma con ese comentario sarcástico. Los dos sabemos que su puesto de ejecutivo, con tan solo veintitrés años en la empresa de su padre, no lo ha ganado precisamente por méritos propios.

Oriol abre la boca para responder, pero incluso él se queda desconcertado por mis palabras, así que rectifica al instante y cambia de tema.

—Oye, me preguntaba si… podrías preguntar a Santoro si podríamos sacarnos una foto juntos.

—¿Desde cuándo te gusta la Fórmula 1? —pregunto, cruzándome de brazos y enarcando las cejas—. No sabía que eras fanático del deporte. Siempre hacías comentarios despectivos cuando me quedaba los domingos en casa viendo las carreras.

—Bueno, es solo que… es difícil justificar ante tus amigos que a tu novia le gusta un deporte de hombres.

Esboza una media sonrisa inocente, como si pretendiera que fuera a empatizar con él después de ese comentario de mierda.

—¿Perdona? —Sacudo la cabeza sin dar crédito a lo que dice. Este se debe de estar medicando.

—Veo que sois compañeros de equipo y te ha hecho el favor de llevar a tu hermano con otros pilotos, así que imagino que no le

importara que…

—Dani —nos interrumpe Alessio, que llega corriendo desde el box contiguo—. Tu hermano y tu padre te están esperando. Quieren que te saques una foto con ellos.

—Eh… sí, ahora mismo voy.

Carraspeo y paseo la mirada de izquierda a derecha estudiando la postura de ambos. Medito unos segundos si es buena idea presentar a mi exnovio al famoso piloto del que estoy empezando a sentir demasiadas cosas. Que los tres hayamos coincidido en el mismo metro cuadrado es la madre de todas las casualidades y una situación de sobra incómoda.

—Hola, soy Santoro, Alessio Santoro. ¿Y tú eres…?

—Sant… Santoro, sí lo sé. Yo… soy Oriol. El novio de Daniela.

¡La madre que lo parió!

—¿Cómo? —abro los ojos sin creer lo que acaba de soltar por su boca.

—No me extraña. Daniela es muy popular por aquí —declara Alessio con una mezcla divertida y desconcertada por su confesión —. Ten cuidado, Orson, no sea que te la vayan a levantar.

—Oriol, me llamo Oriol.

—Lo que sea…

Ambos se giran hacia mí, el nexo entre los dos hombres que han creado una situación de lo más violenta. Ahora esperan que sea yo la que diga algo medianamente inteligente para que pueda desenredar este pequeño malentendido que se ha generado en un momento.

—Bueno, Oriol, tenemos que irnos —opto por una respuesta esquiva.

—¿Me llamarás para tomar un café? —pregunta con ojos de cachorro para demostrar un ápice de pena.

—Ya veremos, tengo mucho trabajo —respondo molesta por la manera en la que ha querido marcar territorio delante de él.

—Cierto, tenemos mucho trabajo —añade Alessio cogiéndome del hombro para atraerme hacia él. Dios, este hombre sabe cómo cortarme la respiración—. Daniela es una persona indispensable en

el equipo. Algunos no podríamos vivir sin ella —me guiña un ojo y me alienta a marcharnos enseguida.

—Alessio… —susurro cuando ya hemos dejado atrás a mi ex con la palabra en la boca.

—Cerebrito, tienes que pasar el tiempo con quien realmente merece la pena y, por lo poco que he podido hablar con ellos, tu familia vale oro, así que no lo desperdicies con gente que no sabe apreciar tu amistad.

Su mano resbala desde mi hombro hacia la parte baja de mi espalda, desde donde él me invita a entrar en el box de McKenzie.

Veo a mi hermano y a Asher Miller reír por las bromas que el británico le suelta en un intento de chapurrear español, y no puedo estar más feliz de tenerlos hoy aquí conmigo.

—Gracias, Alessio. Gracias por todo.

—Lo que sea por ti, Cerebrito.

Y con esas palabras, que me ablandan todo el cuerpo, se acerca a donde está mi padre, a quien tiende una tarjeta mientras mantienen una conversación en privado.

Hacía tiempo que no lo veía sonreír así, quizá desde que mi madre enfermó, cuando la oscuridad se instaló en nuestra casa. Hoy, por primera vez, verlos tan felices es de las pocas cosas que podría pedir.

30

Benditas vacaciones

Alessio

Ibiza, España
Aeropuerto Internacional de Ibiza

—Tío, necesito hablar contigo —le digo a Mark en cuanto nos montamos en su avión privado camino a Ibiza, donde nos ha convencido para que vayamos de vacaciones.

Asher ha dejado la maleta en el compartimento superior y se ha dirigido al *galley* trasero para hablar con la auxiliar de vuelo que nos asistirá durante el trayecto. La pobre no sabe ni dónde meterse mientras él trata de conseguir su número de teléfono.

—¿Qué pasa, Ale? Si es por lo de tu padre, no te preocupes que seguro que la prensa publica enseguida otro chisme en el que centrarse y se olvidarán del *FerraraGate.*

Sí, así es como lo han empezado a llamar tras varias denuncias anónimas de una decena de mujeres que reivindican que ellas también han sido llevadas engañadas a fiestas privadas para su capricho personal.

Me paso una mano por el pelo y sacudo la cabeza.

—Mierda, Mark. No estaba hablando de eso y ahora me has hecho pensar en otra mierda más con la que tengo que lidiar.

—¿Y entonces qué es? Has estado muy raro las últimas semanas. Extrañamente feliz y sobrepensando demasiado.

Ahí está, ya me ha pillado. Llevo un tiempo reprimiendo este sentimiento y creo que ha llegado el momento de confesar antes de que todo esto me estalle por dentro.

—Creo que me estoy… —me humedezco los labios tratando de buscar las palabras precisas—. Creo que estoy empezando a sentir algo muy profundo por alguien.

Mark me mira con una ceja enarcada mientras acaricia a Kaiser sobre su regazo.

Joder, si hasta a mí me ha sonado ñoño.

—Si te refieres a la rusa, entiendo que puedas llegar a sentir algo por ella. Es una loba en la cama. Recuerda que yo también estuve con ella. Pero como tu amigo, no te recomiendo que sea el tipo de mujer con la que tener una relación seria.

—No, joder, no me refiero a Irina. Hace meses que ya no me acuesto con ella.

Markus deja a Kaiser en el otro asiento, me estudia con la mirada y dibuja una sonrisa divertida en su cara.

—No me digas que te estás enamorando, Santoro. Sería la primera vez en tu vida. —Alza las manos en señal de victoria—. Esto hay que celebrarlo. ¡Oh! El niño se nos está haciendo todo un hombre.

—Cállate, imbécil, que tenemos la misma edad. Es solo que…

—Dime quién es. ¿La conozco? ¿Alguna modelo, actriz? Oh, espero que no sea esa cantante que estaba casada con un futbolista. Se oyen rumores de que no se pierde ningún Gran Premio a la caza de un piloto famoso.

—Por favor, vayan tomando asiento y abróchense los cinturones —nos interrumpe la tripulante, tras la cual Asher sigue babeando.

Este chico no tiene remedio.

—Ese es el problema —susurro con un hilo de voz para que no me oiga nadie más—. Bueno, no es que sea un problema como tal. Es que ella no pertenece a este mundo… Quiero decir que…

—Ay, Dios. Esto es más serio de lo que parecía en un principio.

—Es una compañera de trabajo con la que últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos y…

Joder. Ahora que estoy expresándolo en voz alta, me doy cuenta de que he tratado de dejarme puesta una venda en los ojos y mis sentimientos hacia ella se me han ido de las manos. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿O es que simplemente quería convencerme de lo que no era para evitar llamar a las cosas por su nombre?

—¿Es la ingeniera española con la que ayer nos sacamos unas fotos con su familia? —exclama Asher, que parece que estaba a lo suyo y, para mi desgracia, ha escuchado toda la conversación—. Joder, Santoro. Jamás te he visto hacer eso por nadie y la forma en la que la mirabas…

—¡Shhh! ¿Quieres bajar la voz, capullo? —lo reprendo, porque hasta la tripulación nos ha lanzado una mirada desconcertada, alarmados por los berridos de mi amigo.

Miller estalla en una carcajada y yo maldigo por dentro. Él es ese tipo de amigo con el que sales de fiesta y compartes unas copas. Es divertido y nos lo pasamos genial juntos, pero no es la primera persona a la que confesaría mis sueños y temores. Quizá por lo bocazas que suele ser, así que odiaría que una conversación privada de este calado trascendiera a donde no lo tiene que hacer.

Por el contrario, Mark es un tío mucho más maduro y, por eso, prefiero contarle lo más íntimo a él. Ahora me arrepiento de haberlo hecho dentro del avión. Pero era el único momento que tenía antes de empezar el parón de verano en Ibiza, donde pasaremos un par de semanas en la residencia de vacaciones que la familia Münster tiene en la isla mediterránea.

—Ale, ¿has hablado con ella? ¿Le has confesado lo que sientes? —pregunta mi amigo mientras Asher vuelve a la carga con el personal de vuelo.

—La verdad es que no. Me da miedo su reacción.

—¡Ja! Santoro, eres la persona con más agallas del planeta. Sí que tiene que haberte llegado dentro esa chica para que estés tan acojonado…

Se recuesta en el sillón y resopla, dejando volar un mechón de pelo.

—Mira, Markus, te cuento esto porque nadie mejor que tú sabe cómo funciona este mundillo —afirmo, inquieto. Mi amigo me dedica

una mirada comprensiva y permanece en silencio escuchando—. No quiero que se asuste, que la prensa pueda vernos juntos y la acosen, que su prometedora carrera en la Fórmula 1 acabe por mi culpa. Es una tía brillante en su trabajo, con un corazón que no le cabe en el pecho —hago una pausa recordando su personalidad—. Es cariñosa, amable y tiene una fragilidad que me da auténtico pavor que alguien se acerque a su burbuja y la acabe explotando por dentro.

Haría arder el mundo entero antes de permitir que alguien le toque un mísero pelo.

Markus frunce los labios, cruza las manos y se queda pensativo. Soy una de las pocas personas que conoce su pasado y me cuesta un mundo imaginar lo que está pasando ahora mismo por su cabeza.

—No hay día que no me castigue por no haber podido evitar todo lo que pasó y de no haber estado ahí para ella cuando más me necesitaba —hunde sus ojos en los recuerdos del pasado—, pero si hay algo de lo que no me arrepiento es de haberme enamorado como lo hice entonces. Saber que tienes una persona por la que luchar cuando te levantas por la mañana, que sea un mundo entero para ti… A esa sensación no se le puede poner nombre.

»Así que, amigo, échale huevos al asunto. Habla con ella antes de que venga otro tío y sepa tener el coraje que a ti te falta si decides echarte atrás.

—Tripulación de cabina, tomen asientos para despegar —interrumpe el piloto por el altavoz—. Buen vuelo.

Me giro para acomodarme en el sillón y me aseguro de que el cinturón esté bien abrochado. Las palabras de mi amigo rebotan como un bumerán dentro de mi cabeza y sé que tengo que poner remedio a toda esta maraña emocional que vivo por dentro.

Además, está el tema de mi padre y del *team principal,* que no ha parado de copar todas las portadas de los diarios deportivos para dañar la imagen del equipo.

Creo que estas vacaciones me irán bien para descansar y reponer fuerzas. Debo concentrarme en mi carrera deportiva y dejar de lado todo tipo de distracciones que me aparten de la competición.



Aterrizamos en el aeropuerto de Ibiza en menos de una hora desde Barcelona. El sol de finales de julio calienta como si quisiera arrancarnos la piel y, por un momento, agradezco salir del olor a caucho y gasolina que nos rodea con normalidad. El aroma salino del mar se mezcla con la dulzura de la madreselva, envolviendo mis sentidos en cuanto pongo un pie en la pista. Es una pena que solo podamos quedarnos unos días, porque esta sensación tan placentera parece invitar a quedarnos hasta el final del verano.

La familia Münster tiene varias propiedades repartidas por todo el mundo y, sin lugar a duda, la villa del sur de la isla ibicenca no tiene nada que envidiar a ninguna de las otras. La mansión, decorada en tonos blanquiazules haciendo juego con los colores del Mediterráneo, consta de siete habitaciones y cinco baños, y se encuentra encajonada en un peñón. Tiene una salida directa al mar desde donde se pueden contemplar unas preciosas vistas a la isla de Es Vedrá, un atractivo inigualable del archipiélago.

No me puedo quejar de mi infancia ni del dinero que posee mi familia. Sin embargo, los Münster son una acaudalada familia suiza que hizo de los relojes un imperio multimillonario, una marca que hoy lucen las muñecas de los hombres y mujeres más opulentos del mundo entero.

Mientras repartimos las habitaciones, Asher se acerca a Mark para quitarle el móvil de las manos.

—¿Tú también estás enchochado? Lo que me hacía falta era que ahora los dos os echéis novia y me dejéis aquí solo —finge moquear —. Aunque, ahora que lo pienso, cuantos menos tíos guapos y famosos vengan conmigo mejor, así tengo más para mí.

—Devuélveme el móvil, imbécil —escupe Mark irritado—, o te mando de vuelta a Inglaterra.

—No, por Dios, que hace ahora como diez grados. En Londres solo hay un día de verano en todo el año y este año ya cayó en jueves —bromea el inglés—. Por cierto, ¿quién es Austin?

—Nadie que a ti te importe.

—Ohhh, Markus tiene novia —canturrea Miller con tono socarrón.

—¡Que me des el móvil, payaso!

—¿Queréis dejar de pelearos? Parecéis dos críos —los abronco —. Anda, vamos, que tengo ganas de salir a tomar algo. He traído mis mejores camisas blancas para la ocasión.

—Las mías son floreadas —añade Asher—. Mi madre me ha hecho la maleta antes de venir. Dice que en los noventa no pasaba un verano sin asistir a las fiestas *Flower Power* a darlo todo. Y parece que mi abuela hacía lo mismo en los setenta.

—Tu madre es la leche —me río, porque la mujer es el alma de la fiesta y una de las personas más queridas en el *paddock* por su estilismo extravagante—. Vamos a darlo todo también. Münster, ¿estás listo?

—Ehh, sí —vacila—. En nada estoy. Esto…, chicos, sé que estas semanas eran para disfrutar los tres juntos, pero estaba pensando si podría venir una amiga a pasar unos días con nosotros.

—Claro, sin problema —contesto, consciente de que a mi amigo le iría bien asentar la cabeza, pues en los últimos años se limita a salir con una chica distinta cada noche y tiene por norma no repetir jamás.

—¿Está buena? ¿Traerá amigas?

—¡Eh, Miller! Te lo advierto —protesta Mark con la mandíbula tensa—. Ella no se toca, está vetada. Tienes miles de mujeres en esta isla.

Sacudo la cabeza y río por dentro mientras mis amigos salen por la puerta discutiendo.

Por mí, como si se las quedan todas para ellos. Yo tengo la cabeza tan ocupada que creo que es la primera vez que salgo de fiesta sin ganas de volver acompañado más que por mis amigos a casa. Eso sí, no veo el momento de salir y echarnos unas risas

juntos. Necesito desconectar y recargar pilas para lo que queda de temporada. El resto ya se verá.

31

Confesiones en la noche

Daniela

Ibiza, España
Aeropuerto Internacional de Ibiza

Si algo bueno tiene viajar todo el año con el equipo es que ya he perdido cualquier miedo que pudiera tener a coger un avión. Así que no me puedo creer que, incluso en las vacaciones de verano, esté volando otra vez para irnos unos días de escapada a Ibiza.

Camila se ha quedado conmigo toda la semana para visitar Barcelona, y mi familia la ha acogido como a una hija más. Ella, en agradecimiento, ha sacado a pasear a mi madre por la residencia, ha llevado a mi hermano a comprar helado al paseo marítimo y ha cocinado varias recetas familiares de su legado mexicano.

Le estoy muy agradecida de haber pasado estos días conmigo. Puedo decir que esta es la primera vez que traigo una amiga a casa, y hasta mi padre se ha mostrado pletórico al ver que he formado una pequeña familia lejos de aquí, junto a Will.

Él se ha quedado estudiando en Italia para los exámenes de septiembre. Aunque, según me ha confesado, solo quiere pasar más tiempo a solas con Leo, quien ha recomendado a su hermana que disfrute del verano mientras él se queda entrenando en su tiempo libre.

—Mi hermano es un bicho raro, solo piensa en trabajar —se lamenta mientras aterrizamos en la isla—. Y Will otro tanto. No ha

querido venir con nosotras. Dice que prefiere quedarse estudiando el idiota de él. ¿Te lo puedes creer?

Me muerdo el labio inferior de manera inconsciente y me paso la mano por el pelo varias veces. Soy la única confidente de Will en su relación con Leo y no sé cuánto tiempo más podré sostener esta mentira. Lo único que temo es que, en algún momento, explote por los aires, y Camila se enfade conmigo por no haberle revelado el secreto.

—No sé cómo me has convencido para venir de vacaciones —le digo, tratando de cambiar de tema—. ¿Cómo puede ser que lleves unos meses en Europa y ya tengas amigos con una casa en Ibiza?

No sé por qué lo pregunto. Camila es una buena relaciones públicas y está en su salsa cuando se trata de hacer amistades por el *paddock*. Todo lo contrario a su hermano. Nadie diría que pudieran estar relacionados.

—Son muy majos. Te van a caer genial —dice con una sonrisita ladeada de la que ya estoy temiendo lo peor.

—No sé si será una buena idea quedarnos allí. ¿Y si son peligrosos?

—Qué va. Son unos amores. Van de malotes los tres, pero en el fondo tienen un corazón de oro…

Me ajusto las gafas, dubitativa, y recorremos los pasillos de la terminal hasta llegar a la zona de salidas, donde un chófer con traje negro sostiene un iPad con el nombre «Señorita Austin». No me molesto en preguntar a qué se debe ese apelativo cuando enseguida reconoce que es para nosotras. Eso sí, me quedo a cuadros cuando veo el coche en el que nos montamos, porque su precio debe de rondar casi las seis cifras.

Tras un trayecto de poco más de media hora entre carreteras estrechas, llegamos a una inmensa villa privada que se erige entre las rocas, como fiel testigo de una panorámica impresionante del mar.

—Oye, Cami, pero ¿quién vive aquí? —pregunto anonadada.

—Ahora verás.

Nada más entrar en la casa, el ama de llaves nos da la bienvenida y nos conduce hasta el jardín. A través de la cristalera

puedo distinguir a tres hombres que se lanzan a la piscina, entre chapuzones y aguadillas.

Al salir al exterior, reconozco a dos de ellos al instante. Cuando identifico al tercero, aún dentro del agua, mi corazón se detiene un segundo antes de reemprender su marcha a un ritmo frenético.

—Chicas, ¡ya estáis aquí! —saluda Markus Münster y se acerca a darnos un abrazo.

—Pero qué sorpresa. ¿Verdad, Santoro? —Asher Miller eleva las comisuras hasta sus máximos topes mientras da codazos a su amigo.

Alessio lleva unos segundos en estado de *shock*. Imagino por su cara que no estaba al tanto de nuestra visita y, a lo mejor, le hace poca gracia ver a una compañera de trabajo durante sus vacaciones.

—Dan… Daniela, ¿qué haces tú por aquí? —me pregunta en cuanto el resto se dirigen hacia una improvisada barra de bar, situada en una esquina del jardín—. No sabía que vendrías.

—Yo… —titubeo al quedarme absorta viendo el cuerpo semidesnudo del piloto. Había olvidado cuánto les gusta a los italianos lucir ese bañador tipo *slip* que no deja lugar a la imaginación—. Yo tampoco tenía ni idea, la verdad. Será mejor que nos busquemos un hotel.

Su mano me agarra con suavidad cuando me dispongo a huir espantada por el inesperado encontronazo.

—Tonterías. Claro que os vais a quedar aquí —asegura con un tono amable, llevándome hacia el bar con el resto—. Pensé que no te vería hasta la vuelta, pero… me alegra que estés aquí.

«A mí también», pienso, soltando al fin todo el oxígeno que llevo retenido en el cuerpo.

Sus palabras me atraviesan como una flecha, porque el sentimiento es recíproco. A pesar del nerviosismo inicial, me encanta la idea de poder pasar más tiempo con él fuera de las pistas, sin la presión del trabajo ni los escándalos que estas últimas semanas han tratado de descentrar nuestra rutina. Él ha demostrado ser una persona distinta, más amable, más natural. Así lo pude descubrir cuando disfrutaba como un niño en los karts con la hija de Andrea, o

incluso cuando me hizo el desayuno en su apartamento después de la fiesta en Mónaco.

Aunque estar aquí implique verlo con otras mujeres. Una idea que me escuece por dentro más de lo que me gustaría admitir.

—Chicas, sentimos no haber ido a buscaros al aeropuerto, pero hay mucha gente que nos conoce ahí fuera y acabamos tardando el doble porque nos paran cada dos minutos —explica Mark, a lo que le restamos importancia con la mano, pues entendemos a la perfección que la prensa les acecha en cada esquina—. Lo que me recuerda a que esta noche iremos a una fiesta privada de un colega mío aquí cerca. Así no tendremos que cruzarnos con mucha gente.

Ese detalle me tranquiliza. A pesar de que en los últimos meses no he tenido más remedio que socializar con desconocidos, todavía me cuesta hablar de temas que no estén relacionados con el motor.

Por eso aprecio que Camila siempre esté pendiente de mí y que los chicos se encarguen de hacerme partícipe de la conversación, lanzándome preguntas o buscando mi opinión. Kaiser, el perro de Markus, también ha venido con ellos. Dice que no viaja a ningún sitio sin él y que, además, así alivia un poco el trastorno de ansiedad por separación que le han diagnosticado al *cocker spaniel*.

Es una monada, y todos jugamos con él a lanzarle la pelota. Se nota que está en su salsa entre los pilotos y con Camila, que parece conocerlo de otra vida.

Por primera vez, me siento parte de un grupo de amigos que se juntan para charlar y reír. Una sensación placentera que me hace sentir como cualquier chica de mi edad.

Cenamos en el porche del jardín y después subimos a la habitación para arreglarnos. Nos ponemos los vestidos nuevos que Camila y yo fuimos a comprar el otro día para el viaje, y ella se esmera en maquillarme con una dedicación casi profesional.

A pesar de las protestas de los tres pilotos por llegar tarde a la fiesta, en cuanto bajamos las escaleras, Markus y Asher no dejan de lanzarnos piropos. Alessio, en cambio, se queda completamente pálido y, cuando nos acercamos, su expresión cambia de golpe antes de decirnos que estamos preciosas.

Con el calor de la noche trepándome por las mejillas, cogemos los coches y llegamos a una villa parecida a la de Markus. En total, calculo que habrá unas cincuenta personas, demasiadas para una fiesta privada, pero, en comparación con la magnitud de la mansión, apenas se nota que llenen el espacio.

Las horas pasan y, aunque me lo estoy pasando mejor de lo que intuía al inicio, salgo al jardín a que me dé un poco de aire. Hay un par de parejas cerca de la piscina, así que me sitúo en un banco al lado del cobertizo a contemplar las estrellas en esta clara noche estival.

Estoy ensimismada en mis pensamientos cuando una voz me interrumpe de golpe:

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Alessio, que viene a sentarse a mi lado.

—No ha estado mal, aunque no conozca a nadie.

Él me mira y me sonríe de medio lado.

—No te gustan nada los eventos públicos, por lo que veo… —observa y deposita la cerveza en una repisa cercana—. A mí tampoco, si te digo la verdad.

—Ah, ¿no? Cualquiera lo diría. Se te ve cómodo interactuando con la gente.

—Es a lo que me han acostumbrado desde niño, pero, honestamente, hay momentos de soledad como este que los aprecio mucho más.

Se acerca para quedarse pegado a mí. Lo miro inquieta, sin saber cuál será su siguiente movimiento.

—Oye, Dani.

—¿Ya no soy Cerebrito? —bromeo, y se ríe por la nariz.

—Siempre serás mi Cerebrito —matiza y ese «mí» hace que se me disparen las pulsaciones—, pero también eres Daniela, una compañera de trabajo que, en pocos meses, has llegado a mi vida para ocupar una parte importante de ella.

Mi pierna comienza a repiquetear sobre el suelo y Alessio apoya una mano en mi rodilla para transmitirme una calidez que me tranquiliza y me acelera a partes iguales.

—Lo dices por… Lo dices porque soy indispensable en tu vida para ganar carreras, ¿verdad?

—Además de eso —compone una mueca orgullosa—. No, en serio, lo digo porque… estás resultando una completa caja de sorpresas. Nunca pensé que fuera a verte como algo más que a una compañera de trabajo.

—¿Una amiga, tal vez? —trato de adivinar, pues no sé a dónde nos está llevando esta conversación.

—Mucho más que una amiga.

Si mi corazón estaba desbocándose de su caja torácica, ahora ha huido despavorido sin pedir permiso y ya no sé dónde está. ¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Le habré escuchado bien? ¿O será todo fruto de mi imaginación?

—Al… Alessio…

—No tienes que decir nada. Sé que todo esto igual es demasiado grande para ti. Solo quería que supieras que mis sentimientos hacia ti están creciendo de una manera… —gira la cabeza hacia mí— inesperada.

Si hace unas semanas me hubieran dicho que él iba a declararse de esta manera, habría dado saltitos de alegría. Sin embargo, las inseguridades comienzan a acecharme de nuevo y ahora vuelvo a recordarme que alguien como él jamás podría sentir algo por alguien como yo.

—Si esto es algún tipo de broma, no quiero que sigas por ahí —le ordeno con una creciente frustración.

—Dani, no es ninguna broma. Jamás te mentiría en algo así. —Coloca su mano sobre la mía y un sudor gélido me sube por la espalda—. Te vi por primera vez en aquel simulador y, ya en ese momento, cuando me ganaste la carrera con esa seguridad tan tuya, solo pensaba en besarte —confiesa, alzando la mano para rozarme la mejilla con los nudillos.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral y siento cómo el cuerpo se me tensa por momentos.

Nos miramos por un instante, pero desviamos la vista casi al mismo tiempo.

—Esto no puede ser verdad. Yo… también siento algo hacia ti, pero venimos de mundos diferentes.

—¿Y eso a quién le importa más que a nosotros dos? —No soy la única a la que le tiemblan las comisuras cuando habla—. Lo único que quiero es conocerte más, pasar tiempo contigo, tanto fuera como dentro de la pista. Eres la única persona que me ha tratado como a alguien normal, sin tener en cuenta mi apellido —hace una pausa—. Me encanta cómo me desafías y cómo me das caña en la pista para que me convierta en un mejor profesional. La única que supo defenderme cuando salió lo de mi padre.

No sé en qué momento de su confesión nuestros dedos se han entrelazado. Lo aprieto con fuerza, como si al hacerlo pudiera protegerlo de todo lo que implica hablar de su padre. Lo único que quiero es tomarlo de la mano y llevármelo lejos, a un lugar donde ni él ni nadie puedan hacerle daño.

Alzo la mirada hacia sus ojos y vuelvo a deslizarla hasta sus labios. Él se da cuenta y se acerca un poquito más a mí para rodear mi cuerpo con sus enormes brazos.

—Solo quiero que me digas que tú sientes lo mismo —murmura con esa voz que me hace querer dárselo todo—. El resto lo resolveremos en otro momento

Ahora mismo solo pienso en refugiarme entre sus brazos, sentirlo más de cerca, así que me hundo un poco más en su pecho.

Me acerca unos centímetros más y ya siento la calidez de su aliento cuando nuestros labios se rozan con timidez, apenas un instante. Alessio duda un segundo, como si me diera la oportunidad de apartarme, pero no lo hago.

—Dani… —susurra.

No me aparto. Al contrario, soy yo quien acorta la distancia y mis dedos se aferran a su camisa. Entonces me besa de verdad.

Siento la lengua de Alessio buscar la mía y algo dentro de mí termina de rendirse. Todo lo que llevábamos semanas conteniendo estalla de golpe entre nosotros. Y, de repente, todo deja de importar. Ya no hay ruido, ni *paddock*, ni prensa. Solo estamos él y yo. Solo este instante suspendido en el tiempo.

Su beso no es vacilante, ni muestra visos de inseguridad. Por el contrario, es firme, decidido, como si por fin se hubiera lanzado tras semanas teniéndoselo prohibido. Yo dejo de pensar, de medir las consecuencias y me dejo arrastrar por esa corriente mezcla de placer y vértigo.

Mis manos, que siempre han sabido cómo colocarse con seguridad sobre el teclado, ahora recorren su cuello, sus hombros, para acabar descansando sobre su pecho. Siento el latir acelerado de su corazón bajo la tela, tan desbocado como el mío. Y, con ello, solo hay una certeza: no soy la única que está perdiendo el control.

Cierro los ojos con ahínco, como si fuera un sueño del que no quisiera despertar, y me dejo llevar por la sincronización de nuestras respiraciones, por el silencio que nos rodea. Sin prisas, con calma. Saboreando ese beso en el que ya no hay apuestas, ni promesas, solo verdad.

Y, por primera vez, ya no me siento tan pequeña a su lado. Me siento viva, me siento deseada.

—¡Vámonos de aquí! —me susurra con urgencia al apartarse unos centímetros de mí.

Asiento. Asiento sin pensarlo. Ahora mismo lo único que quiero es desaparecer de aquí con él.

32

Saltar al vacío

Alessio

Ibiza, España
En una recóndita cala de la isla

Aviso a Markus de que me marcho con Daniela a casa, mientras él observa enfurruñado cómo Camila y Asher bromean divertidos por alguna chorrada que estoy seguro de que acaba de soltar el inglés. Se gira y asiente, guiñándome un ojo, y con ese simple gesto me transmite que está orgulloso de que haya saltado al vacío.

Salgo al exterior y ella me espera allí apoyada en la carrocería del coche. Preciosa, con ese vestido nuevo que le hace un cuerpo impresionante, con los labios hinchados y el pelo algo alborotado. Desde lejos solo puedo admirar su belleza. La belleza que la rodea por dentro y por fuera.

Cuando me acerco, la abrazo con desesperación y me lanzo a buscar su boca de nuevo. Rodeo su cintura y ella me devuelve el beso incrustando sus dedos entre los mechones de mi pelo.

Dios, esto es demasiado bueno para ser verdad. Si esto termina siendo una ilusión, prefiero no saberlo.

Ella se aparta de repente y mete la mano en mi bolsillo. Miro hacia todos lados, luego me vuelvo hacia ella y después deslizo la mirada hacia mi bragueta. Un calor se asienta en mi entrepierna y pienso que Daniela no puede ser tan lanzada como para hacer eso

rodeados de tanta gente. Pero, cuando saca la llave del coche y la balancea delante de mi cara, sacudo la cabeza de incredulidad.

—No he bebido casi nada, así que yo te llevo esta noche.

—Vaaale, te lo has ganado. Te dejo conducir.

Esboza una sonrisa victoriosa que me calienta el alma. En este momento, le dejaría mi coche, mi corazón y mi mundo entero solo por verla así de feliz.

Cuando nos acomodamos, ella busca una dirección en el navegador. La villa está a poco más de trescientos metros en línea recta, así que dudo por un momento si no sabe llegar hasta allí. Sin embargo, cuando veo que la pantalla señala una pequeña playa a quince kilómetros, me dejo llevar por una vez y suelto el control.

—Cuando le conté a mi padre que venía a Ibiza, me dijo que no podía dejar de visitar esta cala. Estuvieron aquí en su luna de miel y guarda muy buenos recuerdos de aquel viaje.

Aunque Daniela está muy concentrada conduciendo entre las curvas, veo cómo el brillo se le ha borrado de la mirada, así que poso la mano en su pierna para reconfortarla.

—Tu padre es estupendo y tu hermano tiene demasiada energía, pero es un chaval increíble. Se nota que tus padres han hecho un buen trabajo con vosotros —trato de animarla con unas palabras que me confieren una cierta envidia sana. Hubiera matado por haber crecido en un hogar así.

—Lo son —apunta con una media sonrisa—. Oye, quiero darte las gracias de nuevo. Mi padre me contó que le habías enviado la información sobre unas becas para que el enano pueda correr.

—No es nada. Creo que el chaval tiene mucho futuro. Y, si su sueño es pilotar, haré lo que esté en mi mano para que así sea.

—Sí, pero no quiero que se haga ilusiones —manifiesta con un mohín de decepción—. Mi padre ha estado echando cuentas e, incluso con el dinero de la beca, no nos llegaría para poder llevarlo a Italia el próximo año.

—Daniela…

—No, Alessio —niega con rotundidad—. Entiendo que tú has nacido con dinero, pero en mi familia apenas llegamos a fin de mes para cubrir los gastos y… luego está la residencia de mi madre.

El aire se vuelve denso de golpe. Ella sigue centrada en la carretera con el ceño fruncido. Yo intento buscar las palabras precisas para no herirla de nuevo. No he querido incomodarla y me duele verla así por unos simples billetes.

Sí, es cierto, yo he sido un afortunado en ese sentido, pero no he tenido una familia que me apoyara como lo ha hecho la suya. Los seres humanos somos así: anhelamos lo que tienen los demás y apreciamos muy poco los privilegios con los que hemos crecido.

—¿Te puedo preguntar qué le ocurre a tu madre?

Dani resopla y se acerca a un aparcamiento improvisado frente a la playa. Nos apeamos del coche, sumidos en un tenso silencio. Ella esquiva mi pregunta y yo la sigo detrás, respetando su espacio.

Soy un auténtico imbécil. Solo quería preguntarle por su madre para conocerla un poco más. Se nota que es un tema del que le cuesta hablar. Se tensa cada vez que lo menciona y no quiero herirla por segunda vez esta noche.

La agarro de la mano y, para mi sorpresa, ella no solo no la suelta, sino que además entrelaza los dedos con los míos y me dedica una sonrisa sincera. Nos sentamos en la arena, con la luz de la luna llena guiándonos en esta madrugada y el cielo repleto de estrellas, tan perfecto que parece el decorado de una película.

Daniela se detiene a trazar círculos en la arena y me sorprendo cuando empieza a hablar:

—Todo comenzó cuando nació mi hermano. Yo tenía doce años y, aunque todavía era una cría, ya me daba cuenta de que el comportamiento de mi madre se había vuelto algo diferente.

Alzo la cabeza y, al darme cuenta de que no había esquivado mi pregunta, le paso el brazo por la cintura para alentarla a continuar.

—Mi madre era profesora de matemáticas en un instituto y siempre había tenido una cierta obsesión por los números, pero después del parto todo comenzó a volverse más extraño. Contaba las baldosas de la casa en voz alta según iba caminando, las matrículas de los coches, los pañales que había en casa… Todo estaba más o menos dentro de lo común hasta que algo le descuadraba y se alteraba a la mínima que no tuviera todo bajo control.

»De ahí vinieron los lapsus temporales. A veces se olvidaba de las conversaciones que habíamos tenido el mismo día y, hasta en el instituto, perdía el hilo de la lección y se pasaba media clase tratando de resolver en voz alta un teorema, ante la incredulidad de sus alumnos, que veían cómo no avanzaba.

—Vaya, siento que hayáis tenido que pasar por todo eso. Y ¿qué decían los médicos?

—Al inicio, lo achacaron al síndrome postparto —explica cabizbaja—, pero en cuanto pasaron los años y sus episodios se volvieron más graves, le diagnosticaron una especie de alzhéimer temprano.

—Pero ella debe de ser muy joven. Pensaba que esto solo ocurría en la tercera edad.

—Mayormente, aunque cada vez se dan casos en personas más jóvenes. Ella todavía no ha cumplido los cincuenta. —Daniela se encoge, como si quisiera hacerse más pequeñita. Se abraza las piernas y se queda inmersa en un punto fijo del horizonte—. Al principio dejó de trabajar, aunque podía hacer una vida más o menos normal bajo nuestra supervisión. Pero un día pasó algo muy gordo y tuvimos que buscar una solución.

—¿Qué ocurrió? —pregunto con curiosidad a la vez que preocupación.

Se pasa la mano por el pelo y vuelve a jugar con la arena. Se la ve inquieta, así que la atraigo más hacia mi cuerpo para demostrarle que puede confiar en mí y, pase lo que pase, estaré aquí para ella.

—Mi hermano se puso enfermo un mes de septiembre, después de las vacaciones de verano. Una otitis, algo habitual cuando creces al lado de la playa y pasas los días dentro del agua. Le recetaron echarse unas gotas y, entre mi padre y yo, nos encargamos de ello —hace una pausa—. Pero un día llegué a casa y mi hermano tenía toda la oreja inflamada. Ahí entré en pánico.

»Le llevé al hospital de urgencia y los médicos nos preguntaron si habíamos respetado la cantidad de antibiótico recomendada. Al decirle que sí, mi hermano confesó con temor que mamá había estado echándole más gotas de las que le tocaba. Parece que, cuando llegaba al final, se olvidaba del número de veces que se las

había suministrado y, como si de una obsesión se tratara, comenzaba de nuevo una y otra vez.

—Joder, Dani. Pero eso es muy grave —exclamo con la respiración entrecortada—. No puedo imaginar el miedo que tuvisteis que pasar.

—Sí, ahí es donde nos dimos cuenta de que mi madre podría suponer un peligro, tanto para nosotros como para ella misma —murmura con un hilo de voz—. Así que, tras consultarlo con algunos médicos, nos recomendaron internarla en una residencia para que estuviera vigilada las veinticuatro horas del día.

—¿Por eso aceptaste esta beca? Porque necesitabas el dinero.

—En parte sí —responde, levantando los hombros—. De todos los trabajos que me habían ofrecido, o bien pagaban una miseria y estaban lejos de casa o bien no pagaban nada, así que los fui rechazando por quedarme cerca de mi familia y poder ayudar en el taller de mi padre.

—Pero no pudiste resistirte al mejor deporte del mundo —fanfarroneo, y con ese comentario puedo ver una tímida sonrisa que me llena de felicidad.

—Para mí este deporte es pasión, es mi afición, mi vida desde que era pequeña. Ya rechacé trabajar para Airbus en Francia, pero, en esta ocasión, mi padre me convenció para que no dijera que no.

—¿Airbus? Cerebrito, tienes un coco privilegiado —le doy un beso en el pelo, orgulloso de lo brillante que es—. Estoy seguro de que te rifarían entre las mejores multinacionales del mundo. Pero ya les digo a todos que no. Que esta chica es mía. Quiero decir… de Rosa Nera.

Daniela se ríe y, por un momento, me alegro de que se distraiga de todos los problemas que le esperan en casa.

—Eso está por ver, Casanova. No sé si Rosa Nera me querrá el año que viene en el equipo. O, quién sabe, tal vez fiche por otra escudería como Heston Race —bromea mientras se levanta y comienza a correr por la orilla del mar.

Me quedo boquiabierto; le encanta provocarme. Sin pensarlo, me levanto de un salto y corro tras ella.

—Por encima de mi cadáver, nena. No te irás a la escudería de mi mayor enemigo —grito, alcanzándola al momento—. Antes creo una escudería nueva y te pongo como ingeniera jefa o como CEO. Lo que tú me pidas se hará realidad.

Daniela se detiene unos segundos frente a mí y me mira asustada, tras confesarle esas palabras que ahora mismo suenan a exageración, pero que si tuviera todo el dinero del mundo no dudaría en cumplir.

No quiero que se sienta incómoda, así que la agarro de las piernas y me la coloco por encima de los hombros para llevármela al agua.

—Nooo, Santoro. Ni se te ocurra —me desafía mientras trata de reprimir una carcajada—. Estamos vestidos y no tenemos bañador.

—¿Y a quién le importa eso? Aquí no estamos más que tú y yo.

Me adentro con ella en la inmensidad del mar y, cuando ya me cubre por la cintura, la dejo deslizar por mi cuerpo hasta que nos quedamos frente a frente. Se agarra con firmeza de mis hombros y me rodea el cuerpo con sus piernas. Me acerco a sus labios para volver a saborearlos y me introduzco con ella poco a poco en las cálidas aguas mediterráneas del mes de julio.

Sin dejar de devorarnos, comienza a desabrocharme la camisa de manera pausada, sin prisa, como si tuviéramos toda la noche para amarnos en secreto.

Se separa unos segundos de mí y, cuando noto cómo toda la sangre de mi cuerpo se ha redirigido a mi entrepierna, la oigo preguntar:

—Ahora que hablas de tu mayor enemigo, Sokolov. Dime que no tienes nada con su prima, que todo lo que dice la prensa es mentira —me interpela muy seria.

—No te voy a negar que tuve algo con ella en el pasado, pero nunca fue más que un rollo pasajero. Jamás tuve sentimientos hacia ella y mucho menos planes de futuro, como dice la prensa.

Le doy un beso rápido en la boca y me aparto para preguntarle.

—¿Y lo tuyo con Lakowe? ¿Habéis tenido algo?

—¿Cómo? —abre los ojos de par en par y temo su respuesta.

—Sí, siempre estáis juntos y fue el que más te defendió aquel día que los mecánicos hablaban de ti en los vestuarios.

—¿Qué estaban hablando de mí los mecánicos? —exclama alarmada.

—Tranquila, Cerebrito. Ese tema está ya zanjado y, si alguien vuelve a hablar de ti, me encargaré de que parezca un accidente.

Daniela ríe por la nariz y su semblante se destensa en segundos.

—Will es un buen amigo. Él ya tiene pareja.

—¿En serio? Qué calladito se lo tiene el tío…

—Demasiado calladito —murmura muy bajito.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero la presencia de otro hombre en su vida me suscita suspicacia, así que me atrevo a preguntar:

—¿Y Orson? El chico que vino el otro día a Montmeló.

—¿Oriol? —pregunta. Hago un mohín con la boca y ella comprende que el cambio de nombre se debe a que ese tipo no me importa lo más mínimo. Entonces me salpica y responde—: Mi ex, lo dejamos en Navidad.

—Así que, señorita Serra, si usted está soltera, ¿podría pedirle una cita formal con este caballero?

—Creo que ya la tuvimos cuando me invitaste a cenar en tu casa. Hasta me invitaste a Moët & Chandon.

—Es lo menos que merecías —contesto con sinceridad. Porque la realidad es que ella se merece que la miren sin prejuicios, que la elijan sin dudas y que no la escondan detrás de excusas ni silencios incómodos—. Pero esta vez será sin una apuesta de por medio. Quiero dártelo todo, deprisa o despacio. Lo que sea, lo que tú me pidas, pero que sea contigo.

Daniela alza la vista, sorprendida, y por un segundo creo que he dicho demasiado. O quizá justo lo necesario.

—¿Todo? —repite con una media sonrisa que no logra ocultar el temblor en su voz.

—Sí, todo —asiento, acercándome de nuevo a darle un beso en el cuello y le susurro al oído—. Sin apuestas. Sin telemetrías. Sin prensa alrededor. Una cita de verdad, dos, tres, las que tú me pidas.

Como dos personas normales que se han encontrado cuando menos lo esperaban.

Sus labios se curvan un poco más y siento esa sensación peligrosa, conocida, tan familiar como la de estar a punto de entrar en otra curva sin margen de error.

—Entonces —dice al fin— supongo que aceptaré… siempre y cuando me dejes conducir.

Sonrío, apartándole un mechón para colocarlo detrás de su oreja.

—No prometo nada —murmuro—. Pero esta vez juro que, si conduzco yo, frenaré a tiempo. Haré caso a todo lo que me digas. En esto y en todo.

33

Lo que pasa en Ibiza…

Daniela

Ibiza, España
Casa de vacaciones Münster

Los días en la isla están llegando a su fin y, mientras Camila disfruta de las fiestas nocturnas con Markus y Asher, Alessio y yo estamos aprovechando el día para visitar diferentes atractivos de la isla: desde la fortaleza anclada en el casco antiguo de la capital hasta el parque natural de las salinas, pasando por el mercado de las Dalias, donde Alessio me regaló un precioso colgante con una rosa negra que no me pienso quitar ni para dormir.

Hemos recorrido buena parte de la isla, nadado en las aguas más cristalinas, navegado hasta la pequeña isla de Conejera o tomado un cóctel mientras contemplábamos el atardecer desde cala Comte. Eso sí, donde mejor nos encontramos es en la cala privada de la casa de Markus. Tiene tanta privacidad que es el único lugar donde dejarnos ver sin que Alessio tenga que ir en modo incógnito, con gorra y gafas de sol, para que nadie lo reconozca.

Porque, cuando hablamos de tener una cita normal, lo único que yo no tuve en cuenta es que es imposible hablar de normalidad cuando estás con un deportista de élite que cada vez va adquiriendo más relevancia en la prensa internacional. Y, a pesar de que él ya esté acostumbrado a lidiar con cámaras indiscretas, para mí es un mundo nuevo que me está costando normalizar.

Así que hoy hemos decidido darnos un chapuzón en la pequeña cala privada y volvemos a casa para cenar con nuestros amigos, que llevan varios días desaparecidos entre fiestas y resaca.

—Voy a ver si Camila y los chicos se han despertado —le digo a Alessio, alejándome de la inmensa cocina, mientras él se queda preparando pasta a la milanesa, su plato estrella—. No sé cómo tienen tanto aguante. Esta mañana a las nueve todavía no habían aparecido por casa.

—Sí, mamá. Vete a despertarlos. Seguro que estarán encantados —bromea, y se acerca por detrás para robarme un beso en el cuello.

Me giro y le doy un manotazo en el brazo. Él me agarra de la cintura, me levanta para sentarme sobre la encimera y se lanza a devorarme sin pudor, como si no existiera la posibilidad de que alguien aparezca de repente y nos vea así.

—Serás idiota. ¡Para, que nos van a descubrir! —le regaño, apartándolo unos centímetros de mi cuerpo.

Aunque la realidad es que llevamos varios días pasando todo el día y toda la noche juntos. Es una sensación tan extraña como placentera, y ya siento tristeza porque mañana tengamos que irnos.

—¿Y tienes miedo a que alguien nos vea, Cerebrito? ¿Qué pensarán? ¿Tú crees que querrán unirse?

Me muerdo el labio, imaginando esa escena en mi cabeza. Él me baja de la isla despacio, depositando un reguero de besos en mi cuello que me provocan un escalofrío.

Me suelto de su amarre y me da un cachetazo en el culo. Kaiser ladra a su lado, reclamando su cuota de atención, así que Alessio lo coge en brazos para bailar con él. Se nota que está de muy buen humor.

Sonrío ya desde la distancia, viendo la imagen de ellos dos, y me dirijo al piso superior.

Estoy como en una nube. Como si estuviera flotando. Creo que todo lo que estamos viviendo estos días es tan irreal que, en cualquier momento, despertaré en la cama de mi infancia y descubriré que todo ha sido producto de mi imaginación.

Camila y los chicos intuyen algo, porque saben que hemos puesto demasiadas excusas para no salir de fiesta con ellos, pero casi no hemos hablado y me gustaría estar un rato a solas con ella para confesarle todo lo que ha pasado, incluidos mis más profundos miedos e inseguridades, porque estos me acompañan adonde vaya.

Entro a la habitación que comparto con ella y veo las dos camas hechas. Qué extraño. Espero que no le haya pasado nada.

Según avanzo por el pasillo, contemplo la habitación de Asher impecable, como si nadie hubiera dormido estos días en ella.

Giro la cabeza hasta dar con la habitación del fondo, la más grande de toda la casa y en la que ha dormido Markus estos días. Desde aquí se ve cerrada, aunque un sutil resquicio de luz se cuela entre las bisagras.

Dudo unos segundos entre marcharme o acercarme un poco más para comprobar que no haya nadie, pero tampoco quiero invadir la privacidad si alguien está dentro. Cuando me dispongo a volver sobre mis pasos, escucho unas risitas de fondo y la curiosidad me alienta a acercarme un poco más.

Un paso, dos, tres… y llego al umbral de la puerta, donde los sonidos de quienes están ahí dentro se hacen más perceptibles, si cabe.

Me acerco con timidez y la imagen que se presenta ante mí me choca a todos los niveles. No me lo puedo creer. ¿Qué hacen ellos ahí? Tengo ganas de largarme de inmediato, de correr escaleras abajo sin mirar atrás, sin pensar en la imagen que ya se ha quedado grabada en mi retina para siempre.

Markus está tumbado bocarriba, al borde de la cama, sudoroso y gimiendo mientras murmura algo imperceptible. Camila, sentada a horcajadas sobre él y con las manos apoyadas en su pecho, se mueve con un ritmo constante de arriba abajo. El suizo la sujeta por la cintura para acompasar el vaivén de sus cuerpos.

A un lado de la cama, Asher observa la escena con el bóxer bajado hasta las rodillas. Sin detener su movimiento, mi amiga se inclina hacia él y se introduce su miembro en la boca. El inglés contiene un gemido de excitación mientras echa la cabeza hacia atrás apenas un instante.

¡Mierda!

¿Qué están viendo mis ojos? Ojalá no me hubiera asomado. Esta imagen me va a perseguir hasta el fin de mis días. Será imposible que los vuelva a mirar a la cara con normalidad.

Debería correr, volver a la cocina con Alessio y aparentar como que no ha pasado nada. Pero hay algo que… no sé, me invita a quedarme, me alienta a seguir mirando.

No tengo una gran experiencia en el terreno sexual. Al contrario que ellos, que cada día están con una mujer diferente en cada cama. O dos, o tres, tal y como me estoy imaginando después de lo que he visto.

Y Alessio… Oh, Dios. Él seguro que también participa en este tipo de fiestas privadas y quizá quiera que yo también…

Me estoy poniendo nerviosa, demasiado nerviosa. ¿Cómo voy a hacer algo con más personas si ni siquiera tengo práctica con más de una en la cama?

Me muerdo el labio otra vez y me llevo la uña del pulgar a la boca, presa del pánico. Estoy a punto de darme la vuelta y salir corriendo cuando una mano me agarra por la cintura y me aprieta contra su cuerpo, como si quisiera calmar el desbocado latido de mi corazón, o quizá acelerarlo hasta el límite.

—Alessio —murmuro con un hilo de voz, todavía tan aturdida que apenas logro contener la exclamación.

—Shhh, pequeña, ya está. —Me rodea con los brazos y me besa la frente—. Vamos a darles un poco de intimidad.

Su parsimonia me sorprende, lo que me hace entrever que para él eso es algo normal. Un detalle que me asusta. Me asusta de una manera que mi cabeza no puede concebir.

Nos alejamos unos pasos. Alessio me rodea con su cuerpo y me acompaña a bajar por las escaleras, pero freno de golpe delante de su habitación.

Miro hacia dentro, a esa cama que hemos estado compartiendo durante tres noches, pero en la que no hemos hecho nada más que besarnos y dormir.

—¿Vamos a cenar? —me pregunta con una voz dulce.

—¿Y si…? —carraspeo, inquieta—. ¿Y si dejamos la cena para después?

Alessio curva una media sonrisa en su cara, sabiendo a qué me refiero, pero me coge de la mano para tranquilizarme.

—Oye, no tenemos que hacer nada que no nos apetezca.

—¿Y si nos apetece…? —ladeo la cabeza hacia su habitación—. Ya sabes…

—¿Nos apetece?

—Nos apetece mucho —contesto con una cierta seguridad que desconozco de dónde ha salido.

—Entonces…, supongo que podemos dejar la pasta para más tarde.

Sin decirnos nada más, nos miramos a los ojos en un gesto que lo dice todo.

Trepo con los dedos por su pecho hasta su cara. Él toma mi mano y besa la palma antes de recorrerla con la lengua, en un movimiento que me provoca una sacudida por todo el cuerpo.

Entramos en la habitación. Él cierra la puerta y echa el pestillo. Agradezco el detalle, porque no me gustaría que nadie fuera testigo de nuestra primera vez juntos, a pesar de que yo sí lo he sido del resto.

Alessio incrusta sus dedos en mi pelo y me atrae hacia él para darme un beso húmedo que me estremece por completo.

—Cerebrito, vayamos poco a poco, ¿de acuerdo? —me sugiere mientras me tumba en la cama con una delicadeza que me hace enamorarme un poquito más cada segundo.

—¿Y si no quiero que vayamos poco a poco?

Se ríe y me contagia la risa. No me he dado cuenta de lo desesperada que ha sonado mi voz.

—Créeme, tengo tantas ganas o más que tú. Llevo queriendo hacerlo desde el momento exacto en el que me ganaste en el simulador. No sabes lo cachondo que me pusiste ese día —susurra contra mi pecho.

—¿En serio?

—Nunca he hablado más en serio. Pero quiero que te sientas cómoda. Despacio o rápido, como tú quieras. Tú marcas el ritmo.

—Oye, no te creerás que soy…

—¿Virgen? —Se incorpora, desconcertado.

—No, quería decir… una mojigata.

Me dedica una mirada tierna, calmada, como si tuviera todo bajo control. Aunque un resquicio de vulnerabilidad asoma en sus ojos cuando confiesa:

—Eres… Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Joder, Ale, no me estarás diciendo esto para llevarme a la cama —bromeo—. Míranos, ya estamos aquí. No hace falta más palabrería.

Suelta una carcajada y junta sus labios con los míos como única respuesta. Sin embargo, se aparta unos centímetros y frunce el ceño.

—Estás nerviosa, ¿verdad? —me pregunta. Asiento con la cabeza, sin poder decir nada más—. Yo también lo estoy, no te creas.

—¿De verdad? Cualquiera lo diría con esa seguridad.

—Pues, créeme. No he estado más nervioso en toda mi vida. Puede que sea porque… esta es la primera vez que siento algo tan fuerte por la chica con la que estoy compartiendo cama.

Su mirada no miente. Sus ojos son tan cristalinos como el agua de la cala donde nos hemos bañado hoy. Ya lo voy conociendo lo suficiente como para saber que no necesita soltar ninguna fanfarronería más conmigo. He conocido su ternura, su humanidad, esa parte sensible que se niega a compartir con el mundo, pero que no ha dudado en hacerlo conmigo.

Ya ha hecho todo lo que necesitaba para conquistarme. Ha demostrado un mundo para hacer que me enamore de este hombre, que pensaba que era un niñato mimado desde el principio, y ahora tengo que comerme mis propias palabras. Así que me dejo llevar, con los ojos de una mujer que ya no es una adolescente, pero que está igual de embobada por él, y nos hundimos en una intimidad inesperada.

—Me muero por conocer cada centímetro de ti… de tu cuerpo —susurra, recorriéndome con los labios mientras se deshace de la ropa con movimientos lentos, pero decididos.

Su lengua explora mis pechos mientras trata de desabrocharme el bikini. Cuando por fin lo libera, lo arroja hacia la otra punta de la habitación y sus manos vuelven a rozar mi piel, trazando la silueta de mi cintura con delicadeza.

Un escalofrío me recorre cuando desciende por mi cuerpo. Sus labios se deslizan despacio, deteniéndose en cada rincón. Cada roce me hace temblar, me provoca estremecerme por completo. Cuando sus dientes entran en contacto con la parte interna de mis muslos, un fuego intenso se enciende dentro de mí y tengo que contener un gemido de excitación.

Me abre las piernas con parsimonia para jugar con mis pliegues, y me estremezco cuando sus dedos se deslizan dentro de mí. Primero, con movimientos lentos, luego acelerando, encontrando el ritmo que me hace erizar el vello y gemir.

—Ale —susurro, arqueando la espalda—, ven aquí. Bésame. Necesito que estés dentro de mí.

Alza la cabeza y me dedica una mirada canalla a través de mis piernas.

—Calma, pequeña, no te aceleres. Tenemos toda la noche. Merecerá la pena cenar la pasta fría.

—Por favor…

—Vale, vale, si insistes… —bromea y se lanza a devorar uno de mis pezones.

Se detiene un instante, se levanta y entra un momento en el baño para coger una caja de preservativos. Me recuesto, apoyándome en los codos, para ver cómo se coloca la goma en la erección.

Me mira con deseo y vuelve a tumbarse sobre mí, guiando su pene hacia mi interior. Con un ritmo suave, pausado, pero firme y continuado, se entierra dentro de mí y nos movemos en un baile sincronizado, como los engranajes de un motor que ascienden hasta los miles de revoluciones por minuto.

—Qué gusto, por Dios —murmura, con la voz rota—. No quiero salir de aquí en toda la noche.

—No lo hagamos. Nadie nos lo impide.

Mis manos se aferran a sus hombros y descienden con lentitud hacia su trasero, que aprieto con ambas manos para sentirlo cada vez más dentro.

Se reincorpora un segundo, tratando de posponer el momento que ambos esperamos. Me acaricia el pelo y pasea la mano por mi mejilla hasta que llega a mi boca, donde saboreo sus dedos mientras sigue balanceándose en mi interior.

Siento que cada centímetro de mi piel está a punto de arder bajo el calor de sus ojos, bajo el susurro de sus besos, bajo las embestidas que sueltan una descarga que me sacude todo el cuerpo.

Y ya no hay vuelta atrás. Sus gruñidos ya no son contenidos, se liberan, llenando la habitación, y nos dejamos arrastrar por la tensión de la burbuja que nos rodea.

Jadeamos, temblamos y, casi al unísono, explotamos en un orgasmo que nos deja sin aliento, consumidos por el fuego de nuestros cuerpos.

Recuperamos el aliento en silencio, durante unos instantes que parecen dilatarse en el tiempo. Y siento que quiero quedarme en esa eternidad. Él y yo, solos, sin nadie más alrededor. En esta casa, en esta isla, donde todo este paraíso ha comenzado y donde toda la tranquilidad está a punto de acabar.

Porque llevar lo que hemos tenido estos días ha sido fácil. Pero pronto volveremos a los circuitos, a la rutina, a la despiadada realidad.

Y me pregunto cómo vamos a sobrellevar todo esto sin que nos explote en la cara.

34

Alcanzar el paraíso

Alessio

Monza, Italia
Autódromo Nacional de Monza

Siento cómo la euforia me recorre todo el cuerpo. Quizá sea que, por primera vez en muchos años, la vida me sonríe y tengo miedo de que todo se esfume de un plumazo. Algo en mi intuición me dice que mi felicidad pende de un hilo y que no merezco sonreír más de un día seguido.

Así que, de momento aquí estoy, alzándome en el tercer puesto. Es el primer podio que logro desde que he subido a la categoría reina y no podría estar más emocionado de hacerlo junto a mis dos mejores amigos, en casa. Porque Monza siempre ha sido mi hogar y el lugar que anhelé conquistar desde que era un crío.

Desde lo más alto, nos embadurnamos con champán y, bajo la euforia de los asistentes, la prensa y el equipo técnico, me doy cuenta de que, por un momento, he alcanzado el paraíso.

La escudería de Markus, Morrison, acostumbrada siempre a ocupar la primera fila, ha tenido el bonito detalle de dejar un hueco a todo el equipo de Rosa Nera que, por primera vez, después de más de cuarenta años, celebra un podio desde que volvió a resurgir de sus cenizas en su nueva etapa.

Allí están todos celebrando el título: Andrea, Lakowe, el resto de mecánicos... Estoy orgulloso de todo lo que hemos conseguido

juntos. Aunque, sin duda alguna, echo de menos la presencia de Daniela, que es quien ha estado ahí desde el principio y ahora ocupa la mayor parte de mis pensamientos a lo largo del día.

Asher y yo bajamos del podio para dejar a Markus celebrar su octava victoria del año. Estoy muy orgulloso de él, pero tengo ganas de llevar a mi chica a la habitación del hotel y celebrarlo con ella en el *jacuzzi*, sin la mirada indiscreta de la prensa.

La vuelta a la rutina ha sido más complicada de lo que esperaba y, aunque no nos hemos visto en tantas ocasiones como hubiese querido, solo estoy deseando verla en el box y besarla delante de todos para confesarle al mundo entero que no hay palabras suficientes para demostrar lo que siento por esa mujer.

Aunque, por ahora, me conformo con llevarla a un rincón apartado del *motorhome*, porque sé que todavía tenemos que llevar las cosas con calma y ella necesita que vayamos poco a poco para sortear el agobio de la prensa ante una nueva relación.

Sin embargo, mis ánimos se desinflan cuando en vez de verla a ella, me encuentro con otra mujer a la que llevo meses evitando. Sí, esa persona que, a pesar de que me dio la vida, se desentendió de mí en cuanto tuvo la menor oportunidad.

—Hola, hijo. Enhorabuena por tu victoria.

—Ivana, ¿qué haces aquí? —Esquivo el abrazo que intenta darme, me sacudo el pelo y dejo el casco en una repisa cercana.

Siempre he llamado a mis padres por su nombre. Jamás les dije «mamá» y «papá», como hacían el resto de mis compañeros en el colegio. Para mí siempre fueron Massimo e Ivana: un expiloto de carreras y una afamada modelo de pasarelas de origen esloveno que se quedó embarazada de rebote, tal y como han confesado en repetidas ocasiones sin ningún tipo de pudor.

—Te echaba de menos. No veía el momento de verte otra vez. Qué ilusión que haya sido en casa. —Esboza una sonrisa tímida, como si con ella pretendiera que la perdonara por todo lo que me ha hecho pasar.

—¿Casa? Hace mucho que te mudaste a Estados Unidos. Podrías haber venido al Gran Premio de Miami, pero seguro que tenías algo mejor que hacer.

—Era el cumpleaños de Charles. No podía perderme su día especial. Celebramos una fiesta en los Hampton y te mandé una invitación —exclama como si su agenda me importara una mierda.

Resoplo, hastiado de tener siempre la misma conversación con ella. Menos mal que se limita solo a un par de veces al año.

—Ivana, este es mi trabajo, y ganar carreras es más importante que acudir a una fiesta de multimillonarios a enseñar quién la tiene más gorda..., la cartera —matizo con doble sentido.

—Cariño, sé que no he sido la madre perfecta, pero he estado ahí siempre que lo has necesitado y nunca te ha faltado de nada.

«Excepto una madre y un padre que se comportaran como tal».

—No me hagas reír, por favor.

Doy un manotazo al aire y me dispongo a salir para buscar a Daniela, que no sé dónde se ha metido, pero mi madre me agarra por el brazo para evitar que me marche.

—No entiendo por qué a tu padre se lo perdonas todo y hasta le dejas ser tu mánager, pero a mí me castigas por los dos —protesta, con un gesto de irritación en la cara—. Lo siento, te he pedido disculpas mil veces. Apenas era una niña cuando te tuve y todo me vino demasiado grande.

Yo también era un niño sin culpa de nada, y aquí estamos. Aunque, si hay algo a lo que no le quito razón, es en su afirmación sobre mi padre. A pesar de cómo me trató él, de las humillaciones, de las malas palabras, al menos él nunca se mudó de país.

—A lo mejor porque, cuando yo nací, Massimo dejó de competir por mí para criarme —manifiesto, levantando la voz. No sé ni por qué intento excusarlo—. A su manera, lo sé, pero al menos me educó para que hoy fuera quien soy. Y no huyó como hiciste tú para priorizar tu carrera.

Según lo digo en voz alta, me arrepiento al instante, porque ni siquiera eso justifica los castigos físicos y psicológicos a los que me sometió durante mi infancia y adolescencia.

—¡Ja! ¿Que tu padre sacrificó su carrera por ti? —pregunta, y sus pupilas se dilatan al instante.

Me sorprende su reacción; aunque nunca hayamos formado un núcleo familiar entre los tres y ni siquiera ellos hayan sido pareja,

creía que al menos había cosas que pensábamos conocer los unos de los otros.

—Sí, claro. Cuando yo nací, él dijo que dejó la Fórmula 1 por mí.

Mi madre permanece ojiplática, pero enseguida estalla en una carcajada.

—¿En serio te dijo eso? ¡Será mamonazo! —Se lleva la mano a la cara, pero la retira enseguida. Aunque sea una modelo retirada, su vestuario y su maquillaje siempre están impecables y seguro que le da miedo estropear la máscara de pestañas—. Tu padre tuvo una lesión de rodilla cuando yo estaba embarazada de ti y era tan paquete en el circuito que lo obligaron a retirarse. Solo estaba ahí por apellidarse Santoro, que no te venga con milongas.

Mi respiración se entrecorta unos segundos al asimilar sus palabras. No me puedo creer que el muy capullo me haya tenido toda la vida viviendo bajo una mentira. Amenazándome con que tenía que llegar lejos, que él había sacrificado su carrera y su vida para que yo tuviera la mía.

De verdad que no doy crédito a lo que mi madre me está diciendo. Aunque, pensándolo bien, suena a otro burdo engaño de Massimo Santoro. Otra manipulación más para ir de víctima y culparme a mí por todos los errores de su vida.

—Necesito unos segundos —levanto la mano pidiendo espacio.

Me aparto hacia un lateral y paseo la mirada por el box ante los cuchicheos indiscretos de algunos compañeros que han levantado la vista por nuestra acalorada discusión.

Los veo a todos menos a ella. Solo necesito abrazarla unos segundos, pero no está delante de su ordenador. No sé dónde se ha metido.

—Hijo, tú no eres él. Tú eres un Santoro de verdad, como tu abuelo. Yo tampoco llegué a conocerlo, pero, cuando la gente habla de él, siempre me recuerda a ti, con tu talento y siendo buena persona —me dice con una voz dulce que eché demasiado de menos durante mi infancia—. Estoy orgullosa del adulto en el que te has convertido y siento que ni tu padre ni yo hayamos sido responsables de eso.

Se acerca a darme un beso, pero le retiro la cara. Es demasiado pronto para una muestra de cariño que ya he decidido que no se merece.

—Ivana, ahora no, por favor.

—¿Podemos ir a cenar uno de estos días y hablamos con más tranquilidad?

Asiento, sin concertar día ni hora, como una manera de postergar el incómodo momento. Después, me marcho sin mirar atrás.

Salgo del box y avanzo con paso firme hacia el *paddock.* Subo las escaleras del *motorhome*, con Aurora siguiéndome de cerca.

—Alessio, tienes cinco minutos para ir a la sala de conferencias. La prensa está esperando.

—¡Que le den a la prensa! —grito en un tono de voz más alto del que pretendía. Aurora se detiene en seco y me mira con ojos de cachorrillo. No quiero tomarla con ella ahora, siempre ha sido muy amable conmigo, pero estoy perdiendo los nervios y no es el mejor momento para enfrentarme a las preguntas de los periodistas—. Perdona. Perdóname, Aurora, no quería…

—Lo sé. He visto a tu madre —muestra una sutil mueca de incomodidad.

La dejo al pie de la escalera y subo hasta la habitación de descanso, pero no encuentro a Daniela por ningún lado. Me enjuago la cara con agua fría y bajo las escaleras para encontrarme de nuevo con Aurora y acompañarme hasta la sala de la FIA.

En la mesa frontal me encuentro con Markus y Asher y, por un momento, me destenso al comprobar que, pase lo que pase, tendré a mis dos mejores amigos al lado para tranquilizarme.

Los periodistas nos dan la enhorabuena y nos formulan preguntas relacionadas con la carrera y el campeonato, sobre todo a Rosa Nera, ya que es la primera vez que sube al podio. Tampoco faltan las preguntas de nuestras vacaciones en Ibiza, aunque Asher se emplea a fondo con sus bromas para quitar hierro al asunto y dejar nuestra vida personal al margen.

La rueda de prensa va a tocando a su fin, pero, cuando veo que le toca el turno a Timothy Blackford, el periodista más veterano y, a

la vez, controvertido de este deporte, mi cuerpo se endurece.

El británico mira su móvil y luego se vuelve hacia mí. Una sonrisa traviesa asoma en sus labios y entonces intuyo que ha sucedido algo.

—Santoro, enhorabuena por el primer podio. He de reconocer que estás haciendo una gran temporada.

—Gracias —contesto, escueto, a la espera de que llene las balas de la recámara.

—Es una pena que esto se convierta en una victoria agridulce después de las noticias que se acaban de publicar.

Abro los ojos de par en par. Miro a Markus y a Asher, que también lo estudian con el ceño fruncido.

Giro la cabeza hacia un lateral de la sala, donde Aurora lee algo en su teléfono móvil, y puedo comprobar por su gesto que algo no va bien. Nada bien.

Blackford carraspea y se acerca al micrófono para leer desde la pantalla del móvil:

—Lady Paddock acaba de publicar en su perfil que la piloto Emily Olsen fue víctima de abusos sexuales cuando tenía diecisiete años.

La sala estalla en murmullos ante una noticia de tal magnitud. Si lo que acaba de decir es cierto, siento una mezcla de rabia y tristeza por una compañera que, aunque sea mi rival y no hayamos tenido mucho contacto personal, no puedo ni imaginar lo que debió de ser para ella atravesar esa experiencia.

Olsen es la segunda piloto de Morrison, por lo que los periodistas se afanan en recopilar algún comentario de Markus, su compañero de escudería, y del equipo de prensa. Sin embargo, lo que no nos damos cuenta es de que Blackford ha retomado su turno de palabra y se dirige de nuevo a mí con la siguiente confesión:

—Parece que los autores de tales abusos fueron Massimo Santoro, tu padre, y Domenico Ferrara, *team principal* de Rosa Nera. ¿Algún comentario al respecto, Santoro?

35

Una victoria agridulce

Daniela

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera

Llevo un buen rato en el servicio, escondida en uno de los cubículos, evitando a cualquier persona que quiera venir a hablarme de la última noticia que Lady Paddock acaba de soltar para hacer estallar cualquier remanso de paz que pudiera existir en este deporte.

Y debería estar ahí fuera celebrando la victoria de Alessio, de un modo discreto, puesto que ahora lo que menos nos apetece es que lo que sea que esté pasando entre nosotros acabe siendo la comidilla de la opinión pública.

En cuanto el comisario ha bajado la bandera a cuadros para dictar el final de la carrera, una notificación de un mensaje privado ha llegado a mi móvil para avisarme de la próxima noticia que estaba a punto de publicarse.

Desconozco por qué me han avisado antes a mí, pero un fogonazo con los recuerdos de la fiesta en mi cumpleaños o la conversación con Emily Olsen en Mónaco han despertado todas mis alarmas.

¿Será ella la persona que esté detrás de la cuenta? Podría tener una coartada perfecta al haber estado dentro del monoplaza en ese momento, aunque todo el mundo sabe que esos mensajes se

pueden programar. Incluso puede haber tenido un cómplice ayudándola.

Visto de otra manera, puede que, después de la revelación, su carrera se vea dañada, aun siendo la víctima de todo esto. Me pregunto cómo estará ella gestionando el tema. Además de Alessio, de quien me consta, por los comentarios en redes sociales, que se ha enterado de ello en la rueda de prensa poscarrera.

Necesito encontrarlo y preguntarle cómo está. O simplemente estar a su lado. Pero lo que más pánico me da es su reacción al saber que fui testigo de cómo su padre mantenía relaciones con chicas menores el día que me encontró aturdida en la fiesta; que lo he sabido todo este tiempo y no he dicho nada.

Espero que todo esto no sea el fin de nuestra relación o de lo que sea que hayamos empezado.

Tras el pánico inicial, salgo del cubículo y me aplico un poco de agua en la nuca para comenzar a reaccionar. Según abro la puerta, me doy de bruces con Will, que me pregunta si me encuentro bien. Creo que la cara de fantasma que he visto reflejada en el espejo le habrá dado alguna pista de mi estado. Me avisa de que Santoro me está buscando y de que ha ido al *motorhome* a ducharse antes de emprender la vuelta a la sede de Bérgamo, donde se ha convocado una reunión de urgencia.

Golpeo con suavidad la puerta de la pequeña habitación y esta se abre de inmediato, descubriendo a Alessio con el pelo húmedo y recién duchado.

—Joder, Dani, ¿dónde estabas? Estaba preocupado por ti.

Cierra la puerta tras de mí y me envuelve en un reconfortante abrazo. No nos movemos en un par de minutos y ninguno de los dos es capaz de decir nada, hasta que me separo y me penetra con la mirada.

—Lo… Lo siento —murmuro, y las lágrimas comienzan a desbordarse por mis mejillas.

—Ey, pequeña. ¿Qué te pasa?

—Lo siento… de verdad. Debería estar yo consolándote a ti y, en cambio, eres tú el que…

Me aprieta más fuerte contra su cuerpo y deposita un beso en mi cabeza.

—Dani, por favor. Dime que… Dime que, pase lo que pase con mi padre, no perderás la confianza en mí —me ruega con un gesto de preocupación—. Yo no soy como él. Me parecen repugnantes las acusaciones y, si todo eso es verdad, solo espero que pague por lo que ha hecho.

Me aparto de golpe, sin dar crédito a lo que está diciendo. Yo pensaba que se tomaría a mal lo que pasó en la fiesta y, sin embargo, piensa que soy yo la que va a juzgarlo por lo que ha hecho su padre.

—Ale, no, por favor. Para nada. Está claro que tú no tienes nada que ver con él ni con su comportamiento. Olvídate de eso. No vuelvas a pensar así jamás.

—¿Entonces…? ¿Por qué estás así?

Agacho la cabeza y suelto todo el oxígeno que llevo un buen rato conteniendo por dentro. No sé cómo se tomará lo que le voy a decir, pero creo que ha llegado el momento de confesar:

—¿Te acuerdas de la noche de mi cumpleaños?

—Claro, como para no…

—Esa noche no recordaba nada de lo que había pasado… Más o menos desde que fui al baño hasta que tú me encontraste y me llevaste a tu casa —explico, frotándome la nuca.

Alessio se tensa en cuanto oye mis palabras. Desde ese día me ha preguntado en varias ocasiones, de manera poco sutil, si había recordado algo. Y hasta ahora he estado evitando contarlo por miedo a su reacción.

—Daniela, ¿qué pasó esa noche? —pregunta visiblemente alterado—. Y ¿qué tiene que ver con la mierda que ha salido en internet hoy?

Aprieto los dientes y desvió la mirada hacia la ventana.

—Me costó unos cuantos días atar cabos, pero recuerdo que me perdí por los pasillos del club y di con un despacho vacío donde había un baño.

—Vale, ¿y… qué ocurrió después? —me urge, cogiéndome de los brazos.

—Cuando llegaron los flases de esa noche a mi memoria, recordé que, mientras estaba dentro del servicio, entraron dos hombres con tres chicas jóvenes al despacho.

Alessio se lleva las manos a la cara y echa la cabeza hacia atrás. Compone un gesto de angustia que evidencia que no necesita que le cuente más para descubrir la identidad de ambos. Sin embargo, sigo hablando:

—Domenico era uno de ellos, el que me reconoció enseguida y me llevó fuera del despacho —explico, tragando el nudo que se me ha creado en la garganta—. Allí…

—¿Allí qué, Daniela? Dime lo que pasó, por favor. ¿Te hicieron daño? ¿Se propasaron contigo? —Sus pupilas están tan dilatadas que creo que van a salirse de las cuencas en este instante—. Te juro que, como te haya hecho algo, lo mato ahora mismo.

Sacudo la cabeza, intentando restarle importancia al asunto, más como una manera de no enfadar tanto a Alessio que para confesar lo que ocurrió de verdad.

—Recuerdo que… Domenico me arrinconó, me levantó el vestido y me tocó la pierna. Después me amenazó con no contar nada o no volvería a trabajar en ninguna escudería.

Mis piernas tiemblan como un flan y, sin darme cuenta, llevo un buen rato llorando a lágrima viva. Alessio está absorto, observando algún punto fijo de la habitación. Me gustaría poder abrazarlo, refugiarme en su pecho para consolarme, pero temo que él me sugiera no contárselo a nadie o incluso me deje de hablar por lo que acabo de revelar.

—¿Quién era el otro hombre? —habla al fin con la voz temblorosa—. Dime que no era mi padre, por favor —suplica como un último halo de esperanza.

No respondo. No puedo. Porque una punzada de ansiedad me ha atravesado el cuerpo entero y soy incapaz de pronunciar una palabra más. Sin embargo, me limito a asentir con la cabeza y veo cómo una furia interior se desata dentro de él.

Toma todo el aire que puede en su cuerpo y lo expulsa de una sentada. Una chispa se refleja en sus ojos que está a punto de convulsionar en un incendio sin control.

Sin decir nada, Alessio me coge de la mano con firmeza, abre la puerta y me arrastra hasta el aparcamiento, donde se encuentra su coche. Abre la puerta del copiloto, me ordena entrar y rodea el capó para montarse y arrancar el motor.

No sé qué está pasando por su cabeza en estos momentos. No logro comprender si está furioso, decepcionado, lleno de ira… Tal vez esté percibiendo todas las emociones a la vez o, tal vez, no se crea lo que nadie está diciendo sobre su padre.

Cuando logro tranquilizarme, le pregunto:

—Ale… ¿estás bien?

Me dedica una mirada impasible, pero no dice nada. Se limita a cogerme la mano y a mirarme con lástima.

La notificación de una llamada entrante hace que los dos peguemos un respingo. Él activa el manos libres sin demora y contesta:

—Alessio, ¿cuándo vas a venir? Ya están todos aquí —es la voz de Aurora, la jefa de Relaciones Públicas de Rosa Nera.

—En diez minutos —contesta firme y corta la llamada.

Miro por la ventana y reconozco el camino de vuelta a la sede de Bérgamo. Si el trayecto dura casi una hora desde el circuito, Alessio ha tardado la mitad, aunque a mí se me ha hecho una eternidad.

No hemos intercambiado ninguna palabra durante el trayecto. Ninguno de los dos ha abierto siquiera la boca. Aun así, yo necesito que me diga que está bien, que se enfade conmigo, que me diga que no quiere volver a verme más. Que diga algo, porque este maldito silencio me está matando.

Cuando aparcamos, apaga el motor y se queda unos segundos mirando al edificio. Después, se desabrocha el cinturón y, al final, dice:

—Lo siento… —su voz quebrada evidencia que está viviendo un infierno por dentro—. Lo siento de verdad. Sé que lo que te han hecho mi padre y Domenico hará que no me quieras hablar nunca más, pero solo quiero decirte que…

—No… No es culpa tuya —lo interrumpo antes de que siga hablando.

—¡Sí! Sí lo es. ¡Es mi padre, joder! —exclama en un tono de voz irritado—. Jamás les perdonaré en la vida lo que te han hecho.

Quiero dejar claro que él no tiene que pagar los platos rotos de su padre y que jamás se me ocurriría dejar de hablarle por ello. Pero no llego a abrir la boca; se ha acercado al asiento del copiloto para abrazarme con su cuerpo, en un gesto que me hace sentir que, mientras esté entre sus brazos, todo irá bien.

Nos quedamos varios minutos en silencio, con su respiración entrecortada luchando por recuperar un ritmo normal, mientras mis lágrimas dejan de brotar, porque ya no queda ninguna más.

De pronto, afloja su agarre, me coge la cara y me da un beso en los labios. Un beso que suena a despedida. Un beso que temía que llegara. Por eso me sorprende cuanto dice:

—Te quiero, Dani. Te quiero más que a mi vida misma en este momento. Y te juro que acabaré con esos dos, aunque me cueste mi carrera deportiva.

No me puedo creer que esas dos palabras hayan salido de su boca cuando más lo necesito y, a la vez, en el momento más inapropiado. Quiero contestarle que todo irá bien, que no tiene que emprender ninguna *vendetta* contra nadie, que el tiempo y la justicia se encargarán de ellos si llega el caso, pero la furia que contienen sus ojos se ha descontrolado hasta un nivel inesperado.

—Ale, no… —le ordeno mientras lo observo salir del coche, alterado.

—Dani, quédate aquí. No quiero verte cerca de ellos nunca más —me suplica—. No tardaré mucho en volver.

Mi instinto dice que algo malo va a ocurrir allí dentro, algo de lo que no habrá marcha atrás. No puedo borrar el pasado, pero sí evitar que las cosas se tuerzan más en el futuro. Aquella noche estaba él allí para sacarme del infierno y ahora quiero ser yo la que frustre su intento de acabar con su carrera como piloto.

Trato de alcanzarlo corriendo por el aparcamiento, pero es más ágil que yo y, en pocas zancadas, ya ha llegado hasta la puerta del edificio.

—Alessio, no, por favor —grito desde la entrada y agradezco que el vestíbulo esté desierto para no levantar más rumores en este

momento.

Sigue corriendo por los pasillos hasta llegar a la entrada de la sala de conferencias, donde hay un reducido grupo de personas reunidas.

—¡Eres un hijo de la gran puta! —exclama Alessio, encolerizado, y le asesta un puñetazo en la cara a Domenico Ferrara, que no se espera la reacción del piloto y cae al suelo—. Te juro que te voy a hacer pagar por todo lo que le has hecho.

—¡Ay, Dios! —chilla Aurora a su lado, llevándose las manos a la boca.

Dos hombres se acercan hasta ellos para intentar separarlos. Con la conmoción del momento, no me he percatado de que uno de ellos es Massimo, el padre de Alessio, que ahora lo tiene cogido por los brazos para evitar que le pegue otra vez.

—¿Qué cojones te pasa en la cabeza, niñato? —le suelta Ferrara desde el suelo, tocándose el labio, que no deja de sangrar.

—¡Basta ya! —añade Massimo, interponiéndose entre ambos—. Alessio, ¿se puede saber por qué coño has hecho eso?

Observo a cámara lenta el momento en el que reconoce a su padre de frente y se abalanza sobre él para coserlo a puñetazos.

—Que alguien llame a la policía —clama una voz al fondo.

—¡No, por Dios! Es lo último que necesitamos ahora —contesta Aurora que, si ya tenía poco trabajo, este escándalo se sumará para acabar con la recién estrenada escudería.

Yo permanezco en un segundo plano, en un rincón de la sala, aturdida. No sé cómo reaccionar, no sé qué hacer para evitar que la escena vaya a peor, si es que todavía puede ir a más.

Miro a todos los presentes, pero nadie se fija en mí. Me siento pequeña, diminuta. Y, en este momento, solo quiero salir corriendo con Alessio para refugiarnos en nuestra pequeña cala de Ibiza, donde todo era un remanso de risas, caricias y tranquilidad.

Cuando pienso que las cosas no podían empeorar, siento un ligero empujón en la espalda. Al girarme y ver quiénes son, comprendo que, en efecto, las aguas pueden volverse mucho más turbulentas.

—¡Alto, Carabinieri!

Una decena de policías uniformados irrumpe en la sala de conferencias y temo, por un instante, que se lleven a Alessio esposado por el altercado que ha montado.

No puede ser. Lo van a arrestar por mi culpa. Va a tirar su carrera y su reputación por la borda. No me lo perdonaré jamás.

Alessio me mira. Yo lo miro a él y articula un «lo siento» con los labios.

Sin embargo, el hombre que se identifica como capitán alza la voz y exclama por fin:

—Domenico Ferrara, Massimo Santoro, quedan detenidos por la acusación de varios delitos de abusos sexuales y trata de menores.

Los Carabinieri comienzan a esposarlos y se los llevan detenidos sin dejarles margen de reacción.

En la sala, todos se quedan boquiabiertos, incapaces de asimilar lo que está ocurriendo. Si alguien en Rosa Nera creyó que esta iba a ser nuestra temporada, quizá no se equivocó, aunque fuera por motivos diversos.

36

Calmar las aguas

Alessio

Milán, Italia
Apartamento de Alessio

Hace más de cuatro días que detuvieron a mi padre y a Domenico, y se puede decir que está siendo la semana más turbulenta de toda la temporada. Los titulares de los principales medios deportivos se han hecho eco del *FerraraGate* y, aunque de momento las directrices oficiales de la escudería nos ordenan mantener silencio, es imposible no pensar que cada noticia publicada supone una palada más con la que cavar nuestra propia tumba.

Anoche me acosté después de leer la última publicación de Lady Paddock, en la que relataba la bronca monumental que sacudió el domingo la sede de Rosa Nera y que terminó en las manos. Si los rumores no habían causado suficiente revuelo, añadía que yo había golpeado a mi padre y a mi jefe para defender el honor de una damisela en apuros. Alabó mi actuación, asegurando que había sido un castigo bien merecido para quien abusa de su poder sobre los más débiles.

Los usuarios no perdieron tiempo en comentar que podría haber un romance entre la piloto Emily Olsen y yo, y defendieron mi actuación ensalzando mi figura. Aurora ha tratado de sacar algo positivo de todo esto y el equipo de *social media* no ha tardado en lanzar memes anónimos presentándome como un héroe. El pobre

Giorgio Salvatore lleva unos días demasiado callado. Con su edad pensaba ya retirarse viendo renacer a Rosa Nera, y ha resultado ser un total fiasco. Siento una lástima tremenda por él y por mi abuelo, si es que nos está viendo desde algún lugar.

¡Qué bochorno, por favor! Recuerdo el espectáculo que dimos hace unos días y no me reconozco. Soy consciente de que siempre he sido una persona muy impulsiva. A veces me muevo más por estímulos viscerales que por actos racionales. Pero, cuando se trataba de proteger a Daniela, habría hecho lo imposible por defenderla del mínimo daño que le pudieran ocasionar.

Así que anoche vinimos a mi apartamento de Milán. Aunque está en pleno centro de la ciudad, nos ofrece más privacidad que haberla llevado a Mónaco. He comprado comida para los próximos días. Necesito tiempo a solas con ella, una conversación pausada que nos devuelva la calma a ambos por igual.

Sigue martilleándome la cabeza mi confesión delante de la sede de Rosa Nera. Le dije que la quería en el momento más inapropiado. Y no porque no lo sienta —es más, me sorprendió a mí mismo la facilidad con la que salió de mis labios—, porque ese era realmente el sentimiento que profeso hacia ella.

Pero no quería asustarla, más si cabe después de todo lo que está pasando. No quería forzarla a contestarme con lo mismo si no estaba preparada para confesarlo en aquel momento. Quiero que nos demos tiempo, que vayamos poco a poco, sin prisa. Saboreando cada momento a solas como lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Buenos días —me dice mientras se despereza entre mis brazos, abriendo los ojillos poco a poco.

Llevo más de tres horas despierto, dándole vueltas a la cabeza y observándola mientras duerme de manera plácida.

—¿Has dormido algo? —me pregunta, dándome un beso en los labios.

—Algo, se podría decir.

Me acaricia la mejilla y se queda unos segundos contemplando mi gesto. Sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Ojalá pudiéramos quedarnos debajo de las sábanas hasta el final de la temporada.

—Anoche te moviste mucho. No te quise despertar para no asustarte, pero parecía que estabas teniendo unas pesadillas horribles.

Las mismas que me persiguen desde que era un crío.

—Puede ser… —aclaro escueto. No quiero preocuparla más de lo que ya está—. La verdad es que es la primera noche que duermo algo desde lo del otro día. Gracias a ti.

Le doy un beso en el pelo y ella se acurruca un poco más dentro de mi regazo.

—Alessio…

—Dime, Cerebrito.

—Creo que tenemos que hablar de lo que pasó el domingo.

—Ajá —gesticulo intuyendo que ha llegado el momento de hablar del «te quiero» que se perdió en el aire entre todos los sucesos.

—¿Cómo estás?

—Ahora que estoy contigo, perfectamente.

—Ale, en serio. Lo que ha pasado con tu padre y Domenico es algo… muy grave.

—Lo sé, pero no podemos hacer más. Me han dicho que se encuentran a disposición judicial, a la espera de juicio.

Daniela se recuesta sobre la almohada, intentando buscar las palabras precisas.

—Me refiero a… los jueces harán su trabajo, claro está, pero tú… ¿cómo estás tú? Han detenido a tu padre y a nuestro jefe. ¡Es algo muy fuerte! Y te está salpicando a todos los niveles.

Resoplo y me llevo la mano a la cabeza para sacudirme el pelo. Alzo el mentón para mirarla y descubro un atisbo de dolor en sus ojos. Daría mi vida para que desapareciera y solo pudiera ver esa preciosa sonrisa dibujada en las comisuras de su boca.

—Estoy bien, no te preocupes —sentencio, dándole un beso en la mejilla—. Voy a preparar café.

Cuando me dispongo a levantarme, me agarra del brazo, me tira de nuevo sobre la cama y se sienta a horcajadas sobre mí.

—Oye, nena, no sabía que tenías ganas de marcha tan pronto por la mañana.

Un rubor asciende hasta sus mejillas y titubea antes de aclarar:

—No. Esto no tiene ningún tipo de connotación sexual —gruñe, señalando cómo mi erección nos da los buenos días por la mañana —. Ale, para. Deja de esquivarme y háblame. Quiero saber cómo te sientes, qué te preocupa. Necesito que me digas qué pasa por esta cabecita para poder ayudarte. Sé que… no tienes mucha gente con la que hablar de este tema y quiero estar aquí para ti cuando sientas la necesidad de abrirte con alguien.

No estoy muy acostumbrado a que me pregunten cómo me siento ni si necesito hablar de lo que pasa por mi mente. Siempre he pensado que mi cabeza estaba rota, que mis padres habían contribuido a que ya no fuera capaz de sentir emociones positivas ni de comprender lo que significa que alguien esté a tu lado para caminar juntos, en los buenos y en los malos momentos.

Todas mis relaciones anteriores han sido superficiales. Sin embargo, con Dani estoy descubriendo una faceta totalmente desconocida para mí. Una que me llena de felicidad y me asusta a un nivel acojonante.

Si hoy me dicen que este año gano el campeonato mundial de pilotos, no me sentiría tan afortunado como al saber que esta mujer ha llegado a mi vida para sanarme.

—Si te digo la verdad, necesitaría el día entero para contarte todo lo que pasa en mi cabeza.

—Perfecto, tenemos tiempo.

—Lo sé, es solo que hay demasiadas cosas —explico, hundiendo los ojos en los recuerdos de toda una vida—. Tantas que sería imposible contártelas sin asustarte y que salieras corriendo.

—No me da miedo lo que tengas que decir.

Suelto todo el aire que tengo comprimido en el cuerpo y retiro las manos de sus muslos para envolver las suyas, que descansan sobre mi pecho.

—Dani, yo no he tenido una familia convencional como la tuya.

—Te recuerdo que mi situación familiar está lejos de ser perfecta.

—Lo sé, perdona —me disculpo sin querer ofenderla—. Me refiero a que has nacido en una familia que te ha dado todo el amor

y el cariño que una niña podría necesitar. Cuando hablé en Barcelona con tu padre, sentí una profunda envidia sana de lo orgulloso que estaba de vosotros y del sentimiento de ternura que se reflejaba en sus ojos.

—Sí, mi padre es el mejor. Hemos vivido demasiadas cosas y, aun así, siempre ha estado ahí para darnos a mi hermano y a mí el poco tiempo libre que le sobraba.

Dibuja una media sonrisa y me llevo su mano a los labios para besarla.

—A eso me refiero —explico, tratando de empezar por el principio—. Yo fui un accidente al nacer. La consecuencia de una noche de desfase, alcohol y un condón caducado. Y mi vida no ha sido mucho mejor desde entonces.

Daniela abre mucho los ojos, como si lo que acabara de contarle fuera la mayor revelación de su vida.

—Lo dices como si no fueras un deportista de éxito internacional, un piloto con mucho futuro. Guapo a rabiar, aunque eso sí, un arrogante de manual —bromea, poniendo los ojos en blanco.

Suelto una carcajada por la manera en la que se expresa, pero sé que solo ella me ve así, mi chica.

«¿Mi chica? Qué bien suena».

—No te creas todo lo que ves por la tele, Cerebrito. Ni te imaginarías la de actores, cantantes, empresarios, políticos… gente de éxito que esconde sus miserias dentro de casa —alego, frunciendo el morro—. Sin ir más lejos, mi propio padre. ¿Quién iba a decir que me despreció tanto de niño y ahora lo que más le gusta es intimar con menores? ¡Puaj, qué vergüenza! Me arrepiento tanto de llevar su apellido que me lo quitaría si no fuera por mi abuelo.

Me llevo las manos a la cabeza para masajearme las sienes. Daniela me escucha en silencio, paciente, sin juzgarme.

—Toda la vida estuve siguiendo sus estúpidas normas. Todas sus reglas, los entrenamientos que me enfermaban del agotamiento. Siempre quise buscar su aprobación. Pensaba que, haciendo todo lo que él me pedía, conseguiría que me prestara un mínimo de

atención —aprieto los dientes, exasperado—. Y al final resulta que era un mierda que no se merecía ni que le dirigiera la palabra.

—¿Y tú madre? ¿Dónde estaba? Nunca hablas de ella.

La miro en silencio, entrelazando nuestros dedos, tratando de buscar la manera de expresar mis sentimientos. Es la primera vez en mi vida que me abro con alguien de esta manera. Y me alegro de que sea ella.

—Crecí con el personal de servicio. Iba de una casa a otra cada semana, pero ellos ni siquiera estaban allí. Cuando yo tenía cinco años, Ivana se mudó a Estados Unidos; después conoció a su marido y, desde entonces, vive allí —explico, y veo cómo el gesto de Daniela se va ensombreciendo—. Solemos vernos una vez al año, como máximo.

—Ale, ¡eso es terrible! —exclama, llevándose las manos a la boca.

—Bueno, con el tiempo te acabas acostumbrando. La verdad es que siempre la culpé de todo, porque al menos mi padre se había quedado aquí, pero… hace un par de noches cené con ella. Tuvimos una conversación que se alargó hasta las tantas de la madrugada y lo vomitamos todo. Absolutamente todo.

»Me contó que intentó llevarme con ella varias veces, pero que mi padre la amenazó con no volver a verme nunca más. Entonces ella tenía poco más de veintitrés años, no tenía familia que pudiera ayudarla y, antes de casarse, trabajó a destajo con la esperanza de recuperarme algún día. Con los años, mi padre la convenció de que en Italia yo tendría una estabilidad y una carrera que ella no podría ofrecerme allí. Y ahora que soy adulto, comprendo mejor por qué actuó así —razono, pasándome una mano por el pelo—. Sé que nuestra relación nunca podrá recuperarse del todo, el daño ya está hecho, pero ya iba siendo hora de que tuviéramos la conversación que deberíamos haber tenido hace mucho tiempo.

—Joder, cariño, estás soportando demasiado sobre tus hombros —me dice, tumbándose sobre mí y rodeándome con sus diminutos brazos.

—Mmmm, cariño, me gusta que me llames así.

La rodeo con mi cuerpo y nos quedamos en esa posición durante varios minutos, reflexionando sobre la conversación que acabamos de tener. De manera inesperada, he soltado un lastre que llevaba demasiado tiempo sosteniendo y, poco a poco, voy sintiendo un alivio paulatino.

—Pase lo que pase, siempre estaré aquí para ti —manifiesta con unas palabras que me ablandan todo el cuerpo.

—Gracias, pequeña —le digo, apretándola más fuerte contra mí —. Creo que ya hemos hablado demasiado por hoy. Ahora toca…

—Sí, ya sé lo que toca —ríe, divertida, señalando a mi entrepierna—. Tu cosa de ahí no ha dejado de reclamar atención desde que estoy encima.

—Me refería a que toca tomarnos el café —sonrío, travieso, y le doy un cachetazo en el culo.

—Ya, seguro… —refunfuña.

—Pero que no te quepa duda de que hoy no salimos de la cama en todo el día.

Me pongo un pantalón de pijama para ir a preparar el desayuno a la cocina, pero, antes de salir por la puerta, Daniela me detiene con sus palabras:

—Oye, Casanova.

—¿Sí, Cerebrito?

Se queda unos segundos pensativa y abre la boca para decir algo, pero parece que en el último momento se arrepiente y, al final, dice:

—Te… Te… Te agradezco que te hayas abierto así conmigo.

37

Sin tregua

Daniela

Bérgamo, Italia
Sede central de la escudería Rosa Nera

Llevo un buen rato preparando la maleta para volar este fin de semana a Bélgica, donde se celebrará el Gran Premio de Spa. Noto cómo una estúpida sonrisita se me dibuja en la cara al recordar los últimos días que he pasado en el apartamento de Alessio, en Milán. También por la excursión a los lagos del norte, donde no dejamos de besarnos en cada rincón apartado, procurando no encontrarnos con nadie.

Ha sido como un pequeño oasis en medio de todo el caos. Me alegro de que hayamos podido hablar de todo y de que no haya tabúes entre nosotros. Aunque hay dos palabras mágicas que aún no me he atrevido a confesar.

—Tierra llamando a Daniela —exclama Will, simulando usar un megáfono—. Pequeña Serra, ¿estás ahí? Vuelve del planeta Santoro, los humanos te necesitamos.

Le tiro un cojín de la cama, que apenas esquiva antes de que le aterrice en la cara.

—¡Qué idiota eres! Estaba pensando en la estrategia que utilizaremos este fin de semana. Se prevén lluvias durante las horas del circuito. Para sorpresa de nadie.

—Ya, ya, la estrategia —matiza con una mueca traviesa.

Hago un mohín con la boca, ignorando su comentario, y le pregunto:

—Oye, ¿Camila no venía contigo?

—Sí, pasé por su habitación, pero dice que está liada con no sé qué proyecto. La he visto algo preocupada y le he preguntado si estaba bien. Tenía ganas de contarme algo, pero le ha quitado hierro al asunto, así que no sé.

—Qué misteriosa es esta chica siempre. Seguro que ha conocido a alguien nuevo y estará deseosa de contarnos todos los chismes.

Ambos nos reímos y Lakowe insiste:

—Para misteriosas, vosotras dos. ¿Me vais a contar algún día lo que pasó durante vuestras vacaciones?

Me giro para meter el último peto vaquero en la maleta y cerrar la cremallera. Me limito a contestar:

—Lo que pasa en Ibiza se queda en la isla, amigo.

Compongo una mueca divertida y Will se queda boquiabierto, fingiendo una rabieta infantil.

—No se os puede dejar solas. Sois lo peor. Si lo sé, me habría ido con vosotras dos. Tú vuelves enchochada de Santoro y la otra… enchochada de la vida —se queja, haciendo aspavientos exagerados con las manos—. No sé qué tomasteis allí, pero quiero un poco de esa mierda para quedarme en la nube de felicidad en la que llevas desde agosto.

—No creo que tú lo pasaras muy mal aquí solito.

Le guiño un ojo para ver si se anima a contarme algo ahora que estamos solos. Yo soy la única que sabe de su relación con Leo y, siempre que amaga con contarme algo, aparece Camila y los dos nos callamos para que no se entere, así que hasta ahora no ha soltado prenda el tío.

Will resopla y se tapa la cara con el cojín.

—Fueron las dos semanas más maravillosas de mi vida, pero ha sido volver a la rutina y hacer como que no nos conociéramos —gruñe, exasperado.

—No debe de ser fácil para él. Ya sabes que su familia es algo tradicional, por todo lo que nos ha contado Cami. Dale tiempo y seguro que entra en razón.

Dejo la maleta en la entrada y me siento en el sofá junto a él.

—No sé, Dani. Quedan solo dos meses para que se acabe la temporada y tengo miedo de que no le vuelvan a renovar. O de que yo me quede sin trabajo. La situación de Rosa Nera es…

Asiento y lo miro con lástima.

—Delicada, lo sé. Estamos en el mismo escenario —me lamento ante una incertidumbre en la que todos nos mantenemos cautos—. Pero piensa que, si el mundo se acabara mañana, ¿no te gustaría pasar las últimas semanas con él?

Titubea una fracción de segundo, enarca una ceja y asiente finalmente.

—Sí, claro que me gustaría.

—Pues es lo mismo. Tienes que aprovechar cada minuto que os está regalando la vida, sin pensar en el futuro ni en el pasado. Solo en vosotros dos, en el momento presente.

Will suelta una carcajada y yo le miro confundida.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—No, no. Tienes toda la razón… —aclara—. Es solo que has cambiado mucho desde que te recogí en el aeropuerto de Bérgamo hace… pff, ya ocho meses.

—Cómo pasa el tiempo…

—Y que lo digas. —Nos quedamos unos segundos en silencio, chasquea la boca y continúa—: Aunque tengo que reconocer que me gusta mucho esta Daniela de ahora. Has ganado confianza y seguridad en ti misma. Ya no te escondes cuando viene alguien nuevo a presentarse y te has ganado un hueco en el equipo por méritos propios.

Dudo unos instantes, recorriendo todo lo que he vivido durante este año.

—Tal vez. Puede que antes estuviera encerrada en una burbuja y todo esto me ha hecho ver que hay un mundo de posibilidades ahí fuera. Aunque creo que a Benoit le sigo cayendo mal.

—Benoit no se soporta ni a sí mismo, así que no se lo tengas en cuenta…

—Pues tengo que decir que estos últimos meses ha estado algo más simpático conmigo.

Will desvía la mirada y sé que quiere confesar algo.

—Puede que… tu novio tuviera algo que ver —confiesa, tamborileando los dedos sobre su pierna

Abro los ojos sin dar crédito a lo que está diciendo.

—¿Cómo…?

—El día que entró a los vestuarios a echar un rapapolvo a los mecánicos, sabía que Santoro estaba pilladísimo por ti. Por eso me fío de él, porque no cualquiera defiende el honor de alguien por quien siente algo en secreto delante de todo el equipo.

Echo la vista atrás para recordar el momento exacto en el que Benoit y Jones dejaron de portarse como unos auténticos imbéciles conmigo. Me sorprende descubrir que, por aquel entonces, Alessio ya sentía algo por mí. Puede que yo también empezara a notarlo, pero preferí ocultarlo, convencida de que no era más que un estúpido capricho adolescente.

Me quedo unos segundos perdida en mis pensamientos, cuando una notificación llega al móvil de Will y este desbloquea la pantalla para ver de qué se trata.

No estoy prestando mucha atención a su reacción, pero un sonido gutural emerge de su boca y capta mi atención, así que desvío la mirada para encontrarme con un gesto de pánico en su cara.

—Will, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Mi amigo no reacciona; se ha quedado congelado mirando la pantalla. Le toco el hombro para que me diga algo y, entonces, alza la cabeza.

—Últimamente, Leo estaba algo obsesionado con que alguien nos seguía y nos hacía fotos —explica, inquieto—. Yo pensaba que se estaba volviendo un poco paranoico, porque las pocas veces que hemos salido juntos a la calle siempre hemos sido muy cautos. Pero acaban de enviarme un mensaje que me ha dejado paralizado.

Will me enseña la pantalla, donde veo un mensaje privado de Lady Paddock. El mismo que me llegó a mí hace apenas unos días, pero con un contenido distinto.

Lady Paddock ♥

Lady Paddock ha sido testigo del nacimiento de una bonita relación entre el piloto americano de Rosa Nera y su mecánico. ¿Triunfará el amor o se sumará a un escándalo más de la escudería?

Doy un respingo en cuanto termino de leerlo. No me puedo creer que esta persona esté llegando tan lejos. Esta noticia puede acabar con su carrera, tanto la de Leo como la de Will, y supondrá, además, otro punto más en la lista negra de escándalos del equipo.

—Tengo que… Tengo que hablar con Leo —masculla Will con dificultad mientras recorre de punta a punta la habitación—. No quiero que Camila se entere antes de tiempo.

—¿De qué me tendría que enterar? —pregunta la aludida entrando por la puerta sin llamar.

—¿Cami? ¿Qué haces aquí?

—Chicos, tengo que contaros algo… —confiesa, mordiéndose el labio inferior.

—Ahora no es el momento —le interrumpe Will.

—Pero… ¡es algo importante! —clama nuestra amiga, respirando de manera entrecortada.

—No nos importa con quien te estés acostando ahora, Camila. Ni que haya abierto un club nuevo al que quieres que te acompañemos —le reprocha el mecánico, visiblemente irritado—. Hay cosas más importantes en esta vida.

—Esto lo es… de verdad —suplica, juntando las manos en el pecho.

Me quedo observando la escena como un partido de tenis donde la pelota rebota de lado a lado del campo. Quiero interceder y escucharlos a ambos, pero tres notificaciones idénticas resuenan como un eco en la habitación al mismo tiempo.

Los tres cogemos nuestros respectivos móviles y compruebo en la pantalla que es una nueva publicación de Lady Paddock. Esta vez, de manera pública:

Lady Paddock ♥

El amor está en el aire o, mejor dicho, en el box de Rosa Nera. El piloto Leo García se está integrando tan bien en su nuevo equipo

que ha elegido al mecánico Will Lakowe para que le cambie las bujías. Fuera y dentro del garaje.

Un gruñido emerge de lo más hondo de Will.

Camila dibuja en su cara un gesto de terror.

Yo comienzo a temblar de nuevo, sabiendo que esta pesadilla no ha hecho más que empezar.

38

La peor pesadilla

Alessio

Spa, Bélgica
Circuito de Spa-Francorchamps

Los ánimos están caldeados desde que la presunta relación entre Leo y Lakowe salió a la luz. La prensa no deja de acecharnos y nos hemos recluido unos días más en Italia, hasta que no nos ha quedado más remedio que viajar a Spa el viernes para disputar los entrenamientos libres de la carrera de este fin de semana.

El equipo de Relaciones Públicas nos ha pedido silencio en caso de que algún periodista nos contacte para recoger testimonios de los últimos escándalos y, mientras tanto, seguimos trabajando para mantener los resultados de cara al final de la temporada.

El himno nacional belga suena por los altavoces de la mano de un excéntrico cantante que lleva una infinita capa en la espalda con los colores de la bandera del país.

No hay domingo en el que el espectáculo no esté servido en este deporte.

Estudio a mis rivales mientras suena la melodía, y todos ellos agachan la cabeza como respeto al país que nos acoge. Asher bromea de extranjis con Emily, a la que llevo sin ver desde que su caso salió a la luz. Creo que debería ir a hablar con ella. En cierta manera, me siento responsable de la actitud y el comportamiento de mi padre y creo que tengo que pedirle disculpas o, al menos,

tenderle una mano amiga que la apoye en estos momentos tan duros.

El único que levanta la cabeza es Vladislav Sokolov, que desvía la mirada desde el cielo hasta posarse en mis ojos y fulminarme. Puede que sea el tío más ególatra y prepotente del *paddock*. Me la tiene jurada desde que tuvimos un grave accidente en la final de *karting* con catorce años y, desde que se enteró de que salía con su prima, ese odio se extrapoló también al ámbito personal.

Al menos, eso es lo que me contaba Irina, que se encargó de hacer de mensajera cuando me dijo que su primo tenía pensado devolvérmela algún día. No le tengo miedo, la verdad. Ni a él ni a su familia. Aunque se rumorea que sus conexiones con la mafia rusa son las que le han llevado a estar donde está hoy.

Sacudo la cabeza de pensamientos intrusivos y trato de concentrarme en la carrera mientras la incesante lluvia nos cala hasta los huesos. El himno nacional termina y deshacemos filas, como si fuéramos un tropel de soldados a punto de salir de las trincheras para declararle la guerra al enemigo. Y no hay falta de verdad en ello. Cada carrera es una pequeña batalla para alcanzar la victoria en la contienda final, aunque, por suerte, algunos somos capaces de dejar la rivalidad en el asfalto y limar asperezas cuando la bandera a cuadros se agita al final de cada sesión.

En eso estoy pensando cuando tropiezo sin querer con Leo. Le toco el hombro en señal de disculpa y lo observo con cara de lástima cuando da un manotazo al aire para restarle importancia. He de reconocer que me porté como un capullo al principio y siento de verdad que su vida personal esté trascendiendo a los medios, sobre todo si se trata de una relación homosexual, tan mal vista en el deporte masculino de alta competición.

Varios patrocinadores han decidido retirarse y dejarán de financiar a Rosa Nera las últimas carreras. Al fin y al cabo, esta escudería es italiana y todavía vivimos en un país donde amar a alguien del mismo sexo sigue estando socialmente penalizado.

—Oye, Leo —vacilo, sin saber muy bien qué palabras escoger—. Solo quería decirte que siento mucho por lo que estás pasando en estos momentos.

—Ya… —contesta escueto sin comprender, porque es la primera vez que tenemos una conversación en estos términos.

—De verdad, nadie debería trataros así y mucho menos hacer escarnio público de una simple relación.

—Para ti es fácil decirlo, ¿verdad? —afirma, frustrado—. Incluso con todo lo que ha pasado con tu padre, al final siempre caes de pie, Santoro.

—Joder, García, no seas tan injusto —le reprocho, harto de tener que escuchar siempre las mismas mierdas. Como si mi vida fuera mucho más fácil a ojos de la prensa.

Quisiera seguir hablando con él para aclarar nuestros malentendidos y decirle que puede contar conmigo para lo que necesite. Pero los comisarios avisan de que faltan escasos minutos para el comienzo de la carrera y ninguno de los dos puede permitirse una distracción más.

Nos colocamos en la parrilla de salida y, en cuanto las luces del semáforo se apagan, piso el acelerador y gano un puesto tras la primera curva. La lluvia arrecia a medida que avanzan las vueltas y la visibilidad se vuelve prácticamente nula en cada curva y en cada piano.

La meteorología siempre da sorpresas en Spa, y esta no iba a ser la excepción. Observo por el retrovisor cómo dos monoplazas chocan y pierden parte de sus alerones traseros. Espero la previsible salida del *safety car*, que nunca llega.

Los coches entran y salen de boxes en una coreografía caótica, buscando el neumático adecuado para combatir una lluvia perniciosa que no da tregua.

Llego a la vuelta treinta con la respiración entrecortada y el corazón en la garganta. Esta es una de las carreras más peligrosas del calendario, más aún cuando una cortina de agua se instala sobre la pista, dificultando avanzar posiciones, pero aun así no desisto. Todavía no he pasado por boxes y he adelantado a casi todos mis rivales hasta colocarme en cabeza. Pero eso no significa nada, porque, en cuanto escuche por la radio la orden de entrar a cambiar las gomas, volveré a mi posición original.

Aun así, sigo empujando y consigo adelantar a Leo que, para mi sorpresa, está firmando una carrera magistral. Arriesgada, sí, quizá demasiado. Solo espero que esté pilotando con la cabeza y no con la necesidad de callar a los periodistas que ya dan por acabada su carrera.

De pronto, veo cómo un monoplaza negro intenta arrebatarnos la delantera. Lo identifico enseguida. Es Sokolov, que viene lanzado, decidido a recuperar la primera posición. Lo noto incluso antes de verlo con claridad. El rugido de su motor se cuela entre el estruendo de la lluvia y el golpeteo constante del agua contra el casco me aturde la cabeza, descentrándome de mi cometido principal.

En la siguiente curva, el ruso se lanza por el interior en una maniobra agresiva, tan arriesgada como innecesaria con esta tempestad. El asfalto está empapado, se ha formado una auténtica piscina sobre la pista y la visibilidad se reduce casi a cero en todo el trazado.

No hay espacio. Ni un centímetro de margen. Y, aun así, lo intenta.

Y es en este preciso instante cuando sé que ha venido a cobrarse su venganza.

Freno de golpe para evitar un mal mayor. Pero freno tarde. Y él también.

Siento el primer golpe seco en el lateral. El monoplaza pierde estabilidad, la fibra de carbono retiembla y, durante una fracción de segundo, el mundo gira deprisa. Demasiado deprisa.

Intento corregir, pero el agua convierte cualquier movimiento en una ruleta rusa en la que es imposible saber si saldremos ilesos.

Y entonces todo se vuelve borroso. Descontrolado.

El coche de Sokolov rebota y sale despedido hacia el exterior de la pista, pero en su trayectoria arrastra a Leo, que venía justo detrás de nosotros. Veo un fogonazo rojo antes de que el impacto lo envíe directo contra las protecciones y solo puedo gritar:

—¡No! ¡Noooo! —reprimo un gemido dentro del casco.

El volante se bloquea cuando intento virar, y el coche se desliza sin control hasta quedar atravesado en la pista. El motor se cala. El silencio posterior es tan brutal como el estruendo previo.

—¡Bandera roja! ¡Bandera roja! —resuena por la radio en un cúmulo de voces que me llegan ya demasiado lejanas.

El corazón se me acelera, las piernas me tiemblan y solo puedo pensar en Daniela. Ella es la única persona por la que dejaría este deporte de riesgo si me lo pidiera.

Giro la cabeza y veo a Sokolov a lo lejos golpeando el volante. El cabronazo ha conseguido salir casi indemne y airoso de la situación que él mismo ha provocado. Por el contrario, más adelante, distingo un monoplaza destrozado y una idea me atraviesa la mente como un disparo.

—¡Leooo!

Sin pensarlo dos veces, me quito el arnés, el casco y el balaclava con torpeza, mientras la voz de Andrea se pierde por la radio preguntando si estoy bien.

No tengo tiempo de reaccionar. La lluvia me impide ver si los equipos de emergencia han llegado ya al lugar del accidente, así que echo a correr hacia el coche de Leo, que permanece inmóvil, sin el menor signo de movimiento en su interior.

El monoplaza está destrozado, incrustado contra las protecciones en una escena que me devuelve, sin permiso, a las imágenes en blanco y negro del accidente de mi abuelo. Me acerco un poco más y reparo en el halo torcido, en el frontal hundido, en la salvaje violencia del impacto.

—¡Santoro, atrás! ¡Vuelve al coche! ¡Los servicios médicos están de camino! —ordena una voz quebrada proveniente de algún punto indeterminado.

Pero no puedo detenerme. No puedo dejarlo ahí, malherido, inconsciente dentro del vehículo. Me subo al amasijo de hierro y fibra de carbono que hasta hace unos segundos era un coche, tiro de los arneses con desesperación y me introduzco en el reducido habitáculo para sujetarlo por los brazos.

—¡Vamos, Leo! —reprimo un grito contra su mono mientras consigo liberar el último anclaje—. ¡Despierta, joder!

El coche cruje bajo mis pies y, por el rabillo del ojo, distingo una pequeña llama brotando del motor. Maldigo por dentro. Pienso en

Daniela, en Lakowe, en cómo deben de estar ahora mismo, y saco fuerzas de donde ya no quedan para dar el último impulso.

—¡Santoro, atrás! ¡Son órdenes directas! —escucho cada vez más cerca, mezclado con el ulular de una ambulancia que se aproxima.

Ignoro las órdenes que sé que me pasarán factura después. Pero no me importa. No cuando la vida de mi compañero está en juego.

Cuando por fin consigo sacarlo del *cockpit*, pierdo el equilibrio. Resbalamos, su peso cae sobre mí y me aplasta contra el asfalto en un golpe seco.

Siento el impacto en la espalda, en la cabeza, en el cuerpo entero. Las voces se multiplican a mi alrededor. Alguien intenta mantenerme despierto, pero las palabras se diluyen, se alejan.

—¡Santoro! ¿Estás bien?

No puedo responder. Ya no oigo las voces.

Todo se apaga, incluso el sonido de la lluvia al caer.

La pista desaparece.

Y todo se funde en negro. Tan negro como el cielo sobre el circuito de Spa.

39

Con el corazón en un puño

Daniela

Lieja, Bélgica
Hospital Universitario de Lieja

Llevamos más de dos horas en la sala de espera del hospital al que han trasladado a Alessio y Leo. Mi estado de ánimo ha pasado por todas las fases: desde el *shock* inicial mientras veía el accidente por los monitores del box hasta la inquietud y la congoja que nos ha acompañado todo el camino.

Camila recorre los pasillos de este inhóspito centro médico, donde la peste a antiséptico se cuela por todos los rincones hasta provocarme ganas de vomitar. Pero no es solo el hedor el que me provoca este mareo, sino la falta de noticias que hace que los presentes estemos más agitados que de costumbre.

Giorgio lleva un buen rato pegado al móvil, tratando de lidiar con los patrocinadores mientras Andrea, que ha asumido de forma temporal las funciones de *team principal* desde que detuvieron a Ferrara, hace lo propio con los comisarios de la FIA para tratar de esclarecer los sucesos del accidente y sus posibles consecuencias.

Mi amiga por fin se sienta a mi lado y resopla varias veces antes de sacar el móvil del bolso. Ver el nombre de cada uno de los cincuenta y tres miembros de su familia reflejado en la pantalla la está sacando, más aún si cabe, de quicio. El clan de los García no deja de crecer cada día, y todos esperan recibir noticias de primera

mano sobre el estado de Leo desde distintos puntos del continente americano.

—No puedo más, os juro que no puedo coger una llamada más de cada una de mis tías —se queja, tratando de inspirar y respirar como si se dispusiera a controlar el estado de sus chacras en una clase de yoga—. Somos una familia latina a la que, ya de por sí, le mueve bastante el drama. Y, cuando pasa algo tan grave como lo de hoy, no aceptan que aún no tenga noticias. ¡Ojj! Otra vez Guadalupe no, por Dios.

—Todo irá bien —intento tranquilizarla, cogiéndola de la mano, aunque ni yo misma sé de dónde saco tanta serenidad—. Seguro que en breve nos dirán algo.

—Oye, Cami, ¿qué ha pasado con tu móvil? —pregunta Will, señalando el anticuado teléfono que lanza nuestra amiga encima de una mesita auxiliar.

Camila bufa de nuevo y sacude la cabeza.

—Me robaron el bolso hace unas semanas. Llevaba dentro el móvil y el portátil. La policía no ha podido dar aún con el ladrón.

—¡¿Qué dices?! ¿Y por qué no nos habías dicho nada?

Un gesto de disgusto se dibuja en su cara. Abre la boca para decir algo, pero parece que se arrepiente, pues la cierra de inmediato. Gime entre sollozos antes de balbucear:

—Han pasado… Han pasado demasiadas cosas estas semanas.

Will y yo nos miramos con preocupación. La realidad es que lleva unos días más triste de lo normal, con un semblante alicaído, como si algo le carcomiera por dentro. Algo atípico en ella, teniendo en cuenta que ilumina con su sola presencia la estancia cuando llega a algún lugar.

—Chicos, llevo unos días intentando contaros algo que ha pasado. —Agacha la cabeza y nos mira de reojo, como si le fuéramos a echar la bronca por todo con lo que está lidiando.

Tras unos segundos, alza el mentón de nuevo para continuar, pero sus ojos cristalinos evidencian que está a punto de romper a llorar.

—Ey, Cami. No pasa nada —la consuelo, pasando el brazo por sus hombros para atraerla hacia mí—. Leo se va a poner bien, ya lo

verás…

—No es solo eso, es que… —se desgañita sobre mi hombro—. He hecho algo horrible y me vais a odiar. Soy lo peor…

—Ni se te ocurra decir eso —le interrumpe Will, uniéndose a nuestro abrazo—. Hemos formado una pequeña familia y aquí estamos para apoyarnos los unos a los otros cuando haga falta.

—No os merezco. A ninguno de los dos. Leo también me va a odiar cuando despierte. Si es que a estas alturas lo hace…

—¡Familiares de Leonardo García! —advierte una voz grave que entra a la sala de espera.

Los tres nos levantamos de golpe. Giorgio y Andrea también se unen a nosotros.

—Soy su hermana melliza. ¿Cómo está, doctor? ¿Se va a poner bien?

—Leo ha sufrido algunas complicaciones, pero en estos momentos se encuentra estable. Hemos tenido que operarlo de urgencia. Tiene el fémur derecho fracturado y alguna lesión interna —informa con una voz serena—. No le voy a mentir, señorita García. Le llevará un tiempo recuperarse, pero saldrá de esta.

Nadie dice una palabra, nadie respira. Aunque todos sentimos un cierto alivio cuando el médico no pronuncia las palabras malditas. Esas que hubieran presagiado lo peor.

—Gracias —se limita a decir Camila, que se coge a mi brazo y la noto temblar.

Will también lanza una bocanada de oxígeno, soltando el lastre que lleva en su espalda desde que todo explotó por los aires.

—En cuanto a Alessio Santoro —continúa el médico—, ya está fuera de peligro. Ha tenido una pequeña conmoción al golpearse la cabeza contra el asfalto, pero no ha sido nada grave. Ya podéis pasar a verlo. No hacía más que repetir que quería ver a Daniela, su novia.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y los latidos de mi corazón vuelven a palpitar a su cadencia habitual. Doy gracias al sentir a Will sujetarme por detrás para evitar perder el equilibrio tras horas de incertidumbre.

Alzo la cabeza para encontrarme con Giorgio y Andrea, que asienten con la cabeza para que pase a verlo primero. Su «novia». Me ha llamado así delante de todos, en un apelativo que me enternece y me aterra a partes iguales.

Sigo al doctor con paso firme y, al entrar en la habitación, oigo a Alessio hablando por teléfono con su madre. Le asegura que se encuentra en perfecto estado y, al verme, se excusa y cuelga con la llegada del médico para examinarlo.

Intento sonreír al verlo despierto, pero las lágrimas no me dejan mostrar un ápice de felicidad. He estado a punto de perderlo. He estado a punto de perder a alguien que, hasta hace unos meses, no sabía que necesitaba tanto en mi vida.

Me lanzo a abrazarlo sobre la cama y deja escapar un ligero gruñido de dolor.

—Cerebrito, yo también me alegro mucho de verte, pero ve con cuidado, no sea que tenga que quedarme más tiempo en el hospital.

—Te quiero. Te quiero muchísimo, Ale —expreso al fin las palabras que llevaba días guardando mientras le beso en cada rincón de la cara.

Esta vez no hay dudas, no hay temor a manifestar lo que siento, porque las palabras fluyen solas, motivadas por un temor irrefrenable a perderlo. No hay mejor manera de confesar lo que uno siente que cuando la vida te da un ultimátum.

—Yo también te quiero, pequeña.

—Pensé que te perdía, que algo malo te había pasado y que no volvería a verte.

—¿Tú crees que me voy a ir de aquí sin darte esto?

Envuelve mi cara con sus manos y se acerca para besar mis labios. Saboreo hasta el último rincón de su lengua, como si fuera lo último que fuéramos a hacer en la vida. En este momento solo pienso en cuidarlo y protegerlo de cualquier amenaza exterior, como sé que él haría conmigo. Entre nosotros existe un vínculo único e indestructible, imposible de romper por nada ni nadie.

Una voz a nuestra espalda carraspea y salto del respingo.

—Parejita, comportaos, que estamos en un hospital, no en el *jacuzzi* de su casa en Ibiza —se mofa Asher, señalando con el dedo a

Markus, que viene detrás.

—¡Qué idiotas sois! —apunta Alessio, sacudiendo la cabeza.

—Oye, a mí no me insultes, que estábamos muy preocupados por ti —lo abronca el suizo—. He tenido que dejar a la prensa colgada por venir corriendo a verte.

Me aparto para que los chicos abracen a Alessio y le den una palmadita en la espalda, ese gesto tan sencillo con el que el género masculino se conforma para demostrar que todo va bien.

—No es que eso te suponga un problema, colega. Son una panda de buitres. Están deseosos de buscar carroña —apunta mi chico—. Desde que esa loca chismosa del *paddock* está en activo, no han dejado de echar mierda por todas partes.

—Pues no sabes la última que acaba de soltar —exclama Miller, mirando la pantalla del móvil. Abre mucho la boca para luego estallar en una carcajada—. ¡Vaya, vaya! Qué calladito se lo tenían los rusos.

Los tres nos quedamos en silencio, a la espera de que Asher siga hablando, pero él sigue haciendo *scroll* en la pantalla para leer los comentarios.

—¿Quieres soltarlo ya, capullo? —le riñe Markus, dándole un capón en la cabeza.

—Vale, vale, no te pongas así —refunfuña el inglés, acariciándose el cogote del dolor—. Lady Paddock dice, y cito textualmente: «Cuando más primo, más me arrimo, dice el refrán. Parece que el piloto Vladislav Sokolov y la modelo Irina Sokolova no comparten sangre, pero sí cama. Al parecer Irina es adoptada y solo cuando han sido mayores han reconocido su amor. Esto deja a Alessio Santoro, con el que la rusa había anunciado un compromiso, soltero. ¿O tal vez no? ¿Y el piloto italiano ha encontrado un nuevo amor? Seguiremos informando».

Mis piernas comienzan a temblar ante sus palabras. Tal y como lo dice, estoy segura de que nuestra relación está a punto de hacerse pública. El accidente de hoy no ha dejado lugar a dudas, sobre todo en el box, donde he entrado en estado de pánico ante la atenta mirada de todos los mecánicos e ingenieros del equipo.

Ya no hay ningún secreto, ya no hay vuelta atrás. No sé si estoy preparada para soportar todo lo que se me viene encima.

Alessio me lee el pensamiento, me agarra de la mano y tira de mí hasta tumbarme a su lado para envolverme entre sus brazos.

—Todo irá bien mientras estemos juntos —me susurra al oído con una voz dulce—. No tienes nada a lo que temer, pequeña.

Estudio a los tres hombres que se encuentran en la habitación bromeando, como si no estuvieran preocupados por lo que esta persona está provocando en todos nosotros. Quizá sea que estén más acostumbrados a ello, o puede que no den tanta importancia a los rumores.

Aun así, son muchos los secretos que está desvelando y temo que, si no le paran los pies a tiempo, podría provocar mucho daño a las personas que acusa directamente. En la última semana, el tipo de publicaciones ha traspasado de puros cotilleos de instituto a la revelación de información privada que ha perjudicado la vida personal y profesional de algunos de mis amigos y compañeros de equipo.

Sigo inmersa en mis cavilaciones cuando el móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco para consultar la notificación mientras Asher está retransmitiendo el momento en el que Alessio ha salido del coche para lanzarse a socorrer a su compañero. Dice que será su héroe a partir de ahora.

Reprimo una sonrisa, porque si alguien puede desviarnos de nuestros pensamientos es él. Pero mi intento por ver un resquicio de luz se elimina de un plumazo cuando leo la siguiente publicación:

Lady Paddock ♥

En efecto, Alessio Santoro ya no llora más la pérdida de su amada Irina, de la que me consta que sigue locamente enamorado. Por el contrario, ha preferido bajar varios escalones en su estatus social para conformarse con la becaria de Rosa Nera, una joven tan insulsa como aburrida, como despecho. Mis queridos *paddockers*, hagan sus apuestas. Yo no les doy más de un mes. Después, Santoro volverá a ser el Casanova de siempre.

40

Sellando fisuras

Alessio

Nevada, Estados Unidos
Circuito urbano de Las Vegas

A pesar de que los médicos me han recomendado reposo un par de semanas más, no he podido resistirme a darme el alta médica yo mismo para participar en los próximos circuitos que tendrán lugar en el continente americano. Apenas queda un mes para que acabe la temporada y cualquier punto que sumemos en las carreras finales será determinante para no acabar en los últimos puestos de la clasificación. Sobre todo, ahora que se sabe que Leo García no acabará la temporada y se prevé que no vuelva a la Fórmula 1 en los próximos meses.

La verdad es que siento lástima por él, porque veo que no ha terminado de congeniar con el equipo y, en parte, asumo cierta responsabilidad por no haber hecho más para que se sintiera como en casa. Eso sí, parece que esta semana ya le han dado el alta y le han trasladado en un avión medicalizado hasta su domicilio familiar en Texas. Me alegro de que, al menos, pueda recuperarse en casa.

Hemos aterrizado en Las Vegas esta misma mañana y, como todavía quedan un par de días para los entrenamientos libres, Asher nos ha arrastrado a Markus y a mí a salir de fiesta, aunque ninguno de los dos está de buen humor.

He tenido la suerte de poder escaparme de la cena oficial a la que varios patrocinadores nos habían invitado. Las Vegas no es un circuito cualquiera. Es otra fecha marcada en rojo en el calendario por sus altas dosis de glamur y escenas más propias de Hollywood que del mundo terrenal. Aun así, a mí solo me apetece pasar la noche con Daniela, aunque sea viendo una de esas series frikis que tanto le gustan a ella. Lo que sea, pero juntos.

Desde que nuestra relación salió a la luz, ella se ha mostrado algo distante conmigo. Tampoco ha ayudado que lleve las últimas semanas con la agenda repleta de entrevistas después de ese «heroico» momento en el Gran Premio de Bélgica, como dicen ellos, que para mí solo ha supuesto ayudar a un compañero.

Antes de ir a buscarla, he pasado por la tienda oficial de M&M's, de incógnito, para encargar un kilo de cacahuetes cubiertos de chocolate con su nombre. También he comprado un cojín con la forma del divertido muñeco, que sostiene un par de banderas a cuadros con motivo de la celebración del Gran Premio.

Me acerco al único sitio que me falta por ver y donde sé que puedo encontrarla. La observo de lejos, enfrascada en su proyecto final, con el que ya se están aplicando mejoras en la aerodinámica del monoplaza que parece que usaremos la próxima temporada. Se le ha ocurrido diseñar un alerón trasero móvil que simula los *flaps* de un avión y rota ciento ochenta grados con la velocidad del viento. Menuda invención.

—Cerebrito, te he estado buscando por el hotel y me habían dicho que llevas todo el día aquí encerrada —le digo mientras rodeo su cintura con los brazos y le doy un beso en la mejilla—. No es sano trabajar tanto, y te lo digo yo, que mi trabajo es mi *hobby* también.

—Alessio —da un respingo cuando me ve—. Pensé que no llegarías hasta mañana.

—Al final he podido volar hoy, pero he tenido que acudir a una cena con los patrocinadores y no me han soltado hasta ahora.

—Ya…

Vuelve a fijar los ojos en la pantalla del ordenador y termina de programar una serie de cálculos. Le dejo unos segundos de espacio para que finalice lo que está haciendo, aunque sé que algo le está

carcomiendo por dentro. La voy conociendo demasiado como para saber que es algo reservada cuando se trata de mostrar sus sentimientos.

—¿Qué pasa, nena? ¿Estás bien?

Cuando por fin se gira hacia mí, puedo ver sus ojos vidriosos y una punzada de arrepentimiento me atraviesa el pecho al pensar lo sola que debe de haberse sentido las últimas semanas.

—He tenido mejores momentos, para qué te voy a mentir —gime entre sollozos.

—Lo sé. Por eso te he traído esto —trato de animarla sacando la bolsa con los chocolates y el cojín.

Sus labios se curvan en una sonrisa, esa en la que juro que me quedaría a vivir para el resto de la eternidad. Sé que unos simples caramelos no bastan para levantarle el ánimo, pero ver el brillo en sus ojos, aunque solo sea por un instante, me inspira a inventar mil y una maneras de hacerla feliz.

—Gracias. Te lo agradezco de verdad —susurra en un hilo de voz.

—Oye, Dani, sé que las últimas semanas han sido bastante duras, pero queda poco para acabar la temporada y espero que después, sin los focos de las cámaras, podamos pasar más tiempo juntos.

La rodeo de nuevo con mis brazos, pero noto cómo todo su cuerpo se tensa. Quiero estar ahí para ella, para consolarla, para que me cuente todos sus demonios internos y poder espantarlos de un plumazo.

—No lo sé. Tengo que volver a Barcelona, pasar los próximos meses en casa con mi familia. A lo mejor… —hace una pausa—. A lo mejor, Lady Paddock tiene razón y en menos de un mes ya no estamos juntos.

Me aparto unos centímetros, sin dar crédito a lo que acaba de decir. Sus palabras me atraviesan como flechas, y siento cómo me flaquean las piernas. Espero que no lo diga en serio, que quizá solo se haya dejado llevar por las opiniones que circulan por ahí sobre ella.

—Jamás en la vida dejaría que te apartaran de mí, nena —le digo, atrayéndola hacia mí—. Sé que esto está siendo difícil de gestionar y siento no haber estado aquí para ti, pero solo te pido, por favor, que no hagas caso a los comentarios de las redes sociales.

—No es solo eso, Ale —resopla, cruzándose de brazos—. Es que siento que ya no encajo aquí. Desde que Will está hecho un alma en pena por el accidente de Leo y sin Camila cerca, tengo la sensación de que tú y yo estamos a años luz, viviendo en mundos distintos y separados por un abismo difícil de salvar.

Me llevo la mano a la cabeza y me masajeo la nuca. Tengo ganas de gritarle al mundo que quiero a esta mujer más que a nada en mi vida, que es lo más preciado que he encontrado, que renunciaría a todo lo que tengo con tal de que deje de pensar así.

Me duele ver un infierno reflejado en sus ojos y que no haya extintores suficientes para apagar el incendio que está viviendo por dentro.

—Es normal que te sientas así, pequeña. Pero nada ha cambiado entre nosotros. Es más, quería darte una sorpresa, pero te has adelantado y…

Ella se gira con curiosidad y veo que por fin he atraído su atención.

—¿De qué se trata?

—La próxima carrera es en Texas y le he pedido a Aurora despejar toda mi agenda para que pasemos unos días juntos antes del Gran Premio de COTA —le anuncio, acariciándole el pelo—. Al principio no le ha hecho mucha gracia, pero cuando le he contado que quería llevar a mi novia a recorrer parte de las carreteras de la antigua ruta 66 y luego llegar a Austin con un clásico Chevrolet Corvette, se ha emocionado tanto que ha dicho que se inventaría la mejor excusa para cancelar todos mis compromisos. Dice que eres una buena influencia para mí.

Daniela abre los ojos de par en par y, por un momento, sus lágrimas comienzan a evaporarse. Pero la contención no dura mucho cuando le digo:

—Por supuesto, te he puesto a ti de conductora principal. Sabía que te haría mucha ilusión y, si no, me lo ibas a echar en cara toda

la vida —bromeo, poniendo los ojos en blanco.

No me dice nada, no pestañea, pero atisbo una pequeña mueca de ilusión dibujarse en sus labios. De repente me abraza con ímpetu, se aferra a mí como si fuera nuestro último abrazo, como si no quisiera soltarme jamás. Un gesto que me derrite y me asusta a partes iguales, porque, con todo lo que está sucediendo, perderla sería un dolor que no podría soportar.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo, Ale? —balbucea, ahogada en llanto.

—¿Bueno? Te doy lo mínimo que te mereces, pequeña.

—¿Por qué estás haciendo todo esto por mí? —pregunta con incertidumbre—. Podrías tener a la mujer que quisieras, a cualquier modelo, cantante o actriz internacional. Hay mujeres guapísimas ahí fuera y, sin embargo, te conformas conmigo.

No entiendo su pregunta y me duele que se vea a sí misma con tan poca consideración. Daniela llegó a mi vida para desafiarme, para ponerme los pies en la tierra, para demostrarme que alguien que ha pasado por una situación tan dura como la de su madre todavía podía darme el cariño y el amor que necesitaba un alma perdida como la mía.

Por eso me duele que diga que me conformo, porque en todo caso sería al revés. A veces me pregunto cómo alguien como ella decide quedarse a mi lado, soportando mi pasado y mi mochila emocional, con la presión de la prensa y la vida pública sobre nosotros. No sé si encuentro las palabras adecuadas para decírselo, pero lo intento.

—Cuando te conocí, mi vida estaba vacía. No tenía a nadie por quien luchar. Me desvivía por y para los coches. Y cuando tú llegaste, eso cambió. Encontré en ti esa personita que me decía lo que no quería oír, que se desvivía por protegerme de que no me chocara contra un muro. Y soy consciente de que no solo lo hiciste desde un lado profesional, aunque sé que también eres la mejor en ello. Vi algo en ti que me hizo sentirme querido y yo quise devolverte una mínima parte de lo que tú has supuesto en mi vida.

»Así que, en cuanto acabemos lo que tengamos que hacer en Las Vegas, cogeremos ese coche tú y yo, y viajaremos durante tres

días hasta Austin, donde podrás ver a tu amiga Camila de nuevo.

Daniela estalla en lágrimas, pero esta vez no son de tristeza, sino de emoción. La abrazo y la estrecho contra mí, besándole el cuello. Entonces noto un nombre grabado en el bolígrafo que siempre lleva incrustado en el moño del pelo: Roser. Es el nombre de su madre y quizá lo lleve ahí siempre para sentirla un poco más cerca.

Me siento como un estúpido, me siento un imbécil por haber jugado con ella aquella vez. Le quité el boli para llamar su atención, como si tuviéramos cinco años. No era un simple objeto, era un amuleto con un gran valor sentimental, y le hice sentir terriblemente mal.

No sé cómo he tenido tanta suerte de que haya llegado a mi vida. Siempre pensé que, de alguna manera, la desdicha me perseguía, y algo me dice que con Daniela será igual.

La aprieto de nuevo contra mí, tan fuerte que quiero que nos convirtamos en uno. Instantes, minutos, todo el tiempo que haga falta, antes de que algo o alguien reduzca este momento a un simple recuerdo.

41

La gota que colma el vaso

Daniela

Austin, Texas, Estados Unidos
Circuito de las Américas

Mi estado de ánimo va mejorando por momentos, gracias, en parte, a la escapada que Alessio preparó para nosotros dos solos esta última semana. Hemos cruzado tres estados —Nevada, Arizona y Nuevo México— hasta llegar a Texas, donde este fin de semana está teniendo lugar el Circuito de las Américas.

Una de las ventajas de este trabajo es poder viajar alrededor del mundo y, aunque a veces solo visitamos los hoteles y los circuitos de cada país, siempre sacamos un huequecito para poder hacer este tipo de escapadas. Echo de menos a Will y a Camila, con los que he descubierto nuevos destinos, pero, sin duda, hacerlo con Alessio y poder pasar más tiempo juntos era algo que necesitábamos después de la eclosión de noticias que amenazaban nuestra relación.

Además, en Estados Unidos, los pilotos de Fórmula 1 no son tan conocidos como en Europa, por lo que hemos podido dejar de lado el modo incógnito y perdernos por las infinitas carreteras del país.

Hoy es domingo de carrera y esta ya está llegando a su fin. Desde que Alessio ha realizado un *undercut* a Sokolov cuando ha entrado en boxes para cambiar las gomas, el ambiente de las gradas se ha desatado, porque mi chico puede acabar esta carrera en el podio. Solo quedan un par de vueltas para el final en una

emocionante carrera en la que, si todo sale según lo previsto, Von Amsberg, el príncipe holandés, se hará con la primera posición, seguido de Markus y Alessio en tercer lugar.

Cuando el comisario agita la bandera a cuadros, la euforia se desata en el garaje de Rosa Nera. A pesar de los últimos escándalos, el equipo está ahora más unido que nunca y se desvive por sobrevivir en el campeonato. El ambiente en el *paddock* no se queda atrás, porque la *crème de la crème* de la alta sociedad texana y estadounidense se da cita para ver el espectáculo. Incluso el actor Matthew McConaughey no se ha querido perder la carrera en su estado natal.

Estamos acabando de recabar los últimos datos cuando dos rostros familiares se asoman por el garaje. Al principio no los he reconocido, pues todos los mecánicos y el equipo técnico han saltado a saludar al todavía piloto de nuestra escudería.

La cara de mi amiga Camila se hace un hueco entre ellos y corre hacia mí para saludarme, como si lleváramos años sin vernos.

—¡Dani! Cómo te he echado de menos, por favor —me susurra al oído mientras nos damos un caluroso abrazo.

—Y yo, amiga. Esto no es lo mismo sin ti.

—Oye, dejad un poco también para el resto —interviene Will, que lleva unas semanas medio deprimido y sé que la presencia de los García levantará un poco su ánimo.

—¿Cómo estáis? —pregunto mientras le tomo la mano y entrelazo nuestros dedos para sentirla más cerca.

Durante todo este tiempo ha sido casi como una hermana para mí, y perderla ha supuesto un golpe emocional difícil de encajar.

—Espero que Leo se esté recuperando poco a poco. Un tiempo en casa os irá bien.

—Pfff —resopla con hastío—. La casa de mis padres parece el camarote de los hermanos Marx. Mi tía Guadalupe ha montado una tienda de campaña en el jardín de casa y cada día cocinan para un regimiento entero. Si fuera por los vecinos, nos hubieran echado ya del barrio, pero mi hermano es una gran estrella del automovilismo y todos esperan poder sacarse fotos con él.

Will y yo nos reímos, y veo cómo este aprieta los dientes antes de preguntar:

—Cami, siento mucho que te enteraras por Lady Paddock de nuestra relación. Te lo quería haber contado, pero no era mi lugar. Tu hermano no me dejó y yo no quería interferir en vuestra relación.

Camila lo mira con los ojos bien abiertos y abre la boca para contestar, pero parece que prefiere cambiar sus palabras y se limita a contestar:

—Te ha echado mucho de menos. Sales mucho en nuestras conversaciones.

—¿En serio? ¿Ha estado hablando de mí?

Ella asiente y los tres nos giramos para contemplar a Leo, que se encuentra en una silla de ruedas en mitad del box.

—Vamos a saludarlo —lo animo a que me siga, pues lleva un buen rato dudando y necesita un empujoncito que lo lleve hasta él.

—Hola, Leo —me inclino para abrazarlo—. Me alegro de verte; te hemos echado en falta por aquí.

—Gracias, Dani —dice con una cierta timidez.

Es bastante hermético e imagino que está sobrepasado por la situación. Esta debería haber sido su carrera, la que corriera en casa. Y, sin embargo, ahí está postrado, con una pierna rota, sin poder competir durante un tiempo.

—Hola, Will.

Ambos se saludan con un choque de manos, más propio de dos colegas que de dos amantes que han estado escondiéndose en la intimidad. Me da lástima verlos así y espero que, en algún momento, tengan la oportunidad de verse en privado y aclarar sus sentimientos. Si llevar mi relación con Alessio se ha convertido en una auténtica montaña rusa emocional, no me quiero imaginar lo que supone que dos hombres lo hayan llevado tanto tiempo en secreto.

Atisbo a mi chico acercarse a lo lejos, con su pequeño trofeo de titanio, caminando exultante hacia el box. Viene todo sudoroso, sacudiéndose la cabeza, y me dedica una sonrisa eufórica, sabiendo que solo tiene ojos para mí. Pero cuando pone un pie en el garaje,

se da cuenta de quiénes nos han venido a visitar y, antes de nada, se dirige hacia su compañero:

—¡Hombre! Los mellizos García. Qué alegría veros por aquí.

—Santoro, contigo quería yo hablar—exclama el americano, intentando levantarse de la silla, pero Alessio lo sujeta por los brazos y lo alienta a sentarse de nuevo.

—Eh, no quieras correr. Sé que algún día te gustaría llegar a ser tan buen piloto como yo, pero no con el fémur roto —bromea y provoca una carcajada general en el grupo.

—No tienes remedio, compañero —sacude la cabeza y su semblante se torna más serio—. Oye, tío. No he tenido la oportunidad de darte las gracias por todo lo que hiciste por mí. Me salvaste la vida y no hay palabras suficientes para agradecértelo.

—Palabras no, pero comida de sobra para un país mediano, la que queráis —añade Camila, rompiendo el tono formal que se ha instalado en el ambiente y provocando las risas del grupo—. Mi tía Guadalupe está preparando un pastel de merengue que está para chuparse los dedos. Dice que estáis todos invitados a cenar esta noche en casa.

—Dime que también ha hecho tacos —añade Alessio—. Estaba esperando al Gran Premio de México para devorarlos junto a una michelada, pero, viniendo de vuestra familia, seguro que están mucho mejor.

Los mellizos relatan, entre risas, las virtudes de la gastronomía familiar de los García y de esas recetas secretas que pasan de generación en generación como si fueran secretos de Estado. Basta con que alguien mencione la palabra «comida» para que Asher se acerque, atraído por la conversación, y Markus no tarda en seguirlo para saludar a Leo con una palmada en la espalda y lanzar una mirada cómplice a Camila que soy incapaz de descifrar.

Alessio me guiña un ojo. Es un gesto breve, casi imperceptible que solo noto yo, pero suficiente para transmitirme la promesa silenciosa de que, más tarde, cuando todo esto termine, volveremos al hotel y nos perderemos entre las sábanas para seguir recordando nuestro viaje en carretera.

Mientras las bromas de Asher calientan el ambiente, yo me mantengo en un segundo plano, observándolos a todos. Y, entonces, lo siento: un pellizco en mi interior que me recorre todo el cuerpo.

Por fin puedo decir que hemos creado algo parecido a una familia. Que, poco a poco, la buena sintonía que se había resquebrajado en las últimas semanas empieza a recomponerse. Ya no hay tensiones en el ambiente ni silencios incómodos. Solo risas, miradas cómplices y una sensación de verdadero hogar en mitad del caos que solemos vivir en el *paddock*.

Pensar que estas personas, que hace menos de un año eran unas completas desconocidas, se han convertido en piezas indispensables de mi vida consigue que el corazón se me ablande por un instante. Por primera vez desde que empecé esta aventura, siento que todo está bien. Que el círculo se ha cerrado. Que he encontrado mi sitio.

Y justo entonces, como si el destino tuviera otros planes y no tolerara demasiada calma, un estruendo irrumpe desde las pantallas del circuito.

Las risas se apagan. Las conversaciones se cortan en seco.

Todos nos giramos al unísono para mirar las imágenes que empiezan a retransmitirse, sin saber aún que este instante de paz acaba de llegar a su fin.

Una voz femenina en *off*, con un impostado deje aristocrático, comienza a leer en voz alta las publicaciones que Lady Paddock ha difundido durante los últimos meses. En la pantalla se suceden recortes de periódicos, fragmentos de ruedas de prensa, declaraciones sacadas de contexto y un sinfín de titulares relacionados con la persona que ha causado tanto daño a mi grupo de amigos.

Las viejas pesadillas resurgen de nuevo y, en este instante, intuyo que algo catastrófico está a punto de suceder.

—¿Qué coño es todo esto? —exclama Will, incapaz de apartar la mirada de las imágenes parpadeantes.

Camila se tensa a mi lado mientras los chicos adoptan expresiones de fastidio y desconcierto, molestos por lo inoportuno del momento.

—Hoy me despido de todos vosotros, al igual que de la Fórmula 1 —anuncia la narradora con una calma calculada—. Así que, antes de irme, quiero haceros un último regalo: desvelaros mi identidad.

—¿Qué cojones…? —maldice Asher.

—Esto tiene que ser una puta broma —añade Alessio, con la mandíbula apretada.

—Shhh, callaos —ordena Leo, sin apartar los ojos de la pantalla —. Por fin podremos ponerle cara a esa rata de alcantarilla.

Mi respiración se vuelve irregular y una punzada de ansiedad me atraviesa el pecho. Que revele su nombre o su cara no es algo tan relevante como el hecho de que anuncie el final de toda esta pesadilla.

Aun así, los acontecimientos vividos en las últimas semanas desfilan por mi mente como fotogramas en una vieja sala de cine: secretos desvelados en el peor momento, titulares incendiarios, silencios impuestos…

En la pantalla, una cuenta atrás comienza a descender.

Cuatro, tres, dos…

Un fundido a negro incrementa la tensión del ambiente. La euforia de las gradas se ha apagado por completo, como si estuviera en casa un domingo cualquiera viendo las carreras y bajara el volumen del televisor.

La pantalla parpadea y, acto seguido, enfoca la retransmisión en directo del circuito: las gradas repletas de espectadores ojipláticos, los boxes abarrotados, el podio vacío, la humedad que aún emana del asfalto… La cámara realiza un barrido lento por todo el complejo hasta detenerse en nuestro grupo.

Reconozco a Alessio, a Markus, a Asher, a Leo en silla de ruedas. Will permanece a mi lado, con el rostro desencajado. Yo ni siquiera soy capaz de sostener el reflejo de la pantalla, porque no doy crédito a lo que está ocurriendo.

—Supongo que ya no tiene sentido seguir escondiéndome —continúa la voz en *off*.

La cámara hace un leve *zoom* sobre nosotros tres y el plano se cierra todavía más, hasta dejarnos fuera a todos, excepto a dos.

—Lady Paddock siempre ha estado más cerca de lo que creíais —continúa—. Observando. Escuchando. Esperando el momento adecuado.

Y entonces mi corazón se detiene cuando la veo.

Veo a mi amiga en carne y hueso, a mi lado. No es una imagen de archivo, ni una captura de sus redes sociales. Lleva la misma ropa, el mismo gesto tenso, la misma respiración contenida.

—Jo-der —masculla Asher.

Los chicos se giran al unísono para mirarla. Yo me he quedado congelada, incapaz de alzar la vista, pero sé que ella recorre con los ojos al grupo de pilotos que la observan con una mezcla de desconcierto y horror.

Cuando al fin se detiene en nosotros, puedo ver su rostro aterrorizado: los labios temblorosos, las manos agitadas y las piernas a punto de fallarle. Amaga con decir algo, pero las palabras se le quedan atrapadas en la garganta.

Camila, mi única amiga, la que me ha tratado casi como una hermana…

No puede ser. Ella no.

—Chicos… —balbucea con un hilo de voz—. Dejad que me explique, por favor.

El silencio es tan espeso que duele.

—Esto tiene que ser un montaje —exclama Leo—. Camila Isabela García, dinos ahora mismo que todo lo que están diciendo es mentira.

Ella agacha la cabeza, sin confirmar ni desmentir nada. El mundo se para unos segundos que se antojan eternos.

—Yo… —susurra—. Yo empecé la cuenta de Lady Paddock, sí.

Siento cómo algo se rompe dentro de mí con un crujido silencioso. Pero no se trata de rabia, ni de miedo, es traición.

—No me lo puedo creer —grita Markus, apretando los dientes.

—Al principio fue algo inocente, para animar el ambiente —continúa Camila—. Pero hace unas semanas me robaron el bolso. Tenía todo dentro, incluido el móvil y el ordenador.

Reconozco la historia. Es la misma que nos contó en el hospital. Y ya no sé qué creer.

—Quise cerrar la cuenta cuando alguien filtró lo vuestro —añade, señalando a su hermano y a Will—, pero ya era demasiado tarde. Alguien había hackeado mi perfil y empezaron a publicar cosas horribles sobre todos vosotros. Intenté contároslo varias veces, pero luego ocurrió el accidente y…

Los latidos de mi corazón ya no son un mero aleteo; se han transformado en mazazos que me martillean todo el pecho. Ya no distingo entre realidad y ficción, entre amistad y traición. Todo esto me queda demasiado grande. Yo no pertenezco a este mundo. Nunca debí salir del taller de mi padre.

Camila me mira con arrepentimiento, pero yo solo puedo fijar la vista en la puerta de salida del garaje. Solo pienso en huir, en correr lejos y largarme de aquí.

—¡Daniela! —me grita alguien por detrás.

Yo ya no escucho. No sé en qué momento mis pies han obedecido a mis propios impulsos y me han sacado del garaje, cruzando el *paddock*, rodeando el *motorhome* de McKenzie hasta llegar al aparcamiento exterior.

Me detengo unos segundos para coger aire, para asimilar lo ocurrido, pero alguien me intercepta. Al girarme, me encuentro con un micrófono a escasos centímetros del rostro y una cámara demasiado cerca.

—Daniela Serra —me acorrala una periodista con ganas de carnaza—, ¿te sientes traicionada tras revelarse la identidad de Lady Paddock? ¿Qué opinas de que alguien cercano haya hecho pública tu relación con el piloto Alessio Santoro?

—No… —niego con la cabeza—. No tengo nada que decir. Dejadme en paz.

Echo a correr, pero la periodista y el cámara me pisan los talones, insistiendo.

—¿Crees que Santoro ha iniciado esta relación contigo por despecho tras su ruptura con la modelo Irina Sokolova?

Las lágrimas me nublan la vista. Ya no sé dónde esconderme. Veo de reojo cómo otra pareja de reporteros se aproxima corriendo, lanzando preguntas que apenas consigo procesar.

No puedo más. No aguanto este acoso. Me falta el aire. Creo que estoy a punto de desmayarme.

—¡Daniela, sube! —me grita alguien que detiene su coche de manera brusca frente a mí.

Reconozco a Andrea al volante. Durante unos segundos, no soy capaz de pensar con claridad. Ya no sé de quién fiarme y de quién no.

—¡Corre! ¡Sube ya! —insiste, con el rostro desencajado.

No sé en qué momento obedezco. Lo último que recuerdo es desplomarme en el asiento del copiloto mientras Andrea acelera y sale del aparcamiento.

Después, todo se vuelve negro.

42

Cerrando cicatrices

Alessio

São Paulo, Brasil
Circuito de Interlagos

Llevo más de una semana con un humor de perros desde que no sé nada de Daniela. Después del Gran Premio de Texas, donde se destapó el escándalo en el que se identificó a Camila como Lady Paddock, ella salió huyendo, probablemente al verse traicionada por la que ya consideraba como una hermana. Esa noche no hubo cena con los García. Ni con nadie. Todos estábamos devastados. Los mellizos volvieron a casa y puede que no los volvamos a ver en una buena temporada.

Markus dice que hay algo en sus ojos que le indica que no mentía, pero yo no la conozco lo suficiente como para poner la mano en el fuego. Parece que la hermana de Leo García ha despertado más que un sentimiento de amistad en mi amigo Mark, algo que he intuido mientras tomábamos unas copas en un reservado del bar del hotel. Este país es tan inseguro que ni siquiera nos dejan salir del complejo si no es con un buen ejército de guardaespaldas que nos escolten a todas partes.

Llevo desde aquel domingo intentando contactar con Daniela, hasta el punto de que temo que acabe denunciándome por acosador. Pero no me importa, solo quiero hablar con ella y saber que está bien. No me quiero imaginar lo que tiene que estar

pasando por su cabecita en estos momentos, y me duele pensar que no haya recurrido a mí para protegerla como he hecho siempre.

Tan solo recibí un mensaje de ella, al cabo de dos días, pidiéndome espacio. Andrea me aseguró que se había tomado unas semanas de descanso para volver a casa. Él dice que le gustaría volver a contar con ella la siguiente temporada y que incluso sigue trabajando desde España en el proyecto final que ya le ha entregado.

Temo que con esto cierre su aventura en Rosa Nera y que no quiera volver a formar parte de la Fórmula 1, porque eso significa que tampoco querrá saber nada de mí ni de este mundo de mierda que me rodea. Detesto que haya renunciado a nosotros, a nuestra relación y al amor infinito que no sabía que podía llegar a sentir por ella.

No he pegado ojo desde entonces y esta noche me propongo dormir diez horas seguidas. Pulso el botón de subida en el *hall* del hotel, ese que me llevará a mi habitación. No tengo apenas fuerzas ni para ponerme el pijama. Estoy completamente devastado y se me han quitado hasta las ganas de comer.

Las puertas del ascensor se abren y, frente a mí, aparece Emily Olsen. No he vuelto a hablar con ella desde que salió a la luz su denuncia y la detención de mi padre y del *team principal* por presuntos abusos sexuales hacia varias menores, entre ellas Olsen, cuando tan solo contaba con diecisiete años.

—Hola, Emily.

—Hola —susurra entre dientes, con un atisbo de timidez.

Sé que no es el mejor momento para hablar con ella, cuando llevo varias copas encima, pero soy consciente de que tendría que haberlo hecho mucho antes. Cuanto más tiempo lo posponga, peor será.

Un silencio espeso inunda la cabina metálica. Abro la boca para hablar, pero las palabras se enroscan en un nudo en mi pecho. Trago saliva y me humedezco los labios antes de lanzarme:

—Oye, Emily —digo al fin.

—Alessio, quería… —habla al mismo tiempo.

Ambos sonreímos.

Hace un ademán con la mano para que empiece yo cuando las puertas del ascensor se abren y salimos en la misma planta.

—Quería pedirte disculpas por todo lo que has pasado —afirmo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No solo por todo lo que sufriste con mi padre y con Ferrara, sino también por no haberme acercado a hablar contigo antes. Eres una compañera y…

—¿Me crees? —balbucea, con un cariz de desconcierto en su cara.

Su pregunta me desarma, pues no sé qué significa. Doy por hecho que todas las acusaciones son reales, incluso sin haberse celebrado todavía el juicio que está programado para dentro de unas semanas. No solo la creo por mis recuerdos de la infancia —aquellos de la fiesta y de otros que van surgiendo con el tiempo—, sino por la confesión de Daniela el día de su cumpleaños y por el comportamiento misógino que ambos hombres han mantenido durante años con respecto a las mujeres.

—¿A qué te refieres? Claro que te creo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Emily resopla y se agarra el codo con la mano contraria.

—Es difícil que alguien dé por bueno tu testimonio cuando quienes han causado los hechos son dos hombres con mucha reputación en el mundo del automovilismo y tú eres una mujer.

No conozco lo suficiente a la piloto como para saberlo, pero, por lo que puedo entrever en sus ojos, sé que dice la verdad.

—Mira, Emily... No sé hasta qué punto contarte esto —afirmo, rascándome la cabeza—, pero yo viví un infierno con mi padre cuando era pequeño y sé lo que es que nadie te crea cuando eres solo un crío y él un afamado piloto de Fórmula 1.

Ella abre los ojos de par en par y se pone rígida.

—Lo siento. Lo siento de verdad. No sabía que…

—Además, mi chica sufrió un episodio similar una noche y, gracias a tu testimonio, ella recordó todo lo que le había pasado —explico, temeroso de estar contando más de la cuenta, pero con la intención de quitarle un peso de encima a ella.

—¿Daniela? —pregunta, y un brillo se refleja en sus ojos—. La conocí una mañana en Mónaco. Es una chica estupenda y muy

inteligente.

—Lo sé, es la mejor. —Esbozo una media sonrisa con nostalgia —. Aunque, después de todo lo que ha pasado, no sé en qué punto estamos ahora mismo.

Emily tuerce el gesto. Intuyo que está buscando las palabras adecuadas de ánimo, sin interceder demasiado en mi vida privada.

—Sé que todos estáis muy enfadados con lo que ha pasado, pero Lady Paddock recogió varios testimonios de víctimas para crear un caso. Yo tampoco sabía que se trataba de Camila, aunque, gracias a ella, tuve el valor suficiente para dar un paso adelante.

—Me alegro de que la verdad salga a la luz, pero… —carraspeo y me quedo absorto en un punto por encima de su hombro— ella hizo algo más que todo eso y, por su culpa, puede que haya perdido a Daniela para siempre.

—Volverá. Solo tienes que luchar un poquito más.

—Nunca dejaré de hacerlo.

Emily sonríe de manera complaciente. Amaga con girarse para dirigirse a su habitación, pero se da la vuelta en el último instante para decir:

—Eres un buen hombre, Alessio Santoro. Igual que Raffaele. Mi abuela coincidió con él en alguna carrera y siempre decía que era todo un caballero. En una ocasión, me llegó a confesar que tuvieron un breve romance antes de que él conociera a tu abuela —susurra esto último, mirando a lado y lado del pasillo, para constatar que no nos haya oído nadie.

—¿En serio? —Suelto una carcajada. Nunca pensé que hoy me iría a dormir con esta noticia bomba—. Vaya, vaya. Necesito saber más de esa historia. Tendrás que contármela algún día tomando un café.

—Trato hecho. Cuando acabe la temporada, un día os venís Daniela y tú a pasar unos días a mi casa de Tromsø. A esas alturas del invierno se podrán ver con claridad las auroras boreales.

Sonrío de manera educada, temiendo lo que nos depare el futuro después de la última carrera. Pero se le ven buenas intenciones, así que le agradezco la invitación.

Nos disponemos a despedirnos para irnos cada uno por lados opuestos del pasillo y, antes de girarme, le digo.

—Oye, Emily.

—Ajá.

—Espero que paguen por todo lo que os han hecho pasar a ti y a las otras chicas.

Emily no dice nada, pero asiente de manera contenida.

—Sé que pronto se celebrará el juicio… —continúo, temiendo decir algo equivocado, pero en este momento solo quiero que se haga justicia con ella y con las otras víctimas— y, aunque no tengo una máquina del tiempo para dar marcha atrás y borrar todo tu sufrimiento, hablaré con mi abogado para ver la manera de ayudarte en el caso.

—¿En serio harías eso por mí?

—Lo que sea por restaurar tu honor y, ya de paso, limpiar el apellido de mi abuelo.

—Él estaría muy orgulloso de ti.

—Eso espero —contesto, pensando en su legado—. Buenas noches, Emily.

—Buenas noches, Alessio.

43

Tocando fondo

Alessio

Doha, Catar
Circuito Internacional de Losail

Las semanas siguen pasando en el calendario y no consigo saber nada de Daniela. Mi cabeza está en Barcelona y hoy no he podido acabar la carrera por un estúpido fallo de novato que casi me cuesta una descalificación para la última carrera de la temporada.

Cada día, al despertar y al acostarme por la noche, le envío un mensaje recordando cada momento que hemos vivido juntos desde que nos conocimos. Esta mañana he rememorado los días que pasamos en Ibiza, en el columpio del jardín en casa de mi amigo, con Kaiser echando la siesta a nuestros pies, mientras Daniela y yo nos besábamos. Daría lo que fuera por volver a transportarnos a ese lugar y vivirlo todo con ella como si fuera la primera vez.

Sin embargo, aquí estoy, en otra cena con los patrocinadores, fingiendo poner buena cara para que acaben de convencerse de que su pasta está bien invertida. Cada vez odio más estos saraos, no van nada conmigo. Antes solo pensaba en salir de fiesta, posar para todas las revistas y acabar cada noche con una chica distinta en la cama.

Sin embargo, esta temporada me ha transformado. Así al menos me lo ha corroborado Giorgio, al que este año he podido conocer mejor, y se siente como tener a mi abuelo cerca. Me ha asegurado

que quiere seguir contando conmigo la siguiente temporada y que convenza a la cabezota de mi novia para que también se quede en Rosa Nera. Que no solo es la mejor realizando mejoras en el monoplaza, sino planeando la estrategia e, incluso, me hace bien a mí como piloto y persona.

Ahí le he dado la razón. Ella lo ha supuesto todo para mí esta temporada y le he prometido que trataré de convencerla para que vuelva. Aun así, me da igual que quiera volver a Rosa Nera; como si quiere hacerlo a otra escudería o seguir un tercer camino. Solo quiero que sea feliz, que tenga sus propias metas y busque la manera de sacar todo ese potencial que lleva dentro. Y, si decide darnos otra oportunidad, yo estaré a su lado para apoyarla en la decisión que acabe tomando.

Me dirijo al baño a lavarme la cara y despejarme. Los cataríes no toman alcohol, por las fuertes restricciones de las leyes islámicas. Eso sí, cuando se trata de un evento privado, los chupitos de tequila corren como la pólvora y se deslizan por mi garganta quemándome todo el cuerpo. Lo que sea por olvidar que esta noche no quiero estar aquí.

—Hola, amor. Hacía tiempo que no nos veíamos —me saluda una dulce voz femenina, llevándome a un reservado.

—¿Dani? ¿Estás aquí? Dime que eres tú —contesto confundido entre la embriaguez y la oscuridad de las sombras.

—Claro, amor. ¿Quién va a ser, si no?

—Te he echado de menos, Dani. No sabes la falta que me has hecho.

—Yo también. Son muchos meses sin verte —susurra apenas en un hilo de voz.

—¿Meses? —pregunto desconcertado—. Apenas han pasado tres semanas.

—Ay, sí, claro. ¡Qué tonta soy!

¿A qué ha venido ese comentario? Daniela nunca se equivoca, y menos con una tontería así. Da igual, solo tengo ganas de rodearla con mis brazos y besarla hasta que salga de nuevo el sol.

Se acerca con desesperación a besarme el cuello, en un arrebato demasiado impropio de ella. Cuando su aroma sube por mis

fosas nasales, noto algo diferente. El olor a su perfume es intenso, sobrio, amaderado.

—¿Te has cambiado el perfume? Me gustaba más tu olor a sandía.

Daniela gime de asco y se limita a asentir con un sonido en la boca, pero sigue lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Con un cierto grado de incomodidad, que atribuyo al alcohol, la rodeo con los brazos y le paso la mano por el cabello. De repente, siento que algo no va bien. Nada de lo que está pasando está bien. Tiene el pelo muy fino, en una melena que le llega por los hombros. Daniela, por el contrario, lo lleva largo, recogido con el boli de su madre o suelto cuando hemos salido juntos en nuestros ratos libres.

—¿Quién coño eres? —grito, dando un respingo.

—Soy yo, amor. —Ahora percibo su voz con más nitidez.

—Tú no eres Daniela —niego, sacudiendo la cabeza y apartándome para salir de nuevo hacia el pasillo.

Cuando un resquicio de luz se cuela a través de la puerta, reconozco su cara.

—Pero ¿qué…?

—Vamos, amor, no te hagas de rogar.

—Joder, Irina, ¿se puede saber qué coño estás haciendo? ¿Es que te has vuelto loca? —grito de desesperación.

La modelo se cruza de brazos y me mira con cara de fastidio.

—Antes te gustaba que pasáramos tiempo juntos. Pero ahora te has vuelto un aburrido. Igual que esa niñata a la que llamas novia. Bueno, llamabas.

Mi cuerpo se tensa y me cruzo de brazos para fulminarla con la mirada.

—Ni se te ocurra nombrarla. Tienes prohibido decir su nombre o hablar de ella.

—Ni falta que hace —contesta, mirándome con desdén—. Desde que te ataste a ella, la diversión se acabó.

—¿Qué coño te pasa en la cabeza? ¿Por qué no te quedó claro la última vez que estuvimos juntos que no quería saber nada más de ti? ¿Es que tu primo se ha cansado ya de ti?

—¡Ja! Vlad se muere por mis huesos, pero sabe que no soy perra de un solo collar y que me gusta lucir una joya nueva cada día —afirma de manera descarada.

—No tienes remedio, Irina. De verdad que lo tuyo no tiene nombre. Necesitas constantes atenciones y no te vale solo con tu primo, que encima... —me interrumpo a mí mismo—. ¿En serio ni te ha molestado que se haya hecho pública la relación con un hombre que todo el mundo creía que era de tu familia? Conociéndote, estoy seguro de que estás encantadísima con que Lady Paddock te haya dado tus quince minutos de fama, aunque sea a costa de sacar un cotilleo repugnante sobre vosotros dos.

Irina se cruza de brazos y dibuja en su cara una sonrisa desafiante.

No me lo puedo creer. Es tan egocéntrica que sería capaz de inventarse un bulo sobre sí misma solo para acaparar la atención durante unos minutos.

Un resquicio de lucidez me viene a la mente y, en este instante, percibo que cualquier rastro de alcohol se ha borrado de mi cuerpo. Recuerdo la confesión de Camila; la de que alguien le había robado el móvil y el portátil. Recuerdo también que el clan de los Sokolov tiene, entre su conglomerado de empresas, una potente multinacional tecnológica capaz de hackear el mismísimo sistema de la Casa Blanca o del propio Kremlin. Por lo que entrar y manipular el disco duro de una chica de veintipocos años resultaría pan comido para ellos.

—¡Fuiste tú! —la acuso, apuntándole con el dedo. No es una pregunta, es una afirmación directa que lanzo como una catapulta.

Irina no dice nada, solo me sigue desafiando con su gesto. Su sonrisa se ensancha todavía más, hasta tensar el rostro, y ya solo puedo ver lo artificial que es. Por fuera y por dentro.

—¿Le robaste el portátil a Camila García y te hiciste pasar por Lady Paddock estos últimos meses? —le grito, desesperado.

—La estúpida de ella no usó ni una barrera de seguridad. Averiguar quién era y tomar control de su perfil fue tan fácil para mis chicos como quitarle un chupete a un niño de dos años.

—¿Cómo te puedes sentir orgullosa de ello? ¿Eres consciente de la que has liado?

—Por fin, alguien se da cuenta. Esta obra maestra tenía que salir a la luz —presume, besándose los nudillos con una altanería desbordada.

—Nunca pensé que caerías tan bajo. Eres sucia, rastrera, mentirosa y una manipuladora de manual. Al igual que tu primo, que casi nos mata a Leo y a mí en Bélgica.

Rechino los dientes con desesperación y veo lo calmada que está, un detalle que me enerva aún más.

—Vlad te odia por haber estado tanto tiempo conmigo. Tenía que hacértelo pagar de alguna manera —revela, como si lo que acabara de decir no fuera una amenaza directa de muerte.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Sois una panda de pirados en vuestra familia —espeto, sacando bilis por la boca—. ¿Qué cojones tenían que ver Leo, Will, Asher, Markus o Daniela para que sacaras toda esa mierda de ellos?

Su semblante, hasta ahora relajado, se convierte en un huracán a punto de arrasarlo todo.

—¡Todo! ¡Tenía que ver todo! —grita al fin como una energúmena—. Yo también estuve con Markus hace tres años y él le quitó la plaza en Morrison a Vlad. Münster va a ser ahora campeón del mundo y es algo que mi primo no puede soportar —alza las manos al aire—. En cuanto a los otros pilotos y al mecánico, solo quería incendiar un poco el ambiente para que culparan a Camila García de haber desatado el caos y que hubiera un chivo expiatorio al que echar toda la mierda. Simples víctimas colaterales.

Mil pensamientos pasan por mi mente y ya no puedo parar.

—Estás jodida de aquí arriba —indico, tocándome la cabeza—. Y que hicieras pública mi relación con Daniela era solo para acabar de romperme del todo, ¿no?

Irina chasquea la lengua.

—En realidad, era para que la *nerd* se asustara y se marchara de vuelta por donde ha venido. He conseguido mi propósito. Ya tengo vía libre para poder volver contigo, amor.

Se acerca para agarrarme de los hombros y yo la aparto con brusquedad. Maldigo por dentro al pensar todo el tiempo que he desperdiciado con una persona como ella y en que, encima, haya conseguido su objetivo de alejarme de Daniela.

—No me lo puedo creer —niego, masajeándome las sienes, cuando recuerdo otra de sus publicaciones—. O sea, que pensabas que aireando tu relación con Vladislav serviría para que nadie te acusase de apropiarte de la cuenta.

Asiente, orgullosa, mientras estira los dedos frente a sí para observar su exagerada manicura.

—En realidad, pensaba que te pondrías celoso de él y encontraría la forma de atraerte a mí —concluye acercándose de nuevo—. Así que, ahora que todas las cartas están sobre la mesa, ¿podemos empezar de nuevo? Dime en qué habitación te alojas y esta noche haré que te olvides de todo.

—Se acabó, Irina. No te lo voy a volver a repetir —exclamo con voz firme, apartando sus manos de mi pecho. Me dispongo a largarme de allí tan pronto como pueda, pero antes de irme le aconsejo—: Tienes que buscar ayuda para tratar eso que te pasa en la jodida cabeza, porque no es puto normal.

Sus súplicas se pierden en el aire, porque yo ya he abandonado el reservado y me dirijo a la salida del restaurante. Ya no me importan las cenas con los patrocinadores ni que me multen por faltar a actividades del campeonato. Mis prioridades están claras y, por una vez, voy a tomar las riendas de mi vida.

44

Volver a empezar

Daniela

Barcelona, España
Taller mecánico Serra, Mataró

No son ni las ocho de la mañana. Apenas he pegado ojo en toda la noche y llevo en el taller un par de horas arreglando este viejo Autobianchi A112 Abarth, de principios de los ochenta. Como todo hierro italiano, sufre sus fallos electrónicos complejos, pero también cuenta con esa solera y belleza que me recuerdan a mi segunda casa, Rosa Nera.

Y, con ello, no puedo dejar de pensar en Alessio. El otro día me resistí a ver la carrera de Catar, aunque mi padre y mi hermano me engañaron cuando me aseguraron que íbamos a ver una película. Habían pedido *pizza*, además de plantar frente a mí un bol de palomitas y una bolsa de cacahuetes con chocolate para la ocasión. Con eso ya no podía decir que no.

Cuando el semáforo apagó la quinta luz, ya no despegué los ojos de la pantalla. No pude dejar de darle vueltas a la estrategia que mi equipo había utilizado. Alessio estaba despistado —más de la cuenta— y eso le jugó una mala pasada cuando acabó con un DNF en medio de la carrera. Sentí una mezcla de rabia y arrepentimiento, porque sé que él estaba mejorando conforme avanzaba la temporada y puede que mi marcha haya tenido que ver con su derrota.

—Buenos días, Ratita. ¡Qué madrugadora!

—Hola, papá. No he podido dormir mucho esta noche.

Mi padre deja un termo de café sobre la mesa y se apoya en el taburete de un asiento de tractor modificado.

—Daniela, tenemos que hablar —capta mi atención y coge aire en sus pulmones.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupada—. ¿Es por mamá? ¿Está bien?

—Tu madre está bien, dentro de lo que cabe —matiza, pasándose la mano por el poco pelo que le queda—. Eres tú la que me preocupa. Desde que has vuelto no eres la misma.

—Papá, estoy bien. Solo necesito tiempo y digerir algunas cosas.

—No eres feliz aquí.

—Sí, lo soy. ¿Por qué dices eso? Me encanta trabajar contigo en el garaje —protesto, haciendo aspavientos con las manos.

Mi padre hace un mohín de incredulidad.

—¿Sabes dónde te he visto feliz como nunca? —levanta las cejas —. Trabajando para los italianos. Y soy consciente de que uno de ellos, en especial, es el que ha conseguido que irradies esa preciosa sonrisa que has tenido durante toda la temporada. Esta experiencia te ha hecho madurar como persona y como profesional. No me gustaría que tomaras una decisión en caliente de la que luego te arrepientas.

—Son un gran equipo, no te voy a mentir.

—No me refiero a eso, y lo sabes… —compone una mueca burlona—. Me encantaría que te quedaras aquí, pero me encantaría aún más que pelees por tu futuro y por tus sueños —me dice, posando la mano sobre mi hombro—. He visto que Andrea Rossi te ha enviado el contrato de renovación para la temporada que viene. Lo vas a aceptar, ¿no?

Me encojo de hombros y pienso en todo lo que he conseguido aprender este año. La temporada que viene pasaría a ser ingeniera júnior y el salario que me han ofrecido es muy jugoso. Con eso podría ayudar a mi padre con las facturas de la residencia de mi madre.

—No sé, ya veremos.

Una llamada entrante al móvil de mi padre me provoca un respingo. Aprieta el botón de aceptar y, tras escuchar algo al otro lado de la línea, contesta con un escueto «ahora voy».

—Ratita, tengo que hacer un recado urgente, pero estoy esperando un paquete que está a punto de llegar. ¿Me podrías hacer el favor de recibirlo en la puerta principal? El repartidor no tardará en llamar —anuncia, dándome un beso en la frente.

—Sí, claro.

Apenas transcurren un par de minutos cuando el timbre del garaje suena. Me acerco a la puerta, limpiándome las manos de grasa en el peto. Cuando abro, mi cara de sorpresa debe de ser un poema, porque quien tengo delante es la última persona que esperaba encontrarme hoy.

—¡Alessio!

—Hola, Cerebrito —me saluda esbozando una sonrisa de esperanza.

—Pero tú…, ¿no estabas en Catar? —contesto, perpleja.

—Lo estaba, pero no sé si voy a volver.

—¿Cómo que no? ¿Estás loco? Es el final de temporada. No lo eches todo por tierra —le ruego con un nudo en el pecho.

Alessio da un paso más para quedarse frente a mí. Estudio su cara, sus ojos hinchados y esas pequeñas ojeras que delatan semanas enteras sin dormir.

—No eches tú por tierra nuestra relación —susurra muy cerca de mí.

Abro los ojos de par en par, asimilando lo que acaba de decir. Me agarro el cuello para masajearlo, como si así pudiera aliviar la presión que me oprime la garganta.

—Ale…

—Solo participaré en la última carrera si tú me acompañas.

El ruido de un coche lejano pasando a toda velocidad parece amplificarse ante el silencio que se instala entre nosotros. Lo observo de cerca para saber si está bromeando, pero no veo ningún atisbo de duda en su expresión. Está serio. Agotado. Vulnerable.

—No me puedes poner esa condición —protesto—. Es un chantaje.

—No es ningún chantaje, Daniela. Es la manera que tengo de decirte que tú estás por encima de la última carrera. Que sin ti no es lo mismo —replica sin titubear—. ¡Joder! Mira lo que pasó el otro día. No fui capaz ni de acabarla.

—Alessio, eres bueno. Un DNF no significa nada. En cada carrera te superas y tienes un gran futuro en el automovilismo.

—Yo no quiero tener ese futuro si tú no estás en él.

Sus palabras me golpean como un mazazo en el pecho.

—¿Y qué pasa si no quiero ir? —pregunto, ladeando la cabeza.

Alessio compone un mohín y se remanga el jersey.

—Pues me quedo aquí contigo, ayudándote en el taller. Vamos a ver qué le pasa a este Autobianchi —dice mientras da dos golpecitos a la carrocería de la pequeña joya clásica—. Mi padre me hizo cambiar mil piezas a cada coche cuando era pequeño y, si me confundía, me obligaba a empezar de cero. Créeme, tu padre me querría contratar. Soy un gran trabajador.

Una media sonrisa se me escapa.

—Él cree que debería volver —confieso en voz baja.

Una chispa se enciende en sus ojos.

—Lo sé, pero quiero saber qué quieres tú.

Ahí está la pregunta que llevo semanas evitando.

Miro a mi alrededor. El suelo está manchado de aceite. Las herramientas, colgadas en sus respectivos ganchos. El viejo Autobianchi, abierto en canal. El termo de café aún humeando. Y el resto… calma. Calma y hogar.

Pero sé que esto no me llena del todo. Lo sé desde el momento en el que he salido ahí fuera para vivir la experiencia más increíble de mi vida. Y nada podría haber sido posible sin él, la persona que ha hecho que todo esto sea más que un trabajo, sino una forma de vida. Y no quiero vivirlo si no es junto a él.

—Creo que me fui por miedo —admito al fin—. Miedo a que todo fuera demasiado deprisa. Miedo a no estar a la altura. Miedo a que te cansaras de mí.

Alessio me dedica una mirada llena de ternura. Después, se acerca hasta mí para agarrarme las manos.

—Pequeña, te lo dije en su día. Cuando se trata de ti, me da igual la velocidad, me da igual ir más lento o más deprisa. Tú llevas el control. Lo quiero todo contigo y nunca… jamás me podría cansar de ti. ¿Me has oído? —pregunta, depositando un beso en mi pelo—. Cuando te llamo «Cerebrito» no es por burlarme de ti. Es porque tienes una cabeza privilegiada. Porque iluminas todo a cada paso que das. Y eso lo sabemos todos. Todo el equipo, también Giorgio y Andrea. Incluso Benoit, que el otro día me preguntó por ti, dice que se te echa de menos en el box.

Me aparto unos segundos con cara de perplejidad.

—¿En serio ha dicho eso?

—Sí, pero, si por mi fuera, seguiría quedándose a limpiar la grasa de las herramientas después de cada carrera.

Suelto una risotada, inclinando la cabeza hacia atrás.

—La verdad es que yo también he echado de menos a los chicos. No puedo dejar de acordarme de los buenos momentos que pasé con Will y… Camila —admito, y todos los recuerdos de Lady Paddock vuelven a mí para sumirme en un sentimiento que ha pasado de un simple enfado a pura decepción.

Alessio resopla.

—Creo que tienes una conversación pendiente con ella.

—Me ha llamado varias veces para intentar contarme su versión, pero no sé... No sé si seré capaz de perdonarla por todo lo que ha hecho.

—¿Y si te digo que todo lo que te ha contado es verdad?

Levanto una ceja, desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—El otro día descubrí que quien robó y hackeó el portátil de Camila fue Irina —revela, y mis ojos se abren como platos ante su confesión—. Bueno, no ella en sí. Es demasiado marquesa como para hacer el trabajo sucio. Habrá sido alguno de los mercenarios que su empresa familiar de ciberseguridad tiene a sueldo.

Aprieto los labios, pensativa. Esa versión cuadra con cada detalle que me ha contado Camila. Demasiado esfuerzo en relatarme cada paso que dio bajo el seudónimo como para que no sea real.

—Así que… ¿todo lo que dijo en los últimos meses no fue ella?

—Parece que no —contesta, sacudiendo la cabeza—. Aunque Markus todavía no le perdona que insinuara que la tenía pequeña. Y yo tampoco, cuando insistió hasta la saciedad en que cada día estaba con una mujer distinta, justo cuando te invité a cenar a mi ático de Mónaco. Por entonces…, ya estaba sintiendo algo demasiado fuerte por ti.

—¿En serio?

—Creo que desde que me retaste en el simulador. Aquello hirió demasiado mi orgullo de piloto profesional.

Suelto una carcajada y rememoro todo lo vivido en estos últimos meses. Mi amistad con Will y Camila, mi relación con Alessio, viajar por el mundo, formar parte de una escudería… Si hace un año me hubieran dicho que hoy estaría donde estoy, pensaría que todo ha sido fruto de mi imaginación.

—Camila me explicó que esparció más bulos sobre tu faceta de Casanova para desviar la atención sobre mí. Por entonces, yo estaba demasiado preocupada por que nos vieran juntos y ella solo lo hizo para protegerme.

—Daniela Serra, has dejado huella en cada una de las personas con las que te has encontrado este año —admite, rodeándome con sus brazos y acercándose hasta quedarse a apenas unos centímetros de mí—. Pero sin duda, en mí has completado esa pieza que me faltaba. Me despierto cada mañana pensando qué he hecho para merecer que hayas llegado a mi vida y sigo sin creerme la suerte que he tenido de que nuestros caminos se hayan cruzado.

—Vale —contesto, curvando los labios en una sonrisa.

—Vale, ¿qué?

—Que vale, Alessio. Que lo quiero todo. Quiero volver a Rosa Nera la siguiente temporada. Quiero verte alzarte de nuevo en el podio. Quiero ayudarte a convertirte en un campeón —afirmo, rodeando su cuello con mis brazos y dándole un beso en los labios —. Pero, sobre todo, quiero volver contigo. Quiero que volvamos a besarnos en las calas de Ibiza o en cualquier otra punta del mundo. Quiero espantar tus miedos. Quiero levantarme contigo cada mañana. Lo quiero todo, cariño, pero que sea contigo.

Alessio se queda unos segundos impasible, sin dar crédito a mi confesión, pero no duda en lanzarse a buscar mis labios, acortando de golpe la mínima distancia que nos separa.

Su beso ya no es pausado ni delicado; ahora es urgente. Como si estuviera devolviéndome todos los besos que no ha tenido la posibilidad de darme en el último mes. Sus manos me sujetan por la cintura. Las noto firmes y calientes al rodear mi cuerpo. Mi espalda choca contra la puerta del garaje, todavía entornada. El mundo se reduce al calor de su boca, al temblor que me recorre de arriba abajo, al latido acelerado de su corazón, que se ha fusionado con el mío para convertirse en una unidad.

Entonces, se separa unos centímetros de mí, dejando nuestras frentes unidas, para confesar:

—He sido un idiota —susurra, con la respiración entrecortada—. Pensé que dándote espacio te estaba haciendo un favor.

—Y yo pensé que marchándome te estaba ayudando a concentrarte —añado, todavía con los labios rozando los suyos.

Se le escapa una pequeña risa.

—Somos imparables en las estrategias de pista, pero no tenemos ninguna fórmula para el amor.

Sonrío, porque no le falta razón.

Sus dedos recorren la longitud de mi brazo, palpándome, como si no pudiera creer que me tenga frente a él. En sus ojos veo deseo, pero también alivio, esperanza por haber conseguido que vuelva a su lado.

—Ven conmigo a la última carrera —me ruega—. No como ingeniera, sino como mi chica.

—No me la perdería por nada del mundo, pero… ¿cómo vamos a ir? La carrera es en dos días y…

—Frena, Cerebrito, no te me adelantes.

Alessio abre la puerta del garaje y veo a dos caras conocidas charlando con mi padre.

—Parejita, ¿habéis terminado ya de reconciliaros? —pregunta Asher mientras viene a darme un abrazo—. Hola, pequeña Serra. Te hemos echado de menos y necesitábamos tener a nuestro amigo de

vuelta. Lleva un mes hecho un alma en pena. Ha gastado la producción anual de clínex de un país como Italia.

—¡Vamos, chicos! No hay tiempo que perder. Nos esperan en el aeropuerto con mi *jet* privado —añade Markus, que se despide de mi padre con un fuerte apretón de manos.

—Pero ¿qué hacéis todos aquí? Yo no puedo irme ya, no he tenido tiempo de hacer la maleta —protesto.

—Ratita, ya está todo preparado. Tú solo tienes que disfrutar del viaje —concluye mi padre, que se aparta a un lado para descubrir el equipaje.

—Así que… esperando un paquetito, ¿eh, papá? —enarco una ceja divertida, y él se limita a sonreír.

—Cuando acabe el campeonato, podrás volver unos días más a casa —me asegura Alessio—. Y, si me dejas, me gustaría venir contigo y conocer un poquito más la ciudad donde te criaste.

Paseo la mirada desde mi chico hasta mi padre, pasando por ambos pilotos que, de manera inesperada, se han convertido en dos pilares fundamentales de mi vida. Tengo la suerte de contar con gente que me quiere y de haber creado una pequeña familia en el lugar más inesperado.

No lo dudo dos veces y agarro la mano de Alessio, entrelazando nuestros dedos con una seguridad que hace apenas unas horas no tenía. Solo me queda decir:

—Vamos, chicos. Abu Dabi nos espera.

45

Resurgir de las cenizas

Alessio

Abu Dabi, Emiratos Árabes Unidos
Circuito de Yas Marina

«Se comenta entre las habladurías del *paddock* que, cuando un piloto tiene mujer e hijos, se lo piensa dos veces antes de lanzarse a un adelantamiento arriesgado», pienso mientras afronto las últimas vueltas del circuito en la glamurosa isla de Yas.

Ruedo en segunda posición, tras haber hecho un *overtake* a Asher en la curva seis al activar el DRS por última vez. Intuyo que Miller estará enfadado por haberle arrebatado el segundo puesto, aunque ha firmado una temporada magnífica y, pase lo que pase hoy, ya tiene asegurado el tercer puesto en la clasificación final. Tendré que invitarlo a una ronda de chupitos para que se le pase la pataleta.

Un par de minutos después, cruzo la línea de meta con el puño derecho en alto y la adrenalina en su punto máximo.

—¡¡Vamos!! —reprimo un grito dentro del casco.

—Excelente trabajo, Alessio —celebra Andrea eufórico por la radio—. Felicitaciones de todo el equipo.

—¡Sois unos grandes! —contesto entre lágrimas—. Mi abuelo estaría muy orgulloso de todo lo que hemos conseguido con Rosa Nera.

Y aunque hayamos sido carne de escándalos esta temporada —con la detención del *team principal* y de mi padre, el accidente de Leo, entre otros rumores que han corrido por la prensa—, sé que los resultados conseguidos han sido fruto de una suma de esfuerzos entre todos los miembros del equipo.

Pase lo que pase la siguiente temporada, estaremos más preparados para afrontar un año en el que hemos aprendido de nuestros errores y hemos reforzado las pequeñas cualidades que nos han llevado tan lejos.

Dejo el monoplaza en el parque cerrado, me desprendo del arnés y, cuando ya estoy fuera, beso el número 27, el mismo que llevó a mi abuelo a cosechar sus primeros éxitos. Antes de pesarme en la báscula, como manda el reglamento de la FIA, alzo la mirada hacia el cielo para celebrar en silencio mi pequeña victoria con él.

Markus se aproxima y me tiende la mano con una sonrisa amplia. Lo atraigo hacia mí y me fundo en un abrazo cálido con el nuevo campeón del mundo.

—Enhorabuena, Münster. Has clavado la temporada, amigo.

—Enhorabuena a ti por ese último movimiento —dice, inclinando la cabeza—. Pensé que no te ibas a atrever. Cuando venga tu colega, te va a colgar de los huevos.

—Me lo va a recordar toda la vida, ¿verdad?

Su media sonrisa es suficiente para contestar a mi pregunta y, de pronto, noto cómo Asher se monta en mi espalda y me sacude el pelo, con una mezcla de celebración y la pequeña bronca que me toca recibir por ese último adelantamiento.

—¡Eres un cabronazo, Santoro! —espeta Miller, refunfuñando—. Si no te quisiera tanto como persona, te haría picadillo en este momento.

—Anda, calla, que todavía tenemos mucho que celebrar —les digo a mis amigos, abrazándolos, mientras los comisarios nos indican que pasemos por la zona de enfriamiento antes de subir al podio.

Los tres nos reímos y la tensión de los noventa minutos en el asfalto se disuelve en segundos cuando ya no hay nada en juego.

Ya en el escenario, los altavoces reproducen el himno suizo en honor a Mark, vencedor de la carrera, para después hacer lo propio con el himno británico, celebrando que Morrison ha sido la escudería ganadora de la temporada.

Desde arriba, recorro con la mirada la escena en busca de Daniela. Tras las vallas —entre la prensa, ingenieros y mecánicos vestidos de todos los colores—, se encuentran Andrea, Lakowe y el resto del equipo.

Entonces, la veo. Viste el polo rojo corporativo con el número 27 en el pecho, la acreditación colgando del cuello y el pelo recogido deprisa, como siempre que está concentrada. Pero esta vez no está mirando las pantallas ni focalizada en analizar los resultados. Esta vez me está mirando a mí, exultante, eufórica; y solo puedo pensar que su sonrisa es el mejor trofeo que podría llevarme hoy a casa.

Levanta dos dedos en señal de victoria, en un pequeño gesto que solo conocemos los dos.

Y entonces lo entiendo. Lo entiendo con una claridad brutal.

«Cuando un piloto tiene mujer e hijos, se lo piensa dos veces…».

Ahora no corro sin pensar en las consecuencias, porque por fin tengo demasiada gente que me importa en la vida. Tampoco corro más lento, sino que lo hago con más cabeza, dejándome asesorar por mi equipo y, sobre todo, por los incalculables consejos de mi chica. Sigo sin tener miedo a la muerte, pero sí a vivir una vida solitaria, sin gente de la que rodearse y dejarse querer.

El champán brota a raudales, mientras los fuegos artificiales amenizan el espectáculo de luces y sonido que tiene lugar en el lujoso complejo de Yas Marina. Embadurno a mis amigos y al t*eam principal* de Morrison y, en estos momentos, no podría pedir nada más a la vida.

Cuando bajamos al *paddock*, Daniela corre hacia mí para saltar y rodearme con sus piernas. Observo por el rabillo del ojo cómo algunos flases saltan a nuestro alrededor. Creo que Daniela no ha tenido en cuenta que quizá mañana salgamos en alguna que otra portada de la prensa sensacionalista, aunque ahora mismo lo único que nos importa es celebrar esta pequeña victoria entre ella y yo.

La sujeto con fuerza por los muslos para que no pierda el equilibrio, y ella se aferra con firmeza a mis hombros para besarme en los labios. Sabe a champán, a goma caliente y a esa colonia de sandía que me recuerda que por fin estoy en casa. Apoya la frente sobre la mía y su risa, dulce y honesta, me atraviesa como la mejor de las victorias.

—Has estado increíble, señor Santoro —murmura con la respiración aún agitada—. Ese último adelantamiento me ha puesto muy… —carraspea— contenta.

—Mmmm, y todo gracias a la ingeniera júnior más prometedora de toda la Fórmula 1 —contesto rozando su nariz con la mía.

—Todavía no lo soy de manera oficial.

—Lo serás. Y estoy seguro de que algún día llegarás a ser ingeniera jefa.

Daniela se suelta y la dejo en el suelo, consciente ahora de las decenas de cámaras y micrófonos que nos rodean.

—Alessio… —advierte con temor.

—Que hablen —me encojo de hombros—. Siempre lo hacen. ¿Qué más da cuando la realidad solo la sabemos tú y yo?

Durante meses mantuvimos lo nuestro en secreto, escondiéndonos en calas recónditas, en infinitas rutas americanas y hasta en el simulador una vez, donde nos empeñamos en recordar viejos tiempos. Fingimos distancia ante la prensa y, aun así, inventaron las historias más rocambolescas.

Así que ahora no. Ya no me escondo. Ya no la suelto nunca más.

—Estoy muy orgulloso de ti —exclamo de manera enérgica, sin importarme quién escuche—. De todo tu trabajo, de todo lo que has hecho por el equipo.

—Entonces tendrás que acostumbrarte, Casanova —responde, esbozando esa sonrisa que me desmonta y confirmándome que ya ha firmado el contrato—, porque no pienso moverme de aquí la siguiente temporada.

La acerco aún más, cubriéndola con mi cuerpo, y la beso. A nuestro alrededor, los fuegos artificiales iluminan Yas Marina y se reflejan sobre el agua del puerto, como si la noche quisiera celebrarlo con nosotros.

—Vale, tortolitos —bromea Andrea, que se acerca con una botella de champán en la mano—. Mañana os quiero a las ocho en la reunión de balance. El romanticismo no entra en el presupuesto del año que viene.

—Tendremos que recalcular costos, entonces —añade Daniela.

Andrea sacude la cabeza, riéndose. Nos da un abrazo rápido a ambos y se aleja junto al equipo en la distancia.

Cuando alzo la cabeza, distingo una cabellera rubia familiar en uno de los palcos VIP. Después de tantos años de anhelo, reconocería la presencia de mi madre en cualquier lugar. Está posando junto a su marido cuando nuestros ojos se encuentran. Se separa de los micrófonos, camina hasta la barandilla y, desde la distancia, leo en sus labios:

«Estoy muy orgullosa de ti, hijo».

Y, con esas simples palabras, se cierra una grieta más en mi corazón.

No me da tiempo a reaccionar. El resto del equipo me rodea y me alza sobre sus hombros, celebrando los escasos puntos que hemos sumado este año como si hubiéramos conquistado el campeonato. Y quizá, para nosotros, lo sea.

Porque solo quienes sabemos de dónde veníamos con Donato Moda entendemos que esto es un triunfo en toda regla. La temporada ha sido un torbellino de emociones entre detenciones, rumores, lesiones y dudas. Pero también ha sido una temporada de aprendizaje, unión y resiliencia.

Mientras las luces se apagan poco a poco y el *paddock* empieza a vaciarse, comprendo que el verdadero triunfo no está en el trofeo que sostengo bajo el brazo, sino en saber que, pase lo que pase cuando se apaguen las cinco luces la próxima temporada, ya no corro solo.

Ahora sí, tengo una familia que me sostiene y un hogar al que regresar.

Y, por primera vez, eso lo cambia todo.

Epílogo

Viviendo el presente

Daniela

Costa Amalfitana, Italia
En algún lugar remoto

Faltan pocos días para que empiece la nueva temporada y Alessio y yo nos hemos tomado un respiro con una escapada a la Costa Amalfitana. En realidad, deberíamos estar ya de vuelta en Bérgamo, pero la semana pasada, entre risas y caricias bajo las sábanas a las cuatro de la mañana, se nos ocurrió coger *La vecchia donna rossa* de su abuelo y lanzarnos hacia un nuevo destino por explorar.

Giorgio lo ha entendido a la perfección y, lejos de regañarnos, nos ha dado unos días más para sacar a pasear la joya más preciada de su mejor amigo.

Pensé que Alessio nunca permitiría que otra persona condujera a su bebé, pero, contra todo pronóstico, aquí estoy yo, al volante, surcando las empinadas carreteras que nos llevan hacia Sorrento, mientras hago balance de estos últimos meses.

Después de terminar el campeonato y cumplir con los compromisos profesionales, mi chico me sorprendió con un viaje a Maldivas. Diez días en los que buceamos entre aguas turquesas, exploramos las maravillas de las islas y nos perdimos en cada rincón de la cabaña flotante donde nos alojamos. Una pequeña casa sobre el mar que nos dio la intimidad que tanto necesitábamos tras el juicio contra su padre y Ferrara, condenados a dieciocho y veinte

años de cárcel, respectivamente, por un caso de abuso de menores al que, cada día, se siguen sumando más víctimas.

Alessio evitó hablar de ello durante los primeros días. Quise darle espacio porque, aunque insiste en que no tiene nada que ver con su padre, sé que cargar con el apellido le pesa. Con el tiempo, sin embargo, encontró la confianza para abrirse conmigo y me habló del maltrato que sufrió de niño. Él dice que jamás podrá olvidarse de lo que le hizo; aun así, espera que su padre cargue con su propia conciencia durante el tiempo que esté entre rejas.

Desde entonces, siento que vamos tejiendo una red de confianza más fuerte, más honesta, hecha no solo de amor, sino también de verdad. Los miedos y las inseguridades van desapareciendo cuando comprendemos que la persona que tenemos delante está ahí para protegernos y querernos, incluso con todas nuestras vulnerabilidades.

Tras la vuelta de vacaciones, celebramos la Navidad en Barcelona con mi familia. Yo decidí quedarme en Nochevieja para recuperar el tiempo perdido con ellos, mientras Alessio aceptó la invitación de su madre y el marido de esta de pasarla en Nueva York juntos. A mí también me invitaron, pero decidí dejarles una parcela de intimidad para que poco a poco fueran arreglando su situación. Y, aunque sé que Alessio tiene una cicatriz demasiado profunda en su relación maternal, me alegra pensar que al menos Ivana ha estado muy pendiente de él, sobre todo después de la sentencia del juicio.

—Oye, Cerebrito, aparca ahí, en ese espacio. Y, por favor, ten muchísimo cuidado con la carrocería, que sabes que este coche es a lo que más quiero en el mundo —confiesa, uniendo los dedos de su mano y agitándola, como una señal indiscutible de los italianos.

—¿En serio quieres más a un coche que a mí? —bromeo poniendo los ojos en blanco.

—Daniela, no me hagas contestar a esa pregunta.

Me río y sacudo la cabeza en señal de incredulidad.

—Algún día admitirás que mis habilidades de conducción son mil veces mejores que las tuyas.

—Cerebrito, tú hoy te estás quemando con fuego y te voy a castigar con unos azotes en el culo y sin ese Aperol Spritz y la

focaccia que tanto te gustan —replica, sacando la lengua.

—Tú sí que sabes cómo complacerme, cariño.

Alessio abre la boca para contestar con alguna fanfarronería, pero la pantalla de mi móvil se ilumina y aparece el nombre de Markus en letras grandes.

—Pon el manos libres, porfa —le pido a Alessio, que me mira con cara de perplejidad, porque uno de sus mejores amigos me esté llamando a mí en vez de a él.

—Señor Münster —dice mi chico, fingiendo mi voz—, ¿se puede saber por qué me llamas a mí en vez de a mi novio, el hombre más guapo de todo Italia?

—Calla, Santoro, que quiero hablar con Daniela.

—Prométeme que no volverás a ofrecer a mi chica un salario más alto para llevártela a Morrison como ingeniera —finge moquear —. Sabes que el presupuesto de Rosa Nera es aún muy ajustado.

—Ojalá —responde el suizo—. Ya sabe que la oferta sigue sobre la mesa hasta que ella quiera.

—Lo siento, Mark, pero mi familia está en Italia... por ahora —matizo con una sonrisa traviesa, y Alessio abre los ojos de par en par—. Aunque todo es negociarlo más adelante.

Suelto una carcajada por la expresión que compone en su cara y él se acerca a hacerme cosquillas. Yo me resisto y chillo para que me libere. Seguimos riéndonos durante unos segundos hasta que Mark carraspea y nos interrumpe al otro lado de la línea:

—¿Queréis parar de hacer guarradas y escucharme?

—Vale, vale. Dispara, Münster.

—Creo que he cometido una locura, chicos —revela con un hilo de voz.

Alessio y yo nos miramos, preocupados.

—¿Qué ha pasado, Mark? —pregunto.

La línea se interrumpe unos segundos en los que pensamos que lo hemos perdido, pero simplemente se ha quedado callado.

—¿Os acordáis de que mi equipo de Relaciones Públicas me alentaba a mostrar más mi vida privada en prensa? —explica al fin —. Que necesitaba mostrar parte de quién soy y no esconderme tanto de ellos. Dicen que es parte del trabajo.

—Ajá…

—Vale, pues… me han dado carta blanca para que contrate a quien quiera. A algún profesional que se mueva bien en las redes sociales y sepa sacar lo mejor de mí. Así que…

—¿A quién has contratado? —le pregunto con curiosidad.

—A tu amiga. He contratado a tu amiga, Daniela.

Alessio y yo nos miramos sin saber a quién se refiere, hasta que ambos caemos.

—Oh, a mi amiga —balbuceo—. Y… ¿ella ha aceptado?

—Eso parece.

Los tres nos quedamos en silencio, pensando lo que esto supondrá para la nueva temporada.

—No te preocupes, Münster. Todo saldrá bien —trata de tranquilizarlo mi chico.

Siguen charlando de manera animada y yo me abstraigo en mis pensamientos. Cuando Alessio me explicó todo lo que había pasado con Irina, sentí que tenía que concederle el beneficio de la duda a Camila, que llevaba semanas bombardeándome con mensajes de perdón y con explicaciones de cómo y por qué había hecho todo aquello. Así que no me quedó más remedio que llamarla. Estuvimos horas al teléfono poniéndonos al día y, sin querer, volví a sentir ese pequeño regocijo de felicidad que me había unido a ella desde el principio.

A día de hoy, todavía me cuestiono qué la llevó a tomar ese camino y, aunque ya no siento rencor, sé que Will no ha conseguido pasar página. Necesitaremos tiempo para cerrar esas heridas.

—Chicos, os echo de menos —declara Markus al otro lado del teléfono—. Solo tengo ganas de que empiece la temporada para que volvamos todos a vernos.

—Nosotros también, Mark. Cuídate, nos vemos pronto.

Nos despedimos y nos quedamos unos segundos en silencio cuando una nueva notificación suena en el móvil.

—Oye, ¿es que no me van a dejar un momento de intimidad con mi chica? —refunfuña Alessio—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan popular?

—Espera, que es un mensaje del buzón de voz. Me debe de haber llamado alguien mientras estábamos hablando con Mark.

Pulso la tecla de reproducir y la voz de Camila suena por el altavoz:

«Dani, creo que he cometido una locura. El equipo de Relaciones Públicas de Morrison me ha hecho una oferta para trabajar esta temporada con Markus. ¡A mí! La persona a la que todo el mundo odia ahora mismo en el *paddock* —manifiesta, sulfurada, mientras toma una bocanada de aire—. Y, por razones que ya te contaré, he tenido que aceptarlo. No me ha quedado más remedio. Así que en unos días volaré a Inglaterra. No veo el momento de reencontrarme contigo en Australia. Podríamos volver a aquel club de playa en el que tantos buenos momentos pasamos… Oye, esto se corta. Leo os manda recuerdos, aunque sigue aquí postrado en el sofá dándome el coñazo todo el día. ¡Nos vemos, amig…!»

Un pitido anuncia el fin del mensaje de voz. Meto el móvil en el bolso y salimos a dar una vuelta por una cala solitaria, rumiando la conversación que acabamos de tener con nuestros amigos. Las gélidas temperaturas de finales de febrero aún se sienten todavía en el cuerpo, así que Alessio se disfraza de incógnito y pasa su brazo por mis hombros para que entre en calor.

—Buenooo… así que parece que esta va a ser una temporada interesante —afirma mi chico mientras me acerca más a su pecho.

—Sin duda, no vamos a tener tiempo de aburrirnos —contesto, asimilando todo lo que se viene.

—Me pregunto qué habrá hecho Asher durante las vacaciones.

—El otro día vi unas fotos suyas en un *beach club* de Punta Cana, rodeado de tres o cuatro mujeres.

—No aprende. Este chico no aprende… —replica, poniendo los ojos en blanco.

—Te recuerdo que tú hace un año eras igual, cariño —pronuncio esa última palabra con deliberada sorna.

Se detiene en seco y me hace girar hasta quedarme frente a él.

—Sí, pero yo encontré a mi Cerebrito. A la persona que ilumina mi vida. A la mujer que me desafía, me protege y me quiere como

nadie en el mundo.

Se inclina para besarme.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde está?

Alessio abre la boca para responder, pero cuando reacciona ya he salido corriendo.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado contigo y dónde está la Daniela de la que me enamoré hace unos meses? —grita entre risas.

Me persigue por la playa, igual que aquella vez en la pequeña cala de Ibiza, donde todo empezó sin que supiéramos bien dónde nos estábamos metiendo.

La arena se hunde bajo mis pies y el agua me salpica los tobillos mientras intento ganar unos metros de ventaja.

—¡Te tengo! —exclama mientras me agarra por la cintura y caemos al suelo, rodando entre carcajadas.

Se queda sobre mí unos segundos, apartándome el pelo de la cara, mirándome como si aún no se creyera que sigo aquí. Me besa de manera pausada y yo me dejo llevar por sus labios salinos, los susurros delicados y las caricias a orillas del mar.

La próxima temporada traerá nuevos retos, nuevas curvas desafiantes y banderas de todos los colores.

Pero esta vez será diferente, porque ya no tengo miedo. Pase lo que pase en la pista, ya hemos ganado lo más importante. Y eso nadie nos lo puede arrebatar.

Fin



AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las gracias una vez más por seguir leyendo mis historias. «Fórmula (in)esperada» ha sido el proyecto más complejo hasta el momento, tanto por su nivel técnico como por la documentación que ha requerido. La idea inicial surgió tras años viendo las carreras los domingos, igual que Daniela desde el sofá de su casa.

Así que, si a alguien tengo que culpar por embarcarme en este viaje, es a Carlos, quien ha estado desde el principio ayudándome a confeccionar los equipos, los cargos y a pulir hasta la última coma del manuscrito en lo relativo a terminología y estrategias de la Fórmula 1. Sin olvidar su inestimable ayuda profesional, perfeccionando la portada que pone el broche de oro a este libro.

Junto a él, no podía faltar mi agradecimiento a mi familia, por estar siempre en primera fila, aunque sea en la distancia, celebrando cada triunfo y animándome a seguir en esta aventura literaria.

A @edinemull, por ser quien lee mis historias antes que nadie, por sus inestimables consejos y por los infinitos audios de WhatsApp. No podría imaginar una mejor compañera en este viaje lleno de turbulencias.

A @librous90, porque nos leímos la mente cuando ambas necesitábamos un *sport romance* en el mundo del motor; por estar siempre ahí para ayudarme con cada proyecto y por colaborar y editar el vídeo de la reacción a la portada. Aún no puedo prometer que escriba algo sobre la NASCAR.

A @Lorena_books, la última incorporación. Gracias por poner la nota de color con tus vídeos, tu simpatía, tu entusiasmo y predisposición a echarme una mano en este proyecto. No cambies nunca.

A @lecturasdeana, por prestarte a colaborar en la reacción a la portada y por reseñar siempre mis libros con tanto cariño.

A @libros.autopublicados y a las compañeras escritoras del Bingo, porque juntas formamos una pequeña comunidad de apoyo en la que compartimos charlas, risas y consejos.

A mis amigas, por seguir leyendo cada historia que escribo cuando sacáis un ratito de vuestras ocupadas vidas para leerme. Os estaré eternamente agradecida.

A todos vosotros y vosotras, por estar siempre ahí. Si todo va según lo previsto, en los próximos meses, Camila y Markus protagonizarán su propia historia.

¡GRACIAS!

MÚSICA

¿Quieres escuchar la banda sonora que acompaña a la historia de «Fórmula (in)esperada»?

Accede ahora a la lista de reproducción en Spotify.

SOBRE LA AUTORA

Siena Bastida es periodista de formación y lleva más de una década trabajando en el apasionante mundo de la aviación. Descubrió su pasión por la lectura cuando era niña, recorriendo las estanterías de la biblioteca de su barrio en busca de nuevas historias que la hicieran soñar.

Con el tiempo, encontró en la escritura una forma de expresión imprescindible y, tras años dando forma a sus relatos, publicó su primera novela, «La librería de doña Sofía», un homenaje al universo de los libros y a quienes encuentran en ellos un refugio.

Es autora autopublicada y cuenta con cinco novelas dentro del romance contemporáneo, el *feel-good* y la comedia romántica, que se caracterizan por personajes imperfectos y emocionales, un toque de humor y finales que dejan el corazón calentito.

En su tiempo libre, disfruta viajando, haciendo senderismo y perdiéndose por los rincones más especiales de Barcelona, ciudad en la que reside. Puedes seguirla en Instagram y TikTok:

@sienabastida_autora

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Serie Sucedió en Barcelona:

1. La librería de doña Sofía
2. La letra pequeña del amor

Autoconclusivo:

1. Un maridaje perfecto

Serie Hermanas O'Hara:

1. Una Navidad irlandesa

Muchas gracias de corazón por haber leído «Fórmula (in)esperada». Si has disfrutado de la historia, te agradecería mucho que dejaras una breve reseña en Amazon o Goodreads. Tu opinión significa mucho para mí y me anima a seguir creando nuevas historias.